Caroline Wahl

La asistente editorial



Lumen

La asistente editorial

Caroline Wahl

Traducción del alemán de
Carlos Fortea

Lumen

narrativa

Para mi pequeña Franzi

Verano

1

En realidad, Charlotte se había dado cuenta desde el principio de que todo aquello era un gigantesco error. Ya antes de cometer el gigantesco error, cuando vio la convocatoria, sintió que podía tratarse de un gigantesco error. A menudo Charlotte se pregunta qué habría pasado si, después de ver la convocatoria, no le hubiera contado nada a su madre. Entonces su madre no se lo habría contado a su padre, y su padre y su madre, es decir, su padre, no la habrían convencido de que se presentara y, tras un proceso de selección más o menos exitoso, ocupara el puesto. Asistente del editor en una renombrada casa editorial de Múnich.

«Has llegado a lo más alto», «Este es el principio de tu carrera editorial», decía su padre. «Has llegado a lo más alto», «Este es el principio de tu carrera editorial», decía su madre, que repite lo que su padre dice. Charlotte pasa mucho tiempo con ese torturador «qué habría ocurrido si...». Es un poco como cortarse con una cuchilla, piensa Charlotte, y se pregunta si el dolor de la cuchilla quizá sería más agradable. Pero todas esas cicatrices... A veces Charlotte ve a personas con muchas cicatrices en el brazo, y le enloquece y le fascina también un poco la disposición, por regla general simétrica y paralela, de las líneas en el brazo. Como pulseras. Mira el rostro al que pertenece el brazo plagado de cicatrices y se pregunta cuáles

pueden ser las razones. Seguro que no es un puesto de asistente en una renombrada casa editorial de Múnich, piensa, aunque... Charlotte mira el rostro al que pertenece el brazo plagado de cicatrices, se pregunta si van a añadirse otras o la última está ya ahí, eso espera.

2

En realidad, la raíz de todos los males estaba en su complejo de Electra, pensaba Charlotte. En realidad, en opinión de Charlotte, muchas cosas que no iban bien en su vida podían atribuirse a su complejo de Electra, y quizá básicamente muchas cosas que no iban bien en el mundo podían atribuirse a muchos diferentes complejos de Electra, pensaba también Charlotte, pero daba igual. En cualquier caso, Charlotte luchaba desde siempre, con distintas armas y estrategias, por la reafirmación del padre, que solo se producía raras veces y, cuando lo hacía, lo hacía de manera en extremo tenue. Así que Charlotte pronto aprendió a ampliar el campo de batalla, y luchó también fuera de la casa paterna por la atención y la ratificación de profesores de piano, entrenadores de tenis, profesores, superiores y otros hombres a los que admiraba por algún motivo, la mayoría de las veces sin pensarlo demasiado.

El proceso de selección fue como un mal casting, y al final Charlotte ni siquiera fue coronada como vencedora. A causa de un virus, la prueba tuvo lugar vía Zoom y teléfono, y después de varias rellamadas y largos periodos de espera se le ofreció el puesto de segunda asistente, la llamada «asistente administrativa», aunque ni

siquiera se había presentado a ese puesto. Pero la jerarquización no significaba nada, le aseguraron repetidas veces a Charlotte, y naturalmente ella sabía que las jerarquías siempre significan algo, de lo contrario no existirían.

Nada más comenzar la primera entrevista con la jefa de personal y con la actual asistente, que por sus buenas razones o por una buena razón quería poner en pausa su existencia de asistente, le explicaron a Charlotte que no buscaban una, sino dos asistentes, que debían trabajar en completa igualdad y en equipo para el editor, y Charlotte, que entendió la oculta indicación, no dijo que el puesto de asistente administrativa, cuya oferta también había visto, no encajaba en absoluto con ella y su cualificación. Al final, Charlotte pudo convencer de su preparación a las dos mujeres que mantenían la conversación con ella y avanzó una ronda: tuvo ocasión de conocer al editor, en una cita por Zoom que llevaba el inquietante título de «Asistencia administrativa». La jefa de personal, que se llamaba Alexandra Liebig, la llamó dos veces antes de aquella cita por Zoom, pidió a Charlotte que la tuteara y la animó, con su voz profunda y melodiosa y un ligero acento sajón que la hacía aún más simpática —casi como si Alexandra y Charlotte ya fueran amigas—, a ser sencillamente ella misma. No debía dejarse intimidar por el editor, que era un poquito peculiar, y tampoco olvidar que por el momento solo se trataba de conocerse. Charlotte se alegró de que la amable Alexandra la hubiera encerrado tan pronto en su corazón y creyera en ella, sobre todo porque las alusiones a ese editor, al parecer bastante particular, avivaron su curiosidad y su euforia. Tenía ganas de conocer a ese hombre.

Antes de la conversación, trató de averiguar en internet todo lo referente a la editorial y al editor. Como a muchas otras personas, lo primero que le llamó la atención de la editorial de Múnich fueron sus bolsas de lona impresas con frases divertidas, difíciles de conseguir a causa de la gran demanda. Pero, naturalmente, Charlotte ya había oído hablar del editor antes de su investigación. Ugo Maise era un hombre conocido, y Charlotte no podía decir con exactitud por qué era conocido, cuál era su profesión anterior y cómo se había vuelto conocido. Lo tenía catalogado como autor, vividor muniqués y con una personalidad empresarial disruptiva. Aparecía a menudo en televisión y en las revistas de cotilleos, Charlotte creía recordar que salió con aquella presentadora de ojos grandes de la RTL. Pero cuando se hizo realmente conocido fue con su primera novela, *Rocky*, un gran éxito en torno al cambio de siglo y, según la reseña de Amazon, «un libro de culto», aunque ella no sabía si antes también había dado que hablar. En cualquier caso, el libro con el perro pastor en la cubierta había sido un best seller sensacional, que expresaba el sentimiento de una generación como ningún otro. Trataba de un joven que parte de su ciudad natal en Baviera hacia Italia, se pierde en el extranjero y encuentra un perro pastor con el que vagabundea por Italia, casi un *Viaje a Italia* de Goethe, pero en moderno y con perro. A Charlotte le había gustado la novela cuando la leyó en clase de Lengua, fue el único texto más o menos contemporáneo. Después de aquel éxito sorprendente, no había vuelto a publicar otra novela, hasta donde ella sabía, y Charlotte tampoco sabía con exactitud qué había estado haciendo desde entonces, aparte de pertenecer de algún modo al grupo de

prominentes semiintelectuales alemanes. De vez en cuando lo veía en stories de Instagram de Paul Ripke, Benjamin von Stuckrad-Barre, Olli Schulz o gente por el estilo. Y se acordaba de que hacía años salió en un pódcast de Hotel Matze como invitado, y que tuvo que acortar su presentación, en la que enumeraba todas sus profesiones, como emprendedor social, escritor, etc., porque a ella no le interesaban los hombres que, en realidad, eran lo bastante mayores como para saber exactamente qué hacían y qué querían hacer.

Aun así, se enteró googleando de que, después de su viaje a Italia, había sido durante un año redactor jefe de una revista literaria que pronto dejó de publicarse, y que había publicado otro libro, una especie de recopilación de conversaciones entre él y un destacado tenista alemán sobre la vida, el sexo, las drogas, la comida, etc., que había sido un fracaso.

Daba pocas entrevistas, aparte de lo de Hotel Matze, y si las daba eran superficiales. Al profundizar en su investigación, Charlotte descubrió sorprendida que no era ningún self-made man, sino que provenía de una familia de industriales. De una dinastía de fabricantes de golosinas, y no cualquiera, sino una de las más grandes de Alemania: la familia Maise. Naturalmente, a Charlotte el nombre le resultaba conocido, pero no sabía que Ugo Maise tuviera nada que ver con él, y tampoco que tantas golosinas de Alemania vinieran de esa casa. Los productos sí le eran conocidos, las bombas de caramelo y las brujas de toffee estaban entre las preferidas de Charlotte. Si eso no era una señal... «Dulce», pensó Charlotte, y también: «Alguien que proviene de una dinastía de golosinas solo puede ser guay».

¡Y qué historia de ascenso tenía detrás aquella dinastía! A principios del siglo xx, el bisabuelo de Ugo Maise, que se llamaba Justus Maise, fundó la fábrica de dulces Maise a las afueras de Múnich y, con dos trabajadores, suministraba dulces a comerciantes de su entorno próximo. La plantilla creció, luego vino la guerra mundial, luego volvió a crecer, y en 1928 el hijo menor de Justus Maise, el abuelo de Ugo, Albert Maise, se hizo cargo del negocio. Durante la siguiente guerra mundial, Albert Maise creó, con el nombre un tanto belicoso de «bomba de caramelo», el segundo caramelo de marca alemana después del GIGANTE Storck a un céntimo. En la tercera generación, Karl Maise convirtió la empresa en un consorcio internacional.

Mientras el padre de Ugo lanzaba al mundo una golosina tras otra, el pequeño Ugo y sus hermanas mayores Karla y Louisa iban a internados de élite en Suiza e Inglaterra, estudiaban Gestión de Empresas, Marketing y otras cosas para estar preparados para el duro negocio de las golosinas. Como su nombre hacía intuir, por lo inusual, Ugo era hijo de madre distinta que sus hermanas, pues su padre dejó a su primera esposa (heredera de una empresa de galletas con mantequilla) por una modelo francesa. Eso también explicaba la apostura de Ugo Maise. Con veinte y treinta años, era un hombre realmente guapo. Espesa melena rubia, piel bronceada, mandíbula marcada, ojos intensamente azules, sonrisa maliciosa. Una mezcla entre Brad Pitt y Johnny Depp, pensaba Charlotte mientras deslizaba las imágenes por la pantalla, y ese fue otro de esos momentos en los que era consciente de lo perecedero de las cosas. En realidad, debía aprovechar su juventud y la energía de que disponía antes de que los años se cebaran también con ella, pero tal

vez ya era demasiado tarde. Aquel hombre seguía teniendo buen aspecto para su edad, pero solo bueno para su edad.

En torno al cambio de milenio, Ugo y Karla cobraron su herencia y se fueron a Mónaco (Ugo) y a Canadá (Karla), mientras la hija mayor se hacía cargo del negocio. Louisa Maise abrió nuevos caminos, acordó colaboraciones con Wagner, Langnese, Paulaner y otras marcas, y sacó al mercado una pizza dulce de bombas de caramelo o un refresco que se vendía en tres unidades por el precio de una. Entretanto, Ugo Maise publicó su novela, dos años después se convirtió en redactor jefe de aquella revista literaria, fundó una agencia de publicidad e invirtió en varias startups antes de comprar la editorial, y de eso hacía casi siete años.

Y ahora ella estaba allí sentada, con la esperanza, en el mejor de los casos, de convertirse en la asistente de ese hombre. Quizá todo había sucedido tal y como debía suceder.

Poco antes de la conversación, Charlotte dio por terminada su investigación, se puso su blusa de la suerte, se alisó el pelo y se maquilló con un poco de rímel. Luego se sentó nerviosa delante de su ordenador y esperó. Tuvo que esperar más de media hora al editor, y cada diez minutos recibía un e-mail de otra asistente en el que le decía que el señor Maise todavía se encontraba atendiendo una cita anterior. Sin duda esa otra asistente ayudaba al editor en otro ámbito de su vida, pensó Charlotte, puesto que el editor no solo era editor, sino también escritor, padre, empresario, etc. Mientras Charlotte sonreía nerviosa a su propio rostro en la pantalla, ajustaba el ángulo de la webcam y la posición de su silla y se cepillaba rápidamente el pelo una vez más, se preguntó si había olvidado alguna ocupación del editor, si también tenía asistentes varones,

cuántas asistentes mujeres serían en total, y tuvo la sensación de que él era muy importante y tenía mucho que hacer.

El editor parecía más viejo y menos carismático que en los retratos profesionales suyos que circulaban por la red, pero es probable que la mayoría de las personas de quienes circulan retratos profesionales por la red sean en realidad más viejas y menos carismáticas. El pelo rubio largo hasta la mandíbula, que llevaba peinado hacia atrás, era más ralo y quebradizo que en las fotos; la piel curtida por el sol tal vez había visto en el pasado demasiado sol y poca crema solar, y los ojos intensamente azules también habían palidecido, pero quizá era por la calidad de la transmisión. Una ancha cicatriz, que Charlotte veía por primera vez, corría como una oruga por su mejilla, y se preguntó si en las fotos estaba maquillada o retocada porque quizá se avergonzara de ella. La estancia que se veía detrás era muy bonita. Moderna, decorada con estilo, amplia, luminosa, paredes grises de hormigón, grandes ventanas cuadradas. Aquello también podía estar en Nueva York, pensó Charlotte, que nunca había estado en Nueva York.

Por desgracia, Charlotte solo se acuerda de trozos sueltos de la conversación de aquel primer encuentro por Zoom, pero aún recuerda que la charla saltó de un tema a otro y que se centró menos en el puesto, las tareas y los contenidos, y más en cuestiones personales y anécdotas divertidas. Y recuerda que le pareció divertido. Tenía humor, eso no se podía negar, para qué. Humor significa no tomarse a uno mismo tan en serio. En cualquier caso, le pareció divertido. Un fragmento de la primera conversación entre Charlotte y el editor podía haber sido más o menos así (en lo sucesivo, Charlotte se refiere al editor y a sí misma como «Mu» y

«Sch», porque en la editorial imperaba una marcada cultura de las abreviaturas, sobre todo a Mu le gustaba trabajar con abreviaturas, siglas y otros juegos de palabras, y al fin y al cabo esta historia también es un poquito la de Mu):

Mu: Bonita blusa.

Sch: Gracias.

Mu: Es la blusa de flores que llevaba también en la foto de la solicitud.

Sch: Sí, es mi blusa de la suerte.

Mu ríe.

Mu: ¿Le gustan las flores?

Sch: No, en realidad, no. ¿Y a usted?

Mu: Sí.

Sch: ¿Cuáles son sus flores favoritas?

Mu: Los lisianthus.

Charlotte no entiende de flores, y no tiene ni idea de qué son los lisianthus.

Sch: Qué bonitos.

Mu: ¿Qué pone en la tarjeta que tiene usted pegada en la pared?

Charlotte se levanta, coge la tarjeta, que ha pegado ex profeso con papel celo en la pared que hay detrás de ella porque le parece divertida. En ella pone, en letras negras:

«Es como es».

Sch: Es como es.

Mu ríe.

Mu: Es usted graciosa.

Mirando atrás, Charlotte sabe, por supuesto, que tenía que haber abandonado el show, por ejemplo, cuando salió el tema de los rinocerontes, pero el hambre de reafirmación era grande, especialmente después de haber superado la segunda ronda del casting, es decir, la primera entrevista con el divertido editor. En cualquier caso, en algún punto de aquella conversación se volvió a hablar de la blusa, y de alguna manera Charlotte llegó hasta la pregunta de qué tendría que llevar bordada la camisa de la suerte de él, que aún no tenía y que quizá Charlotte pudiera regalarle alguna vez. El editor respondió: «Me gustan los rinocerontes».

3

En este punto hay un pequeño salto temporal, porque Charlotte no está orgullosa del gigantesco error, aunque desde el principio notó que podía convertirse en un gigantesco error. Y naturalmente ahora da igual, porque ya ha pasado, e incluso en cierto sentido es bueno, porque sin ese gigantesco error ahora Charlotte no sería música. Quizá sin ese gigantesco error Charlotte habría sido música en privado, pero probablemente no sería música de verdad, sino una pequeña e intercambiable jefa de prensa en una editorial pequeña e intercambiable, y, con un poco de suerte, trabajaría además como redactora musical o en una agencia artística y, con mucha suerte, estudiaría en la Popakademie.

Al final, el gigantesco error de hija y padre fue cometido mientras tomaban una ensalada con tiras de pavo + vino blanco con gaseosa (Charlotte) y una tosta de carne + una cerveza grande (padre). La madre también estaba. Se habían sentado, un viernes por la tarde, en una fonda rural que, como todas las fondas rurales, se llamaba El Cordero, La Rosa o El Buey. La hija se estaba tomando una ensalada con tiras de pavo y un vino con gaseosa, el padre se estaba tomando una tostada de carne y una cerveza grande y la madre un filete de pavo para «séniors», aunque aún era un poco demasiado joven para un plato sénior, y una cerveza pequeña, pero ahora viene

la contracción: después de una semana y dos conversaciones telefónicas con la jefa de personal, a Charlotte le comunicaron que se había clasificado para la tercera ronda: una segunda entrevista por Zoom con el editor. Charlotte se alegró y se preguntó cuántas rondas en total tendría el casting, pero, salto temporal: la conversación no fue tan divertida como la primera. El editor estaba despersonalizado, ojos vidriosos, rostro colorado. Parecía nervioso y enfermo, le dijo a Charlotte que no la veía como asistente editorial, que la veía en un sitio muy distinto, y Charlotte no dijo que ella también se veía en un sitio muy distinto. Luego hubo varias conversaciones telefónicas con Alexandra Liebig, que aplazó la respuesta e instó a Charlotte a no preocuparse, la decisión era inminente, al editor le gustaba Charlotte, etc. En esos días de espera, que poco a poco se iban convirtiendo en semanas, Charlotte celebró su cumpleaños, esperó la notificación para el examen de ingreso en la Popakademie y habló mucho por teléfono con su prima, que le desaconsejó decididamente plantearse siquiera el puesto de asistente. Su prima, que tal vez fuera la amiga más íntima de Charlotte, había vivido en Múnich y allí fue muy desgraciada, pero esa es otra historia, así que sigamos con el salto temporal: en la cabeza y el vientre de Charlotte se extendía la sensación de que todo aquello podía terminar siendo un gigantesco error, y ya casi estaba dispuesta a aceptar la media jornada que le habían ofrecido en la pequeña editorial infantil y juvenil de Düsseldorf en la que trabajaba en esos momentos. La Popakademie solo aceptaba veinte estudiantes en su máster, y Charlotte tenía mucho miedo de no ser convocada al examen de ingreso y quedarse solo con esa media jornada. Por otra parte, Florentin, un antiguo compañero que dirigía

una agencia artística en ascenso (esas eran sus palabras), había preguntado a Charlotte hacía poco en Instagram si le apetecería unirse a él. Sin duda Florentin era un poquito caótico, pero era una opción. Además, a ella le gustaba escribir sobre música, y lo hacía de vez en cuando para una revista online en la que hizo prácticas en una ocasión, así que podía ampliarlo. Todo complicado, pero bueno; con el tiempo se iría arreglando. Eso decía siempre su madre: «Con el tiempo se irá arreglando».

Y, a las dos semanas, Charlotte fue aceptada para el puesto de segunda asistente —la asistente administrativa—, aunque no se había presentado a ese puesto. Estaba tumbada junto al Aachener Weiher,[1] leyendo, cuando llegó la ansiada llamada de Alexandra, y luego Charlotte estaba furiosa y decepcionada. Al menos, resistió el impulso de rechazar directamente el puesto. Quería, si acaso, ser la primera asistente del divertido editor, pero en el camino de vuelta a casa decidió que iba a renunciar y llamó a su madre. Su madre se lo contó enseguida a su padre, y los padres tampoco estaban entusiasmados con el segundo puesto alcanzado por su hija. Pero, nuevo salto temporal: Charlotte, que se sentía bastante abatida porque no sabía qué iba a hacer y qué camino tomar, fue aquel fin de semana a casa de sus padres, aunque sabía por experiencia que en situaciones difíciles ellos tendían a patear al niño cuando estaba en el suelo, naturalmente dicho de manera metafórica y naturalmente solo con las mejores intenciones. Cuando Charlotte estaba débil y desesperada, sus padres se ponían por encima de ella, la miraban con condescendencia y le decían todo lo que tenía que cambiar en su vida. Y Charlotte, que yacía en el suelo desesperada y débil, no podía defenderse. Así que la hija fue con los

padres a comer a una fonda rural que, como todas las fondas rurales, se llamaba El Cordero, La Rosa o El Buey, y el padre, que al parecer se había recuperado de la inicial decepción por el segundo puesto de su hija, repitió las palabras que ya había dicho a menudo respecto al puesto de primera asistente: «Has llegado a lo más alto», «Este es el principio de tu carrera editorial». También como segunda asistente estaba en lo más alto y en el punto de partida ideal de una carrera editorial, y el padre lo sabía porque, en realidad, el padre lo sabía todo.

Charlotte trabajaría con la primera asistente, la sustituiría cuando estuviera enferma o de vacaciones, y quizá pudiera adelantarla si hacía las cosas bien. La madre se sentaba junto al padre, sonreía y asentía a Charlotte. La amenaza de que pudiera cerrarse el grifo del dinero si ella se planteaba la media jornada y seguir estudiando también estaba encima de la mesa. Charlotte ya tenía un máster. «Solo te vamos a financiar unos estudios», el padre. «Dejaste los estudios de piano a pesar de lo buena que eras. ¿Y ahora vas a estudiar música? No lo entiendo», la madre. «¿Y qué quieres hacer con eso? ¿Ser música?». El padre rio. «Para eso ya es demasiado tarde». «¿Crees que Nena o los Beatles estuvieron en un conservatorio?». «Eso hay que conseguirlo con el propio impulso». Sus palabras eran firmes y rápidas puñaladas en la zona del estómago. Charlotte no respondió que su mayor sueño era hacerse música, aunque era su mayor sueño; tampoco respondió que con eso se podían hacer muchas cosas y aprender aún más, y que también le importaban los contactos, el pie que metía en la puerta con esa decisión, pero que sobre todo le importaba lo mucho que iba a disfrutar allí. Que, cuando pensaba en esa carrera, su corazón

se aceleraba, no era una manera de hablar, no, de verdad que latía más deprisa cuando se imaginaba estudiando allí. Cuando miraba el plan de estudios, con módulos como «Desarrollo de la personalidad en profesiones creativas» o «El negocio de la música», y se hacía una idea de cómo podía ser estudiar allí, su corazón latía unos momentos tan rápido como hacía mucho tiempo que no lo hacía. Ese parece ser mi sueño, pensó Charlotte, pero quizá estoy proyectando demasiado en él, y ahora quizá sea demasiado tarde. Se lo tragó todo, incluyendo las lágrimas y los trozos de pavo seco, y pensó: Pues entonces será una carrera en el mundo editorial, aunque probablemente tampoco la acepten. Y asistente de un editor en una renombrada editorial de Múnich. Es realmente estupendo, está en lo más alto.

Ese es el comienzo de su carrera editorial.

Los padres y Charlotte brindaron.

Pero ahora vamos a saltar de verdad en el tiempo: Charlotte aceptó el puesto, tuvo una entrevista por Zoom con la primera asistente, con el título «Conocer asistentes Mu». La primera asistente, cuyo nombre Alexandra no quiso revelar a Charlotte ni siquiera después de mucho preguntar y mendigar —por protección de datos y para que ambas «pudieran conocerse sin prejuicios»—, parecía distraída, y Charlotte no la veía en absoluto como asistente editorial. Pero, según Alexandra, su nueva colega había trabajado en magníficas y renombradas agencias y startups en Hamburgo, Milán e incluso Nueva York. Y era guapísima. Charlotte supo enseguida que había visto en alguna parte aquel rostro de filigrana, y se preguntó,

mientras Ivana le revelaba desordenadamente cosas demasiado privadas de su vida, dónde había visto antes aquellos ojos algo separados, rasgados, europeo-orientales, azules, de mirada seductora, aquella nariz recta y aquellos labios carnosos. ¿Quizá en un vídeo musical? O probablemente Charlotte la conocía de algún anuncio o algún cartel. Sería necio no querer hacer dinero con esa cara.

Charlotte: Tengo la sensación de haber visto tu cara en alguna parte.

Ivana rio entre dientes.

Ivana: Eso dicen muchos.

Ivana: Estuve en *Next Topmodel*.

A Charlotte le enfadó no haber caído ella misma.

Charlotte: ¡Es verdad! En la segunda o tercera temporada. Llegaste muy lejos, ¿verdad? ¿A la final?

Ivana: No, por desgracia me echaron un poco antes. Quedé cuarta.

Charlotte: Mejor cuarta que segunda.

4

La casa fue el segundo error. En cosas como la búsqueda de una vivienda, Charlotte podía ser muy intensa y minuciosa, y sabía que iba a encontrar algo incluso en una ciudad como Múnich. Después de una semana buscando en internet y un día haciendo visitas, tenía delante tres contratos de alquiler. Por supuesto, todos los pisos estaban un poco a las afueras, pero Charlotte, que en Colonia vivía bastante cerca del centro, sabía que no tenía por qué vivir en medio de la ciudad. Dos pisos estaban en edificios muy cuidados, y una administradora quiso incluso conocer por Zoom a Charlotte una vez que pasó la selección más estricta; para ella, era muy importante saber quién iba a vivir en su casa. Pero, finalmente, Charlotte se decidió por el tercer piso de alquiler privado, subido de precio, de una habitación y media, en Ismaning, con vistas al Isar, porque ella quería vivir al lado del mar y pensaba que un piso junto al río Isar era un compromiso aceptable. La pega era la casa, un bloque de los años setenta venido a menos, con una escalera sucia y muchos letreros apenas legibles junto a los timbres. Pero con vistas al agua.

Para la entrega de la llave, Charlotte volvió a viajar al sur, donde la pintoresca Baviera le pareció un poquito como el extranjero, como Suiza o Austria; ese mundo sano, con sus verdes colinas y su cadena de montañas en el horizonte, no formaba parte de Alemania.

Después de recoger la llave, recorrió la escalera completa. Una de las puertas estaba sellada con cinta adhesiva amarilla de la policía. Hizo una foto de los letreros de los timbres para luego, en el tren, googlear quién vivía en la casa. Charlotte googleaba mucho. La mayoría de las veces a personas, pero también cosas y lugares. Y así googleó en el viaje de vuelta los nombres escritos junto a los timbres, de distintas y a menudo descuidadas maneras. En la mayoría de los casos no encontró nada, pero dos tenían al menos un empleo normal. Luego cometió el error de googlear su nueva dirección. Encontró un artículo de prensa sobre un crimen. En marzo de 1996, hallaron el cadáver de un hombre en avanzado estado de descomposición en una de las viviendas. La cosa ocurrió hacía casi treinta años, pero aun así...

Aquel hombre muerto, que falleció el mismo año en que ella nació, sumió a Charlotte en una profunda crisis. Durante días apenas salió de su casa de Colonia, cuyo contrato ya había rescindido, lloró mucho, empaquetó sus cosas llorando, cenaba llorando y por las noches sudaba llorando, como si tuviera fiebre, aunque no tenía fiebre. Pero puesto que ya había firmado tanto la rescisión como el nuevo contrato de alquiler y el de trabajo, y la mudanza iba a tener lugar dentro de pocos días, con el tiempo empezó a llorar menos y también se forzó a alegrarse un poco. Por el divertido editor y el comienzo de su carrera editorial. Quizá fuera su momento vital.

Sus padres tuvieron que echar una mano, ya que casi tenían la culpa de aquella mudanza. Hasta entonces no habían participado en ninguna de las seis mudanzas de Charlotte. Al fin y al cabo, su padre

tenía mucho trabajo y, al fin y al cabo, su madre también tenía que trabajar un poquito, y estar disponible para el padre cuando llegaba por la tarde a casa. Era un sábado ardiente, bochornoso, el último día de julio, y mientras subían al piso, sudando, las cosas de Charlotte, se formaban gruesas nubes de tormenta. En cuanto los padres se marcharon, Charlotte se puso su ropa de correr y huyó de la casa, que no soportaba. Cuando llevaba corriendo una hora larga junto al Isar en dirección al centro, se oyeron truenos, las nubes se rompieron y Charlotte, que tenía miedo a las tormentas, se alejó del agua y fue a parar a Bogenhausen. Pasó corriendo por delante de mansiones impresionantes, y se preguntó si viviría allí el editor, junto a la actriz Cathy Hummels o alguien por el estilo. Pero luego recordó que Cathy se había mudado hacía poco a la zona hippy de Schwabing. Charlotte había seguido en Instagram cómo Cathy reformaba con gran gasto la escalera de caracol dorada de su nueva mansión, ¿o la había hecho sobredorar? Charlotte sentía debilidad por Cathy Hummels, quien parecía totalmente perdida desde su divorcio de Mats Hummels, y no podía acordarse con exactitud de cómo había sido lo de la escalera. Recordaba que, durante los dos días que tardaron en desmontar la vieja y bellísima cocina y se instaló la nueva, ella dispuso una gigantesca cocina provisional en una habitación, porque Cathy Hummels ama cocinar. Y comer. Cathy Hummels ama la comida, lo dice siempre en sus stories de Insta. «Adoro comer». Come principalmente montañas de setas y ensalada, en todas partes. Da igual a dónde viaje o vuele, ya sea a Tailandia o a los Alpes, en cada restaurante o cada barbacoa con la familia le sirven montañas de setas y ensalada, y por supuesto siempre lleva encima sus propias salsas en tubos de plástico. Suele

viajar con las mismas personas: su maquilladora, Aenna Baenana, su padre, Fredi Fischer, y a veces su hijo Ludwig (al que llaman Ludi), más dos nannies que cambian constantemente. Y, cuando no está comiendo montañas de setas y ensalada, alguien la está filmando para sus stories de Insta, en las que Cathy cuenta radiante lo que va a hacer ese día, o que, cuando está de mal humor, se pone guapa, se planta unas gafas de sol color rosa y eso hace milagros. Mientras lo dice, saca unas gafas de sol color rosa y sonríe a la cámara, pero en los ojos tristes y preocupados de papá Fredi, que se sienta o mira desde algún sitio al fondo, Charlotte ve que las gafas de sol color rosa quizá no hagan milagros tan perfectos.

En el exclusivo documental de RTL2: *Cathy Hummels: todo desde el principio*, Cathy quiere mostrar cómo es en realidad. Habla de su separación de Mats, de la divergencia entre el mundo laboral y el papel de madre y de sus depresiones. Acompañamos a Cathy con el equipo habitual a Los Ángeles, donde hace un pequeño cameo en *Factor X* y tiene una embarazosa cita a ciegas; a Múnich, donde organiza su «paseo por la pradera»; a Colonia, a los Premios de la Televisión Alemana, donde recibe el galardón en la categoría «Mejor reality de entretenimiento» por el programa *La lucha de las Reality Stars*, y pronuncia un emocionado discurso de agradecimiento, como si el premio lo hubiera recibido por mejor presentadora y no por el programa (fue tan gracioso, al acordarse Charlotte se echa a reír, a pesar del frío, de la lluvia y de Múnich), lo que naturalmente vuelve a traer consigo un linchamiento digital, y entonces vemos cómo se esfuerza en demostrar quién es en realidad cuando instala con todo lujo de detalles un gigantesco Home Trainer en su residencia vacacional de Los Ángeles (porque Cathy no solo ama cocinar y

comer, sino también el deporte) y les entrega a los dos repartidores mexicanos una propina enorme mientras sonríe a la cámara. Y, una y otra vez, papá Fredi al fondo con sus ojos rodeados de arrugas de preocupación.

De alguna manera, Cathy, que da forma al mundo tal como a ella le gusta, ha perdido por completo la conexión con el mundo exterior, y eso fascina a Charlotte, pero al mismo tiempo la entristece. A Cathy le gusta la vida, y los nuevos desafíos, como actuar, dice Cathy. A Cathy le gusta volver a enamorarse de verdad, dice Cathy. «Cathy», dice siempre al hablar de sí misma.

De vez en cuando, si lleva mucho tiempo sin ver las stories de Cathy, Charlotte espera al volver a verlas que a Cathy por fin le vaya mejor. Y la mayoría de las veces todo está como siempre.

Charlotte se situó bajo el tejadillo de un aparcamiento, al lado de un Tesla, hasta que la distancia entre rayo y trueno volviera a aumentar, y se masajeó el muslo derecho, que le dolía. Pero la distancia fue haciéndose cada vez más corta, Charlotte había consumido ya su volumen de datos en alta velocidad del mes y por tanto no podía chequear en la página del tiempo cuánto iba a durar la tormenta, así que corrió de Tesla en Porsche y de Porsche en Tesla en dirección al Isar.

Si hasta un rato antes el calor la hacía sudar, ahora las prendas de correr de Charlotte se le pegaban empapadas al cuerpo y tenía las manos entumecidas de frío. De tanto en tanto miraba por las ventanas el interior de las hermosas casas, en las que había una luz cálida y confortable, mientras de pronto fuera todo estaba frío y oscuro. En una casa vio a una familia sentada alrededor de una mesa, y echó de menos a sus padres. La tormenta volvía a

levantarse, y en algún momento Charlotte corrió atravesándola sin Tesla alguno a lo largo del Isar en dirección a Ismaning, impulsada por la idea de la larga ducha caliente que la esperaba en aquella vivienda ajena. Si iba a alcanzarla un rayo, que así fuera.

En Unterföhring, ya no pudo más. Se metió en el metro y recorrió el último trecho en él. A causa de los dedos entumecidos, tardó una eternidad en abrir el portal, y fue muy desagradable arrancarse del cuerpo las prendas mojadas y frías, pero el chorro de la ducha estaba caliente y era fuerte. El chorro de la ducha estaba demasiado caliente y era demasiado fuerte, pero Charlotte no modificó ni la temperatura ni la potencia, porque estaba agotada por la mudanza y por la tormenta y quería sentir algo distinto de lo que sentía. ¿Qué estaría haciendo Cathy en ese momento? ¿Estaría en su mansión de Schwabing cocinando setas? Charlotte se preguntó qué hacía Cathy cuando no tenía a su alrededor a Aenna Baenana, papá Fredi o Ludi, si lloraba o gritaba. ¿Se habría hecho cortes alguna vez? Charlotte se imaginó a Cathy Hummels tumbada en su gigantesca cama Box Spring mirando al techo. Charlotte sospechaba que a Cathy no le gustaba estar sola, y por eso siempre tenía a su alrededor a Aenna Baenana, papá Fredi y las niñeras, y podía entenderlo, porque en una mansión gigantesca en Schwabing seguro que el silencio era estruendoso. Pero quizá en ese preciso momento Cathy estuviera disfrutando de un tratamiento de belleza. Bótox, pedicura o algo así, adivinó Charlotte, mientras se miraba a la luz chillona del cuarto de baño las primeras arrugas en la frente.

Después de la ducha, Charlotte se dedicó al caos de la casa, desempaquetó libros, trastos y vajilla, y googleó a su reducida velocidad de datos cómo se titulaba el libro de Cathy sobre las

depresiones: *Mi atajo hacia la felicidad: sé valiente, auténtica y única*.

«Sé valiente, auténtica y única», canturreó en voz baja Charlotte mientras colocaba sus libros en la estantería blanca de IKEA.

Entonces vio una mancha oscura del tamaño de una pera en el parquet recién instalado, justo debajo de la ventana, que le molestó. ¿Era sangre? Naturalmente, sabía que no podía ser la sangre del hombre muerto, habían restaurado la casa por completo. Pero allí tenía que haberse derramado algo. Quizá sangre, volvió a pensar Charlotte, y quiso averiguar a toda costa en qué piso encontraron al hombre muerto. Como seguía sin soportar la casa, fue con el suburbano al IKEA de Múnich, que era exactamente igual que el IKEA de Colonia y le puso de peor humor aún, porque era exactamente igual que el IKEA de Colonia pero no era el IKEA de Colonia. Incluso el aparcamiento y el polígono industrial en el que sobresalía el IKEA eran iguales que los de Colonia. Fue con todas las cosas, que en realidad no necesitaba, a la caja de autoservicio y no escaneó la alfombra, y se alegró, al menos un breve instante, de aquel despiste.

La primera noche en la nueva casa había fuegos artificiales en el cielo, porque alguien se había casado, era el cumpleaños de Ludi o celebraban la llegada de Charlotte, que a pesar de todo durmió mal.

La sensación de angustia no abandonó a Charlotte en esos días antes del comienzo del trabajo. Investigó el barrio y se sintió sola. Se compró más datos móviles y jugueteó en Tinder para encontrar un poco de compañía, estudió inglés para los negocios con un libro y

fichas, porque su inglés no era tan bueno como había afirmado durante el proceso de selección, se tumbó junto al lago Mallertshofer, leyó una novela de la editorial del editor, que la aburrió, leyó el libro de conversaciones entre el editor y el tenista profesional, que también la aburrió, descargó en el McDonald's series de Netflix que se veía por las noches y esperó a que llegara el técnico para tener por fin internet en su casa. Charlotte no habló durante aquellos días con nadie más que con los trabajadores del McDonald's, las cajeras del supermercado, el técnico de internet y su madre por teléfono. Paseó a lo largo del Isar, cruzó por el Jardín Inglés, observó a los surfistas, a la gente que miraba entusiasmada a los surfistas, a la gente que paseaba con otra u otras personas junto al río prealpino y parecía feliz, y se preguntó si en un cercano futuro se la vería también a ella paseando feliz junto a otra u otras personas a lo largo del Isar.

Finales del verano

5

Mirando hacia atrás, a veces Charlotte se pregunta cuándo entendió exactamente que había ido a parar a algo así como la versión indie y sombría, emitida por ZDFneo o ARTE, de *El diablo viste de Prada*. Se pregunta si hubo momentos en que una cortina le tapó los ojos, o si fue dándose cuenta poco a poco. Casi siempre llega a la conclusión de que no hubo ese momento cortina-delante-de-los-ojos, pero las instrucciones que el editor francófilo llamaba cariñosamente «Manuel Maise» (es decir, no Manuel, como el nombre, sino como la palabra francesa para «manual»), o, abreviado, MM, y que las dos nuevas asistentes debían imprimir como primera tarea oficial de su primer día, para luego inhalarlas, anunciaban el paulatino descubrimiento.

El editor no estaba en la casa aquel primer día. No se encontraba bien de salud, dijo la antigua asistente. La antigua asistente, que por supuesto no era vieja, pero sí la antigua asistente, como Charlotte e Ivana eran las nuevas, se mantuvo discreta en cuanto a qué problemas de salud tenía exactamente el editor, aunque Charlotte indagó varias veces y de distintas maneras. La persistencia con la que la antigua asistente rehuyó sus preguntas desestabilizó a Charlotte. Se trataría de algo serio, pensó, y esperó que el editor no tuviera una enfermedad grave, como cáncer o párkinson, que amenazara con arrebatárselo en un futuro próximo, ahora que ella

se había mudado a Múnich expresamente por su causa. La antigua asistente, que pareció notar la preocupación de Charlotte, le aseguró que sin duda las nuevas asistentes conocerían al editor en los próximos días, hasta entonces tenían el MM y otras tareas en las que podían adentrarse. ¡Pero el MM era la prioridad absoluta! «En él está todo, es vuestra Biblia», dijo la antigua asistente a las dos nuevas asistentes con una sonrisa en el rostro.

Charlotte solo logró grapar aquel grueso montón de hojas al tercer intento, y empezó a señalar los puntos importantes de su nueva Biblia con un marcador amarillo. Al igual que la verdadera Biblia, aquella clasificación tenía numerosos epígrafes, subepígrafes, subsubepígrafes, como manutención, reservas de hoteles, envíos de flores, mensajes, correspondencia, calendario, etc. En innumerables apartados, se explicaba minuciosamente cómo debían atender las asistentes al editor. A Charlotte le pareció un poco extraño que solo quisiera tomarse sus boles y sopas con una pesada cuchara de metal marca WMF y no con la flexible cuchara de IKEA, que no pudiese haber almohadas de plumas en la cama del hotel y que antes de cada check-in hubiera que asegurarse de que el mando a distancia había sido desinfectado (además de tener una ventana que diera al sur y que ninguna habitación estuviese en las plantas baja o primera). Casi le pareció mono que tuviera que tener dos asientos en los viajes en avión, y no pudo reprimir una sonrisa al leer dónde y en qué orden tenían que llamar y rogar las asistentes para conseguirlos. ¡O cómo tenían que servirle su té especial importado de China! Exactamente, una cucharilla y media de té en un saquito de muselina, que había que infusionar en agua hirviendo (¡80 grados! ¡Emplear termómetro!), sacarlo al cabo de dos minutos y

llevárselo enseguida (¡Sin rodeos!). Y, aunque ahora a Charlotte le gusta contar que ya durante la primera lectura del MM empezó a pensar que había ido a parar a una versión indie, emitida por ZDFneo o ARTE, de *El diablo viste de Prada*, y que mientras iba señalando con el marcador amarillo se preguntaba qué podía pasar si en la bandeja rosa había una cucharilla de IKEA y no de WMF junto al bol, pedido con varios deseos especiales y preparado en varios pasos, o si la ventana del hotel daba al este, a Charlotte el MM y el editor le parecieron interesantes, antes y probablemente también después de conocer en persona a este último. Al fin y al cabo, el editor no solo era editor, sino también escritor, empresario y Social Entrepreneur. Charlotte no sabía en realidad lo que era un Social Entrepreneur o qué hacía, pero quién sabía esas cosas. ¿Había olvidado Charlotte una de sus profesiones, o se había inventado una falsa? Daba igual. En cualquier caso, al fin y al cabo el editor no solo era editor, y era comprensible que alguien con tanta responsabilidad necesitara sus rutinas. Seguro que todos los hombres importantes y poderosos tienen sus neurosis, pensó Charlotte. De lo contrario, seguro que se volverían locos, los pobres.

Las asistentes recibieron a su llegada un enorme ramo de flores (lisianthus rosa, con tallos cortos, tal como estaba anotado en el MM), bombones, un lector electrónico y un calendario color rosa chillón que, según el manual, le gustaba regalar al editor y que él mismo había diseñado, o más bien había encargado «a la tipógrafa más importante de nuestra época». Además, había una sencilla tarjeta blanca con unas cuantas palabras impresas, incluida una firma impresa suya, de la que Charlotte ya no logra acordarse. Qué amable, pensó Charlotte, que adoraba los regalos, y se alegró

especialmente con el lector, aunque ya tenía ese mismo modelo y no lo utilizaba. En el segundo podría leer los nuevos manuscritos de la editorial, durante la pausa del mediodía, al borde del agua. Ivana, que exclamó, desbordante y exaltada: «¡Oh, qué amable! ¡Qué atento! ¡Adoro esta clase de gestos!», sacó a Charlotte de sus ensoñaciones relativas al lector, el Isar y el joven que se sentaba junto a la lectora (Charlotte) y le preguntaba qué estaba leyendo, que la veía todos los días. Y, mientras Charlotte intentaba recordar cuándo había usado por última vez la palabra «atento» en su uso cotidiano de la lengua, y si Ivana lanzaría con frecuencia exclamaciones tan desbordantes y exaltadas, Ivana exclamó, desbordante y exaltada:

—¡Yo no leo nada! ¡Pero voy a empezar a leer! ¡Me alegro de veras! ¡No leo nada! ¡Pero voy a empezar a leer! ¡Prometido! ¿Me eliges un par de libros? Porque tú lees mucho, ¿no? —preguntó Ivana, que se había calmado un poco.

Charlotte asintió sonriente: Claro.

—Mañana por la mañana os explicaré con calma cómo se hace una tarjeta como esta. Es un poco complicado —dijo la antigua asistente antes de la pausa del mediodía.

Charlotte se preguntó qué podía tener de complicado imprimir una carta en papel de cartas. Charlotte aún no sabía que preparar-cartas-para-el-editor era algo intermedio entre la ruleta rusa y una complicada ciencia, y que ni siquiera el editor conocía la fórmula subyacente a esa —su— ciencia. Charlotte aún no sabía que cada carta enviada finalmente, después de innumerables rondas de corrección, sería como una pequeña victoria, mientras la lista de las cartas que se encontraban en proceso y las que todavía había que

dictar crecía y crecía. Y Charlotte necesitó un poquito de tiempo para entender que a la hora de preparar-cartas-para-el-editor en realidad solo había que tener en cuenta una cosa fundamental: las condiciones marco para la presentación de la carta tenían que ser las adecuadas, y el editor tenía que sentirse atendido, tomado en serio y admirado. Lo mejor era servir primero un expreso con uno o dos, pero no tres, bombones (en cualquier caso no solo un expreso, tenía que ir acompañado de un gesto amable, y ser preferentemente de la casa Storck, ¡y desde luego no de la casa Maise! Solo en una ocasión Charlotte cometió el error de ponerle dos bombas de crema con el expreso), aunque no las hubiera pedido y quisiera cuidar su línea. Luego había que sentarse junto a él, enumerar con tranquilidad y sin prisa todo lo que ya estaba resuelto, preguntar cómo estaba su hija y sobre todo cómo estaba él, qué tal había dormido, quizá dejar caer alguna pregunta general, qué tal el final del verano o qué opinaba de una persona de la editorial, y cuál había sido su comida favorita en la infancia, hacerle reír y, muy importante: reírse con lo que él decía. Naturalmente, solo cuando él quería hacer reír. Y luego, cuando Charlotte se había reído, el editor se había reído, en el mejor de los casos se habían reído juntos, él había hablado lo suficiente y no estaba o ya no estaba de humor destructivo, había que presentarle la carta rápida e inocentemente, a ser posible poco antes de que él saliera del despacho a resolver asuntos que le corrían prisa.

—¿Puede enviarse así?

Naturalmente, a pesar de todo, las cosas salían mal a menudo, y su firma, de la que disponían de varias versiones digitales porque a él no le gustaba firmar en papel, era demasiado grande, demasiado

pequeña, demasiado pegada a la izquierda o a la derecha, el bloque del texto era demasiado irregular, demasiado compacto o, lo peor: leía el texto una vez más y encontraba un error o algo que seguro que él no había dictado así. Pero, en última instancia, primero tenían que darse las condiciones marco para presentar la carta a fin de minimizar la probabilidad de posibles errores y la ira del editor ante la carta defectuosa. Porque, si el editor se sentía atendido, tomado en serio y admirado, podía incluso ocurrir que una carta presentada por primera vez pasara tal como estaba. Pero de eso hablaremos más adelante, ahora volvamos al primer día, en el que Charlotte aún no sabía nada.

La antigua asistente explicó a las nuevas asistentes que en verano, antes de ir al trabajo, a veces quedaban y se daban un chapuzón rápido en el Isar. Era estupendo para despertarse y empezar la jornada. «Qué bonito», dijo Charlotte. Había un club de lectura y un grupo de esquí, contó la antigua asistente. El club de lectura se reunía una vez al mes en una taberna y el grupo de esquí hacía incluso tres excursiones al año. Qué bonito, pensó y dijo Charlotte, aunque por regla general evitaba esa clase de grupos. Pero quizá había que darle una oportunidad al grupo de esquí, a ella le gustaba esquiar y lo hacía bien.

Charlotte siente una aversión profunda hacia las camarillas y los grupos desde que de niña y de adolescente trató en vano de unirse a ellos. No logra acordarse de la época de la guardería, solo sabe que no le gustaba ir. En la escuela primaria, a Charlotte no la dejaban jugar en el recreo con el caballo o a la comba, tampoco era bienvenida en la escalera del tamagotchi, aunque se había comprado uno con su paga para poder cuidar a los tamagotchis con las otras

en la escalera del tamagotchi. A menudo no la invitaban a los cumpleaños, y en clase de gimnasia solía ser la última que elegían como pareja. Las cosas siguieron así en el instituto. Charlotte odiaba el momento en que cambiaban los sitios en la clase o había que discutir el reparto de las habitaciones en las excursiones. No le hacían directamente mobbing, pero tampoco tenía verdaderos amigos. No formaba parte de ningún grupo y no la aceptaban en los equipos de balonmano o de hockey, Charlotte lo sentía, sus compañeras se lo hacían notar. Lo único que funcionaba era el tenis. Probablemente porque es un deporte individual y muy competitivo. Se trataba de superar a sus compañeras en la lista y mejorar su propia marca obteniendo victorias. En la Medenrund,[2] lo que más le importaba a Charlotte era ganar en solitario, y se alegraba secretamente cuando era la única de su equipo que ganaba en solitario, aunque el equipo perdiera en conjunto.

Charlotte no es tonta y sabe, naturalmente, que el problema era ella, pero no sabe exactamente a qué se debía. Quizá a que era muy posesiva y prefería tener para ella sola a una determinada persona del grupo. O a que siempre quería ser la mejor y no sabía perder, o a que ya entonces los grupos le resultaban sospechosos y los grupos lo notaban, o lo que fuera. De todos modos, ahora ya da igual.

Y, como lo de las amistades y los grupos no le funcionaba, con el tiempo Charlotte fue acostumbrándose cada vez más a estar sola. Descubrió la lectura y la biblioteca escolar por su cuenta, y, en lugar de salir con personas de su edad, solía hacer muchas cosas con su madre o con una prima unos años mayor que ella. Luego el piano le reclamaba cada vez más tiempo, por lo que, de todos modos, no encontraba hueco para las cosas que, en realidad, se hacen cuando

se es adolescente. Por eso también tuvo que dejar el tenis. Tenía clases a todas horas, para lo que iba a la ciudad; en vacaciones, cursos de perfeccionamiento; los fines de semana, conciertos, y el resto del tiempo se dedicaba a practicar.

Por supuesto, en la pubertad era especialmente doloroso no formar parte del grupo cuando los compañeros recopilaban sus primeras experiencias con el alcohol, las drogas y el otro sexo (en la promoción de Charlotte, todavía se acercaban exclusivamente al otro sexo), pero se conformó, tocó el piano, leyó mucho y recopiló con los protagonistas de sus libros sus primeras experiencias con el alcohol, las drogas y el otro sexo.

La enfermedad de su madre constituye un punto de inflexión en su vida. Cuando su madre enfermó y tuvo que permanecer ingresada en el hospital varias veces durante largas temporadas, de repente todo perdió importancia para Charlotte, y el trajín de sus compañeros le resultó grotesco e indiferente. Como animales necios, pensaba Charlotte. Desde ese momento ya no quería estar con ellos, los otros le daban igual, y de todas maneras tenía suficiente tarea con preocuparse por la salud de su madre. La idea de perderla la dejaba sin respiración, y sabía que ella también se moriría si su madre moría. Mientras sus compañeros se emborrachaban hasta el coma los fines de semana en la pista de patinaje, Charlotte iba en tren a ver a su madre al hospital, pedía pizza con su padre y esperaba buenas noticias, que por fin llegaron.

La madre se curó, Charlotte se volvió hermosa de pronto, y los grupos abrieron sus barreras a la que se había vuelto hermosa, pero a Charlotte se le habían pasado las ganas de entrar en ellos. De vez en cuando iba a alguna fiesta en un pueblo o en casa de alguien,

cosechaba experiencias que antes le estaban vedadas y cultivaba un par de amistades sueltas. Pero en conjunto no se sentía en su sitio, prefería pasar el tiempo sola.

Esta es la historia de Charlotte y la razón por la que le gustaba estar sola y no le apetecía buscar amigos, integrarse en estructuras sociales y adaptarse. Las dinámicas de grupo en el puesto de trabajo le parecían aún más repelentes que las agrupaciones universitarias, como las asociaciones de estudiantes o los seminarios. Cuando los compañeros iban a comer juntos o quedaban para un After-Work-Drink, a Charlotte le dolía la cabeza o se refugiaba en el teletrabajo. No quería hablar en grupos de WhatsApp o chats de equipo sobre quién llevaba queso a las comidas y quién embutido vegano. No quería ir a comer. Después del trabajo, sencillamente quería irse a casa.

Cuando Charlotte sigue a veces en Instagram a antiguos compañeros de colegio, de pandilla o de trabajo, que pasan tiempo, viajan, comen o festejan con otras personas, se pregunta cómo será tener amigos tan íntimos como para pasar mucho tiempo con ellos, a los que poder llamar o visitar en el acto cuando una no se encuentra bien. En cuyas camas se deja caer una como si fuera la suya, llora y quizá pide con ellos «Comfort Food» para sentirse mejor. ¿Cómo será tener amigos con los que se viaja en un tren nocturno a Barcelona, con los que te puedes morir de risa por tonterías, pasarte la noche bailando, etc.? Sin duda no suena mal, piensa Charlotte. Pero no los necesita. Y, cuando las posibilidades empiezan a prender y la gente muestra interés por Charlotte y la amistad con ella, Charlotte pisotea las chispas en el plazo más breve, empleando el descuido y la falta de fiabilidad. Charlotte no tiene

verdaderos amigos, y tampoco se ha mudado a Múnich con la idea de encontrarlos.

A las dos nuevas colegas, que nunca llegarían a ser amigas, les hicieron antes del mediodía un tour por la casa. Todos fueron amables con ellas, aunque retrospectivamente a Charlotte le gusta decir que durante dicho tour por la casa ya vio la compasión, o a veces incluso la leve diversión en los ojos. Charlotte afirma que leyó en sus ojos «¡Las pobres!», «Carne fresca para él» o «Qué divertido..., otras dos asistentes nuevas». Pero quizá tan solo se lo imagina retrospectivamente.

Aún se acuerda muy bien de cuando vio por primera vez a Alexandra Liebig, y se sorprendió porque su aspecto era totalmente distinto a como lo imaginaba. No había encontrado en la red ni una sola foto de la jefa de personal, así que imaginó para aquella voz melodiosa y profunda, con un ligero acento sajón, una mujer alta, algo recia, en torno a los cincuenta, de pechos abundantes y espeso cabello oscuro. Pero Alexandra Liebig era bajita y delicada, llevaba un corte bob rubio y cortado con precisión, y al principio a Charlotte le resultó de algún modo tranquilizador y solo un poquito aterrador que la mujer pareciera no tener edad ni sexo, como un ángel o un elfo. También su vestimenta la confundió. Bajo un gran poncho de lana rojo asomaban unos pantis marrones finos y delicados, como bajo el sombrero de una gran seta. Pero los zapatos la confundieron todavía más, no solo no encajaban con el color, tampoco con el resto de su enigmática apariencia. Llevaba, con aquel intemporal conjunto de lana, precisamente unas zapatillas Vans-Slip-On a cuadros

blancos y rosas. Charlotte pensó entonces, en ese primer encuentro, que con su Oversize-Look y su aspecto élfico a juego Alexandra Liebig podía presentarse en la Fashion Week de Berlín e incluso despertar expectación. Cada vez que Alexandra se ponía aquel poncho rojo, y lo usaba a menudo, casi día sí día no, Charlotte se acordaba de la canción infantil del hombrecillo con la capa roja que se quedaba inmóvil y en silencio en el bosque. «¿Quién puede ser el hombrecillo que está solo en el bosque con la capa roja?», se le pasaba por la cabeza ya el primer día de trabajo después del encuentro con la amable Alexandra, y en ese momento aún no tenía ni una pálida idea de quién era ese hombrecillo o esa mujercilla y cuál era su agenda, porque la poco amable Alexandra iba a seguir siendo un enigma para ella incluso después de su etapa en Múnich. Pero volvamos al primer día y al tour por la casa, después del cual las tres asistentes fueron a un restaurante indio a la vuelta de la esquina. Ivana hablaba sin parar, y, mientras saltaba de Heidi Klum a su novio de Nueva York, su reciente viaje a la India y su enorme interés por el diseño de interiores, Charlotte la observaba, se preguntaba si su nueva compañera hablaba tanto por nerviosismo y, con una extraña sensación en la tripa, se preguntaba cómo sería compartir despacho con aquella mujer.

Luego se dio cuenta de que aquella mañana Ivana había recibido un MacBook y un iPhone más nuevos que los suyos, que los aparatos que le habían asignado a ella eran versiones más antiguas, con señales de haber sido usados, y su teclado ni siquiera era de Apple. Habrían podido darles a las dos asistentes un modelo más antiguo o uno más reciente a cada una, pensó Charlotte, habría sido lo justo. Antes, Ivana se había comido una barrita de chocolate con

arroz mientras sincronizaba el MacBook con el técnico. Charlotte nunca se comería una barrita de chocolate con arroz junto a o encima de un MacBook, y no digamos uno nuevo, pensó, mientras Ivana le hablaba de una nueva aplicación interactiva contra el desperdicio de alimentos en la que su novio neoyorquino acababa de invertir.

Por la tarde, la antigua asistente enseñó a las nuevas la agenda de contactos y el calendario del editor. Cada entrada en el calendario y cada nueva ficha de contactos tenían que ser registradas conforme a una regulación específica. Muy complicada. Cada nueva entrada y cada modificación debían quedar reseñadas al final con una abreviatura personal y la fecha. Al deslizar la pantalla de la agenda de contactos, Charlotte vio tantas abreviaturas distintas que se imponía la pregunta de cuántas asistentes en total había tenido ya el editor. La entrada más antigua era de hacía tres años, y desde entonces había sin duda más de diez abreviaturas diferentes.

Mientras la veterana explicaba algo a las nuevas, su iPhone sonó. Ella se levantó de un salto, se puso los auriculares, dijo, en tono amable y formal, «Hola, señor Maise», y corrió con el MacBook desde el despacho de las asistentes al suyo, al lado.

La antigua asistente ya les había enseñado antes a ambas el despacho del editor, y a Charlotte la había impresionado. Tan moderno. La estancia, inundada de luz, clara, con alfombras color beis, no parecía un despacho, más bien el showroom de un diseñador del centro de Berlín. Cada mueble era una pieza única. A un lado, una estantería de color rosa repleta de libros. Espléndida, pensó Charlotte. En el rincón, un tresillo semicircular. Un bloque cromado como Coffee Table, encima una lámpara de color naranja

que parecía una seta. Agrupados a su alrededor: un sillón de tubo de acero con asiento y respaldo de piel, un sillón de cuero color caramelo que recordaba medio huevo abierto. ¡Y el sofá! El sofá recordaba dos salchichas blancas apiladas una encima de otra. Tal vez estaba hambriento cuando decoró el despacho, pensó Charlotte, que no podía imaginar que el sofá o el sillón fueran cómodos. En general, la mayoría de los muebles tenían un aspecto tan fancy que daba miedo tocarlos. Y, de alguna manera, faltaba un concepto global, le parecía a Charlotte, que de todas maneras no tenía ni idea de decoración de interiores. También el gigantesco escritorio de cristal situado justamente a la entrada, ante el que había dos sillas Panton verdes y detrás se alzaba su gran sillón negro de cuero, de jefe, era cool, pero sin duda poco práctico, por frío y duro. Gran parte de su superficie estaba cubierta de pósits de colores, dispuestos en limpias filas y escritos con rotuladores de distintos colores que, cuando no estaban directamente pegados a la mesa, lo estaban a una revista, un manuscrito u otras hojas. En el borde del escritorio se había formado un ejército de baratijas que no acababan de encajar del todo en la moderna decoración: una reina de Inglaterra de plástico que saludaba con la mano, un pequeño caniche rosa, postales, una pelota de golf, etc. Parecía coleccionar cosas. Charlotte, que también coleccionaba cosas, sonrió al ver un rinoceronte de madera que sacaba la lengua. Detrás del escritorio, en la pared, colgaban tanto obras de arte como objetos personales. Fotos del editor con autores y personas importantes, fotos de sus padres, de su hija, postales divertidas, cartas enmarcadas, citas, artículos de prensa recortados. A Charlotte le gustó aquel caos. Le

gustó que el editor pareciera tener sentido del humor y que también apreciara las cosas pequeñas de la vida.

A Charlotte le gustó la estancia, pero olía a cerrado, y se preguntó si el olor no desaparecía con los varios momentos de ventilación prescritos en el manual de instrucciones.

—La moqueta desprende un poco de olor, es cachemir —dijo la antigua asistente, en respuesta a la observación, carente de tacto, de la primera nueva asistente, de que en el despacho había un olor extraño.

Era un olor desagradable. No solo a cerrado, como huelen las viejas alfombras, sino agudamente dulzón y penetrante, como si hubiera un animal muerto o algún otro secreto escondido en algún sitio. Charlotte era sensible a los olores, y sabía que tendría dolores de cabeza si tuviera que pasar mucho tiempo allí. Aun así, disfrutaba de la idea de sentarse a la mesa de cristal con el editor, en una de esas sillas Panton verdes.

La tarde del primer día de trabajo, Charlotte se sentó a su temblona mesa de IKEA, se comió los bombones que le había regalado el editor y miró el Isar por la ventana. Por lo menos el agua, pensó.

6

Al tercer día, él apareció de pronto en la puerta. Visita sorpresa. Como Charlotte ya había comprobado durante la llamada por Zoom, su rostro al natural estaba bien para su edad, pero solo bien para su edad, y no tan bien como en las fotos que circulaban en la red. De hecho, la cicatriz era más llamativa y estaba más abultada que en la pantalla, y Charlotte no lograba decidir si subrayaba su aspecto atrevido o, en ese espacio tridimensional, sencillamente recordaba a una oruga y era asquerosa.

Ugo Maise era más alto de lo que se esperaba, lo que de algún modo molestó a Charlotte. Él mismo tampoco parecía del todo cómodo con su estatura, iba un poco encorvado por el despacho. Como si la persona que había dentro de ese cuerpo tan grande intentara rellenarlo, en vano.

Charlotte aprendería que las visitas sorpresa eran propias de él. Muy a menudo, cuando ella se creía a salvo porque él tenía citas fuera de la editorial, e iba a ponerse a despachar su creciente lista de cosas por hacer, con una taza de café y música en los oídos, aparecía de pronto en el marco de la puerta, con ese cuerpo grande, de algún modo amorfo, la mayoría de las veces con dos bolsas de lona de la editorial llenas a reventar, y de vez en cuando con una bolsa de bretzels en las manos que Charlotte tenía que colocar con

cariño (!) en la cocina con una tarjeta suya. La gente de aquel piso sabía que no podía hacer daño llamar a la puerta y dar las gracias al editor por su amable gesto. De camino a casa, siempre echaba un vistazo a los bretzels, y si quedaban muchos la ira llameaba en su rostro. ¿Es que ya nadie comía bretzels? ¿Por el gluten o qué? ¿O es que otra vez todos están teletrabajando? ¿Quién está exactamente teletrabajando? A veces, cuando él estaba de buen talante y Charlotte no quería ver uno de sus cambios de humor, se metía en el bolso tres o cuatro bretzels a lo largo del día, y por la noche se comía uno y tiraba los otros a la basura. Pero a veces Charlotte también quería que su ira se dirigiera a otras personas que no fueran ella, y, si le preguntaba, informaba al editor de quién trabajaba a menudo desde casa y quién venía con regularidad a la editorial. Al fin y al cabo, ella lo sabía con detalle, porque estaba allí todos los días. Pero de eso hablaremos más adelante.

Sea como fuere, al tercer día él estaba en la puerta, con dos bolsas de lona repletas en las manos. Ivana se puso en pie de un salto y chilló:

—Hola, señor Maise.

Él la ignoró y preguntó por la antigua asistente, que el día anterior trabajó desde casa y había dejado a las nuevas asistentes muchas pequeñas tareas (redactar cartas, preparar un envío de libros, crear un contacto y una cita, etc.) que quería revisar por la tarde. Él pareció poco satisfecho, asintió, dejó las bolsas en el suelo para estrechar la mano de sus nuevas asistentes, pensó Charlotte, que en ese momento aún no sabía que por supuesto tenía que haberle cogido las bolsas en cuanto se había detenido en la puerta, para vaciar con él su contenido mientras tomaban una taza de café y uno

o dos bombones (él). Porque las bolsas de lona siempre estaban llenas de cosas que tenían que ver con encargos de trabajo. «Envíe esto a este» (artículo de prensa), «Esto a este» (figura de Lego), «Pida tres rojos (¡no verdes!)» (sacapuntas eléctricos), «Envíele flores, le escribiremos una tarjetita para acompañarlas» (postal), «Contacte con esta autora, quiero verla» (libro), «La subasta es el viernes por la tarde. Recuérdemelo porque vamos a pujar» (catálogo), «¿Por qué el azul de la cubierta es tan oscuro? Habíamos quedado en otra cosa, por favor, cíteme con el responsable de esto en el departamento de cubiertas» (libro).

A veces se le olvidaba qué encargo se ocultaba detrás de una revista, una camiseta o una tarjeta de visita, y eso lo volvía loco. Solo podía dedicarse a temas nuevos cuando se le ocurrían y, cuando no querían ocurrírsele, parecía inquieto e iracundo, como un abuelo con alzhéimer que no puede recordar cómo se llama su nieto. En esos momentos Charlotte casi sentía compasión por él. Hasta que su ira se volvía contra ella o encontraba en la bolsa de lona, de la que había sacado todas las cosas que significaban encargos para Charlotte, una montaña de recibos, compras de los días anteriores. Mientras ponía los comprobantes uno tras otro en la mano de Charlotte, decía con excesiva rapidez la razón por la que había que cargar a la editorial cada una de esas compras. Charlotte nunca lograba anotar más de la mitad de las razones, por lo que luego las deducía con ayuda del calendario y la imaginación en vez de preguntarle, porque eso le ponía furioso. Al fin y al cabo, ya se lo había dicho.

Pero Charlotte aún no sabía todo eso en su tercer día de trabajo. Solo sabía que el editor y la cicatriz eran más grandes de lo que

pensaba.

Cuando las nuevas asistentes siguieron al editor a su despacho con olor a cerrado, Charlotte se fijó en la calvicie que le clareaba en la parte posterior de la cabeza y se preguntó si lo sabía. Quizá no, de lo contrario se habría despedido hacía mucho del peinado de su juventud y optado por el rapado radical, como tantos hombres del sector de la cultura hacían en algún momento, o, como alternativa, habría hecho un viaje a Turquía para injertarse pelo. ¿Se podía injertar pelo en la parte de atrás o solo funcionaba delante, en las entradas? Se sentaron, en el sofá (él) y en los sillones (las nuevas asistentes), y charlaron. Charlotte ya no puede acordarse al detalle de la conversación, pero discurrió tan a saltos como en su primera toma de contacto por Zoom. Él preguntó si sus nuevas asistentes habían llegado bien a la ciudad, ambas asintieron, dieron las gracias por las flores, bombones, etc., él habló de sus vacaciones en Italia o Francia y dejó caer una y otra vez que no estaba bien, señaló las ventanas, movió la cabeza, «ya podían limpiarlas otra vez», las nuevas asistentes asintieron, y en algún momento se levantó, sacó una rana reluciente de un verde chillón de una de las bolsas de lona y la puso encima de la mesa de cristal.

—Preciosa, ¿eh? —preguntó.

A Charlotte la rana le pareció asquerosa. Era tan grande, de un verde intenso que brillaba como si estuviera engrasada. ¡Y esos ojos saltones negros, espantosamente bordeados de rojo!

—¡Guau! ¡Qué guay! ¡Adoro estos objetos! ¡Siempre me llevo por lo menos uno de recuerdo de mis vacaciones! ¡Adoro estas Special Pieces! —gritó Ivana llena de entusiasmo, mientras Charlotte se

sentía observada por los ojos negros y penetrantes de la rana, que estaban dirigidos exactamente hacia ella.

Mu: Y a usted, ¿qué le parece la rana?

Charlotte apartó los ojos de la rana y de sus discos adhesivos en las patas, los volvió hacia el editor y negó con la cabeza.

Sch: No tan guay.

El editor rio.

Mu: ¿Y eso?

Sch: No me gustan las ranas.

Sch: Y me mira de un modo extraño.

El editor rio.

Mu: Es usted graciosa.

En algún momento la antigua asistente, con la que el editor quería trabajar a solas en su despacho, llamó a la puerta y las dos nuevas asistentes se despidieron para volver a sus tareas, aunque en realidad solamente Charlotte volvió a sus tareas, mientras Ivana no paraba de hablar. Que qué majo y simpático era el editor, que nunca iba a hacerse con lo de redactar cartas, blablablá, pensó Charlotte, y trató de concentrarse.

Una hora larga después, la antigua asistente regresó con un montón de hojas, revistas, libros, etc., al despacho de las asistentes, y poco después él volvía a aparecer en la puerta, igual que horas antes, todavía más alto de lo pensado y con una bolsa de lona en la mano, y se despedía con una sonrisa pícara y un débil gesto de la mano, y Charlotte estaba bastante segura de que la sonrisa pícara había sido para ella.

Las nuevas asistentes se enteraron por la antigua asistente de que probablemente el editor se iría a descansar la semana siguiente a

Stanglwirt, aunque acababa de llegar de vacaciones, pero no se encontraba del todo bien. Naturalmente, Charlotte conocía Stanglwirt por Instagram, por Caro Daur, Joko y compañía, ¿qué hacía el editor allí? Wellness? No, Charlotte no se lo podía imaginar tumbado todo el día en el spa. Quizá se encontrase a Caro Daur, Joko y compañía, con los que tomaría pasteles, iría a caminar, se dejaría caer por el gran tobogán de agua de 120 metros y discutiría proyectos de libros.

7

Antes de que el editor partiera hacia Stanglwirt, las dos nuevas asistentes fueron despedidas por tener el correo en completo desorden y haber perdido unas tarjetas de visita. Por supuesto, las despidieron por su falta de precisión en el trabajo, y, aunque Charlotte asumió parte de culpa en el desorden del buzón (que no estaba desordenado), negó rotundamente la pérdida de las tarjetas de visita y la falta de rigor en su trabajo. Pero todo a su tiempo.

La cosa empeoró durante el «bautismo de fuego» de las nuevas asistentes. La antigua asistente tenía planeadas unas cortas vacaciones desde hacía mucho y quería irse con su prometido a una casita encantadora en las montañas, antes de regresar por un corto periodo e irse de manera definitiva. En realidad, el editor iba a estar en un viaje simultáneo en el extranjero, lo que probablemente habría producido una escalada similar, porque, a pesar de su ausencia, los viajes del editor al extranjero tenían la tendencia a crear situaciones de estrés, por ejemplo, si en un plazo brevísimo había que conseguir una habitación de mejor categoría en Portugal o había que hacer un cambio de hotel porque la suite del 5 estrellas era demasiado fría y «espantosa», o si en su habitación del hotel de Nueva York (él siempre ignoraba el lapso horario) tenía que haber un impresionante ramo de flores para su cita de la noche (flores de

lisianthus rosa [no malva], de tallo corto, se entiende). Pero luego hablaremos de eso.

A posteriori, a Charlotte le parece que aquel bautismo de fuego fue una burda negligencia de la antigua asistente, pues, dadas sus propias experiencias, tenía que saber que había al menos un setenta por ciento de posibilidades de que despidieran a las dos asistentes nuevas. Al fin y al cabo, la antigua asistente sabía cómo era el editor y que las nuevas asistentes, que solo lo habían visto una vez, apenas podían entender cómo era. Pero quizá la antigua asistente sencillamente sintió esperanza y puro optimismo al ver la precisión del trabajo de Charlotte y la forma perfecta en que llevaba a cabo sus tareas, piensa Charlotte. Al final, es probable que la antigua asistente no quisiera perderse aquellas cortas vacaciones planeadas desde hacía mucho con su prometido en la casita encantadora en las montañas. De todos modos, el editor iba a viajar a Stanglwirt y seguramente no aparecería por la editorial. Y solo serían dos o tres días. Y, en caso de emergencia, las nuevas asistentes podían llamar a la antigua asistente. «Consideradlo vuestro bautismo de fuego», dijo la antigua asistente con un guiño, y Charlotte asintió con una sonrisa peleona y segura de su victoria, sin plantearse siquiera no superar el bautismo de fuego (en última instancia sí lo superó, pero todo a su tiempo).

Sea como fuere, la antigua asistente, que se marchó con su prometido a la casita encantadora en las montañas, tenía razón, y el editor fue a la editorial cada uno de los tres días hasta el momento de su partida, y el día de su partida despidió a las dos nuevas asistentes.

8

La primera mañana sin la antigua asistente, las dos nuevas asistentes todavía disfrutaron de la calma que precede a la tempestad, que aún no sabían que se avecinaba; empezaron por hacerse un café y, mientras Charlotte leía y marcaba por segunda vez el manual de instrucciones, porque la primera vez lo había leído y marcado deprisa y sin la necesaria concentración, Ivana se pateaba la oficina y toda la planta y se alegraba por cada víctima que se rendía a sus ataques de verborrea, después de que Charlotte la hubiera repelido arqueando las cejas, negando con la cabeza y señalando el manual con el dedo índice.

Luego Charlotte se dedicó, como le había recomendado la antigua asistente, al buzón de correo del editor. El buzón de correo del editor, al que las asistentes solo tenían acceso para enviar correos dictados, era absolutamente crucial, repetía la antigua asistente. Porque el editor mismo no tenía ningún control de la bandeja de entrada; esperaba de las asistentes que ellas lo tuvieran. Charlotte encontraba interesante sobre todo la bandeja de salida. Los e-mails que enviaba a la antigua asistente eran por regla general palabras sueltas, abreviaturas crípticas, emojis, fragmentos en inglés, en francés, en italiano, a menudo mezclados, con muchos errores, el tono a veces casi de coqueteo, aunque naturalmente Charlotte no

podía valorar eso. Leía a menudo frases como «incroyable, c'est fanta», «vous êtes un ange», y el emoji de un ángel. A Charlotte no le gustaban los emojis. Al mismo tiempo, esos e-mails mantenían la distancia con ayuda de una apelación formal y fórmulas de cortesía que a menudo hacían que todo pareciera más coqueteo, pero daba igual. Las respuestas de la antigua asistente siempre eran formales. Dos líneas en blanco, querido señor Maise, línea en blanco, he hecho tal cosa, línea en blanco, cordialmente, línea en blanco, nombre y apellido de la antigua asistente, aunque a veces se permitía alguna pequeña broma y se notaba que se conocían bien, por ejemplo, cuando el editor daba las gracias por un regalo de la antigua asistente a su hija.

Los correos electrónicos a amigos, autores y contactos comerciales estaban, al contrario que los dirigidos a la antigua asistente, perfectamente redactados, conscientes del estilo, a menudo divertidos, a veces casi poéticos y con estructura dramatúrgica, aunque los recibidos de amigos, autores y contactos comerciales fueran, por regla general, tan informales y estuvieran tan llenos de errores como suelen estar los correos electrónicos. Quizá él esperaba editar más tarde su correspondencia en formato libro, pensaba divertida Charlotte, y hoy ya no le cabe ninguna duda. En cualquier caso, el modo en que era percibido por amigos, autores y contactos comerciales era claramente importante para él. En una ocasión, Charlotte sonrió e incluso rio mientras leía aquellos hermosos correos carentes de errores. En ese momento aún no sabía, como hemos dicho, que esos textos no habían salido de la nada, que más bien cada uno de aquellos correos era un difícil parto en el que la asistente participaba de forma decisiva. Y, ¡ay!, si los

correos que le dictaban, y que solo podía enviar después de varias lecturas en voz alta, salían con un error que él advirtiera demasiado tarde. ¿Qué iban a pensar de él? ¡Había que trabajar con precisión! Zut! Zut! Empleaba con frecuencia esa enérgica expresión francesa cuando, en su opinión, ella trabajaba de manera imprecisa, pero de eso hablaremos después.

Los correos electrónicos dirigidos al personal de la editorial tenían un tono distinto, marcado por una ligera pasivo-agresividad. A menudo pedía una aclaración, o mantener una conversación para saber por qué algo había salido tan mal y cómo se había tomado una decisión tan evidentemente errónea sin haberle consultado ni una sola vez. Es comprensible, pensaba Charlotte, al fin y al cabo era su editorial. A Charlotte le parecía hermoso que de vez en cuando también elogiara de manera desbordante a algún subordinado, y se alegraba esperando el momento en el que también la elogiaría de manera desbordante a ella.

Charlotte buscó en el buzón rastros de las antiguas asistentes, de las que tan solo sabía las abreviaturas y las direcciones de e-mail, pero todo parecía haber sido borrado, ni siquiera consiguió sus nombres. Tampoco estaban en su agenda de contactos. Borrados. Por fin, encontró un puñado de e-mails de la última asistente, se llamaba Marie, cuyo escritorio ahora ocupaba ella y que, según la antigua asistente, se marchó porque ese trabajo no era para ella. El editor también envió notas a Marie, como a la antigua asistente, pero con cero coqueteo, más bien furiosas, nada de emojis, muchos signos de interrogación combinados con exclamaciones, muchos reproches, y, cuando los reproches fueron a más, Charlotte advirtió un cambio en el estilo de las notas a completamente formal, siempre

iracundo, pero ahora formal y por tanto casi peor. Luego, un final abrupto. Ningún e-mail para o de Marie. Googleó, pero no halló gran cosa. Marie había hecho la reválida un año antes que ella y venía de Hannover. Charlotte solo encontró una foto en la red, una foto de grupo del bachillerato en la que ella estaba en un extremo, con un vestido azul oscuro de lentejuelas, muy soso, y sonreía. Parecía simpática y feliz.

En algún momento, durante el rastreo de Charlotte, pitó el móvil de Ivana, que en ese instante estaba vaciando y ordenando su cajón.

—Mira todo lo que hay aquí, Charlotte. ¿Puedo llamarte Charly?

Charlotte negó con la cabeza.

—¿Crees que puedo tirar todo esto?

Necesitaba a toda costa un cajón para las golosinas (¡healthy, por supuesto!), sus niveles de insulina tenían que mantenerse elevados, de lo contrario no podía trabajar. Quizá ese era el problema, pensó Charlotte, y asintió.

—Estaría bien tener un cepillo de dientes, y tal vez algo para cambiarse. ¿Qué opinas?

Charlotte asintió. Y luego sonó el pitido. Mensaje, el tono estándar.

—¡Acaba de escribirme! —exclamó con voz estridente.

Después de ese primer aviso, el móvil del trabajo de Ivana sonó a intervalos casi regulares, como uno de esos aparatos hospitalarios que miden el ritmo cardiaco de un paciente en coma. Un corazón que latía de manera rápida e irregular, pensó Charlotte, mientras su viejo y arañado iPhone yacía muerto sobre la mesa, con la pantalla en negro.

—¿Qué está escribiendo? —preguntó con curiosidad.

Ivana le enseñó los globos verdes de diálogo.

Mu: Tintorería

Mu: Cita con el peluquero today

Mu: Taller de automoción Call señor Sommer

Mu: Table à 2 (mesa 17) Trader Vic's

Y luego él llamó. Naturalmente, a Ivana.

—¡Buenos días, señor Maise! —gritó ella, chillona, y se puso en pie de un salto.

Él habló la mayor parte del tiempo, parecía darle indicaciones sobre los encargos que acababa de enviarle; por desgracia, Charlotte solo oía las respuestas de Ivana, y no lo que él decía y de qué se trataba exactamente. Ivana le pedía, por señas, que tomara notas, pero era inútil porque ella interpretaba su propia película y corría y saltaba por la estancia mientras hablaba. Parecía nerviosa. «Sí, sí, lo haremos», risa forzada, «jajaja. Sí, lo haré. Sí, ok. Sí, 19.30. Hum. Súper. Sí. Hasta entonces. Sí, lo hacemos. Hasta entonces».

—Vendrá luego, al mediodía —dijo, y se dejó caer, radiante, en la silla, como si acabara de correr una maratón en un tiempo récord o hubiera superado un examen.

—Apunta lo que ha dicho del restaurante, el taller, el peluquero, ¿vale? —dijo Charlotte como una maestra, mientras en el buzón de enviados del editor, que Charlotte seguía mirando más que el buzón de entrada, se abría otro e-mail dirigido a Ivana.

«Imprimir M.», leyó Charlotte en el asunto, y en el cuerpo del correo: «will explain later». Con «M.» seguro que quería decir «manuscritos». El editor ya había mencionado lo de los manuscritos el día anterior. Quería llevarse a Stanglwirt los manuscritos de la siguiente programación en una bolsa de lona. Charlotte empezó a

toda prisa a clasificar los manuscritos para imprimirlos. ¿Iba a dirigirse siempre solo a la primera asistente? ¿Tendría Charlotte que hacer su trabajo? No, no lo haría, tenía que cambiar eso, decidió Charlotte, y se lanzó a la caza de elogio y reconocimiento.

Ivana seguía siendo tan dispersa como dedujo Charlotte en su primer encuentro por Zoom. No terminaba ningún trabajo, saltaba de una cosa a la siguiente y entretanto despachaba alguna cuestión privada mientras le contaba su vida a Charlotte. Ella estaba casi fascinada por lo poco consciente que parecía ser su colega de que si el editor no tenía su cita con el peluquero podía haber consecuencias. Es como esos estudiantes que no han estudiado y aun así van felices y relajados al examen, pensó Charlotte. Una vez más, exhortó a Ivana a concertar la cita con el peluquero antes de hacer el inventario del cajón de snacks del editor o googlear los mejores lagos donde bañarse en Múnich. A Charlotte le ponía cada vez más nerviosa que ninguna de las tareas asignadas a las asistentes estuviera hecha. Cuando Ivana, después de decírselo por tercera vez, llamó al peluquero, Charlotte se quedó en shock. Entre otros lugares, Ivana había trabajado como Junior Client Consultant en una importante agencia publicitaria de Nueva York. Charlotte no sabía cuál era la tarea de una Junior Client Consultant, pero seguro que tenía algo que ver con Clients, o sea con clientes, ¿no? A pesar de las envidiables experiencias profesionales de su CV, Ivana parecía desbordada con la llamada. Recorría alterada la oficina, con el teléfono en la oreja, y Charlotte se impacientaba porque, sencillamente, no llegaba a la cuestión, es decir, a la cita TODAY con el peluquero. «Soy la nueva asistente, exacto, bla, bla». «Desde Berlín». «Raíces croatas». Y muchos «ehm». Hacía poco, Charlotte

había escuchado en un pódcast que muchos de los llamados Drinnies, o sea personas introvertidas, tenían miedo a fijar por teléfono una cita médica. Al final, Ivana no consiguió la cita para today, sino para el día siguiente, y no por la tarde, sino por la mañana. Ella habría sido más incisiva, pensó Charlotte, ella habría obtenido una cita para today.

Cuando Ivana, después de un breve (quince minutos) paso por el baño («Sorry! Me he pasado cotilleando. ¡Las chicas de prensa son estupendas!»), le ofreció cambiarle el agua también a las flores, Charlotte terminó de preparar su encargo de impresión y se puso a ayudar a Ivana, para que por lo menos un par de las tareas encomendadas a las asistentes estuvieran hechas antes de que él llegara. Por desgracia, el diálogo entre las compañeras solo se puede representar con abreviaturas a medias, porque Charlotte ha olvidado la de Ivana. Fue asistente durante muy poco tiempo.

Sch: Vamos a repartirnos el trabajo.

Ivana: Ok. ¡Estupenda idea!

Sch: Imprime tú los manuscritos.

Ivana: Pero no ha escrito eso.

Sch: Sí, te ha escrito un correo. «Imprimir M.», o algo así.

Ivana buscó el correo.

Ivana: ¿Y tú cómo sabes qué significa «M.»?

Charlotte estuvo a punto de explotar.

Sch: Porque ayer nos explicó que quería llevarse los manuscritos a Stanglwirt y que teníamos que meterlos en una bolsa de lona.

Ivana: Ok.

Sch: Yo llamaré a la tintorería, al restaurante y al taller.

Sch: ¿Qué quería de la tintorería?

Ivana: Quitar una mancha de vino de la chaqueta.

Sch: ¿Restaurante para cuántas personas? 19.30, ¿no?

Ivana: Hum.

Ivana: Tres, creo.

Sch: ¿Y el taller?

Ivana: Algo que no funciona, la batería o los neumáticos. Quiere pasarse cuando tenga tiempo.

Sch: ¿Con qué coche?

Ivana: Hum. ¿El Land Rover?

Sch: No tiene ningún Land Rover.

Ivana: ¿Dónde están los manuscritos?

Sch: Está todo en el MM.

Por norma, Charlotte no era tan sociable ni estaba tan dispuesta a ayudar, pero realmente le dolía el estómago al pensar en las tareas, que sin duda le habían encargado a Ivana, pero *stricto sensu* ellas dos eran algo así como un equipo y tenía que echarle una mano con el trabajo, y por supuesto la jerarquía no significaba nada.

Charlotte buscó los números en la agenda de contactos del editor y se puso con las llamadas, mientras Ivana desaparecía con su MacBook en busca de la impresora. Charlotte se dio mentalmente una palmada en el hombro, más tarde le contaría a su madre cómo se había hecho con el timón. Su madre estaría orgullosa y se lo contaría a su padre. A largo plazo, conquistaría el puesto de primera asistente, Charlotte estaba segura.

Ivana estuvo desaparecida el resto de la mañana. Sin duda habría podido limitarse a enviar la orden de impresión desde el despacho de las asistentes, en vez de hacer cola para la impresora en el pasillo del departamento de prensa, pero de esa manera por lo menos

dejaba tranquila a Charlotte. Oía la voz de su compañera, que encontraba una víctima tras otra de su pulsión comunicadora, y, cuando entró poco antes de la una con las copias de los manuscritos y Charlotte vio que estaban impresos por las dos caras, explotó:

—Por una cara —casi gritó—. ¡Una página por hoja, cuerpo de letra 14, lo pone en el MM! —E Ivana volvió a desaparecer rumbo a la impresora.

Y luego él volvió a aparecer en la puerta, de nuevo con una bolsa de lona llena, y por primera vez con bretzels.

Una vez más, Charlotte no se levantó de un salto para liberarlo de su carga.

Sch: Hola, señor Maise.

Mu: Hola, señora Scharf. ¿Cómo está?

Sonreía, pícaro.

Charlotte le devolvió una sonrisa pícara.

Sch: Bien. ¿Y usted?

Mu: ¿Sabe lo que mi hija pequeña contestó hace poco a mi pregunta de «¿Cómo estás?»?

Sch: No.

Mu: Mejor.

Charlotte rio, aunque no le había parecido tan gracioso.

Mu: Precioso, ¿no?

Sch: Sí, precioso. ¿Está usted mejor?

Mu: Por desgracia, no.

Sch: Seguro que en Stanglwirt le va mejor.

El editor cerró la puerta y bajó la voz:

Mu: ¿Sabe que nadie debe saber lo de Stanglwirt?

Sch: Sí, por supuesto.

Mu: Acuerde una cita con Bu. Tengo que establecer con ella un Wording, para mi ausencia.

Todavía tenía que acostumbrarse a esa abreviatura.

Sch: ¿Hoy?

Mu: Sí, mándemela.

Sch: Lo haré.

Sch: La mesa 17 del Trader Vic's está reservada.

Mu: ¿A las 19.30?

Sch: Sí.

Mu: Estupendo, gracias.

Sch: Tiene usted cita en la peluquería a las 16 horas.

Mu: ¡Había dicho que por la tarde!

Charlotte no dijo que, en su opinión, las 16 horas se consideraban dentro de la tarde, ni que había tenido que suplicar para conseguir esa cita con tan poco tiempo.

Sch: Volveré a llamar.

Mu: ¿Dónde está la señora Trautwein?

Charlotte se alegró un poquito de que él hubiera llegado cuando ella estaba trabajando en su ordenador e Ivana no.

Sch: No lo sé.

Mu: Que la señora Trautwein venga a mi despacho, voy a trabajar con ella.

Mu: Y haga el favor de dejar los bretzels en la cocina. Merci. Son para todos.

Charlotte se puso en pie de un salto y cogió la bolsa de bretzels.

Sch: Qué amable de su parte. Lo haré encantada.

Mu: Con una tarjeta. Con cordiales saludos de mi parte.

Se volvió, abrió la puerta y desapareció en su despacho antes de que Charlotte pudiera decirle que la tintorería y el taller ya estaban al tanto de su visita. Se lo contaría más tarde, a ser posible de forma gradual, debía ir entendiendo poco a poco que Charlotte había asumido todas las tareas de la primera asistente. O todo de golpe, también estaría bien. El teléfono de Ivana sonó, era el editor. Pero sabía que Ivana no estaba en el despacho. Charlotte respondió.

Sch: Sí, señor Maise, la señora Scharf al aparato.

Mu: Señora Scharf, puede hacer el favor de pedirme algo de comer.

Sch: Por supuesto. ¿Qué le gustaría?

Mu: Un bol.

Charlotte, que conocía sus boles favoritos por las instrucciones y por la antigua asistente, respondió: «¿Protein Power Bowl, Immunity Bowl o Green Goddess Salmon Bowl?».

Mu: Protein Power Bowl.

Mu: Pero sin aguacate ni arroz. Y con Chicken Flakes.

Mu: Y envíe a la señora Trautwein a mi despacho.

Mu: Ya se lo había dicho. Pas vrai?

Charlotte se tragó la respuesta «Hace diez segundos». En el trato con Charlotte, ese «Pas vrai?» se convertiría en una expresión habitual, junto con el «Zut» cuando, en su opinión, hubiera hecho o entendido algo mal, pero de eso hablaremos después.

Charlotte corrió a la impresora. Ni rastro de Ivana. ¿Dónde estaba? Llamó a su iPhone. Ivana no lo cogió. Volvió a llamar. No lo cogió. Volvió a llamar. Lo cogió.

Ivana: ¿Charly?

Sch: Charlotte. Debes ir a su despacho. Ahora. ¿Dónde estás?

Ivana: Con Alexandra. Por lo de la IsarCardJob. Se nos ha ido el tiempo charlando.

Charlotte odiaba la palabra «charlar», sobre todo en boca de Ivana.

Sch: ¡Ven ahora mismo y vete a su despacho!

Ivana: Ya voy, ya voy. Slow down, girl!

Charlotte colgó, murmuró: «Jódete» y se dispuso a pedir la comida, lo que por desgracia fue un reto algo mayor de lo que pensaba. En Uber Eats no se podía pagar con tarjeta, así que Charlotte llamó a Chu Chu Bowls, pidió la comida y, después de dejar los bretzels en la cocina con una tarjetita blanca, corrió al restaurante, que estaba a la vuelta de la esquina, pagó con su tarjeta una suma que sobrepasaba su compra del fin de semana, regresó con la bolsa a la editorial, directamente a la cocina, y lamentó no haber tomado notas cuando la antigua asistente le explicó paso a paso cómo había que preparar el Protein Power Bowl. «Me acordaré», había dicho, porque le parecía ridículo que le explicaran cómo se prepara un bol o una sopa. La antigua asistente solo se lo había explicado una vez, sin demostración, porque realmente él nunca había pedido un bol o una sopa en el tiempo que la antigua asistente estaba allí. Ahora Charlotte tenía el bol ya preparado en su recipiente de cartón, y estaba desbordada. En las instrucciones solamente decía que a mediodía le gustaba tomar una comida ligera (a ser posible Low Carb), y se indicaban un par de platos y los correspondientes restaurantes. Luego estaba lo de las preferencias de la cuchara, que las comidas siempre tenían que servirse en bandejas, que los ingredientes del bol de ninguna

manera podían venir mezclados y que no quería fideos en su sopa de fideos. Eso figuraba en el capítulo «9.2.1.1. Lunch». ¿Dónde estaban las bandejas? ¿Y qué bandeja de las dos debía escoger? ¿La rosa o la transparente? Charlotte las encontró debajo del escritorio de la antigua asistente, optó por la rosa, más grande, volvió corriendo a la oficina y se puso manos a la obra. Aquel día aún no se le había ocurrido dorar los Chicken Flakes en la sartén para ponerlo de buen humor. Pero pronto se acostumbraría no solo a enfriar el agua mineral en la nevera antes de servirla, sino también a dar una vuelta en la sartén a los Chicken Flakes (o a calentar la sopa en una cacerola). Cuando llevó el bol a su despacho y casi se quemó al tomar el primer Chicken Flake, él se alegró visiblemente y dijo que la antigua asistente nunca había dorado los Chicken Flakes, que ella (Charlotte) era increíble. «You are incroyable». Pero en este momento eso no es importante.

Sea como fuere, Charlotte puso con cuidado en un cuenco la ensalada de garbanzos y lentejas beluga, batata, huevo, lechuga, pipas de calabaza y los Chicken Flakes, y no supo qué hacer con el queso cottage y la salsa de pesto rojo. Los ingredientes del bol de ninguna manera podían ir mezclados, ponía en el manual. Nada más, ¿no? Volvió a abrir el manual, pero allí solo estaba la prohibición de mezclar los boles y que no quería fideos en la sopa de fideos, pero sí arroz tostado de guarnición. ¿Cómo es que no quería fideos en la sopa de fideos y sí arroz tostado de guarnición? ¿También quería arroz tostado de guarnición con el bol? Quizá sencillamente no le gustaba aquel arroz pegajoso de los boles. De todos modos, ¿quién pide una sopa de fideos sin fideos y un bol sin arroz? Finalmente, había que añadir algún ingrediente al bol para

que tuviera mejor aspecto y no estuviese tan abandonado en la fuente. Pero ¿qué? ¿Las pepitas de calabaza? Nada quedaba bonito en el bol, ni la ensalada de lentejas beluga ni la batata. ¿Y qué hacía con el queso cottage? Repartió el queso cottage por el bol y se arrepintió enseguida, porque el queso se mezcló con los otros ingredientes, luego metió el pesto en una taza de expreso y encontró una cucharilla. Nerviosa, llevó la bandeja a su despacho, fijándose en que no se mezclara nada. Tampoco es que tuviera una habilidad extraordinaria, jamás habría considerado un empleo secundario en la hostelería porque siempre se le caía todo al suelo y, en general, se rompían muchas cosas en su vida. Llamó a la puerta, abrió y él sonrió, hizo sitio en su mesa, en la que Charlotte dejó aliviada la comida.

—¿Quiere algo de beber? —preguntó como una camarera.

—Agua mineral, por favor —dijo—. Normalmente siempre hay agua mineral aquí cuando llego.

Charlotte se dio mentalmente una bofetada. Tenía razón. Lo había olvidado. En el MM ponía que antes de que llegara al edificio había que ventilar y dejar en el escritorio una botella de agua mineral de cristal, además de una lista con la gente de su agenda de contactos que cumplía años ese día.

Sch: Disculpe, me había olvidado. Mañana habrá dos botellas de agua cuando llegue.

El editor rio.

Mu: Y, después de comer, mándeme de una vez a la señora Trautwein.

Charlotte asintió en silencio, salió y se precipitó al despacho de las asistentes, donde Ivana miraba su pantalla, en la que estaba abierta

la página de un salón de belleza de Múnich. ¿En serio?

Ivana: ¿Quieres que vayamos a comer?

Sch: ¡Tenías que ir a su despacho!

Ivana: Pero estaba hablando por teléfono, y luego con esa mujer de dicción.

Sch: De edición. Ve a verlo ahora. Y llévate algo para tomar notas.

Ivana: Pero si ahora está comiendo.

Sch: Creo que no le importa.

Ivana se levantó dubitativa. Tenía miedo.

—No muerde —dijo Charlotte, aunque sospechaba que era capaz de morder de verdad. Pero a las asistentes solo en sentido figurado, y contra los mordiscos metafóricos era posible protegerse.

Regresó un minuto después.

Ivana: Está hablando por teléfono. Dice que vuelva después de la comida.

Ivana: ¿Nos vamos a comer algo deprisa?

Charlotte movió la cabeza. ¿Estaba loca?

Sch: ¿Estás loca? No nos dará tiempo. Además, siempre tiene que haber alguien en la oficina cuando está él.

Poco después, las dos asistentes oyeron que su puerta se abría y se cerraba, seguramente iba al baño, y luego volvía a abrirse y a cerrarse. Charlotte se puso en pie de un salto.

Sch: Vamos. Yo me llevo la bandeja y tú entras.

La bandeja ya estaba delante de su puerta, y ella tuvo que agacharse para recogerla como si fuera el cuenco de un perro o caca de perro.

Ivana desapareció en su despacho. Al cabo de lo que pareció una eternidad, regresó con una carpeta rosa llena de tarjetas de visita,

cuya pérdida iba a ser la causa principal de su despido, y sin signos visibles de mordeduras. Entretanto, Charlotte había tirado los restos de comida, aplazado la cita en la peluquería, conseguido una caja de correo para los manuscritos, porque de lo contrario, dada la cantidad de papel, habría tenido que llevarse ocho bolsas de lona, y luchado un poquito con el calendario, porque había aplazado una cita por error.

Cuando Ivana volvió y él se quedó solo, Charlotte fue a su despacho antes de que él empuñara de nuevo el teléfono y llamó a la puerta.

El editor le sonrió, ella le devolvió la sonrisa.

Sch: Tiene la cita en el peluquero a las 17 horas, ¿está bien así?

Mu: Parfait, gracias.

Mu: Si es usted tan amable de traerme un expreso...

Sch: Encantada.

Sch: La tintorería y el taller esperan su visita.

Mu: ¿Tiene las luces el señor Sommer?

Charlotte no preguntó qué luces, porque no sabía nada de ningunas luces.

Sch: Bueno, tenía que echar un vistazo. Me avisará. Le informaré enseguida.

Mu: ¿Ha dicho la señora Mehal si puede quitar las manchas de vino tinto del terciopelo?

—Sí, puede quitarlas —mintió Charlotte.

Mu: ¿No iba a mandarme a Bu?

Fuck.

Sch: Sí, pero ha estado usted todo el tiempo con la señora Trautwein.

Mu: Eso da igual. Mándemela. Corre prisa.

Sch: Oh, no lo sabía. Voy enseguida.

Corrió al departamento de prensa. «Mu quiere hablar con Bu», «Bu ya se ha ido», «Intentaremos localizarla», «¡Gracias!».

Charlotte volvió al despacho y preguntó a Ivana qué luces había que cambiar en el coche. La luz de estacionamiento, o como se llame, creyó recordar Ivana. ¿O era la de marcha atrás? Charlotte la convenció para que fuera a preguntar, Ivana desapareció en su despacho y se quedó allí otra eternidad. Charlotte llamó a la tintorería y preguntó a la señora Mehal si podía quitar el vino tinto del terciopelo.

—Depende —dijo la señora Mehal.

—¿Pero probablemente sí? —preguntó Charlotte.

—Depende —dijo la señora Mehal.

—Pero probablemente sí —dijo Charlotte, y deseó buenas tardes a la señora Mehal.

Se puso nerviosa cuando, a las 16.45, él seguía con Ivana en su despacho. ¡La cita con el peluquero! Llamó a la puerta.

Ivana ya estaba cargada con un montón de documentos, él le iba entregando más mientras decía algo parecido a «cadeaux CO» (colaboradores) o «Inspiración» e ignoraba a Charlotte, de pie en la puerta.

Sch: Tiene cita con el peluquero a las 17 horas.

Mu: Sí, sí, sí.

Charlotte se marchó, y a las 17.10 Ivana salió del despacho, y el editor tras ella.

Sch: Ahora tiene que irse rápido al peluquero, señor Maise. Va a llegar tarde.

Mu: ¿Ha llamado para decir que llego un poco tarde?

Sch: No.

Mu: Tiene usted que pensar por mí. Tiene que recordármelo.

Sch: Eso es lo que he hecho.

Las réplicas no le sentaban bien. Pero Charlotte aún no lo sabía.

Mu: Varias veces. Tiene que recordármelo varias veces. Y llamar. Tiene que pensar por mí. Para eso está aquí.

Así que para eso estaba allí, pensó Charlotte, y asintió.

—Mañana pensaré por usted —dijo Charlotte con una sonrisa conciliadora.

El editor se la devolvió. Y luego se fue.

Las dos nuevas asistentes respiraron agotadas, se miraron y rompieron a reír.

Sch: Buf.

Ivana: ¿Te lo imaginabas así?

Charlotte negó con la cabeza.

Puso un pósit con «Bu» en la pantalla del Mac.

Ivana fue a buscar café para las dos y le contó a Charlotte que dentro de dos semanas quería irse a Creta en un viaje de cumpleaños con sus dos besties. Desde hacía unos años, era un ritual de amigas convertir el día de su cumpleaños en birthdayweek e irse a alguna gran ciudad o, como este año, al mar. ¿Por qué celebrar el cumpleaños solo un día cuando se podía celebrar durante una semana? Buena pregunta, respondió Charlotte. En cualquier caso, Ivana quería saber si a su nueva compañera le parecía posible.

Charlotte, que creía que era imposible y tenía que habérselo desaconsejado, pensó en ese momento en lo bien que podría mostrar sus cualidades al editor en ausencia de Ivana y le aconsejó,

simplemente, preguntar. Si él no lo permitía, pues ya estaba. Pero en realidad Charlotte no tuvo que esforzarse mucho, porque Ivana ya había tomado la decisión. Charlotte esperaba expectante la reacción de él.

Las dos nuevas asistentes salieron juntas de la oficina, e Ivana acompañó a Charlotte a la parada del suburbano, aunque ella iba en otra dirección. Le dijo a Charlotte que hacía un trabajo realmente espléndido, era tan estructurada y ambiciosa para su edad, y le preguntó si no podría enseñarle otra vez lo de la redacción de cartas, mañana. «Claro», dijo Charlotte, que se alegró por el elogio, y sonrió a su colega. Quizá al final llegaran a formar un buen equipo.

—Si quieres, también podemos ir juntas a la Oktoberfest —propuso Ivana antes de despedirse.

—Sí, por qué no —respondió Charlotte, que no pensaba ir a la Oktoberfest.

Al despedirse se abrazaron. Charlotte se preguntó si no debía desaconsejar a su compañera que pidiera el permiso, pero corrió hacia el tren, saltó a él sin billete, como hacía la mayoría de las veces, se sentó, apoyó la cabeza en la fría ventanilla y observó a la gente que corría y caminaba en distintas direcciones, y pasó revista a las últimas horas. El día había sido largo y agotador, pero le parecía que se había organizado bien. Llamó a su madre, le contó la jornada y que se había organizado bien. A su madre le parecieron divertidas las historias que contó, pero cortó relativamente rápido, quería irse a comer con su padre.

Charlotte aún fue al supermercado, y vio que un hombre era escoltado al coche patrulla por un policía y una policía. El hombre, en torno a la sesentena, con botas de cowboy, vaqueros gastados,

chaqueta de cuero marrón, piel curtida, pelo canoso, grasiento, ni corto ni largo, y un pendiente en la oreja izquierda, no tenía el aspecto de un criminal. Más bien parecía un mago venido a menos, que en el pasado tal vez podía comunicarse con los cuervos. Temblaba mucho, se agarraba al brazo de la policía y avanzaba hacia el coche a pasitos muy cortos con sus botas de cowboy. Clac, clac, clac. El policía llevaba una bolsa con compras, probablemente del mago de los cuervos. ¿Qué habría dentro? El pobre, pensó Charlotte, y confió en que alguien lo esperase en su casa. Charlotte dejó atrás el coche patrulla, no se atrevió a preguntar a la cajera qué había pasado con aquel hombre y si había sido ella la que había llamado a la policía o si no era mejor llamar a urgencias, porque estaba claro que ese hombre necesitaba ayuda médica. Siguió caminando hasta su casa y observó a la gente sentada, tumbada, haciendo barbacoas y jugando al frisbee a la orilla del Isar, se preguntó qué programa de telebasura se iba a meter esa noche mientras cenaba, y se detuvo abruptamente al ver el coche patrulla delante de su edificio. Por favor, que no viva en mi casa, pensó, y vio cómo el policía y la policía llevaban al hombre precisamente allí. Con la suerte que tenía, viviría en el piso de al lado, el que no tenía ningún nombre en la placa del timbre. Charlotte se fumó dos cigarrillos y esperó a que el coche patrulla se marchara. En la escalera olía a sudor, y estaba claro que aquella peste subía hasta arriba del todo, hasta su piso. No quería que un hombre como él viviera en su misma planta. Quería que allí viviera gente joven como ella, con la que quizá podría tomarse una cerveza o algo así en las franjas verdes junto al agua, como hace una persona que empieza a trabajar en una vibrante

gran ciudad. Por las tardes, se sentaba en su casa delante de la comida con el iPad y se sentía sola.

Hay muchas cosas de las que Charlotte ya no se acuerda de su etapa en Múnich, sobre todo ha olvidado gran parte de lo que sentía entonces. A veces se pregunta si el trabajo con el editor era realmente tan insoportable, y le vienen a la memoria momentos bonitos, los elogios o determinadas llamadas telefónicas, cuando estaba relajado durante un largo trayecto en coche o antes de las Navidades, cuando él esperaba con ilusión los días libres. Naturalmente, sabe que por regla general era insoportable trabajar con el editor, y cuando hurga en sus recuerdos y pesca uno concreto, la mayoría de las veces el de la puerta, le duele, y se alegra de haberse librado de él y de que no se saliera con la suya.

En cambio, una sensación que recuerda con mucha facilidad, que enseguida está ahí y se presenta cuando quiere, es la soledad y el aislamiento que notó allí, en aquel piso de Ismaning que en ningún momento sintió como su casa. Sin duda a Charlotte le gusta estar sola durante mucho tiempo, y puede soportar bien el sentimiento, punzante de vez en cuando, de la soledad. Pero la soledad en Múnich era distinta, casi siempre estaba ahí, todavía más punzante, todavía más pesada, todavía más oscura. Aún se acuerda con exactitud, por ejemplo, de que la tarde del coche patrulla se sentó a su mesa tambaleante delante de la comida, que prácticamente era todas las noches la misma, estuvo viendo telebasura en el iPad, miró al agua por la ventana y se preguntó por aquel hombre, qué le pasaba, qué le faltaba y qué hacía ahí al lado. Y se preguntó si ahora eso era su vida. En esa casa con la mancha en el suelo, en la casa en la que vivía tanta gente como aquel hombre tembloroso de las

botas de cowboy. Eran veintiún estudios de 38 metros cuadrados, de los que curiosamente solo la mitad parecían habitados, y eso en una ciudad como Múnich, en la que todo el mundo busca una vivienda. En esas casas no había sitio para dos personas. Se planteó cómo tendría que ser su futuro allí para sentirse mejor y menos sola. Probablemente tendría que volver a mudarse. O encontrar un amigo e irse a vivir con él. Eso sería bonito. Quizá tenía que darle más tiempo a ese lugar, aclimatarse. Y quizá simplemente todo aquello había sido un gigantesco error.

Le escribió un wasap a un tipo majo que conocía de la carrera y que también vivía en Múnich. No respondió. Luego llamó a su madre, le contó lo que había pasado con el hombre y le preguntó qué podía tener. La madre le preguntó al padre, el padre dijo que epilepsia o un problema de drogas. Cómo se le ocurría decir que un problema de drogas, no conocía a ese hombre, pensó Charlotte, pero había sido ella la que sin apenas información había pedido un diagnóstico a distancia. La madre la cortó de nuevo porque ya estaba preparada para acostarse. Buenas noches, dijo Charlotte, y volvió a dedicarse a los jóvenes de su iPad, que se pasaban todo el día de fiesta, se enamoraban y se besaban furiosamente.

El fin de semana haría algo. Quizá junto al agua. Se tumbaría en las franjas verdes junto al Isar. Abrió la aplicación del tiempo. Para el sábado anunciaba 29 grados. Se llevaría un libro, buena música y tomaría el sol. Saltaría al agua y bucearía hasta sentirse como una sirena. Fuera estaba atardeciendo, y era hermoso. Eso estará bien el sábado, pensó, y sonrió. Aún no sabía que iban a despedirla el viernes por la tarde, por tener el correo en completo desorden y

haber perdido las tarjetas de visita, y que por eso aquel fin de semana no iba a saltar al Isar.

Por la noche, Charlotte se despertó sobresaltada. Revisó cada rincón de la casa y cerró la puerta del balcón, por miedo a aquel hombre o a los ladrones.

9

El segundo día sin la antigua asistente la situación empeoró de manera dramática, aunque Charlotte no fue consciente del dramático empeoramiento. Por la mañana, casi se alegró de salir por fin de su casa después de la tarde solitaria y la noche inquieta y calurosa que había pasado, y ya antes de llegar al portal olió que el calor apretaría ese día de finales de verano. Llevaba un vestido de flores, botas negras de suela gruesa, y disfrutaba de cómo la ligera tela se enroscaba en sus piernas con la suave brisa.

Cuando bajaba del suburbano, se dirigió hacia ella, en bicicleta, un tipo con traje de neopreno, con el pelo mojado y una tabla de surf bajo el brazo, probablemente había estado surfeando en el Eisbach. Se quedó mirándolo, y le pareció hermoso que allí hubiera personas que por las mañanas iban a surfear al Eisbach.

Y cuando, por la tarde, se bajó agotada del suburbano, miró al agua, que centelleaba, y vio a una mujer que remaba en una tabla de SUP bajo el sol. A Charlotte eso le pareció tan bello como el surfista de por la mañana, y se preguntó si no debía comprarse también ella una tabla de SUP si vivía al lado del agua. Aquel verano no merecía la pena, pero quizá el siguiente, pensó Charlotte, aunque por suerte ya no iba a vivir en Múnich al verano siguiente.

El segundo día sin la antigua asistente empezó con parecida relajación al anterior. Las dos nuevas asistentes volvieron a disfrutar de la calma previa a la tempestad, que aún no sabían que se avecinaba, se hicieron un café juntas y, mientras Charlotte escribía una lista de cosas para hacer durante la jornada, encabezada por «¡¡¡Bu!!!» y «¡Preparar el despacho!», Ivana guardaba en su cajón su cepillo de dientes, snacks, algo para cambiarse, etc. Que también hubiera llevado un cepillo de dientes para su nueva compañera conmovió a Charlotte, que decidió tratar ese día a Ivana de forma más amable y cooperadora.

Sch: ¿Preparamos el despacho de Mu?

Ivana: ¿A qué te refieres con «preparar»?

Sch: Está en el MM: ventilar, poner agua mineral, dejarle la lista de los cumpleaños y toda esa mierda.

Ivana: ¿Lista de cumpleaños?

Sch: Una lista con los nombres de la gente que cumple años hoy. Siempre los tiene anotados en el calendario del día.

Ivana: ¿Y por qué no mira el calendario?

Charlotte, que también lo había pensado, se encogió de hombros, sonriente.

Las dos nuevas asistentes prepararon el despacho para el editor, y, mientras Ivana ventilaba, traía agua mineral y luego se quedaba plantada estudiando los cuadros de la pared, Charlotte inspeccionó la locura de notas colocadas en limpias líneas en el escritorio, que enriqueció con una lista de los cumpleaños. ¿Qué pasaba con las listas de cumpleaños de los días anteriores? ¿A partir de cuándo se podía eliminar una lista? Más bien, todas esas listas, desde

cumpleaños hasta recordatorios, pasando por llamadas telefónicas pendientes y textos pendientes de lectura. Y luego estaban las carpetas de color rosa, que se amontonaban en escalera; en cada una figuraba, escrita con lápiz de punta fina, una combinación de números y abreviaturas que parecía una complicada fórmula o un código. Junto a las carpetas llenas de hojas, revistas y otras cosas que necesitaba para las conversaciones o las reuniones, había pegados en la mesa de cristal pequeños pósits cuadrados, grises y blancos, como fichas de Memory, escritos con rotulador rosa o azul. En ellos anotaba cosas que había que hacer, como «regalo de aniversario de mzg» o «marco equivocado (trop grand), call!!!», pero también frases cortas o juegos de palabras para nuevas bolsas de lona. Por ejemplo, «Text-Appeal en lugar de Sex-Appeal», leyó Charlotte en un pósit, y se preguntó si conocía a algún otro adulto que utilizara rotuladores. Decidió preguntar más tarde al editor el porqué de los rotuladores y los dos colores. Pero de momento no le preguntaría cómo lograba no volverse loco con todos esos papelitos, y le pareció divertido ver cómo, literalmente, se perdía entre ellos. Esas mil notas, con su forma homogénea e invariable, y el posible orden que había detrás. Charlotte, que desde que conocía al editor parecía hacerse muchas más preguntas que antes, se preguntaba por qué insistía en esa forma homogénea y, por otra parte, soportaba circunstancias desordenadas como, por ejemplo, aquella molesta mezcla de francés, alemán e inglés, y si había un nombre para el tic o la enfermedad que hacía que la gente tuviera que ordenarlo todo de manera tan uniforme y simétrica.

La impresión de los manuscritos resultó más complicada de lo previsto. La impresora de su despacho estaba desbordada por el

número de páginas. El papel se atascaba una y otra vez. Y también otras dos impresoras se negaron a colaborar. Describir todos los obstáculos que las dos nuevas asistentes encontraron en su primer gran encargo de impresión terminaría cansando, pero fueron unos cuantos. Sea como fuere, a pesar de todo se acercaban a la meta, y, cuando Charlotte confeccionaba e imprimía las cubiertas de los manuscritos e Ivana agujereaba los tacos de papel, sonó el móvil de trabajo de Ivana.

—Hola, señor Maise, sí, ok.

Una llamada breve.

Ivana: Está en camino y quiere que le pidamos algo de comer.

Sch: ¿Te encargas tú?

A Ivana, al igual que a Charlotte el día anterior, no le funcionó la App.

—¿Vas rápido? —preguntó Charlotte, aunque sabía que era ella la que debería ir corriendo. Estaba claro que Ivana no iría rápido, sino que en algún punto del trayecto se enredaría en una conversación o quizá se metiera en el supermercado para comprar barquillos de chocolate y arroz y barritas de mango deshidratado. Y seguro que también se pediría algo para comer.

Charlotte se puso nerviosa cuando, veinte minutos después, Ivana no había vuelto y no contestaba a sus llamadas, y luego fue demasiado tarde porque él ya estaba en la puerta, sin bretzels, pero con dos bolsas de lona llenas.

Sch: Hola, señor Maise.

Mu: Hola, señora Scharf. ¿Cómo está?

Mu sonreía pícaro.

Sch le devolvió una sonrisa pícara.

Sch: Mejor. ¿Y usted?

El editor rio.

Mu: También mejor.

Mu: ¿Dónde está la señora Trautwein?

Charlotte sabía que debía haber ido ella a por la comida.

Sch: Ha ido a buscar su comida.

Mu: Pero puede hacerlo a través de la App.

Sch: Por desgracia, el pago no ha funcionado.

—Entonces llame a la señora Ahrens. No hay por qué perder tiempo de trabajo en eso —dijo el editor, y desapareció en su despacho sin que Charlotte le hubiera cogido las bolsas.

Tres segundos después sonó el teléfono de Ivana.

Sch: Hola, señor Maise.

Mu: Señora Scharf. Iba usted a mandarme a Bu. Pas vrai?

Charlotte dudó de que a esa hora tan temprana empleara ya el «Pas vrai?», pero sus engreídos «Pas vrai?», junto al siseado «Zut», se habían grabado tan a fuego en la memoria de Charlotte que ya no podía imaginarse sus «Iba usted a...», «No quería usted...» o «No le había dicho...» sin aquel sarcástico latiguillo.

Sch: Sí, un segundo.

Charlotte llamó a Bu, pero no contestaba; se levantó de un salto, corrió arriba, llamó, abrió la puerta, vio que Bu estaba en una videoconferencia, corrió de vuelta y llamó a la puerta de su despacho.

Sch: Bu sigue reunida.

El editor sonrió mientras la miraba de arriba abajo.

Mu: Bonito vestido.

Sch: Gracias.

Mu: Qué botas tan curiosas.

Sch: Son estupendas, ¿verdad?

Charlotte levantó el pie derecho.

El editor rio.

Mu: Son gigantescas.

Mu: Y usted tan delicada. No encajan.

Charlotte, que no sabía qué responder a eso, sonrió, se encogió de hombros y dijo: «Con estas botas me siento gigantesca y fuerte».

El editor rio.

El editor le contó una anécdota de su hija, que la tarde anterior o esa misma mañana había dicho o hecho algo más o menos encantador. «Qué bonito» o «Qué tierno», respondió varias veces Charlotte, y de pronto Ivana estaba a su lado con la bandeja. Charlotte le echó un vistazo y no solo vio cubiertos de IKEA, sino también fideos flotando en la sopa, que supuestamente no debían estar allí. Charlotte se preguntó entonces por qué él no dijo nada cuando le sirvieron la sopa con los fideos. Por lo poco que lo conocía, no era alguien que se tragara la crítica o las cosas que le molestaban, como, por ejemplo, aquella bomba de hidratos de carbono. Pero ahora sabe que le habría resultado embarazoso decirles a dos mujeres jóvenes que no quería fideos en su sopa de fideos.

—Que aproveche —le desearon las dos asistentes.

El editor murmuró «Gracias, gracias», y todavía gritó a sus espaldas: «Iba usted a mandarme a Bu, señora Scharf. Pas vrai?». Charlotte no logró callarse la respuesta al editor, ya irritado por los fideos, de que acababa de decirle que Bu seguía reunida. No se

hacía ningún favor con eso, pero aún tenía que experimentarlo en carne propia.

Ivana fue a la cocina a recoger las cosas y a comerse los rollitos de verano y la ensalada de fideos de cristal que había pedido para ella, y naturalmente su teléfono volvió a sonar enseguida. Charlotte descolgó.

Una mujer: Hola, señora Scharf. Hablamos por teléfono cuando presentó usted su solicitud de empleo.

La mujer tenía acento bávaro, y Charlotte recordó la conversación telefónica con la otra asistente, cuya abreviatura, según había leído Charlotte en el calendario y en la agenda de contactos, tenía que ser «Ahl». Ahl ayudaba al editor en la «Firma», o sea en la quinta planta de un edificio de oficinas donde apoyaba y fundaba startups, entre otras cosas. La «Firma» (¡¡¡siempre entre comillas!!!) se llamaba así a causa de aquella novela de Grisham, y porque a él le gustaba la idea de que nadie supiera exactamente qué se hacía en aquella planta.

La otra asistente: Soy Larissa Ahrens. Si quiere, podemos tutearnos.

Según la agenda de contactos, Larissa Ahrens tenía treinta años y llevaba medio año con el editor. Antes había trabajado en la cadena de televisión Pro7, en el departamento de marketing.

Sch: Hola. Claro, encantada. Soy Charlotte.

Ahl: ¿Ya os habéis adaptado?

Sch: Estamos en ello. Esta semana estamos solas con él.

Sch: Acabamos de servirle por error una sopa de fideos con fideos.

Charlotte lo dijo para romper el hielo. El hielo se rompió y Larissa rio.

Ahl: Si tenéis problemas o preguntas, podéis llamarme siempre que queráis.

Sch: Lo haremos. Gracias.

Silencio.

Ahl: No siempre es fácil con él. Yo lo sé.

Sch: Gracias.

Ahl: ¿Está Mu en la editorial?

Sch: Sí.

Ahl: Vale, voy para allá ahora mismo. Tengo que tratar un asunto con él. ¿Te parece bien?

Sch: Claro.

Charlotte terminó con los manuscritos, los metió en la caja del correo y la llevó a su despacho. Orgullosa, llamó a la puerta, él estaba hablando por teléfono, ella le sonrió, él no la miró pero no pudo reprimir una pequeña sonrisa. Ella dejó la pesada caja junto a la puerta y la cerró a sus espaldas.

El teléfono de Ivana, que llevaba ya media hora comiendo, volvió a sonar cuando ella llegó a su sitio. Era él. Charlotte lo cogió.

Sch: ¿Sí, señor Maise?

Mu: Señora Scharf, haga el favor de venir a mi despacho.

Charlotte ya no recuerda con exactitud si la caja de los manuscritos le arrancó el primer «Zut», pero a ella sí que le reportó la primera bronca seria.

Él le reprochó que tenía que haberle llevado los manuscritos en bolsas de lona. Charlotte, mientras volvía a sacar los manuscritos de

la caja, respondió que con esa cantidad de papel sin duda habrían sido de seis a ocho bolsas.

Entonces le reprochó que trabajaba de forma incorrecta y literalmente descuidada, porque la caja estaba sucia.

Mu: Trabaja usted de forma literalmente descuidada.

Mu: ¿Qué pensarán de mí los editores si les devuelvo los manuscritos hechos una porquería?

Mu: ¡Piénselo!

Era la primera vez que veía ira en su rostro. No tenía arrugas marcadas por la ira, pero sus ojos centelleaban casi negros, parecidos a los de una pequeña marta; la cicatriz parecía palpitar, roja, y su voz sonaba muy distinta. Estaba extrañamente distorsionada, como si la sacara de un lugar más profundo que de costumbre. Charlotte se preguntó si se inyectaba bótox. La verdad es que tenía en la frente pocas arrugas para su edad, y el mentón era irritantemente ancho, quizá relleno de ácido hialurónico. Es probable que fuera normal en su gremio.

—Eso no es suciedad, solo son arañazos —repuso ella.

Mu: Eso es suciedad. Traiga una caja nueva.

Así que Charlotte consiguió una caja nueva, que también tenía arañazos, porque todas las cajas de correo tenían arañazos, y la limpió aunque estaba limpia. Naturalmente, después de inspeccionar la segunda caja con sus arañazos tampoco estaba contento.

—¿No hay ninguna sin arañazos? —preguntó todavía furioso, y Charlotte vio que el párpado derecho empezaba a temblarle de nerviosismo. Probablemente era la primera vez que ella percibía ese tic en él, un tic que con el tiempo se convertiría en un buen

indicador de posibles escaladas de tensión: siempre que se enfadaba o se ponía muy nervioso, le temblaba el párpado derecho.

Charlotte negó con la cabeza.

Mu: ¿Seguro?

Charlotte asintió, sonriente y conciliadora.

Sch: ¿Quiere que le traiga un expreso?

El editor luchó consigo mismo, al parecer decidió dejar de estar furioso, le devolvió la sonrisa y asintió. Naturalmente no se disculpó, y tampoco retiró lo de la forma de trabajar descuidada, pero estaba bien. Charlotte sabía que ella tenía razón, y que lo de la caja del correo había sido una buena idea.

Poco después llegó a la editorial la otra asistente, Larissa Ahrens, y era como Charlotte se había imaginado. Pelo liso y negro, rostro delicado, grandes gafas, delgada, de estatura media, muy cuidada y con un estilo de vestir minimalista, moderno, de calidad y en tonos neutros. Es el tipo de persona que, en ciudades como Copenhague o Nueva York, podría pasar por coreógrafa de Copenhague o artista neoyorquina, pensó Charlotte. Parecía de posición muy acomodada. Como el editor, se detuvo en la puerta con dos bolsas de lona y preguntó, nada más saludar, todavía un poco sin aliento después de subir por la escalera, si Mu estaba solo en su despacho, como si temiera no encontrarlo.

Sch: Hay alguien más en el despacho. ¿Estáis jugando al escondite?

Larissa rio, y Charlotte se alegró de haber arrancado una risa a aquella mujer tan seria.

Ahl: Algo así. Hace una eternidad que no va a la «Firma», y tengo que discutir algunas cosas con él, todo se amontona.

Larissa preguntó, con excesiva cortesía, si podía sentarse y si las dos tenían un momento para repasar con ella el contenido de una de las bolsas. A Charlotte le cayó instintivamente bien, parecía simpática y era tan contenida, tan correcta. Larissa era la antítesis de Ivana, a la que Charlotte también había cogido cariño, a pesar de que estaba pirada o precisamente por eso. Larissa sacó facturas, notas y cosas de la bolsa que el editor había llevado a la «Firma» pero que tenían que estar en la editorial, acompañó cada una de ellas de un par de comentarios que Charlotte anotó y se levantó de un salto cuando oyó que se abría la puerta del despacho del editor.

Charlotte guardó las cosas y se propuso clasificar a su vez el material y las facturas que el editor había llevado a la editorial pero que tenían que estar en la «Firma». Al parecer, se trataba sobre todo de reducir el número de notas que él aumentaba día tras día con sus bolsas de lona llenas. Una guerra: las asistentes contra el editor, pensó Charlotte. Vaya una tarea de Sísifo.

Una hora después, Larissa volvía a estar en la puerta. Estaba pálida, como consumida, pero sonrió y respiró hondo.

Ivana: ¿Has podido hablarlo todo con él?

Ahl: Sí, al menos lo importante. Intentad tratar las cosas importantes directamente con él. De lo contrario, volverá a llamaros.

Sch: ¿Y cómo sabemos qué es lo importante?

Ahl: Por desgracia, con él nunca se sabe con exactitud, pero aprenderéis a priorizar. Por ejemplo, las cosas con plazos cercanos siempre son importantes.

Ahl: Si tenéis preguntas o problemas, podéis hablar conmigo o con Lib. Lib es muy amable.

Sch: ¿También empleáis las abreviaturas entre vosotras?

Larissa rio.

Ahl: Pronto lo haréis también. Esperad y veréis.

Hasta el segundo despido, Charlotte se preocupó de utilizar los nombres de sus compañeras al hablar y no sus abreviaturas.

Las tres quedaron para cenar juntas a principios de septiembre, también asistiría la antigua asistente, y entonces Larissa se marchó. Habrían podido hacerle muchas más preguntas, pensaba Charlotte, pero ahora iban a verse a menudo, y era bonito saber que había alguien a quien se le podían hacer preguntas.

El día siguió su curso; él llamó un par de veces, pidió a Ivana un expreso y que alguien de la casa se reuniera con él en su despacho, y las nuevas asistentes intentaron mientras tanto recopilar, priorizar y tramitar entre las dos las cosas que les iban encargando. En una ocasión él llamó y pidió a Ivana que telefoneara a un autor y que luego se lo pasara. Charlotte, que ya no se preguntaba por qué no llamaba al autor él mismo, pues lo intuía, ayudó a su compañera a pasarle la llamada, y, cuando Ivana le anunció que tenía al autor al teléfono, el editor le dejó un rato en espera. Seguramente se hacía así.

Por la tarde, ya pasadas las 19 horas, cuando Ivana y Charlotte eran las únicas que quedaban en la planta, él apareció en la puerta. Ivana estaba allí por solidaridad con Charlotte, que se negaba a irse antes que el editor.

Mu: ¿Está cansada?

Sus ojos estaban fijos en Charlotte, que se preguntó qué la delataba.

Sch: Un poquito. Ha sido un día duro.

Esperaba que su cansancio hablara en su favor, por lo mucho que se esforzaba, pero al día siguiente iba a enterarse de que, junto a su descuidada manera de trabajar, el cansancio sería utilizado en su contra.

Sin embargo, en ese momento el editor hizo un mohín y dijo: «Mañana tendremos una conversación de feedback», y se despidió.

—Buenas tardes, señor Maise —dijo Charlotte, y sintió un poco de alegría anticipada.

Mu: Bonne nuit.

10

Al tercer día sin la antigua asistente, las nuevas asistentes fueron despedidas.

El día había sido más o menos igual de loco que los dos días previos sin la antigua asistente, y no es cuestión de repasarlo ahora de la mañana a la noche. Pero tuvo un punto culminante: el editor había entregado a Ivana hacía unos días unas tarjetas de visita y pósits rotulados que había recopilado durante sus últimas vacaciones en Italia. Por la mañana, mientras se dirigía en coche hacia la editorial, llamó por teléfono. En cuanto llegara, quería hablar con un anticuario por un jarrón de Murano que había visto durante las vacaciones, Ivana tenía que dejarle la tarjeta encima de la mesa, junto con las otras tarjetas y notas que repasaría con ella más tarde. El problema fue que Ivana no encontró la carpeta con las tarjetas y las notas. Charlotte se acordaba de la carpeta, y sabía que había metido en el sistema un par de contactos. Pero ya no sabía si había tirado las notas escritas (entre ellas servilletas, facturas y pósits), y por eso dijo que se lo había devuelto todo a Ivana.

Poco después el editor estaba en la puerta, con dos bolsas de lona llenas en las manos y una sonrisa en la cara, mientras Ivana aún seguía buscando. Se lo dijo a modo de saludo, y el rostro de él se contrajo. La sonrisa se mantuvo, pero se volvió maligna.

Mu: Es una broma, ¿no?

Ivana: Pero ya hemos registrado un par de tarjetas de comercios. Por suerte, una es la del anticuario.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. A modo de breve explicación: había cajas de madera, de fichero, en las que se almacenaban tarjetas de visita, notas y demás. Para cada nuevo contacto, que naturalmente se clasificaba por orden alfabético (y ya había seis cajas), había que rellenar de forma legible una tarjeta impresa, en letra de imprenta (¡no demasiado pequeña!): nombre, empresa, fecha y lugar del encuentro, lista de distribución de Navidad, etc. Luego la tarjeta de visita o similar se unía con un clip al dorso de la ficha. Charlotte pensaba que esas cajas de contactos solo servían para almacenar las fichas ya registradas en digital, pero ahora el editor daba claramente a entender a las dos asistentes que tenían que rellenar minifichas con él, y solo entonces podían registrar el contacto en la agenda, precisamente con ayuda de la ficha autorizada por él, para que nada se almacenase de manera incorrecta.

Mu: Así figura en el MM.

Charlotte, que entretanto se había aprendido el MM y sabía que aquello no figuraba así en el manual, no dijo que aquello no figuraba así en el manual.

—Encuentren las fichas —bufó el editor, tras lo cual se dio la vuelta y se metió en su despacho dando un portazo. Era la primera vez que perdía el control de un modo tan evidente. Eso no era habitual en él.

Ivana siguió buscando en las montañas de notas que había encima de su mesa, pero Charlotte leyó en su rostro que había

renunciado.

Poco después él volvía a estar en la puerta preguntando por las fichas.

Ivana: Aún no las hemos encontrado, pero las encontraremos.

A Charlotte le enfadó un poquito que Ivana hablara en plural. No quería tener nada que ver con la desaparición de las fichas.

Él respiró hondo, entró en el despacho de las asistentes, cerró la puerta tras de sí y, durante los minutos siguientes, dio la impresión de que con la desaparición de las fichas se derrumbara todo su mundo, lo que expresó poniendo ojos de marta y lanzando varias exclamaciones dramáticas en las que moderó el volumen de su voz.

Siseó «¡Los contactos lo son todo para mí!» y «¡Esto es casi mi existencia!», y preguntó una y otra vez si las asistentes de verdad entendían lo grave que era haber perdido las fichas de los contactos: «¿De verdad comprenden lo que han hecho?».

Las asistentes asintieron en silencio. La voz del editor estaba aún más distorsionada que cuando el asunto de la caja del correo supuestamente sucia. «¡Todo el viaje a Italia para nada!». «Nunca volveré a ver a esas personas. Fueron sobre todo encuentros fortuitos». «¿Entienden realmente lo que eso significa?». Las asistentes asintieron en silencio.

Ahora Charlotte estaba convencida de que él se pinchaba bótox y también ácido hialurónico, de un momento a otro la rabia haría estallar su rostro rojo, casi sin arrugas, con el párpado derecho sumido en un temblor nervioso. Además, cuando se ponía furioso le salía el acento bávaro, que Charlotte encontraba un poquito chistoso.

De manera abrupta y dramática, se dio la vuelta con un «¡Si no entienden las tareas básicas, no sé cómo va a funcionar esto!», desapareció en su despacho y, durante las horas siguientes, castigó a las asistentes ignorándolas. Ni una llamada, ni una petición. Por supuesto, ninguna de las dos se atrevía a entrar por iniciativa propia en la guarida del león, pero al final Charlotte hizo de tripas corazón y llamó a la puerta para preguntarle si quería que le pidiera algo de comer. Él estaba al teléfono cuando ella se asomó al despacho, y ni siquiera la miró mientras hacía un gesto de rechazo con la mano, ordenándole que se marchara de inmediato. En una ocasión salió del despacho, fue al baño y buscó por sí mismo un expreso, mantuvo en el pasillo una amable charla con una editora y se rio varias veces a carcajadas.

Cuando, por la tarde, Larissa llamó y le dijo a Ivana que la carpeta con las fichas había ido a parar a la «Firma» —sin duda Ivana se la había dado por error el día anterior—, las dos nuevas asistentes se abrazaron.

Ivana corrió enseguida a comunicarle el hallazgo al editor, y más tarde no era capaz de explicarle a Charlotte cuál fue su reacción; justo detrás de ella había entrado un asesor financiero amigo suyo y la había echado. Un rato después sonó el teléfono y él pidió dos expresos. Aliviada, Charlotte añadió dos delicados caramelos Werther's para cada uno y sirvió a los dos caballeros, momento que el editor aprovechó para señalar, entusiasmado, al asesor financiero las botas de suela gruesa de Charlotte.

—Magníficas, ¿verdad?

El editor le sonrió, Charlotte le devolvió la sonrisa y entendió erróneamente que se trataba de una reconciliación, una disculpa por

su exabrupto.

La paz duró poco, y en realidad no lo fue, porque por la tarde llegó el despido. Llamó a las dos asistentes a su despacho para la conversación de feedback y empezó a hablar antes de que se hubieran sentado frente a él, al otro lado de su gran escritorio. El despido no fue explícito, pero dijo cosas como «¡Así no se puede seguir!», «¡No puedo trabajar con ustedes!», «¡Esto no va a funcionar!» o «¡Este puesto no es para ustedes!». Además, ambas habían mentido en la entrevista preliminar al afirmar que trabajaban con precisión.

Les dijo que tenían entre poco y ningún entusiasmo, sencillamente la colaboración entre ellas y él no podía funcionar. Le gustaba compararlo con el tenis: «Saque, devolución, cruzado, paralelo, cruzado, paralelo», «Yo cruzado, ustedes paralelo». «¿Conocen el principio de suspensión?», preguntó. Charlotte e Ivana asintieron. «Pues ustedes ni siquiera reciben mi saque», «Nada regresa», «¡No reaccionan!», «¡Error no forzado!», «¡Tan solo errores no forzados!».

Mu: ¡Saque, Error no forzado, Saque, Error no forzado!

Mu: ¡Mierda, mierda, mierda!

Con la antigua asistente todo iba tan bien.

«Paralelo, cruzado, paralelo, cruzado, paralelo, cruzado».

Las asistentes no llegaron a responder nada, pero tampoco era esa la cuestión. ¡Mierda, mierda, mierda!

A Charlotte se le saltaban las lágrimas de rabia porque se sentía injustamente tratada. ¡Y esas necias metáforas del tenis! «Paralelo, cruzado, paralelo, cruzado». Él no tenía un aspecto muy deportivo, y Charlotte, que jugaba bien al tenis, no podía imaginarse que él jugara bien al tenis, pero tampoco tenía que jugar bien al tenis, al

fin y al cabo era un intelectual. Y la verdad es que no tenía un aspecto muy deportivo. Quizá incluso sufrió acoso de pequeño, como muchas de las personas que, de adultas, llegan a algo y han sufrido acoso en la infancia. En ese momento Charlotte aún no sabía que, al parecer, él había sido realmente bueno jugando al tenis, cumplidos ya los veinte años, «casi profesional», decía, cuando hablaba de su casi carrera. Incluso había ganado en una ocasión a Agassi. Pero luego la rodilla le había puesto freno. «Número 348 de la lista ATP», «Incluso gané en una ocasión a Agassi», decía siempre que se le presentaba la ocasión. «Con poco más de veinte años», «Pero luego la rodilla me puso freno». Naturalmente, Charlotte lo rastreó, en la red no encontró nada de que llegara a ese puesto en la lista, pero la verdad era que daba igual.

Sea como fuere, cuando él terminó su diatriba sobre el tenis, las asistentes se levantaron, desearon con humildad al editor que tuviera un buen descanso en Stanglwirt y salieron de su despacho. Poco después, también él salió de su despacho y abandonó la editorial, sin despedirse.

Ivana miró a Charlotte y le preguntó si acababa de despedirlas. Charlotte se encogió de hombros, y negó con la cabeza cuando Ivana le propuso ir a tomar algo «por el susto». Charlotte quería estar sola.

Mientras se dejaba llevar por la ciudad desconocida, pasando junto a gente desconocida que se lanzaba alegre a disfrutar de la noche del viernes en alguna cervecería al aire libre, llamó a la antigua asistente. Sin duda aún estaba pasando sus minivacaciones en la

encantadora casita de las montañas con su prometido, pero había dicho que podía llamarla en caso de emergencia, y este era un caso de emergencia.

Charlotte le contó lo de su casi despido, se echó a llorar y, entre sollozos, soltó todo lo que tenía acumulado. Le dijo lo difícil que era trabajar con Ivana, que su compañera lo hacía todo mal o no lo hacía, y lo mucho que ella se esforzaba por hacerlo todo bien, porque ese puesto era importante para ella.

La antigua asistente tranquilizó a Charlotte, dijo que enseguida le llamó la atención lo entusiasta que era, que lo conseguiría. Naturalmente, también se había dado cuenta de que Ivana trabajaba con muy poca concentración. «Hablaré con él».

Que Charlotte ahora debía pasar un buen fin de semana y que se verían el lunes con las pilas recargadas.

Justo después, por supuesto llorando ya sin ningún freno, Charlotte llamó a su madre, que de inmediato le dijo a su padre: «La han despedido». La madre le preguntó por los motivos: «¿Qué ha dicho exactamente?», «¿Ha formulado claramente el despido?», y se la notaba decepcionada porque su hija hubiera fracasado tan pronto. «¿Qué es lo que habéis hecho mal?».

Pero la madre estaba en ese momento en un restaurante con el padre y no tenía tiempo. La llamaría más tarde.

La madre: Ya sabes que hoy es mi cumpleaños.

Mierda, pensó Charlotte. Era el cumpleaños de su madre y lo había olvidado. ¿Por qué había pensado que era al día siguiente? Por regla general, el día del cumpleaños de su madre estaba de vacaciones con sus padres, así que nunca tenía que acordarse.

—Sí, claro que lo sé, quería llamarte tranquilamente después del trabajo, y todo se ha ido a la mierda —mintió Charlotte.

Pero ahora no se trataba en absoluto del cumpleaños de su madre, que lo había celebrado tantas veces. A Charlotte acababan de despedirla. Parecía que sus padres no terminaban de darse cuenta.

—Pues te disculpas el lunes y todo quedará olvidado. Ahora disfruta de la tarde y vete pronto a la cama —dijo su madre, y eso fue la gota que colmó el vaso.

Charlotte bramó al teléfono: «¡Os odio! ¡Si estoy aquí es por culpa vuestra! ¡Fue una decisión equivocada!», y colgó.

11

El sábado por la mañana, sentada junto a la ventana con un café, Charlotte contemplaba el cálido día de finales de verano. Los primeros grupitos se instalaban en las franjas verdes a la orilla del agua y el murmullo de sus voces llegaba hasta ella, junto con las risas y la música.

Se había propuesto luchar y no dejar pasar sin más aquellas acusaciones sin fundamento. Le escribiría y se explicaría. Había estado despierta toda la noche, hilando formulaciones que ahora tenía que poner por escrito. Incluso emplearía la metáfora del tenis, que tanto le gustaba a él, aunque tenía un poquito la sensación de que al hacerlo estaba vendiendo su alma.

Así que escribió lo orgullosa que estaba de ser su asistente y que cumpliría todas sus expectativas. Asumía la responsabilidad del error de las fichas, aunque con una formulación que dejaba muy claro que ella e Ivana eran un equipo. Escribió que podía entender su decepción, admitía que el trabajo en equipo entre Ivana y ella aún no funcionaba demasiado bien y que ella misma había llevado, «por distintas razones», la mayoría de las tareas asignadas a las asistentes.

Escribió que podía confiar en que aprendía rápido y no cometía el mismo error dos veces. Naturalmente, aún tenía que familiarizarse

con las muchas áreas que abarcaba su trabajo pero que, como había dicho, aprendía deprisa y estaba segura de que (Sch + Mu) pronto se compenetrarían y entonces tendrían bonitos y largos intercambios, en los que Charlotte podría responder al diestro mate del editor con un estable golpe liftado. Comprensiblemente, en retrospectiva, el SMS le resulta muy incómodo a Charlotte. Al final se disculpaba por sus enfáticas palabras, «pero en realidad no hay nada que objetar a un énfasis sincero, cargado de metáforas, ¿no?». Sí.

Ya en el momento de pulsar «enviar» se avergonzó, pero esperaba tocar la tecla adecuada del editor con aquel baboso SMS. Su madre lo leyó con rapidez y, cuando al fin lo envió, Charlotte se quedó allí y volvió a contemplar el cálido día de finales de verano; entretanto, el café se había enfriado.

Observó a los pequeños y los grandes bañistas que nadaban y hacían planchas en el centelleante Isar o jugaban al frisbee en el césped.

Si lo de ese trabajo no salía bien, no tenía nada. No tenía nada a lo que regresar, ningún amigo, ningún íntimo amigo, ningún empleo a la vista, ninguna casa, ningún dinero. Lo había apostado todo a ese puesto, no se había presentado al examen de ingreso en la Popakademie y había rechazado el empleo en la agencia artística con la certeza de que lo que ahora estaba en la agenda era una carrera editorial en vez del sueño de la música. Y de pronto incluso esa carrera editorial estaba en la cuerda floja. No tenía nada más que ese puesto.

Así que, después de enviar aquel SMS, no fue a bañarse ni se mezcló con aquellas personas desconocidas, sino que abrió el

MacBook y el Ableton, seleccionó un par de frases de Cathy Hummels, sacó el teclado de debajo de la cama y, ese fin de semana, empezó a trabajar en una canción que iba a hacerse viral en unos meses. El estribillo: «Sé valiente, auténtica y única».

12

Ahora la cosa podría seguir así. Nueva semana, nueva suerte. Seguir contando, con un ligero aumento dramático, mientras los lectores se preguntan poco a poco a qué vienen tantas repeticiones y si todo esto no se quedará sin fuelle pronto. O se preguntan cómo continúa la historia, de qué maldades es capaz el editor, si quizá Charlotte logrará encauzar la relación con él por una vía estable, o si se volverá completamente loco. ¿La tocará?

Pero ¿por qué seguir contando? ¿Para qué describir más situaciones grotescas? ¿Por qué no poner un punto y final? Después del primer despido, Charlotte se vuelve a Colonia. Se ha dado cuenta de que es un cubo de mierda. Fin. Alcanzada la longitud de una novela corta.

Pero las novelas cortas no se venden bien, y de alguna manera también son una mierda. Si hay que escribir algo, que sea una novela.

En resumen: Charlotte se queda, la historia continúa, y continuará como hasta ahora (o parecido); es lo único que puedo adelantar por el momento. Y, por supuesto, todo seguirá una línea argumental: Charlotte y el editor se aproximarán el uno al otro (no físicamente), Charlotte crecerá dentro de su papel, el editor se volverá más loco, superará los límites, seguirá habiendo situaciones divertidas, pero

también cada vez más desagradables. Quizá convendría acercarse más al presente y a Charlotte para mostrar cómo le afecta todo esto. Menos distancia, aunque duela.

Sea como fuere, tiene que ser una historia bien contada, que los lectores se lleven a casa, quizá a la mesa. Mientras un lector unta la mantequilla en el pan, podría preguntarle a su novio, que también devoró el best seller en un abrir y cerrar de ojos y ahora se acerca un tenedor de ensalada de quinoa a la boca, algo así como «¿Crees que es realista?», «¿De verdad en el sector editorial se comportan así, como en la Edad de Piedra?». Los novios, vamos a llamarlos Tom y Johannes, discutirán sobre el editor y la asistente, quizá incluso Tom defienda al editor, a quien ve como un niño pequeño con un gigantesco complejo paterno. «Y Charlotte tampoco es ninguna ingenua». Así que habría un poquito de tira y afloja, hasta que Johannes levantara la voz, casi enfadado: «En resumen, no se trata de esos dos personajes. Se trata del conjunto. De las circunstancias».

Y en eso Johannes tiene razón: esta historia, bien contada, hasta ahora y en las páginas venideras, no solo trata del editor y la asistente. Ellos dos tampoco dan para tanto. También trata de la empresa, de la editorial, de las personas que trabajan allí. Que observan cómo el editor, completamente abrumado por su puesto, arruina el negocio y recluta y despide sin parar a mujeres jóvenes. ¿Quizá les resulta un poquito divertido a esas personas? ¿Como en una obra de Dürrenmatt: *Las asistentes*? ¿Quizá a Charlotte también le parecería un poquito divertido trabajar, por ejemplo, en el departamento de prensa y hablar de vez en cuando con las cambiantes asistentes del despacho de al lado? El pequeño

escenario: el despacho de las asistentes. Las asistentes contarían a Charlotte, si la encontraban simpática, en confianza, historias divertidas, absurdas o fuertes, Charlotte reiría con ellas y les palmearía la espalda, compasiva y alentadora, cuando ella se fuera de fin de semana y ellas se quedaran. ¿Intervendría? Charlotte no lo sabe, pero sabe, o está firmemente convencida de ello, que intervendría si fuera mayor y ocupara un puesto más alto, si ella misma fuese madre o si las asistentes pudieran, por edad, ser sus hijas.

Pero vayamos por orden. Hay que aumentar la tensión gradualmente, revelar un poquito más de la vida íntima y privada de Charlotte, presentar a un par de colaboradores, construir la casa.

13

Así que nueva semana, nueva suerte. Pero nueva semana contada con rapidez, porque el editor está en Stanglwirt. Y, sin él, a la editorial le falta la mitad de la gracia.

El lunes, la antigua asistente volvió de la casita encantadora en las montañas y lo primero que anunció fue que, por supuesto, lo del viernes no había sido un despido. Aun así, quería hablar por separado con las nuevas asistentes para saber qué era exactamente lo que había fallado y encontrar un *modus* para mejorar la colaboración en el futuro. Charlotte fue la primera que se reunió con ella en despacho del editor, donde la antigua asistente, una vez cerrada la puerta, le insistió de nuevo en que ella hacía bien su trabajo. Sabía perfectamente que el problema estaba en Ivana. ¿Había habido más incidentes? Charlotte contó todo lo que Ivana había hecho mal, y la antigua asistente tecleó. Luego preguntó a Charlotte si le parecía posible seguir colaborando con Ivana. Charlotte reflexionó y se encogió de hombros. Le daría otra oportunidad a Ivana, dijo, contenta de que le hubieran pedido su opinión y no tuviera problemas, y de que la antigua asistente y ella parecieran más bien un equipo.

La antigua asistente le explicó cómo iban a proceder: amonestaría a Ivana y le daría algo así como un ultimátum. Si seguía sin

esforzarse, tendrían que volver a hablar y encontrar otra solución. A Charlotte aquello le pareció bastante vago para ser un ultimátum, pero se limitó a asentir.

Luego fue Ivana la que tuvo su reunión por separado. Cuando salió del despacho del editor, una hora larga más tarde, no parecía muy abatida. Al contrario. Sonrió a Charlotte, se puso detrás de ella, apoyó sus dos frías manos en sus hombros y dijo:

—Vamos a conseguirlo.

Charlotte asintió y acalló su mala conciencia, por haber expuesto y acusado de ese modo a su compañera. La antigua asistente se había quedado en el despacho del editor, para hablar por teléfono con él, y Charlotte aprovechó para interrogar a Ivana, que seguía detrás de ella y le masajeaba los hombros con sus frías manos. Había sido una buena conversación. Ahora ya sabía lo más importante.

—¿Y qué es? —preguntó Charlotte.

—Tenemos que entenderle.

—Aprender a leerle.

—Como un libro.

—Nos haremos con él.

Charlotte volvió a asentir. Las manos frías de Ivana seguían masajeando sus hombros, y no le gustaba. Ni una palabra sobre un ultimátum ni nada por el estilo. O Ivana había tenido una percepción errónea debido a la tensión, como Charlotte había observado ya en los últimos días, o/y la antigua asistente se había expresado de forma poco clara. Con Ivana había que ser muy concreta, y la antigua asistente, que ahora salía del despacho del editor, lo sabía. Charlotte casi admiró que, menos de media hora después de su reunión, Ivana se atreviera a pedir consejo a la antigua asistente

sobre la birthdayweek que tenía prevista con sus besties. La antigua asistente resultó ser tan mala compañera como Charlotte, y le aconsejó que sencillamente preguntara. Así que ambas la dejaron caminar por el filo de la navaja, pero, por supuesto, Ivana era responsable de sus propios actos. Charlotte, que hacía unos días había tenido una crisis de llanto por su despido, se veía en el horizonte en el papel de primera asistente. Y, al parecer, la antigua asistente también.

Cuando se aburre y no tiene nada que hacer, a Charlotte le gusta hacer un ranking retrospectivo de las peores personas de la editorial, y el editor no siempre ocupa el número 1, porque de alguna manera también es una víctima fácil. La mayoría de las veces, en el número 1 está Alexandra Liebig, y volverá a aparecer en la lista más adelante. Y de vez en cuando también la antigua asistente. Charlotte puede haber admirado y sigue admirando que haya conservado el puesto frente a todas las demás asistentes. Pero también hay algo de insincero en ella. ¿Cuáles eran sus intenciones?, se pregunta Charlotte todavía hoy. ¿Y por qué no le advirtió durante la entrevista de selección, o le apuntó al menos, que sería difícil trabajar para el editor? Y sobre todo: ¿por qué no habló abierta y honestamente con ella después de haberla subido a aquel barco de mierda cuando ya no había marcha atrás? Se pregunta para qué aguanta tanto la antigua asistente dentro de ese circo. Tiene incluso un prometido que gana un buen sueldo. Quizá también ella tenga un complejo paterno, piensa Charlotte. Ha averiguado que la antigua asistente ganó en una ocasión un concurso de debates en el instituto. La mayoría de los jóvenes que ganan un concurso de debates tienen un complejo paterno. Pero ahora da igual.

Sea como fuere, la semana, de la que en realidad había poco que contar porque el editor estaba en Stanglwirt, transcurrió bien, y fue un alivio que la antigua asistente volviera, se ocupara de poner orden y pilotara el barco.

En conjunto, esa semana la vivió como en un campo de entrenamiento. La antigua asistente entrenó a Charlotte, contestó a todas sus preguntas, la guio por el abstruso sistema del editor, le explicó todo, por ejemplo, cómo había que redactar los correos dirigidos a él, el interlineado adecuado, etc. Charlotte se sintió como Karate Kid, solo que ella no aprendió kárate, sino a controlar a un jefe arbitrario.

Charlotte podía ser insistente cuando quería algo, y escribía regularmente al editor durante su ausencia informándole de las tareas que había completado. Corría a ver a la antigua asistente y se hacía cargo de las tareas que él solo le enviaba a ella, porque seguía ignorando a las nuevas desde el supuesto despido, como si este efectivamente se hubiera producido.

Mientras Charlotte acumulaba horas extras, se saltaba la pausa del mediodía y se quedaba la última en la editorial, Ivana hablaba sobre todo de su dilema por el birthdayweek-trip y en la pausa del mediodía se iba a hacerse el bikini waxing. Al final, tuvo que reservar los billetes antes de poder preguntarle a él el lunes. Charlotte le habría reservado el primer vuelo, para poder entrenar con calma con su Karatecoach. Le daba igual qué biquini se comprara Ivana, tenía que concentrarse para que no volvieran a acusarla de trabajar de manera descuidada. Enviar a Stanglwirt los calcetines de senderismo que el portero le había traído de casa. ¡Superexprés! El editor quería hacer senderismo al día siguiente, y Charlotte se aguantó la

pregunta de si no era menos complicado comprarse los calcetines allí o, más fácil aún, ponerse unos calcetines normales. Así que realizó también esa tarea conforme a sus instrucciones, y le informó desde la mensajería tal y como la antigua asistente le había enseñado, naturalmente con firma, ya eliminaría el «administrativa». «(Línea en blanco) Querido señor Maise (línea en blanco), los calcetines de senderismo solicitados están en camino por entrega exprés. (Línea en blanco). Se los llevarán a su habitación mañana antes de las 11. Que disfrute mucho caminando. (Dos líneas en blanco). Cordialmente (línea en blanco), Charlotte Scharf (línea en blanco), firma».

La comunicación entre el editor y Charlotte era de dirección única, pero cada vez que ella veía en el buzón que había leído su correo se sentía brevemente unida a él, y cuando, por las tardes, poco antes de salir de la oficina, revisaba la bandeja de enviados y veía todo lo que había hecho y le había comunicado, sonreía en el oscuro despacho de las asistentes.

El martes por la tarde se compró un teclado Midi. Había pasado varias veces por delante de la tienda mientras corría y, en cada ocasión, había sentido nostalgia. Estaba emocionada como una niña después de ampliar su estudio, tocando, cantando y componiendo hasta altas horas de la noche para su álbum, al que quería llamar «Isar», y el jueves escribió su primer correo de «Finalizados» al editor. La antigua asistente le había aconsejado resumir en un correo las tareas terminadas de la semana. Esos correos que él denominaba «Finalizados» lo tranquilizaban muchísimo. Charlotte pensó en una

bonita introducción y una bonita frase final, porque la estructura de los correos también era importante para ella. Los revisó cinco veces, envío el correo rápidamente a su madre para que lo leyera y luego pulsó «enviar». Él no respondió, pero lo había leído.

El viernes por la tarde era la cena de las asistentes. Ivana se marchó antes. Charlotte insistió en esperar hasta las seis, porque el editor quería mantener una entrevista de selección online que ella misma había organizado, y la antigua asistente esperó de manera solidaria con ella, también tenía que acabar una cosa. Cuando dieron las 18.10, ella supuso que todo había salido bien. Alquilaron bicicletas para ir al restaurante, porque la antigua asistente quería hacerle a Charlotte un pequeño tour por la ciudad. Charlotte no dijo que odiaba las bicicletas y que habría preferido coger el tranvía.

Y luego, cuando pasaban por delante de la iglesia de Santa María, el móvil del trabajo de Charlotte sonó. Se detuvieron, y sí, era él. Un SMS. Nunca le había escrito un SMS antes. «El enlace no funciona».

Charlotte no respondió que el enlace sí funcionaba. Lo había comprobado al menos veinte veces. Desmontó y lo llamó. Él contestó después del segundo tono, ella volvió a oír su voz por primera vez desde aquel mal día, y sonrió cuando él la saludó. Con toda tranquilidad, le explicó paso a paso cómo tenía que proceder, los asuntos técnicos no eran lo suyo y ella aún tendría que acostumbrarse. Aunque tenía muchas entrevistas de selección, porque le gustaba decidir quién podía trabajar en su editorial, aunque no le gustaba decidirse, raras veces lograba iniciar la conversación sin ayuda, probablemente por nerviosismo, aunque

nunca lo admitiría. Cuando estaba en la editorial, lo arreglaría ella, y cuando estaba en casa lo haría su mujer. Y, si no había nadie disponible, podía seguir las instrucciones de la cita, aunque siempre acababa llamando y lo hacían juntos.

En algún momento lo consiguió, gracias a las pacientes indicaciones de ella, y le dio las gracias. La antigua asistente y ella volvieron a montar en sus bicis.

Mientras esperaban a que llegara el plato principal, Charlotte no dejaba de pensar en que la entrevista ya tenía que haber terminado del todo y le preguntó vía SMS cómo había ido. Él no respondió, pero le envió imágenes de una capilla, verdes colinas cubiertas de flores y un arroyo. «Hermoso como un cuento», respondió ella.

Y entonces él la llamó. Charlotte se levantó de un salto, a pesar de tener delante un filete de berenjena y mousse de chirivía, y corrió a la calle para que las otras asistentes no pudieran oírla. Él le preguntó si había recibido las fotos. Ella oía pájaros cantando al fondo. Sí, dijo, muy hermosas. Si se casaba alguna vez, dijo él, sería en esa capilla.

Durante la llamada, Charlotte deambulaba sin rumbo fijo, estuvo a punto de ser atropellada por un ciclista y tuvo esa sensación que te invade cuando te acabas de enamorar, has sacado un diez o te pasa algo increíble que raras veces pasa, cuando el corazón se acelera y durante un breve tiempo amas la vida. Sentía que ella y el editor habían superado su primera crisis. «Y gracias por sus amables palabras», añadió él. Sí, había controlado la crisis.

Se desearon mutuamente una hermosa velada, y la velada que siguió fue hermosa. Charlotte disfrutó de la comida y el vino, y sonreía radiante. La antigua asistente lo advirtió y le sonrió. Las

veteranas les dieron a las recién llegadas un montón de consejos sobre la ciudad, qué había que ver, los locales, recomendaciones de compras; en cambio, apenas hablaron del trabajo o del editor. Siempre que Charlotte o Ivana lanzaban preguntas al aire, la antigua asistente conseguía, con rapidez y sin llamar la atención, desviar la conversación hacia otra cosa.

Después, Larissa acompañó a Charlotte al metro, porque vivía cerca de Marienplatz. En el restaurante, Larissa ya había dejado caer algo de un incidente, pero la antigua asistente enseguida empezó a hablar de las posibilidades de hacer excursiones por los alrededores.

Ahora, Charlotte se enteraba de que él amenazaba a Larissa con el despido por lo menos una vez a la semana. El viernes pasado, al parecer, él levantó bastante la voz y fue muy hiriente. Pero, en vez de sentir indignación o solidaridad, lo que se apoderó de Charlotte fue la ambición. Sentía un fuerte deseo de cambiarlo. Quería ser la elegida para controlarlo, y empezaría la semana próxima. Él volvería el miércoles, y ella estaría preparada. Iba a convertirse en su primera asistente.

Durante el fin de semana, se dedicó a la música y se compró en la ciudad un vestido con estampado de leopardo, que pegaba con sus botas de suela gruesa. El sábado por la tarde se sentó incluso en las franjas verdes al borde del Isar y por un momento pensó que quizá podría llevar esa vida, haciendo surf en el Jardín Inglés, etc.

14

Él adelantó su regreso porque ya no le divertía Stanglwirt. Pero, antes de que vuelva a aparecer en la puerta y no haya tiempo para otras cosas, conviene hacer un pequeño esquema de la empresa. Al fin y al cabo, hemos prometido que aquí vamos a hablar de lo general, y no solo de dos personajes planos con complejo paterno.

¿Cómo se hace el esquema de una empresa? Se empieza por arriba, y arriba está el editor como propietario único.

Pero quizá lo dejemos aquí. Demasiado aburrido. En realidad, basta con saber cómo consiguió el editor su editorial y que la empresa era una empresa al borde de la quiebra, o más bien un barco que se hundía desde que él era el capitán. Por lo demás, todo es como en otras editoriales. Hay departamentos y directores de departamento, solo la rotación es preocupantemente alta.

Así que el capitán volvía a encontrarse en la puerta, tras regresar de Stanglwirt. El lunes por la mañana en vez del miércoles. Sorpresa.

Cuando las dos asistentes se sentaron a la mesa con el editor y cogieron las facturas y demás material, Ivana le preguntó enseguida, a causa de la urgencia de reservar los billetes, si podía ir a la birthdayweek. Él lo aprobó con una sonrisa aunque los ojos le

centelleaban de furia. Charlotte vio el temblor nervioso en su párpado derecho, sintió que quizá aquel sería el golpe mortal para Ivana, y olfateó su oportunidad. Cuando la primera asistente se hubiera ido, la segunda asumiría el papel de la primera y lo acompañaría la semana siguiente a una serie de citas. Porque él quería reunirse en la «Firma» con varias agencias de organización de eventos para elegir cuál se encargaría del centenario de la editorial, que de hecho cumplía cien años (aunque en las primeras seis décadas solo había publicado bibliografía especializada en medicina). (Spoiler: no se decidiría por ninguna). Durante aquella semana Charlotte lo tendría completamente para ella, porque la antigua asistente no iba a sentirse bien y en su penúltima semana trabajaría desde casa, pero vayamos paso a paso.

Sea como fuere, el editor y Charlotte volvieron a sonreírse el día de su regreso.

Pero ¿para qué describir más situaciones grotescas, para qué seguir poniendo en evidencia al editor? Habría que darle tiempo para que se adapte de nuevo, y no se encuentra muy bien.

Hasta ahora hemos contado poco de la vida interior y privada de Charlotte, por eso tenemos que dar un salto hasta el viernes. Y a la actualidad, al presente, para comprender mejor la vida interior y privada de Charlotte.

18.33: Charlotte termina su jornada, sale de la editorial y se va a casa.

15

18.33: Charlotte termina su jornada, sale de la editorial y se va a casa, o como se quiera llamar a esa vivienda.

Como todas las tardes, Charlotte baja la calle hasta la estación del suburbano. Escuchando música. En realidad, son los minutos más hermosos del día. Bajar la calle escuchando música con un cigarrillo en los labios al terminar el trabajo. Una ligera brisa que agita el vestido en torno a sus piernas, y los pensamientos que fluyen con la música.

Charlotte tiene cientos de playlists en Spotify, confeccionadas con sus favoritos del momento. Cuando va caminando las escucha, cuando cocina, cuando corre, incluso a veces cuando trabaja (y el editor no está).

Hubo una etapa de su vida, poco antes de ser mayor de edad, en la que escuchaba música, se dejaba llevar y sus pensamientos vagaban, y de vez en cuando experimentaba momentos de felicidad que eran como una inyección en vena, casi como al tomar drogas, con esa sensación de evasión que ya conocía de tocar el piano. De adolescente, Charlotte había encontrado en la música y en los libros una coraza que podía llevar consigo a todas partes y con la que se sentía bien y fuerte.

Aún recuerda que en el camino de casa al colegio siempre iba leyendo en el autobús, incluso cuando tenía que ir de pie. Con cascos en las orejas y el MP3 en el bolsillo de la chaqueta o de sus vaqueros ajustados. Cada vez que se le estropeaba un MP3 barato, SanDisk, Intenso o Medion, deseaba un iPod de colores, pero solo le daban un SanDisk, Intenso o Medion. «Es igual que el de Apple». Luego, en algún momento, su padre compró acciones de Apple, le gustó la empresa y en Navidades le regaló un iPod Touch. Fue quizá el mejor regalo que ha recibido nunca. Si tuviéramos que hacer balance, probablemente fue el que más felicidad le reportó.

Se sentaba con un bloc y un lápiz delante de su ordenador, grande y viejo, buscaba en YouTube vídeos que pudiera descargarse, y se alegraba cuando descubría artistas como Bon Iver o The Antlers. Todavía no existía Spotify, y todavía hoy nadie compra canciones en iTunes. Charlotte aún recuerda que oía «Holocene», de Bon Iver, en el bus y se le ponía la piel de gallina.

O cómo intentó disimular una lágrima sin llamar la atención, mientras leía *La campana de cristal* de Plath, con dos pasajeros sentados de frente. Y, a pesar de ese constante deseo de sumergirse en otros mundos y aislarse de unos congéneres aburridos, del entorno y de la realidad, caminaba con los cascos puestos desde la parada de autobús hasta casa y disfrutaba de llegar a casa, de su realidad y sobre todo de su madre. A veces distinguía su cabeza en la ventana de la cocina, y, cuando su madre la veía llegar, sonreía y la saludaba, y aquello emocionaba profundamente a Charlotte. No la sonrisa, no, la alegría en los ojos de su madre cuando veía que su hija volvía a casa. Que todos los días se alegrara de su llegada, aunque su hija no era demasiado amable con ella. La alegría en la

mirada de su madre cuando Charlotte va a visitarla la sigue emocionando.

Y daba igual a qué hora llegara Charlotte del colegio, madre e hija se sentaban casi siempre un momento a la mesa del comedor, comían o tomaban café, y Charlotte le contaba cómo había ido el día. Claro que las cosas no siempre discurrían de manera armoniosa, también discutían, pero la memoria es selectiva y, a pesar de todo, Charlotte se alegraba todos los días de estar en casa y tener a su madre.

Aquella tarde de septiembre, Charlotte se imagina por primera vez cómo sería si después del trabajo no se fuera a su piso, sino a casa, con sus padres. Como en los tiempos del colegio. No subiría ahora sin billete al suburbano, sino al autobús 54, le enseñaría al conductor su viejo pase escolar, él le diría que pasara con un gesto, ella iría sentada veinte minutos, leería y escucharía música, luego remontaría la colina hasta la casita amarilla, vería a su madre en la ventana, su madre sonreiría y la saludaría.

Ayudaría a su madre a poner la mesa para la cena. Y quizá batiría una crema Paradiso. Por las tardes, Charlotte hacía a menudo crema Paradiso, era su contribución a la cena. Sus favoritas eran la de caramelo y la de stracciatella. Charlotte se pregunta cuándo ha tomado crema Paradiso por última vez, y no lo recuerda. Se sentaría a la mesa con su madre. Su padre aún no estaría, él siempre llegaba tarde a casa y cenaba solo. Y entonces Charlotte le hablaría a su madre de su jornada de trabajo, de cómo el editor ha vuelto antes de lo previsto, de cómo Ivana le ha preguntado enseguida si podía

irse a su birthdayweek. Su madre se reiría y tomaría una cucharadita más de crema Paradiso de caramelo.

Charlotte se imagina cómo sería, aunque sabe perfectamente que no es así, y tampoco sería como se lo imagina si no fuera solo producto de su imaginación. Y esa imaginación le duele precisamente porque no es así, porque en vez de eso se sube sin billete al suburbano y se va a ese piso y no a la casita amarilla en la que, por otra parte, ya no viven sus padres. Quizá, para variar, debería imaginarse cómo sería vivir en una zona de guerra o estar mortalmente enferma, y así ser un poquito más humilde y agradecida. Sea como fuere, Charlotte se imaginará a menudo que no sube al suburbano, sino al autobús 54, para luego ir a la casita amarilla en la que ya no viven sus padres.

Y esta tarde de verano, mientras sube sin billete al suburbano y baja el volumen de la música para detectar antes a los revisores, Charlotte se imagina que hoy madre e hija probablemente pondrían la mesa en el balcón. Hace tanto calor desde que ha empezado en la editorial. Charlotte mira por la ventana. Ve a dos mujeres en bicicleta paradas en el semáforo junto al tren. Llevan el pelo mojado, toallas en la cesta, y hablan y ríen mientras esperan que se ponga en verde. Seguramente han estado bañándose, y eso que pronto será octubre.

Charlotte se baja en su parada, vuelve a subir el volumen de la música y va a hacer la compra, y al llegar a la caja del autoservicio marca un colirrábano en vez de tres y escanea mal una tableta de Lindor. No sabe de dónde ha sacado esa tendencia al pequeño delito. Empezó con lo de viajar sin billete, y en su época de estudiante robaba chicles de vez en cuando, o algo por el estilo.

Nunca grandes cosas. En aquel entonces tampoco tenía mucho dinero, pero hoy puede permitirse pagar un billete o una tableta de Lindor. Cada vez que sale del supermercado, tras haber ahorrado dinero, siente una breve oleada de euforia, como si alguien le hubiera regalado el chocolate, y eso es agradable, pero Charlotte no lo sabe. Como tantas veces, es una cuestión de principios.

Entonces, junto a la escalera de su edificio, ve al hombre tembloroso con las botas de cowboy. El mago caído. Se mueve despacito sobre sus flacas piernas, se agarra al cubo de la basura, y la gente describe un arco a su alrededor. Charlotte piensa un momento en subir la escalera sin más, pero luego guarda los AirPods en el estuche, se acerca al hombre y le pregunta si necesita ayuda. Él le pide que lo sostenga en el camino hasta su casa. Ahora tiene que hacerlo. Él se aferra a su brazo, y así suben los dos, vacilantes, toda la escalera. Él huele fuerte, a sudor, pero no a alcohol.

—¿Qué le ocurre? —pregunta Charlotte.

—Hipertensión —dice el hombre, y Charlotte duda de que la hipertensión sea su único problema.

La subida al segundo piso les lleva al menos cinco minutos porque, una y otra vez, cuando el temblor se intensifica, él necesita descansar. Ella lo mira a hurtadillas, su rostro no parece revelar dolores, pero sus ojos vidriosos miran tan fijamente al vacío que a Charlotte le duele.

Entonces le pregunta si es nueva allí. «Sí», dice ella. Y Charlotte no le pregunta cuánto tiempo lleva él viviendo allí, o si es muniqués, porque le tiembla la voz y parece que también le cuesta hablar.

El hombre tembloroso: ¿De dónde es usted?

—De Colonia —dice ella, porque no sabe exactamente de dónde viene y porque allí es donde ha vivido por última vez.

Él ha tocado una vez en Colonia con su banda.

Charlotte y el hombre tembloroso hacen una larga pausa en la escalera, hasta que él da a entender con una cabezada que está mejor, y en algún momento llegan arriba.

El hombre tembloroso le da las gracias, y Charlotte dice: «Encantada».

Quiere desaparecer en su piso, pero se da cuenta de que él no encuentra la llave, o no acierta con la adecuada en el llavero. Ya ha oído antes, desde su casa, el ruido que hace, seguía al clac, clac, clac de sus botas de cowboy. Charlotte se acerca a él y le quita suavemente el llavero de la mano.

Charlotte: ¿Cuál es?

El hombre tembloroso: La azul.

Charlotte le pone la llave azul entre los dedos.

Charlotte: ¿Quiere que abra yo?

El hombre tembloroso: No, no, yo puedo.

Ella vuelve a mirar antes de abrir la puerta de su casa, sin ningún esfuerzo, entra, cierra tras de sí y espera hasta que fuera ya no se oye nada.

Luego va al baño, se lava bien el brazo, que huele al hombre tembloroso (al menos eso se imagina ella), y está rojo de lo fuerte que se agarraba, y se pregunta si no habría hecho mejor en pedir ayuda.

Se sienta a la mesa, mira el agua por la ventana; en realidad iba a picar verduras, pero se pone la ropa de correr, se mete los AirPods en los oídos y sale a correr a lo largo del Isar, lejos de los edificios. Los AirPods pitan porque la batería está casi agotada, y luego la música deja de sonar. Mierda, piensa Charlotte. Los pájaros cantan, el Isar susurra, y el aire huele tan bien que Charlotte podría gritar. Sigue corriendo a lo largo del Isar, después tendrá que volver a correr ese trecho en dirección contraria. Más lejos. Dos mujeres de su edad vienen a su encuentro. ¿En qué trabajarán? ¿Les gustará su trabajo? De aspecto cuidado y acomodado. Pelo espeso y sano, piel bronceada. ¿Por qué en esta ciudad todos tienen ese puto aspecto cuidado y acomodado? Charlotte no tiene ese aspecto, ¿se darán cuenta ellas? Le da igual lo que vean las dos mujeres. Al fin y al cabo, ella es asistente del editor de una renombrada editorial, y no auxiliar de dentista, vendedora de zapatos, madre o algo por el estilo.

Y será la única de las asistentes que lo consiga, porque se lleva bien con él. Sin duda es un reto mayor y más difícil de lo que había pensado al principio, pero los retos te hacen crecer. De alguna manera, él le gusta, y, si ella también le gusta a él, quizá no solo pueda hacer una carrera editorial, sino abrir puertas muy distintas, tal vez en el ramo de la música, quién sabe. Charlotte sigue corriendo, aunque empieza a oscurecer.

Más tarde, cuando está picando las verduras, se hace un corte profundo en el dedo, y sangra tanto que la última tirita de la caja no tarda en reblandecerse. Tiene que ponerse papel higiénico y una goma del pelo, y en ese momento se da cuenta de que echa de menos todo el tiempo cosas que, en realidad, tendría que haber en

una casa en condiciones: esparadrapo, un destornillador, estropajo, sobres.

Come mientras mira alguna mierda, y más tarde no puede dormirse porque hace demasiado calor y se preocupa por todo. Piensa en ponerse música, de niña siempre se dormía con música. Pero si se pone los cascos no oirá si entran ladrones. Por la puerta del balcón abierta huele tanto y tan bien a verano. Tiene miedo al invierno.

A mitad de la noche se despierta sobresaltada, cierra la puerta del balcón y registra la casa en busca de ladrones. Luego vuelve a acostarse.

A las seis de la mañana se obliga a salir de la cama, se pone la ropa de correr y corre, escuchando música, en dirección a Bogenhausen. Mira las casas en las que ya hay luz, ve familias que desayunan. Luego regresa, se ducha y se va al trabajo.

Cuando sube por la calle hacia la editorial, con música en los oídos y un cigarrillo en los labios, casi todas las mañanas se cruza con el mismo chico. Alto, rizos rubios, rostro bronceado, con un punto travieso, de ojos verde claro. Lleva un pendiente de oro en la oreja izquierda. La mayoría de las veces lleva unos pantalones marrones, anchos y sucios, y, una camiseta blanca. Probablemente hace un trabajo físico. Charlotte sabe que él también se ha fijado en ella, que va todos los días en el mismo tren y, como él, vuelve todos los días en el mismo tren. Esa mañana, ella se atreve a sonreírle por primera vez. Él no le devuelve la sonrisa. Idiota, piensa Charlotte.

Esta es más o menos la vida íntima y privada de Charlotte: ficha a la entrada, ficha a la salida, regresa a esa casa, come, mira alguna mierda, duerme, corre, va a la editorial y vuelve a fichar a la entrada. Con el tiempo, cada vez fichará más tarde a la salida y cada vez dormirá peor. Notará la caída del pelo, el sudor frío por las noches, el temblor en los párpados, el zumbido en los oídos. Aunque ni siquiera se dará cuenta de su deterioro; estará demasiado ocupada con el editor.

Pero a principios de septiembre la cosa no ha llegado tan lejos. Sus cabellos siguen todos en su sitio, por las noches aún no hay sudores, tampoco hay temblor en los ojos, no hay zumbido en los oídos, a Charlotte aún le va relativamente bien. Todavía es verano.

Y lo más importante: ha redescubierto el placer de hacer música para sí misma. Por suerte. Así que ficha a la entrada, ficha a la salida, regresa a esa casa, come, mira alguna mierda, duerme, corre, va a la editorial y vuelve a fichar a la entrada. Y hace música. Sobre todo los fines de semana, pero también por las tardes, entre la comida y la hora de acostarse; y a veces, cuando se le ocurre una buena idea durante el trabajo, se envía a sí misma un e-mail con esa idea. Por la noche, cuando vuelve a sentarse delante de su MacBook y su teclado, se alegra al ver ese e-mail y deja que sus pensamientos fluyan con la música.

Charlotte aplasta el cigarrillo en el suelo, guarda los AirPods en su estuche, entra en la editorial y ficha.

16

A lo largo de la semana no pasó nada nuevo, el editor aparecía de vez en cuando y reclamaba a las tres asistentes, pero sobre todo a la antigua asistente. A ella le parecía bien, quería tachar de la lista todo lo que pudiera antes de desaparecer, principalmente cartas y e-mails. Charlotte ya se alegraba pensando que trabajaría con el editor en cartas y e-mails. Más tarde, eso iba a cambiar con rapidez.

La semana siguiente, la trama por fin cobró impulso, literalmente, y Charlotte y el editor estrecharon su relación.

Ivana se fue a Grecia a la birthdayweek, la antigua asistente trabajó desde casa varios días a causa de un resfriado y Charlotte se quedó en su puesto.

El lunes era el día de la primera cita con la primera agencia de eventos. Charlotte fue con la organizadora a la «Firma»; se había puesto expresamente para la ocasión el vestido nuevo con estampado de leopardo, que encajaría bien con la sala de elegantes paredes de hormigón gris claro. En realidad, la sala era mucho más grande de lo que se apreciaba en la videollamada, y hubiera podido estar en Nueva York, le pareció a Charlotte, que nunca había estado en Nueva York.

Larissa la saludó con un abrazo y besitos, mientras el editor señalaba las botas de suela gruesa de Charlotte.

—Magníficas, ¿verdad?

Antes de que la agencia de eventos abriera la reunión, el editor se sentó con Charlotte a la gran mesa junto a los ventanales y «trabajaron» mientras Larissa ocupaba su escritorio, a unos cuatro metros de distancia. Larissa preguntó si podía traerles algo de beber. El editor pidió un expreso y Charlotte negó con la cabeza.

—No, gracias —dijo, no quería que otra asistente le sirviera.

Como siempre, él le entregó notas, facturas, encargos, y ella trató de tomar nota de todo lo importante.

Llamaron al timbre, los de la agencia de eventos. Larissa saludó a la mujer y al hombre y les pidió que se sentaran a la mesa que había en la entrada, a tres metros de la mesa en la que estaban Charlotte y el editor. Charlotte sonrió a los recién llegados, pero el editor no dirigió la mirada a ninguno de los dos.

—La reunión empezará enseguida, el señor Maise aún está en una entrevista. ¿Puedo traerles algo de beber?

Al parecer, Larissa ya había repetido esa frase muchas veces. El editor empezó a contarle a Charlotte su encuentro de esa mañana con la nueva entrenadora de tenis de su hija, que le preguntó si había sido tenista profesional. Los de la agencia de eventos esperaban en la mesa de al lado. Charlotte ya sabía que al editor le gustaba hacer esperar a la gente. Lo que aún no sabía era cuánto odiaba que la gente le hiciera esperar a él. Más adelante, a menudo llamaría a Charlotte a su despacho solo para charlar con ella mientras fuera había gente sentada que tenía una cita con él o necesitaba la aprobación urgente de algo.

Empezó a enseñarle a Charlotte fotos de su hija en el móvil, se alegraba cuando ella exclamaba «¡Qué bonita!», «¡Qué mona!» o

«¡Encantadora!», o cuando le pedía que le ampliara alguna foto. En algún momento, tras enseñarle una foto levemente perturbadora de su hija justo después del parto, se levantó de manera abrupta y saludó a sus invitados, que los miraban ya muy nerviosos. El editor señaló a la mujer y al hombre las botas de suela gruesa de Charlotte.

—Magníficas, ¿verdad?

Ambos asintieron efusivamente.

Charlotte se quedó para redactar el acta. Se alegró de que, durante la conversación, él le preguntara su opinión repetidas veces.

Mu: ¿Qué opina del emplazamiento, señora Scharf?

Los de la agencia de eventos les habían mostrado en su portátil fotos de una gigantesca mansión de lujo junto al lago Starnberg.

Sch: No sé si algo tan pomposo encaja con la editorial. ¿Qué opina usted?

Mu: Tiene razón. No encaja con la editorial.

Les explicó a los dos qué era lo que encajaba con la editorial. Según él, a los que trabajaban en la editorial les interesaban los «contenidos», no tanto los techos de estuco y las columnas de mármol, y ella se preguntó si él se incluía en esa descripción.

Cuando, terminada la reunión, Charlotte se disponía a marcharse a la editorial con la organizadora, él preguntó:

—Señora Scharf, quédese, trabajaremos un poco más, ¿le parece?

Por supuesto, no era una pregunta. La dejaría en la editorial más tarde, dijo. Así que se quedó.

Al final, casi no trabajaron. Llamó un autor amigo suyo, con el que el editor estuvo intercambiando tonterías largo rato, describiéndole

minuciosamente, entre otras cosas, el estilo de vestir y las botas de suela gruesa de su nueva asistente.

—Sí, de verdad que se llama señora Scharf. «Schaf con erre» —rio a carcajadas—. Scharf, spicy.[3]

Más tarde la llevó en su deportivo, un viejo Aston Martin o algo parecido, de vuelta a la editorial. Conducía muy deprisa, y Charlotte disfrutó del trayecto.

Charlotte se conoce demasiado bien como para considerarse feminista. Por supuesto que está a favor de la igualdad de oportunidades y demás, pero no hace campaña de manera activa por conseguirla, y, sobre todo, se alegra cuando puede obtener ventajas gracias a su aspecto o su imagen de mujer joven.

Sin embargo, cuando se rio mientras el editor se burlaba de una mujer, a la que calificó de amorfa, desagradable, «espantosa», que subía la cuesta en su bicicleta de reparto delante de su deportivo, en vez de defender a la ciclista, o al menos no reírse, se sintió defraudada consigo misma.

Con su consentimiento tácito, la dejó cerca de la editorial, en una calle lateral.

Para la cita del día siguiente, la recogió directamente en la editorial, otra vez en la calle lateral, y la llevó de vuelta. En el camino de regreso, además dejó en una tienda un marco para un cuadro que no había sido modificado según sus indicaciones, discutió con una agente de movilidad que entretanto le había puesto una multa por

aparcar mal, hizo una bola con la multa y se la tiró a los pies, luego estuvo charlando alegremente por teléfono con amigos y conocidos desde el coche, y sobre todo conversó mucho con Charlotte.

Charlotte se volvió más atrevida con sus preguntas, pero ya no recuerda exactamente todo lo que le preguntó. Una conversación típica entre ellos en el coche podría ser más o menos así:

Sch: Imagínese que está estudiando, sueña con un empleo cool en la redacción de un suplemento cultural o un estudio de TV. Y luego, en algún momento, acaba trabajando para una agencia de eventos.

El editor rio.

Mu: Era un tipo realmente asqueroso, ¿no?

Charlotte asintió, aunque la verdad era que aquel hombre le había parecido agradable y razonable.

Sch: ¿Le gustan los coches?

Buena pregunta. Él adoraba los coches, blablablá.

Charlotte no sabía qué hacer con ellos.

Mu: ¿Tiene usted pareja?

Charlotte negó con la cabeza.

Mu: ¿Está enamorada?

Charlotte negó con la cabeza.

Sch: Tiene usted la agenda llena. ¿Le gustan todas esas cenas?

Le gustaban las cenas. Disfrutaba cuando estaba rodeado de gente.

Charlotte supuso que no soportaba bien estar solo. Por eso llamaba por teléfono en cada minuto que tenía libre.

Por la tarde, la antigua asistente llamó y dijo que el editor había elogiado a Charlotte. Hacía las preguntas adecuadas y daba gusto trabajar con ella. Además, se identificaba con la empresa. Charlotte no pudo reprimir una sonrisa. Lo sabía. Decidió que para la cita con la tercera agencia de eventos se pondría un largo vestido negro con corazones morados y sus botas de suela gruesa.

En esa tercera cita, el editor volvió a estar completamente ensimismado. Ojos vidriosos, inquieto, desbordado, con visible temor a tomar la decisión incorrecta, aunque no había ninguna decisión que tomar.

Cuando después Charlotte quiso despachar correos urgentes con él, seguía ensimismado.

—Quizá lo mejor sea cancelarlo todo —dijo—. O celebrar el aniversario en una taberna. Eso es lo que hacía mi padre en los aniversarios de su empresa —murmuró con la mirada vacía.

Volvieron juntos, y Charlotte le preguntó si le gustaba ser editor, o si a veces era más bien una carga tener tanta responsabilidad.

Mu: La mayor parte del tiempo lo odio.

Odiaba tomar decisiones, tenía la sensación de ser siempre el malo, etc.

Luego habló por teléfono con una vieja amiga, y después le contó quién era esa vieja amiga, e imitó al marido de la vieja amiga, que decía siempre cosas muy graciosas. Charlotte rio, y él se puso cada vez más tonto, como un niño que sobreactúa cuando ha hecho reír a

sus padres con algo. Pero era tierno, pensó Charlotte, ver cómo se alegraba de hacerla reír. La dejó en la calle lateral, le dio las buenas tardes y dijo, como siempre: «Gracias por todo».

Charlotte se dirigió a la editorial con una sonrisa en los labios, como si hubiera tenido una hermosa cita o una noche de fiesta grandiosa.

En realidad, aquí aún falta una historia de amor. Porque es un fallo que durante esta etapa solo aparezca en la vida de Charlotte este hombre relativamente mayor, que la deja con su coche deportivo en una calle lateral, cerca de la editorial. Triste. ¿Qué impide poner un poco de frivolidad en su historia? ¿Es poco realista? ¿No encaja? ¿Es que Charlotte no está abierta a una relación amorosa? Quizá. Pero el amor simplemente ocurre, eso lo sabe todo el mundo, y llega cuando no se cuenta con él. Quizá durante el intermezzo de Charlotte en Múnich no hubo ninguna historia de amor, quizá solo hubo interminables e infructuosas conversaciones por Tinder. Pero quizá también hubo una pequeña historia de amor, que se fue abriendo paso delicadamente, que luego por desgracia se desvaneció y fracasó por culpa de Charlotte y la gran casa editorial. Pero quién sabe ya.

Está claro que la historia de amor, si hay que inventarla, no debe ser demasiado central, bonita o fuerte, porque de lo contrario desplazaría la verdadera trama, que ya se ha planteado, o influiría en ella. No es más que un pequeño ramal, que quizá introduzca algo de ligereza durante un breve tiempo. Y seguro que a Charlotte le gusta.

En fin, el joven rubio le sonrió el viernes por la mañana, y Charlotte se alegró.

17

En fin, el joven rubio le sonrió el viernes por la mañana, y Charlotte se alegró. Era alto y fuerte, parecía bastante estable. Justo lo que necesitaba, pensó Charlotte: un oso estable, pragmático.

El día siguiente transcurrió sin problemas, y luego, otra vez brazos al cielo, fin de semana. El fin de semana en sí fue duro, aunque mejor que los anteriores porque ahora tenía un propósito: Charlotte hacía música. Y por fin llovía. Aquellos últimos fines de semana, demasiado veraniegos, en aquella ciudad demasiado hermosa, habían dejado arañazos en la psique de Charlotte, porque cuando deambulaba por las cálidas calles se sentía como una turista y a la vez envidiaba a los otros turistas, que eran turistas de verdad.

Los fines de semana, tras la pausa musical, Charlotte se dedicaba sobre todo a componer, y salía a correr todos los días, incluso cuando llovía a cántaros, lejos de la casa. Con la música en los oídos, salía de la casa, se alejaba de los edificios, cruzaba los campos, en dirección al Speichersee y luego alrededor del lago, o corría remontando el Isar hasta que ya no sentía nada de Ismaning. Hasta que solo había agua y árboles y un par de paseantes. Y a veces, cuando el Speichersee o el trozo de bosque junto al Isar no le bastaban, cuando había poca agua y pocos árboles para ella, se

subía al S8, iba hasta la terminal de Herrsching y allí corría a lo largo del Ammersee o se internaba en el bosque.

Aquel sábado, Charlotte se subió por primera vez al S8 y cruzó Múnich hasta la última estación, y corrió adentrándose en el bosque, ascendiendo por una montaña, cada vez más alto, hasta que, arriba, en un mirador, se dejó caer agotada en un banco y contempló las cadenas montañosas en el horizonte.

—¿Todo bien?

Charlotte alzó la vista hacia dos hombres equipados con una bicicleta de montaña, cuya presencia no había advertido a causa de la música en los oídos, y se secó las lágrimas de la cara. En la nueva ciudad, ningún desconocido se había dirigido a ella, excepto en las tiendas. Sonrió a los hombres, que por sus edades podrían ser padre e hijo, y asintió.

Charlotte: Mi perro murió ayer.

El padre: Oh, lo siento.

El padre: ¿Cómo se llamaba?

Charlotte creyó distinguir el acento renano, pero quizá se lo estaba imaginando. De hecho, dijo «Bello» porque fue el primer nombre de perro que se le ocurrió.

El hijo, en torno a los dieciséis: ¿De qué raza era?

«Pastor», respondió Charlotte, que no tenía ni idea de razas de perros y no soportaba a los perros desde que un perro pastor agresivo la mordió en una ocasión.

Padre e hijo se despidieron, después de que el padre le hablara de su perro salchicha, que, como Bello, también había muerto, y Charlotte les asegurase a ambos que ya estaba mejor, y que la semana siguiente pensaba comprarse otro perro. Se quedó mirando

a los amables ciclistas mientras descendían la montaña. ¿Qué planes tendrían padre e hijo para hoy? Seguro que al final del recorrido se premiaban con una sabrosa comida en un restaurante. O la madre y la hermana los esperaban en un hotel rural junto al Ammersee y los cuatro se iban a la piscina del hotel, e hijo e hija chapoteaban como si tuvieran seis años, porque estaban de paso por Baviera con mamá y papá y nadie los conocía.

Charlotte todavía se quedó media hora allí sentada y lloró un poquito mientras sus AirPods exhalaban su último aliento. Se enfadó con los AirPods, porque siempre exhalaban su último aliento cuando los necesitaba especialmente; luego se enfadó consigo misma, porque no había cogido la batería. Además, ¿qué estaba haciendo allí?

Y, mientras bajaba corriendo los empinados senderos del bosque en dirección al suburbano, pensaba sobre todo en su álbum, en melodías, en textos. A veces se detenía, se sentaba en un banco y anotaba ideas y pensamientos en un correo electrónico, para no olvidarlos.

Al llegar otra vez a la casa ajena, montó un par de instrumentals, escuchó en bucle la parte más reciente y habló por teléfono con su madre. Le contó que no se sentía bien en aquella casa.

Pero Charlotte no se sentía bien en ninguna casa, dijo la madre.

—Eso no es cierto —respondió Charlotte, que aún no había vivido en la casa de sus sueños, pero sí se había sentido bien en al menos una de sus, hasta ahora, seis casas.

Luego la madre dijo frases tan tontas como «Es tu propia insatisfacción la que proyectas en la casa», «No vas a ser feliz en ninguna ciudad» y «Tienes que cambiar», y Charlotte se preguntó

de dónde salían aquellas necias frases. Sonaba como si sus padres hubieran estado hablando de ella otra vez.

Charlotte: ¿Has estado hablando con papá de que no me siento bien aquí?

La madre: No, ni una palabra.

Charlotte: Pues esto suena totalmente a papá.

La madre: Tienes un buen empleo, una casa que da al Isar. ¿Qué más quieres?

Definitivamente, palabras de papá. Charlotte colgó.

Era típico. Pisotearla cuando Charlotte yacía en el suelo, desesperada y débil. Pero Charlotte aún no yacía en el suelo, desesperada y débil. Solo había querido contarle a su madre que no se sentía bien en aquella casa. Nunca había tenido la sensación opresiva que tenía allí. Era la casa, el olor, las viviendas vacías, los rostros cerrados en la escalera, la cinta de la policía delante de aquella puerta, la mancha en el suelo, el anonimato, el hombre muerto y el hombre tembloroso con las botas de cowboy. Es una casa en la que suceden cosas horribles, pensaba Charlotte. Aquí ha muerto gente sin que nadie se diera cuenta. La casa le recordaba a Charlotte a esos moteles sureños de las películas en los que siempre hay muertes y asesinatos.

Pero ya basta de hablar del edificio y de la casa en la que no se sentía bien: como hemos dicho, Charlotte aún no yacía en el suelo, desesperada y débil; en vez de eso, yacía en el suelo, estable y fuerte. Había logrado un cambio positivo en el trabajo y ahora hacía música. Hasta bien entrada la noche, creaba instrumentals, escuchaba en bucle nuevas estrofas y partes, hacía clic en la infinita oferta de hi-hats y claps, buscaba samples en viejos éxitos, grababa

coros y entretanto miraba el agua una y otra vez. Por lo menos el agua, pensaba. ¿Qué más quieres?

Antes de dormirse, se imaginó cómo se dirigiría a ella aquel chico alto y fuerte el lunes por la mañana. ¿Hablaría con acento? ¿Qué estaría haciendo en ese momento? Seguro que estaba con sus compañeros de piso en el salón, riendo y divirtiéndose.

18

Vamos ahora a contar con rapidez la última semana de la antigua asistente y también de la primera asistente, que regresó el lunes y volvió a ser despedida el miércoles.

El editor le reveló a Charlotte, ya el lunes, que iba a echar a Ivana. Lo había acordado con la antigua asistente, y Charlotte se asombró, con sentimientos extrañamente encontrados, de que las cosas hubieran ocurrido tan deprisa.

Charlotte y el editor visitaron aquel día un restaurante junto al lago Starnberg, una opción para la celebración del aniversario, pero quedó descartado porque al editor no le gustó el encargado. Es un fanfarrón, y todo está decorado con pésimo gusto. Cuando, por la mañana, recogió a Charlotte en la calle lateral, su hija iba sentada en el asiento trasero. Charlotte, que sabía tratar a los niños, conectó enseguida con la niña, dócil y bien educada. La conmovió la forma en que la niña la miraba con sus grandes y curiosos ojos. Más tarde, Charlotte se enteró de que la pequeña Adeline tenía muy preocupados a sus padres, sobre todo a su madre. No lograba hacer amigos en la escuela, presentaba dificultades de concentración, y la mujer del editor iba de médico en médico, de terapeuta en terapeuta, para encontrar una explicación y un tratamiento para las peculiaridades de la niña. El editor parecía enervado con aquel

trasiego de médicos, terapeutas y especialistas, algo que, cuando se trataba de sus propios problemas, él también practicaba. Probablemente Adeline era tan solo una niña especial. Él mismo era así en el colegio. «Las personas especiales tienen que pasar por etapas como esta».

Tras un breve titubeo, Adeline cogió la mano que le tendió Charlotte, y fueron agarradas junto al editor hacia el restaurante. Rio cuando Charlotte la llevó por un sendero de piedras, y al editor pareció alegrarle que Charlotte se entendiera tan bien con su hija, sonrió a Charlotte casi amorosamente. ¿Qué pensarían los paseantes que los vieran? ¿Pensarían que Charlotte era la joven madre, y él, el padre viejo? Tal vez.

Tomaron café con el encargado del restaurante, Adeline pidió patatas fritas, y, mientras editor y encargado hablaban de la capacidad del restaurante, la cocina y otras cosas, Charlotte observó a una pareja que se saludaba y se abrazaba torpemente no lejos de allí, en un muelle de amarre, probablemente una cita por Tinder.

Cuando se despidieron del encargado, Charlotte volvió a mirar hacia la cita de Tinder en el muelle y vio que la cabeza de la mujer se apoyaba en el hombro del hombre, y que la mano del hombre acariciaba el hombro de la mujer con movimientos circulares. Los pies de ambos se mecían en el agua. Qué bonito, pensó Charlotte.

—Mañana quiero trabajar con usted en mi casa —anunció el editor en el trayecto de vuelta, en un tono como si la amara.

Adeline dormía en el asiento trasero.

—Muy bien —dijo Charlotte.

Así que al día siguiente Charlotte fue en taxi a su casa, y nada más entrar en la hermosa mansión de Bogenhausen un cuadro se cayó al suelo, cuando ella se quitaba los zapatos en el vestíbulo y rozó la pared con la mochila.

—Las mujeres no llevan mochila —dijo él sonriente, pero con un centelleo de ira en los ojos.

Más tarde ella advirtió que estaba realmente enfadado, al parecer se trataba de un marco que valía mil euros. Le encargó varias veces que se lo hiciera llegar a Alexandra Liebig para que ella lo arreglara con el seguro. No debía olvidarse, debía ir hoy mismo con el marco roto a ver a Alexandra Liebig.

Charlotte, a quien le resultaba un enigma que alguien pudiera pagar mil euros por un marco de mierda, pensó en su mochila plateada, regalo de sus padres por su cumpleaños y por su entrada en el mundo profesional. Ya no volvió a llevarla al trabajo.

La casa era increíble. Había arte por todas partes, todos los muebles parecían piezas únicas, la luz entraba como en un escenario por las grandes ventanas, se oía susurrar el arroyo y las vistas daban a un bosque verde intenso. La verdad es que nunca había visto una casa tan bella. Se lo dijo, y él se alegró.

—Nunca he visto una casa tan bella.

Tenía buen gusto, eso había que reconocérselo. En cambio, no era fan de su forma de vestir (esos jerséis de cachemir de cuello vuelto verde musgo, siempre iguales; no tenía nada que objetar a los vaqueros negros, un poco ajustados en los muslos y metidos en unas botas Chelsea marrón oscuro).

Su despacho estaba en el sótano. Incluso desde allí la vista era espléndida, porque la casa estaba en una ladera. Charlotte aún

recuerda que al bajar la escalera le llamó la atención el olor.

—Qué bien huele —dijo.

—Es la madera de cedro —respondió el editor.

Le hizo gracia que, en la primera visita de fin de semana de Charlotte, una semana después, en el salón de sus padres hubiera un ambientador que olía parecido, una oferta especial de los grandes almacenes. Al principio le gustó ese nuevo aroma en la casa familiar, también le conmovió un poco que su padre hubiera comprado un ambientador así, no era de los que compran ambientadores, y antes de jubilarse era su madre la que hacía todas las compras. En cualquier caso, con el tiempo Charlotte fue soportando cada vez menos aquel olor demasiado intenso a madera, cálido y aterciopelado, y ya durante las vacaciones de Navidad empezó a darle náuseas.

—Me da náuseas ese olor —dijo, y, como sus padres no reaccionaron, vació el frasco en el váter a escondidas.

Pero a su padre le había gustado tanto aquel aroma que pidió en Amazon quince paquetes del ambientador, para regalárselo a su hija y a otras mujeres de la familia en sus cumpleaños.

—Con lo que te gustaba este olor en casa de Mu —repuso la madre, que había adoptado con bastante rapidez las abreviaturas de Charlotte, cuando esta quiso devolver el regalo.

Hace mucho que Charlotte ya no puede soportar el olor del sótano de Mu. Odia la madera de cedro.

Pero aquella primera vez le gustó. Así que regresemos a la aromática madera de cedro: el editor había importado el suelo expresamente de Japón, contó.

—Guau —dijo Charlotte.

—De verdad que nunca había visto una casa tan bella —repitió Charlotte.

—Y las vistas.

—Y el arroyo.

El editor le contó que de niño, paseando con su madrina, Yvonne, él le señaló precisamente esta casa y le dijo que sería suya cuando fuera mayor, y ahora era mayor y tenía la casa.

Estupenda historia, pero con el tiempo Charlotte descubrió que él contaba muchas historias relacionadas con el destino, las repetía, hacía variaciones, las volvía aún más anticipatorias, y que los azares del destino no se daban con tanta frecuencia, al menos no en la vida del editor.

Así que en la primera visita de Charlotte a la casa del editor trabajaron en el sótano, la asistenta les sirvió té y agua, él le dictó dos cartas, dos correos electrónicos y una lista de gente a la que quería escribir cartas o correos electrónicos, y a Charlotte le dio un poco de pánico la idea de las crecientes listas de personas a las que había que téléphoner y écrire, dado el tiempo que necesitaban para un solo e-mail. Porque no solo había que maquetar y recibir el visto bueno a las cartas, también había que redactar los correos electrónicos. Durante aquella primera sesión en el sótano, Charlotte conoció a la mujer del editor, por la que sentía una enorme curiosidad, porque no había encontrado nada en absoluto sobre ella y el matrimonio en internet. Solo sabía que también había trabajado alguna vez en la editorial. Charlotte se quedó en shock cuando aquella mujer bajita y nervuda apareció en la puerta del sótano. Definitivamente, había imaginado una mujer más joven y más guapa a su lado. No es que ella fuera vieja y fea, pero sin duda era casi tan

mayor como él y, en cualquier caso, no era una Trophy Wife. Rostro más bien anguloso, pelo castaño y fino, la piel lechosa, pero unos vaqueros cool. Unos Bootcut-Jeans azul oscuro.

Su mujer: ¿Es usted la nueva asistente?

Charlotte asintió.

Charlotte: Bonitos vaqueros.

Por la tarde, él la dejó en la calle lateral y se fue al peluquero, después del obligado «gracias por todo» con sonrisa pícara incluida, y Charlotte se dirigió a la editorial, eufórica y ligera, a cumplir los encargos; durante unos segundos, un escalofrío le recorrió la espalda al darse cuenta de que había olvidado el marco de mil euros que debía llevar hoy a Alexandra Liebig.

Básicamente, salvo por lo del marco, aquella primera visita a su casa había ido bastante bien. Charlotte aún no sospechaba la aversión que iban a provocarle en el futuro aquellas visitas, y que incluso en una ocasión se negaría a ir con él a Bogenhausen, aunque al final iría gracias a la querida Alexandra Liebig, pero de eso hablaremos después. Charlotte le contó a Ivana cómo era la casa, e Ivana, que no intuía siquiera que iban a despedirla al día siguiente, exclamó «Guau» y «Qué alucinante».

Por supuesto, no fue el editor, que ese día se quedó en casa, quien procedió al mencionado despido, sino Alexandra Liebig, que llamó a Ivana y la citó en su despacho. E Ivana, que seguía sin intuir nada, se levantó de un salto y casi pareció alegrarse de aquella hora de charla que le regalaban. Treinta minutos después regresó.

—Me han despedido —dijo con una sonrisa triste.

Charlotte no sabía si debía fingir sorpresa, así que se mostró moderadamente sorprendida. Fue interesante ver que la antigua asistente, que había decidido el despido junto con el editor, se mostró igual de moderadamente sorprendida.

—¿Qué?

—¿Cómo ha sido?

Luego, las tres volvieron a ocuparse de sus tareas.

Al caer la tarde, cuando la antigua asistente se marchó a una cita privada, Ivana quiso convencer a Charlotte para que ella también se despidiera. «Está loco». «No quiero dejarte sola aquí».

—Me las arreglaré —dijo Charlotte, y le preguntó a Ivana si no se alegraba un poquito de volver a Berlín y visitar a su novio en Nueva York, etc.

Ivana se encogió de hombros. Sí, pero su madre y su novio estaban decepcionados.

Charlotte: No es culpa tuya.

Ivana: Eso se lo cuentas a mi madre.

Ivana era cinco años mayor que Charlotte, quien se preguntaba si lo de las altas expectativas y las decepciones de los padres terminarían alguna vez, o al menos disminuirían.

De camino al suburbano, Ivana le preguntó a Charlotte si quería ir a tomar algo con ella, a brindar por el shock. Charlotte dijo que no.

—Estoy agotada.

Por razones insondables, al día siguiente Ivana volvió a la editorial, no tenía nada que hacer y quería «dar apoyo» a Charlotte y a la antigua asistente, había tantas cosas pendientes.

La antigua asistente le dio a entender, con bastante claridad, que ya no tenía que estar allí. Entretanto, Charlotte se imaginaba la cara del editor si volvía a encontrársela. Por suerte, aquel día estaba en Suiza, en la inauguración de un editor amigo suyo. En algún momento Ivana lo entendió y dijo: «Voy a recoger mis cosas», y empezó a vaciar su cajón recién llenado, mientras la antigua asistente y Charlotte se concentraban en sus tareas y se preguntaban por qué Ivana no se llevó sus trastos el día anterior.

La antigua asistente se marchó para acudir a una cita, y poco después Ivana también desapareció. Al principio Charlotte pensó que su excompañera había ido al baño. Ivana lo hacía con relativa frecuencia, porque en aras de la salud bebía mucho, pero al cabo de media hora Charlotte fue a echar un vistazo y los baños estaban vacíos, como toda la planta. Pero el bolso de Ivana seguía allí. Charlotte empezó a preocuparse. Llamó al móvil de trabajo de Ivana que ya no era de Ivana, que sonó a su lado, y no tenía su número privado. Sin duda Ivana no era una de esas personas que cometen una locura, pensó Charlotte, y en ese mismo momento se preguntó si, vista desde fuera, ella era una de esas personas que cometían una locura. Si la hubieran despedido a ella y no a Ivana, probablemente estaría tan furiosa que habría perdido el control de sí misma. Habría vagado por la ciudad, habría llorado, quizá habría gritado. Habría ido en dirección al Isar. Quizá habría sentido también un poquito de alivio. ¿Y ahora tenía un poquito de envidia de Ivana, que era libre y podía irse de Múnich y regresar a Berlín? Daba igual, eso no venía al caso, tenía que encontrar a Ivana. ¿Dónde estaría?

Visto en retrospectiva, la contención con la que Ivana había encajado el despido era un poco preocupante. Charlotte volvió a

registrar toda la planta. ¿Qué haría si no la encontraba? ¿Llamar a la policía? Como siempre que se veía en una situación difícil, llamó a su madre y le pidió consejo.

—Ni idea —dijo la madre—. ¿Crees que podría cometer una locura?

—Ni idea —gritó Charlotte, y colgó.

Ahora sí que tenía mala conciencia. Había reaccionado de una forma tan necia a su despido. ¿Por qué no se fue a tomar algo con Ivana, a brindar por el shock, a escucharla con toda tranquilidad? Al fin y al cabo, estaban en el mismo barco. Y Charlotte creía recordar que Ivana comentó de pasada su historia de Mental Health. Pero hoy todo el mundo tiene una historia de Mental Health, pensó Charlotte. Durante media hora estuvo sentada esperando. Cuando, a las 20 horas, Ivana seguía desaparecida, Charlotte buscó en Google el número de la policía, pero antes llamó a la antigua asistente, que no contestó. ¿Era demasiado pronto para avisar a la policía? ¿Quizá debía empezar a buscarla por la ciudad? Volvió a llamar a su madre.

Charlotte: ¿Debería llamar a la policía?

La madre: ¿Todavía no ha vuelto?

Charlotte: ¡No! ¿Qué debo hacer?

—Ni idea —dijo la madre, y Charlotte colgó.

Por tercera vez, se puso a buscarla, ahora por toda la editorial.

Entonces la desaparecida le salió al paso en la escalera como un joven corzo.

Ivana sonreía, y parecía realmente liberada. Había estado con Alexandra Liebig, Alexandra Liebig le había contado tantas cosas.

—Está tan loco, Charlotte.

—No te creas nada.

—Está loco.

—No es cosa mía.

—No quiero dejarte aquí, Honey.

Alex le había contado tantas cosas.

Ivana le relató a Charlotte todo lo que Alex le había contado, pero no eran grandes novedades. Multitud de jóvenes asistentes de todo el país, asignación de puestos cada dos por tres vía online, narcisista, etc. Sin embargo, Charlotte prestó atención al oír que su predecesora, Marie, estaba muy preparada para el puesto. Era ambiciosa, en realidad quería ser lectora. Pero después de un misterioso incidente había dimitido, antes de que el editor pudiera despedirla, y ahora trabajaba en cooperación al desarrollo en algún lugar de África o India.

¿Por qué Alexandra Liebig hablaba con tanta sinceridad con alguien que dejaba la empresa? Sin duda no había revelado grandes secretos, pero aun así era extraño.

Además, ¿quién era Alexandra Liebig? Llevaba trabajando ni se sabe en la editorial, y Charlotte aún no la conocía. Pero iba a conocerla. Aunque desde el principio le provocaba una tirantez en el abdomen, iría a ver a Alexandra Liebig en situaciones en las que, simplemente, no sabía qué hacer, porque, después del editor, era la que más voz tenía en la editorial y porque, al fin y al cabo, le mostró su confianza cuando, en la fase de selección, le pidió por teléfono a Charlotte que le hablara de tú, con su simpático acento sajón, y la animó a ser simplemente ella misma. Alexandra llamaba «ratoncito mío» a Charlotte desde que, en su segunda semana de trabajo, le pidió consejo por primera vez sobre las facturas de las fundas de almohada o las carteras escolares.

—Escribe un signo de interrogación en las facturas y pásamelas, ratoncito mío.

A Charlotte le gustaba, se sentía protegida y atendida, como un ratoncito bebé.

Pero basta por el momento: Ivana se fue, y la antigua asistente le regaló a Charlotte en su último día un muñequito oscilante para que lo pusiera en su escritorio.

—Lo conseguirás, creo firmemente en ti —dijo, como si Charlotte partiera hacia la más alta y mortal de las cumbres, y Charlotte asintió.

El viernes por la tarde estaba sola en el vacío despacho de las asistentes, su despacho propio, y sonreía. A partir del lunes ocuparía el sitio junto a la ventana, y se encargaría de que le dieran el iPhone y el MacBook de Ivana.

«¡Marco Alex!», escribió en un pósit, lo pegó en la pantalla del Mac y salió la última de la editorial. Otra vez brazos al cielo, fin de semana.

19

En cuanto a la prometida historia de amor que germinaba tiernamente, ha quedado por completo olvidada durante esta semana. ¿Dónde está el guapo oso? ¿Dónde está la ligereza?

Tal vez el joven no solo le sonría el lunes siguiente, sino que incluso le diga «Hi». ¿O se lo encontrará ese viernes por la tarde, aunque en realidad los caminos de ambos solo se cruzan por la mañana? Ese viernes por la tarde, cuando ya estaba en el suburbano, ¿tuvo Charlotte que darse la vuelta porque quería llevarse el portátil del trabajo a casa para terminar de componer las cartas, y no se produce un encuentro, sino que la alcanza, camina junto a ella y sonríe? ¿Existen los encuentros provocados por el destino? Eso sería bonito, y una sorpresa así, después de esa semana agotadora, Charlotte se la merece. ¿O quizá es Charlotte quien reconoce desde atrás la rizada cabeza rubia del oso en su segundo camino hacia el suburbano, y con la euforia del viernes por la tarde aprovecha la oportunidad, lo alcanza, alza la vista hacia él, le sonríe y dice «Hi»?

Él se sobresalta, pero luego le devuelve la sonrisa y responde al «Hi».

«Una cerveza de viernes», pregunta sin acento bávaro alguno, y también sin interrogantes. Charlotte asiente.

Bajan juntos la calle, en silencio, él señala alzando las cejas el Jardín Inglés, ella asiente. En silencio, él compra dos cervezas en el quiosco y, cuando se sientan en el banco, le tiende la cerveza y luego la mano, caliente y fuerte, y por fin rompe el silencio.

—Bo —dice.

Y Charlotte dice: «Charlotte».

Bo, el oso, piensa Charlotte, y sonríe. La verdad es que parece un poquito un oso. Tranquilo, majestuoso, serio.

Bo vino de Frisia del Norte hace diez años, por el paisaje y por el trabajo, se estableció por su cuenta como carpintero y construye muebles. Los fines de semana suele ir a las montañas, donde se ha comprado una casa que acaba de reformar.

Charlotte: ¿De qué parte de Frisia del Norte?

Bo: Amrum.

Charlotte: ¿Eres de Amrum?

Bo: Soy de Amrum.

Charlotte: Eso es una isla.

Bo: Cierto.

Charlotte: ¿Y cómo es que te has mudado aquí?

Bo: ¿Por qué no? Sobre todo por el paisaje.

Bo: Aparte del mar, en Amrum no hay gran cosa.

Charlotte, que siempre ha querido vivir a la orilla del mar, y ha puesto en el buscador inmobiliario un filtro para encontrar viviendas de alquiler en ciudades grandes de la costa del Báltico y en Sankt Peter-Ording, y en un par de islas escogidas del mar del Norte, un filtro al que echa un vistazo de vez en cuando para entretenerse, se queda de piedra.

Charlotte: Pero ¿cómo que por el paisaje, cuando tienes el mar del Norte a la puerta?

Bo: Prefiero las montañas al mar.

Charlotte se pregunta si esa frase es una Red Flag.

Charlotte: La verdad es que esa frase es una Red Flag para mí.

Bo sonríe. Es la tercera vez que sonríe, después de la primera sonrisa del viernes por la mañana y la segunda sonrisa tras la maniobra de adelantamiento de Charlotte, y Charlotte está impresionada. Sus ojos verdes tienen un brillo intenso, como el bosque que se ve por las ventanas de la casa del editor. Mira su rostro joven, moreno y enmarcado por rizos rubios, las cejas palidecidas por el sol sobre los verdes ojos, la nariz respingona, un poquito quemada y que se pela, la hermosa boca, mientras él mira a su vez su rostro. Si hubiera tenido que describir la cara de un príncipe azul, probablemente la habría descrito así.

—Me gusta tu cara —dice él.

Charlotte piensa que es lo más romántico que nadie le ha dicho nunca.

Charlotte: Nunca me habían dicho eso.

Charlotte: Creo que es lo más romántico que nadie me ha dicho nunca.

Bo: A mí no me parece tan romántico, más bien evidente.

Bo: Tu cara es hermosa.

Charlotte: Si eso no te parece romántico, ¿qué te lo parece?

Bo no contesta, juega con la etiqueta de su botella de cerveza y dice:

—Algo como que a veces me acuerdo de aquella mañana en la que me sonreíste con descaro con tus grandes ojos castaños de

corzo.

¿Cómo puede soltarle eso sin más? Ella no sabe qué responder. ¿Debe admitir que también ella ha pensado en él, que incluso antes de quedarse dormida se imaginaba que él se dirigía a ella? Y se pregunta cómo será navegar. Salir a navegar juntos. Hay tantos lagos alrededor de Múnich. Se imagina torpe en el barco, y que empieza a llover...

Pero probablemente eso sonaría un poco psicópata, así que dice:

—Bo, tío, eres un pequeño romántico.

Bo la mira, muy serio, pero con una leve sonrisa en los labios que hace que Charlotte tenga que apartar la mirada. Mira al agua y murmura:

—Bo, el oso romántico.

Y con esa frase consigue hacer reír a Bo por primera vez. Casi sobresaltada, se vuelve hacia él, y su risa ligera y ronca es lo más hermoso que ha visto y oído en mucho tiempo.

En realidad, lo más hermoso que le ha pasado en Múnich es haberlo hecho reír por fin.

Esa primera tarde en el Jardín Inglés, Charlotte se enamoró de Bo. Hablaron largo rato, aunque tampoco hablaron tanto. Charlotte le habló de su música y, cuando el sol se puso, pensó en apoyar la cabeza en su fuerte hombro, pero no se atrevió, y, cuando él pasó el brazo por los suyos, entonces sí apoyó la cabeza en su fuerte hombro y se preguntó si ahora todo iría bien.

Más tarde, Charlotte se preguntará si solo se ha imaginado a Bo, el oso romántico y pragmático. Naturalmente, no se lo pregunta de

veras, pero parece inventado. Como un personaje de novela. Aparece en su historia con su hermoso rostro, parece provenir de otro mundo que no tiene nada que ver con el suyo, y de pronto se ha ido, aunque a Charlotte le hubiera gustado tenerlo de protagonista en su novela. Pero no hay sitio para un protagonista más, y él tampoco quería.

Por suerte, aún se queda un poquito.

20

La primera semana como primera asistente coincidió con el final del verano. Desde el punto de vista meteorológico, hacía mucho que había empezado el otoño, pero seguía haciendo demasiado calor. La siguiente semana por fin bajarían las temperaturas.

Así que el editor y Charlotte se acercaron, se compenetraron, porque ni la antigua asistente ni Ivana se interponían ya entre ellos, y Charlotte fue entendiendo cada vez más cómo la quería él: proactiva, nada de errores no forzados, sino golpes paralelos, paralelo, cruzado, paralelo, cruzado, y, cuando jugaba por error un cruzado como paralelo, Charlotte tenía que correr. Bien, jugaría, aunque él tenía una forma de jugar desafiante. Imprevisible, trallazos que venían de la nada, incluso sucios. Cuando él no le daba a la pelota, lo que ocurría a menudo, era culpa de ella, y cuando su pelota salía de pista insistía en que había rozado la línea. Absurdo discutir, era el jefe y tenía razón. Para emplear por última vez la enervante metáfora del tenis, Charlotte había entendido en las primeras semanas que él no era un buen jugador, no era un buen editor. Naturalmente, no le correspondía a ella decir en qué consiste ser editor, pero estaba claro que él lo sabía aún menos, no dominaba

los golpes básicos (sorry), perdía la concentración por las cosas más nimias. Y, sobre todo, no le gustaba ser editor. Más bien lo desgarraba, pero de eso hablaremos después. No era un buen editor, pero al menos era divertido.

A veces asediaba a su asistente como una lanzadora de bolas. Le enviaba por todos los canales fotos, capturas de pantalla, correos propios y reenviados, con o sin breves encargos: «pls call» o «pedir s.v.p.», mensajes con o sin emoji de fresa, crípticas acumulaciones de palabras en alinglés o franglés, como «daybed, knoll??, visit?, urgent!!!, fraise», «hair transplant prof. Vosoughi d'dorf call» y «order 5 for mu, mci», junto a la foto de un gato rosa saludando con la pata. Charlotte intentaba clasificar toda aquella información e instrucciones dispares, sistematizarlas, reunirlas en diversas listas y carpetas de correo y priorizarlas, para luego hablarle de todo lo que iba marcado con una fresa. Cuando no había fresa y el encargo era claro, ella lo despachaba lo antes posible y le informaba por mail, antes de resumir al final del día todos los encargos tramitados en un correo de «Finalizados».

Habría que explicar lo de las fresas. Cada asistente tenía una fruta o verdura asignada. Al principio, el editor elegía una fruta que asociaba con la asistente recién contratada, y en algún momento amplió la selección también a las verduras porque, con tantos cambios, no había suficientes emojis de frutas. A Charlotte le tocó la fresa, la antigua asistente era la naranja e Ivana el pimiento. Así que, cuando el editor marcaba con una «fraise» o emoji de fresa encargos, frases crípticas, fotos o capturas de pantalla, quería

discutir el asunto con Charlotte, o Charlotte debía comentarlo con él. Por muy claro que fuera el encargo, si un «Imprimir manuscrito, merci» llevaba el símbolo, no podía imprimirlo en ningún caso sin consultarlo con él. «¡Había una fresa, señora Scharf!», «¡Quería discutirlo con usted!», diría entonces, más o menos furioso, mientras le palpitaba el párpado derecho, y quizá añadiría un «Zut!». Charlotte acabó odiando el emoji de la fresa, sobre todo desde que ya no había pimientos y naranjas, solo fresas, además de numerosas naranjas que la antigua asistente no había podido despachar antes de su marcha y se habían convertido en fresas.

Sea como fuere, Charlotte recopilaba todas las fresas, y otras cosas que él traía en sus bolsas de lona, y las discutía con él cuando se sentaban juntos en su despacho, lo que a veces le suponía un gran esfuerzo porque si estaba de buen humor solía ser muy tonto, pero enseguida se le agriaba el humor si Charlotte quería charlar demasiado con él o demasiado poco.

—¿Tiene novio? —preguntaba él a menudo.

Charlotte pensaba en Bo y decía «No», porque no era asunto suyo y porque Bo no era su novio.

Mu: Sonríe, así que hay alguien, ¿no?

Su vida personal le interesaba muchísimo, pero Charlotte quería mantener separados los ámbitos profesional y privado, como le había insistido siempre la antigua asistente, y trataba de hacer su trabajo con tanta precisión como podía. Le llevaba expresos con caramelos Werther's (su nueva golosina favorita de la casa Storck) y Cola Zero, le servía las comidas, cuidadosamente calentadas, con

una galleta de la suerte, y le enviaba casi todos los días e-mails de «Finalizados» bellamente maquetados. Cuando él contestaba con amabilidad, por ejemplo: «Muchas gracias, querida señora Scharf. Ha sido una alegría leer este resumen», el corazón le latía más deprisa durante un momento, y enviaba a su madre capturas de pantalla de su e-mail y el de él, a los que la madre reaccionaba a su vez con emojis de corazones.

Cuando Charlotte envió por iniciativa propia su evaluación de una candidata para la dirección de ventas, a la que había encontrado aburrida, él le escribió dos días después que había olvidado por completo comunicar a Charlotte lo precisas que había encontrado sus críticas a la candidata. «Quite helpful, querida señora Scharf, merci».

A cambio, él le envió fotos de su Adeline, a las que ella reaccionó, como de costumbre, con «qué dulce», «qué mona», etc.

Seguía siendo una de las últimas en salir por las tardes de la editorial, y en su casa la esperaba su música. Pero los miércoles la esperaba Bo, la alcanzaba en el camino hacia el suburbano, y la conmovía que no le escribiera antes para que fuera una sorpresa. Iban hacia el Isar y se sentaban en el césped, la temperatura aún lo permitía. Bo le preguntaba por su trabajo y luego por su Boss.

Charlotte: Yo diría que es un poco crazy.

Bo: ¿Crazy mal o crazy bien?

Charlotte rio, y se preguntó si el editor era crazy mal o crazy bien.

—Crazy bien, creo —dijo después de un titubeo.

—Entonces perfecto —respondió él.

¿Cómo habría reaccionado si ella hubiera contestado «crazy mal»?

A la mañana siguiente, le contó Bo, quería ir a su casa de las montañas.

—¿Por qué las montañas? —le preguntó Charlotte, aunque ya se lo había preguntado antes.

Bo: No lo sé.

Se calló un momento y miró al Isar.

Bo: Cada vez que me imagino qué fuerzas han contribuido a levantar esos gigantes, me siento totalmente pequeño e insignificante.

Bo: En el buen sentido. Cuando dejo atrás la ciudad y la gente, de pronto todo está bien, y me siento seguro y libre.

Charlotte lo miró. Quería dejar atrás la ciudad y la gente junto a él y sentirse segura y libre.

Charlotte: Yo pensaba que te gustaba Múnich.

Bo: No, para nada. Simplemente no soy de ciudad. Aquí gano un buen sueldo y tengo gente cool a mi alrededor. Pero la gran ciudad en sí no es lo mío.

Bo: La calma, el aislamiento, el bosque, el aire y sobre todo la vista de este pequeño mundo desde las montañas, eso es lo que me gusta.

Charlotte: Un día todo esto será tuyo, Simba.

Se sonrieron, y había algo en el aire que sentían los dos.

Charlotte: Nunca habías hablado tanto del tirón.

Bo: Hace muy poco que nos conocemos.

Bo: Pregúntame algo sobre el Werder Bremen y se abrirán las compuertas. Se abrirán las compuertas, ¿se dice así? Eres tú la que escribes canciones.

Charlotte casi se puso roja, porque él se acordaba de lo de las canciones.

Charlotte: Creo que se dice: «Entonces se romperán todos los diques».

Charlotte: O «Se abrirán las esclusas». Bah, no tengo ni idea, no soy buena con los refranes.

Él le dio unos toquecitos con el dedo en la punta de la nariz y observó su rostro. ¿Cuándo le había dado alguien unos toquecitos en la nariz por última vez? Decidió que le gustaba.

Bo: ¿A ti no te gustan las montañas?

Charlotte: Sí, me gustan las montañas.

Charlotte: Pero también me dan miedo.

Charlotte: Son tan enormes, tan inmensamente grandes, me siento atrapada en ellas.

Charlotte: Amenazada.

Charlotte: Y tengo miedo a los aludes.

Bo: ¿Y a las inundaciones no?

Ella apoyó la cabeza sobre su fuerte hombro, como el viernes anterior, y él volvió a pasarle el brazo por los hombros.

Charlotte: No, a las inundaciones no. Da tiempo a salir corriendo. Cuando se está en el valle y viene un alud, estás muerto.

Charlotte: O peor aún, cuando se está en una de esas casas de las montañas y hay peligro de alud. Espantoso.

Charlotte: Tu mirada desde la cumbre es mi mirada al mar, a la lejanía. Entonces me siento pequeña, insignificante y libre.

Después de esas patéticas y hermosas palabras, Bo y Charlotte se quedaron abrazados en silencio, sentados en el césped, miraron el

agua y se sintieron quizá un poco pequeños, insignificantes y libres. En algún momento, Bo preguntó:

—¿Te gustaría que te enseñe mi casa de todos modos? ¿Tal vez antes de las primeras nieves?

Charlotte asintió.

Bo: Si quieres, también puedo enseñarte Amrum.

Charlotte volvió a asentir y no pudo evitar sonreír de alegría. Aún no sabía que Bo no iba a enseñarle ni su casa en las montañas ni Amrum. Se giró hacia él, le pasó los dos índices por las cejas descoloridas, casi blancas, le acarició con el pulgar la nariz quemada, le arrancó un trocito de piel y luego lo besó.

Cuando Charlotte fichó a la salida el viernes por la tarde, se hizo una foto con orgullo mostrando el saldo de sus horas extras, que ya era de dos dígitos, y después, con su nuevo abrigo de cuadros y música en los oídos, caminó entre hombres trajeados hacia el suburbano, y se sentía como una businesswoman, una palabra que, al contrario de businessman, el corrector automático subrayaba, divertida o tristemente, en rojo.

—Lo paso bien con usted —había dicho el editor a modo de despedida.

Su elogio, su sonrisa la estimulaban, y pensar en su Bo, que aún no era su Bo y estaba restaurando su casita en las montañas, que iba a enseñarle pronto, la estimulaba aún más. Quizá había alcanzado ese legendario Work-Life-Balance que todos buscaban y no encontraban.

Lo había encontrado, y tenía un objetivo: no quería ser asistente administrativa, ni una asistente que sustituyera temporalmente a la primera asistente. Quería ser su primera elección, su primera asistente. Quería una nueva firma. Y más salario.

Otoño

Cuando el sol cruza el ecuador y alcanza el cenit a mediodía, el día y la noche tienen la misma duración, y ese momento indica el comienzo del otoño.

Dado que no siempre ocurre el mismo día, la fecha varía, a veces es el 22 de septiembre, a veces el 23 o el 24.

La verdad es que a Charlotte le gustan todas las estaciones. El verano es probablemente su favorita, sobre todo cuando hace calor y llueve, el olor que hay entonces. Pero también le gusta el veranillo de San Miguel y el otoño, porque puede comprarse una nueva chaqueta de entretiempo y los días se acortan. Y también le gusta el invierno, cuando casi no apetece salir de casa. Y adora que nieve. Cuando Charlotte ve los copos de nieve cuajar en el suelo, siente un eco de la alegría infantil que perdió en algún momento. Y la primavera también le gusta.

A Charlotte no le gusta que las estaciones no se atengan a su curso, que siga nevando a finales de abril, que el verano tarde en llegar o dure demasiado y a finales de septiembre siga haciendo 28 grados. No disfruta de ese calor porque piensa: Esto es un error, ya me he comprado una chaqueta de entretiempo muy chula, y se niega a acometer todas las actividades que homenajean ese clima

inusual, como nadar en el lago en otoño o deslizarse en trineo en primavera.

Pero, cuando llegó el desplome de las temperaturas y el anhelado otoño trajo un clima húmedo y ventoso, no se alegró ni se sintió aliviada. En vez de eso, de pronto tuvo miedo, al principio muy leve, apenas perceptible. Después ese miedo creció, ese miedo al invierno. Creció como un absceso, y pensaba que tal vez no superase el invierno en aquella ciudad, que quizá le ocurriera algo, o quizá se quedara dormida en aquella casa ajena y no volviera a despertar.

No sabía de dónde provenía ese miedo, porque en realidad fue una buena época, probablemente la más feliz que tuvo con el editor, antes de que empezara la cuesta abajo, y la cuesta abajo empezó cuando entró en escena la nueva asistente, pero ahora todavía no está aquí.

21

El editor aceptaba a Charlotte, le gustaba y pensaba que era buena, Charlotte lo notaba, y le gustaba mucho que él pensara que era buena, aunque a veces la inquietaba un poco porque no sabía exactamente cuánto ni en qué sentido.

Le gustaba que la tuviera en cuenta; por ejemplo, cuando quería leer una novela determinada, le pedía que comprara también un ejemplar para ella, y le hacía recomendaciones de lectura. «Debería leer esto», «Esto le gustaría», decía o escribía, como si diera por sentado que las cosas que le gustaban a él también le gustarían a ella.

Y también le gustaban los juegos de palabras que ambos utilizaban para hacerse reír mutuamente.

Lo que más ansiaba Charlotte eran sus elogios. Incluso breves notas como «Thanks a lot, querida señora Scharf» o «C'est fanta! Gracias, gracias» aceleraban el corazón de Charlotte, y él también parecía creer en ambos y en un futuro común, cuando, por ejemplo, reaccionaba a una de las cartas enviadas apresuradamente por Charlotte con las siguientes palabras:

«Pronto usted misma reparará en el exceso de guiones y verá que es preferible omitir una palabra que no se necesita. Pero estoy satisfecho de cómo estamos progresando».

Cuando leía esas líneas, no quería comparar lo que sentía con el sentimiento de estar enamorada, y quizá solo se parecía porque en aquel entonces estaba enamorada. Aun así, durante las primeras semanas a veces se alegraba de veras cuando el editor llegaba a la editorial y «trabajaban» juntos en su despacho.

El editor planeaba un viaje a Berlín para finales de septiembre. Organizarlo iba a ser la primera auténtica prueba de fuego para Charlotte, después del fracaso de la primera, e iba a superarla casi con buena nota. Inicialmente, el viaje era para asistir al estreno teatral de una amiga. Y, una vez en Berlín, él quería quedar con dos amigos suyos del consejo de administración para un retreat, treatment o como se llamara, y mantener dos conversaciones de contratación que había acordado con una agencia de consulting de recursos humanos porque no estaba satisfecho con los candidatos que se presentaban a los anuncios de empleo en abierto. Había incluso un candidato para el puesto de asistente, pero Charlotte sabía que no tenía motivos para inquietarse, porque era un sabelotodo y, sobre todo, porque era hombre. Luego quería probar un Aston Martin de los años setenta, y reunirse con una joven política, un modelo y el dueño de un club tecno, con los cuales creía que podía pactar un proyecto de libro porque eran interesantes, quería hablar con la directora del hotel, con la que también veía posible un proyecto de libro, y quedar con dos amigas a cenar o a comer.

Charlotte preparó, en un primer paso, un cronograma a grandes rasgos, que le presentó en su despacho.

Mu: Ha olvidado usted la lista A de visitas. Tiene que imprimirla siempre que visite alguna ciudad, para que pueda decirle a quién y qué quiero ver. Está en el MM.

Charlotte sabía que aquello no estaba en el MM, pero se tragó la réplica y se disculpó. Como si fuera tonta, él le explicó cómo tenía que filtrar los contactos de esa lista según la ciudad.

Sch: Es que tiene usted tantas citas. No le queda hueco para una reunión más, ¿no?

Mu: Por supuesto que sí. Siempre hay tiempo para una copa al final del día con una amiga. O quizá quiera comprarme algo de ropa o mirar muebles u obras de arte.

Así que Charlotte confeccionó la lista «Visitas A/Berlín» y se la entregó impresa.

—Aquí no están todos —dijo, y mencionó a una persona que vivía en Berlín y faltaba—. Busque por «Berlín» y miraremos juntos quién tiene la categoría de «Visita A/Berlín».

—Estupendo —dijo Charlotte, que en realidad ya tenía bastante que hacer. La planificación la tenía casi al límite, pero también le gustaba ver cómo el viaje a Berlín iba tomando forma.

Dos días antes del viaje, durante su pausa para comer, él iba a dictarle un par de cartas y correos, y en vez de eso empezó a tontear y a contarle historias emocionantes de su vida, como, por ejemplo, que le salvó la vida a una chica durante el tsunami de Sri Lanka, y de repente preguntó, como si tal cosa:

—¿Qué le parecería venir a Berlín conmigo?

Charlotte se limitó a reírse, y decidió tomarlo como una broma. Pero por la tarde, cuando él se detuvo en la puerta para despedirse, le preguntó si ya había reservado el vuelo.

Ella no quería ir con él a Berlín, y no sabía de dónde salía esa determinación de no querer ir con él a Berlín bajo ningún concepto. Una vez en la calle, llamó a su madre, que en ese momento iba en el coche con su padre camino al tenis o a un restaurante.

Charlotte: Quiere llevarme con él a Berlín.

El móvil de su madre estaba conectado por Bluetooth al coche, Charlotte no podía oírla bien, y además odiaba que su padre escuchara sus conversaciones o interviniese en ellas. En ese momento en el que necesitaba a su madre para ella sola, eso la puso furiosa, pero su madre era demasiado idiota como para desconectar el teléfono del coche.

Charlotte: Haz el favor de desactivar el Bluetooth de tu móvil.

El padre: Eso es estupendo. Hazlo. Hotel de cinco estrellas en Berlín.

La madre también: Es estupendo. Berlín es fabuloso.

Charlotte colgó.

Por un instante, pensó en irse con él y ya está, pero volvió a superponerse esa mala sensación. Tenía que decirle que no, y además ahora, enseguida. La antigua asistente podía ayudarla en cómo planteárselo. Pero entonces se dio cuenta de que había olvidado su móvil de trabajo en la editorial. Se puso la ropa de correr, corrió en dirección al centro de la ciudad, tomó el metro en la estación de Studentenstadt, se encontró a la amable Alexandra en la entrada y, debido a su desesperada situación, se lo soltó allí mismo.

Lib: ¿Qué haces aquí, ratoncito mío?

Sch: Quiere que vaya con él a Berlín.

Lib: Oh.

Charlotte vio que Alexandra no sabía cómo reaccionar a esa información.

Lib: ¿Y qué quieres tú?

Sch: Creo que es un error. Demasiado pronto, demasiada proximidad.

Como Charlotte quería conseguir un aumento de sueldo y el puesto de primera asistente, y para eso tenía que hablar con Alexandra, que dirigía el departamento de recursos humanos, añadió:

—Las cosas van muy bien ahora mismo, y tengo la sensación de que se está acostumbrando a mí, pero también estoy muy ocupada, y de alguna manera creo que aún no estoy lista para eso.

Alexandra colocó las manos en los brazos de Charlotte. Tenía una forma de comunicarse bastante dramática, como en una comedia de enredo, con gestos amplios que no acababan de encajar con su delicado cuerpo, que hoy volvía a estar casi cubierto por el poncho de lana rojo. Además, recalcó todo de esa manera tan teatral y repitió casi cada frase, lo que en ese momento no molestó a Charlotte porque pensó que Alexandra de verdad quería ayudarla y por eso era tan emocional.

Alexandra acarició los brazos de Charlotte con sus frías manitas.

Lib: No. No irás con él a Berlín, si a ti no te parece bien, ratoncito mío.

Charlotte se alegró de que Alexandra le diera lo que su madre no pudo darle antes por teléfono.

Lib: No le gusta estar solo, ¿sabes? Quiere tenerte completamente para él. Pero tienes que poner límites. No irás con él a Berlín, ratoncito mío.

Sch: Pero ¿lo aceptará? ¿No se enfadará?

Lib: Si te obliga, veremos. Encontraremos una solución, ratoncito mío. No irás con él a Berlín. No te dejaré ir con él a Berlín, ratoncito mío.

¿Qué quería decir Alexandra con «si te obliga, veremos»? ¿Podía hacerlo? ¿Cómo iba a obligarla a volar con él a Berlín?

Lib: Tan solo necesitas una buena razón. Dile que estás sola en el despacho de las asistentes y tienes que quedarte al cargo.

Y Charlotte dijo: «Gracias, Alexandra».

Lib: Siempre estoy disponible para ti, Charlotte. Si surge cualquier cosa, pásate a verme, ratoncito mío.

No mucho después, Charlotte iba a odiar lo de «ratoncito», y más aún el pronombre posesivo que llevaba detrás, porque no era el ratoncito de Alexandra y Alexandra Liebig no la protegía en absoluto. Pero en esta ocasión Charlotte todavía creía que Alexandra Liebig estaba de su parte, y solo poco a poco le iría quedando claro que estaba más bien de parte de él, pero también un poquito de parte de la editorial, que tenía sus propios y complejos intereses, o quizá solo quería salvar de la ruina a la editorial en la que llevaba trabajando tanto tiempo. Que por esas razones se limitaba a quedarse mirando y se hacía la loca, firmaba un contrato de asistente tras otro y no intervenía cuando las nuevas colegas le pedían ayuda, que solo hacía que intervenía o como si no pudiera hacer nada. Que incluso traicionaría a Charlotte, sin aparente beneficio para ella misma. ¿Qué era eso, pura maldad? Charlotte sigue sin saber quién es Alexandra Liebig, pero sabe que no es una buena persona, y en realidad tampoco hace falta saber nada más acerca de alguien.

Cuando llegó a casa, llamó a la antigua asistente.

La antigua asistente: Para empezar, que quiera que vayas de viaje con él es buena señal. Eso significa que le gustas y le gusta pasar tiempo contigo.

Estupendo, pensó Charlotte.

La antigua asistente: Tienes que hacer caso a tu instinto, hazlo solo si te sientes realmente preparada.

Charlotte se preguntó de qué estaban hablando exactamente. Sonaba como una fotonovela de la revista *BRAVO*, en la que una amiga aconseja a la otra que escuche su interior antes de la primera vez.

Sea como fuere, una cosa estaba clara: que de ninguna manera quería ir con él a Berlín. Le envió su negativa, tal como la había formulado con Alexandra Liebig y la antigua asistente.

Él no respondió, y con eso el asunto pareció liquidado. En cualquier caso, al día siguiente no hubo palabras de elogio. En vez de eso, comentó varias veces su trabajo, en correos electrónicos muy formales, con frases como «Le agradecería que, en casos similares, en el futuro siga este asunto con más atención», «To be honest: esperaba de usted una comunicación algo más compleja y acertada con mi jardinero. Por desgracia, ahora habrá que plantar el seto de boj por segunda vez». Cada uno de aquellos correos terminaba con un «Cordialmente: Ugo Maise».

Charlotte los leía con un mal presentimiento. Cuando él escribía las notas en persona, la mayoría de las veces solían tener faltas. ¿A quién le había dictado esos correos? En cualquier caso, sabía que «Cordialmente: Ugo Maise» nunca era una buena señal.

Y encima cometió el error de comunicarle por SMS una cita con el peluquero. «Por favor, llámeme cuando se lo pido expresamente. No puedo adivinar que ha concertado cita con el peluquero, y no voy a estar mirando el móvil todo el tiempo. Pas vrai?».

Charlotte realmente odiaba aquellos «Pas vrai?» y «Zut», y además él sabía que los odiaba. Más adelante, cuando llegara a estar más segura de sí misma en el trato con el editor, a veces se autodenominaría de manera irónica «Mademoiselle Zut» o le contestaría con un «Pas vrai?», con la esperanza de cortar de ese modo sus quejas o quitarles hierro mediante la subversión. Pero no funcionó. En enero y febrero, se desataría una ola de «Zut» y «Pas vrai?» que iba a dejar a Charlotte sin suelo bajo los pies. Pero ahora, en los últimos días de septiembre, el editor estaba a punto de viajar a Berlín y no tenía tiempo para citas con el peluquero y la manicura, sino que la víspera del vuelo se le ocurrió la idea de que un chófer con una limusina podía llevarlo del aeropuerto a sus citas. «Clase S a tarifa de clase E, se entiende».

Charlotte, a la que ese ataque había dejado en shock, todo lo más que conocía eran los taxis, pero encontró con extrema rapidez un servicio muy exclusivo de protección y transporte de personas. Era increíble con qué facilidad se podían comprar todos los servicios imaginables cuando había dinero.

Así que confeccionó el plan del viaje, reunió todos los documentos pertinentes, llamó a su puerta y le entregó la carpeta, agotada y

satisfecha. «Parfait!», dijo él, mientras lo hojeaba todo asintiendo con la cabeza; lo que más pareció gustarle fue el cronograma, con toda la información reunida, números de teléfono y direcciones.

Al día siguiente tomó su vuelo y todo salió «maravillosamente». Le envió muchas fotos, entre cita y cita llamaba desde la limusina y le contaba la reunión. La última tarde le hizo, vía Facetime, un Roomtour por su suite del hotel, «especial para usted». Ya eran las 21.30, y Charlotte, que no había ido con él a Berlín pero tenía que estar disponible todo el tiempo, lo siguió sentada delante de su teclado y comentó el desplazamiento de la cámara por aquellos espacios de lujo abrumador con «guau», «qué preciosidad», etc. Charlotte no podía calificar la extraña sensación que había provocado en ella ver la bandeja de sushi medio vacía encima de la cama deshecha, junto a los calcetines blancos, pero, cuando le enseñó el gigantesco cuarto de baño y vio en el espejo su panza dentro de una camiseta de tirantes, le resultó definitivamente demasiado privado. No quería ver al editor en camiseta interior, no quería ver los brazos desnudos de su jefe. Pero lo que ella quería no venía al caso. Y, al fin y al cabo, no había ido a Berlín con él, así que dijo: «¡Guau, hasta una bañera de hidromasaje!».

A pesar de la perceptible satisfacción de él, ella estuvo en tensión durante todo su viaje. Resolvía los cambios de plan a corto plazo, avisaba a la gente con la que iba a reunirse cuando él llegaba tarde (siempre llegaba tarde) y preguntaba después de cada cita si todo había ido bien. El tutelaje 24/7 logró su objetivo: «Good Job. Se lo

agradezco. Bon Weekend!», «Merci bien por toda su ayuda», «Por cierto, lo hace usted todo perfecto» y «Merci beaucoup».

Mientras Charlotte estaba mentalmente en Berlín, Bo llamó para preguntarle si quería ir con él a las montañas el jueves por la tarde. Charlotte se rio como si él le hubiera contado un chiste.

Bo: Tu Boss está de viaje.

Charlotte: Allí no tienes internet, ¿no?

La idea de viajar con Bo a las montañas, a una casa sin internet ni editor, era hermosa y dolía.

Bo: Demos un paseo el jueves, antes de que me vaya. Te enseñaré mi bosque favorito aquí. ¿Puedes alargar la pausa para comer?

El jueves a mediodía el editor tenía las entrevistas de selección de personal, justo después del recorrido de prueba en el coche antiguo.

Charlotte: Hum, mejor cuando salga del trabajo.

Bo: ¿Te recojo entonces a las cuatro?

Charlotte, que nunca había salido de la editorial antes de las siete, tragó saliva.

Charlotte: Ok.

Le dio la dirección de la calle lateral en la que el editor siempre la recogía y la dejaba. Nadie en la editorial debía ver que se marchaba a las cuatro con un hombre. Diría simplemente que por la tarde iba a teletrabajar. Una cita con técnicos.

Por suerte, Charlotte había metido el portátil en la mochila. A las 16.30, el editor llamó para dictarle una carta, pero en realidad no quería dictarle ninguna carta. Se sentaron en un banco, Bo pasó el brazo por los hombros de Charlotte y Charlotte esperó el dictado, que no llegó porque el editor solo quería charlar y tontear. Estaba de un humor excelente. ¿Había bebido?

Mu: ¿Eso que tiene cerca son pájaros?

Sch: Sí, todavía no se han ido todos.

Bo sonrió.

Mu: Habría que ser un pájaro. Sencillamente levantar el vuelo y largarse cuando hace frío y se está incómodo, ¿verdad?

Sch: Sí, habría que ser un pájaro.

El editor rio. Charlotte y Bo se sonrieron.

Mu: ¿Cómo está, señora Scharf?

Sch: Bien. ¿Y usted?

Mu: ¿Le divierte trabajar conmigo?

Con Bo al lado, a Charlotte le resultaba incómodo hablar por teléfono con el editor cuando se ponía así, y la mayoría de las veces se ponía así. Y solo entonces, con Bo al lado, le asaltó la intuición de que quizá esas llamadas telefónicas no estaban bien.

Al final, le dictó una frase que no tenía ningún sentido.

Sch: Ahora tiene la cita con la directora del hotel, señor Maise. Y luego se reúne con la señora Von Hagen.

Mu: Prefiero hablar con usted. ¿No quiere hablar conmigo, señora Scharf?

Sch: Sí, claro. Hablaremos mañana, cuando haya terminado con sus citas, ¿de acuerdo? Ahora vaya a recepción. La directora del hotel le espera.

Normalmente Charlotte no era tan taxativa, pero quería poner fin a aquella incómoda conversación. Quería pasear con Bo.

Mu: ¡A la orden, mi capitán!

Charlotte se guardó el móvil sin decir nada.

Bo: ¿Siempre es así?

Charlotte: No, solo a veces.

Pasearon de la mano por el bosque, y al final él le enseñó su piso, que para Charlotte no era un piso. Un dúplex grande, inundado de luz, que habría podido salir de un catálogo de IKEA, aunque naturalmente los muebles no eran de IKEA. No podía invitar a Bo a su deprimente casa en Ismaning, pensó Charlotte, y por suerte o por desgracia nunca llegaría a verla.

La compañera de piso de Bo, Janna, era diseñadora gráfica freelance, y su compañero de piso, Carlo, hacía algo de informática, también como freelance. Charlotte tuvo un poco de envidia de la autonomía y la libertad de la que gozaban los tres. Se sentaron todos a la mesa, Carlo y Janna hablaban de un concierto al que querían ir, y entonces llamó el editor. Se enfadó con él porque no la dejaba sola ni un momento, justo ahora que charlaba con personas amables fuera del trabajo.

Bo: Vamos, son más de las seis, en algún momento tendrás que cortar con el trabajo.

Charlotte se levantó, desapareció en el cuarto de Bo y atendió la llamada.

Él quería que Charlotte preguntase a la directora del hotel si podía ir con sus dos amiguetes a la zona de wellness, aunque cerraba a las seis. Charlotte preguntó a la directora, podían ir. Charlotte escribió al

editor: «Puede ir», y el editor escribió: «Vous êtes incroyable, gracias, gracias».

Bo abrió sigilosamente la puerta, entró, se sentó en la cama junto a ella.

Charlotte: Quería que preguntase a la directora del hotel si podía acceder a la zona de wellness con sus amigos pasada la hora de cierre.

Bo rio. Por aquel entonces aún podían reírse de eso, aunque presentían que ese loco editor y sus diferentes vidas podían interponerse entre ellos. Cuando el loco editor y sus diferentes vidas dejaron de ser un obstáculo, fue la morena alta la que se interpuso entre ellos.

Bo: ¿Seguro que no quieres venir?

Charlotte volvió a arrancarle un trocito de piel quemada de la punta de la nariz.

Charlotte: Claro que quiero ir.

Lo besó.

—Entonces ven —murmuró él al lado de su boca.

Charlotte: Pero no puede ser.

Charlotte: Pronto me asignarán una becaria para que me ayude, y quizá contraten una segunda asistente. Entonces iré, ¿de acuerdo?

Se despidieron. Charlotte dijo adiós con la mano al coche con matrícula de Frisia del Norte y resistió el impulso de correr tras él como en una película: «¡Para! ¡Me voy contigo! ¡Para!». En vez de eso, se imaginó corriendo tras él como en una película: «¡Para! ¡Me voy contigo! ¡Para!». El coche se detendría, pero la puerta seguiría cerrada, y él bajaría sonriente la ventanilla antes de dejarla subir.

«¿Seguro?», preguntaría, y ella contestaría: «Sí». Él se bajaría y rodearía el coche, se besarían, se abrazarían. Sería como si Charlotte hubiera tomado una gran decisión, como si estuviera segura dentro de su abrazo. Y entonces se irían juntos a las montañas... El coche con matrícula de Frisia del Norte ya no estaba.

Al día siguiente, el editor no llamó ni una vez hasta por la tarde, probablemente porque tenía resaca, y Charlotte se enfadó mucho porque podría haberse ido con Bo a las montañas, pero esas cosas no se pueden saber de antemano. Por lo menos, el viaje a Berlín parecía estar saliendo de fábula.

Pero entonces ocurrió lo de la tarjeta de embarque.

22

O sea, todo iba de maravilla. Pero entonces ocurrió lo de la tarjeta de embarque. No la tenía en el móvil. Y, naturalmente, ahora no hace falta describir sus idas y venidas, sus quejas porque no tenía la tarjeta de embarque, que siempre había recibido por SMS, con la antigua asistente «nunca ha habido problemas»; no hace falta contar que Charlotte telefoneó a toda prisa al servicio Senator, pero sencillamente no consiguió que le enviaran por SMS la tarjeta de embarque, aunque nunca había habido problemas con la antigua asistente.

«He pedido que me la impriman en el mostrador», escribió él en algún momento, y castigó a Charlotte con el desprecio hasta el lunes siguiente, ni siquiera respondió a preguntas realmente urgentes como «¿Para cuántas personas hay que reservar mesa mañana en Trader Vic's?». El viaje perfectamente organizado a Berlín había sido olvidado de golpe. Charlotte llamó al Trader Vic's para comunicar que aún no sabía con cuántas personas había que contar, y entonces se enteró de que la mujer del editor ya había llamado y había reservado para cuatro.

Hijo de puta pueril, pensó Charlotte.

En general, las cuatro primeras semanas solos habían transcurrido bien, y cuando recibía elogios ella se sentía feliz, pero aquella felicidad era muy frágil, y se percató de ello incluso antes de que empezara a caer en picado. Y aquella oscilación entre elogio, satisfacción, casi euforia, por una parte, e insatisfacción, desprecio y rabia, por la otra, afectó a Charlotte más de lo que podía confesarse a sí misma. Si en un momento la elogiaba con frases como «You are the best!», al momento siguiente la golpeaba con un «Zut!!!» en el estómago (solo metafórico). Una cosa aprendió: a encajar, a no defenderse.

En una ocasión, estuvo curioseando en el buzón de la antigua asistente y encontró que a ella también le había caído un «Pas vrai?» de vez en cuando. En cambio, el «Zut» lo había implantado expresamente para Charlotte. La verdad es que ella cometía muchos errores. Cuando, por ejemplo, en una carta utilizaba el guion corto en vez del largo (él prefería el corto, pero en casos raros también quería el largo, con lo que Charlotte no lograba aclararse y por regla general elegía el guion equivocado), o ponía en el calendario la dirección de un restaurante a la alemana en vez de a la americana, le solía llegar un «Zut!», a veces con una captura de pantalla en la que el fallo estaba rodeado con un círculo rojo.

Pero aquella alternancia imprevisible entre el palo y la zanahoria o los directos al estómago no eran el problema principal. El problema principal, piensa Charlotte mirando atrás, fue el límite entre trabajo y vida privada, que para el editor sencillamente no existía y que, por tanto, tampoco podía existir para su asistente.

Las fotos de su hija, los elogios cada vez más efusivos, casi invasivos, las preguntas demasiado personales por su vida espiritual

y amorosa, así como los contactos físicos casuales, que jamás llegaban a un punto inequívoco, todo eso hizo naufragar a Charlotte.

Así que planteamos de nuevo la pregunta: ¿de veras todo empezó con la contratación de la nueva asistente? No, ya venía de antes. Era evidente que aquello iba a ser un difícil equilibrio, y Charlotte no tenía, definitivamente, la estabilidad, la serenidad y, sobre todo, la contención necesarias para dominar esa situación y salir indemne de todo el asunto.

El viaje a Berlín había sido un buen ejemplo. Ahora Charlotte era su asistente en todos los ámbitos de su vida, y, aunque hacía intentos por levantar las barreras, él iba a empeñarse una y otra vez en derribarlas y castigarla por levantarlas. La quería completa, como la amable Alexandra Liebig había apuntado acertadamente. Quería llevársela con él a Berlín, no sabía estar solo, por eso llenaba los días de citas. Charlotte coordinaba visitas al médico, llamaba por teléfono a su taller mecánico, pedía vino, compraba botas de esquí. Sabía cuándo su hija iba a clase de pintura, qué tipo de problemas intestinales tenía él, y ella también había entendido, sin recibir indicación formal alguna, que debía pasar a privado en el calendario los encuentros vespertinos para cenar con mujeres.

—Lo sabe usted casi todo de mí —dijo en una ocasión—, podría destruirme.

Y ella pensó que, en realidad, no quería saberlo todo.

—¿Puedo confiar en usted? —preguntó él—. ¿Me destruirá algún día?

Charlotte negó con la cabeza, y él no preguntó a cuál de las dos preguntas respondía la negativa.

Charlotte ya sabía que la frontera entre la vida privada y la laboral siempre era permeable en un puesto de asistente: no era tonta. Pero esa permeabilidad, mejor dicho, ese desprecio por los límites, como el que ella había vivido, no era normal, no podía ser normal. Pero ¿qué se suponía que debía hacer?

Así que el trabajo le exigía cada vez más espacio, y Charlotte sentía que su vida privada se desmoronaba por culpa de esa exigencia. El romántico Bo iba a desaparecer de su vida, probablemente era inevitable. Por suerte, la música siempre estaría esperándola.

En otoño, o a principios del invierno, ella empezaría a preguntarse a partir de qué momento se puede hablar de acoso sexual. Charlotte iba a plantearse aquella pregunta con creciente frecuencia, lo que quizá ya era suficiente respuesta. Se acuerda de un momento concreto en el despacho de él. Ella no se sentía bien, porque Bo no había dado señales de vida. Le llevó un expreso y le preguntó: «¿Puedo hacer algo más por usted?», como si fuera su criada. Él sostenía un ejemplar de la revista *Glossy* en la mano y volvía a tener esos ojos vidriosos, señaló la portada de la revista, en la que una joven, o más bien una chica, de rostro delgado y muy delicado, con el cabello peinado hacia atrás en Wet-Hair-Look, miraba

lascivamente con unos grandes ojos al espectador. Charlotte calculó que la chica no tendría más de diecisiete años.

Mu: Sí.

Mu: Quiero conocerla.

Mu: Organícelo, por favor.

Charlotte no rio.

Él rio, pero fue una risa forzada, como si supiera que había ido demasiado lejos.

—Ja, ja, es broma —dijo.

Ja, ja, es broma, pensó Charlotte, y salió del despacho sin decir palabra.

O quizá no abandonó el despacho sin decir palabra, sino que se sentó a trabajar con él; al fin y al cabo, era para lo que la había llamado.

Pero no hay que adelantarse. Todavía está todo en los límites del verde, el otoño acaba de empezar, las hojas resplandecen en dorado y rojo. El editor viajará a Ciudad del Cabo las dos primeras semanas de octubre, van a ser días despejados para Charlotte y también para Bo, porque el editor recurrirá relativamente poco a su asistente, dado que en Ciudad del Cabo suele emborracharse con frecuencia. Por desgracia, serán los últimos días despejados, antes de un invierno realmente oscuro. Pero después del invierno regresa la primavera.

23

Pero aún es pronto para verlo todo negro, eso está esperando a la vuelta de la esquina. Charlotte aún no se ve obligada a ir con él a su casa en contra de su voluntad, servir champán en tazas, pujar con él en subastas a altas horas de la noche, sentarse a su lado en el sofá y no en un sillón, porque tiene que ver el catálogo. Él aún no gira a su alrededor por la habitación mientras dicta las cartas, rozando su espalda con el dedo, como al azar, cada vez que pasa a su lado. Ahora clarea de nuevo, y los últimos días claros brillarán antes de que todo se vuelva oscuro.

El editor ha decidido viajar a Ciudad del Cabo las dos primeras semanas de octubre para reunirse con un autor. Además, quiere hacer pilates y, sobre todo, tener tiempo para sí mismo. Allí estará tan ocupado consigo mismo que recurrirá extremadamente poco a su asistente, para lo que es habitual en él. Charlotte se pregunta a veces si después todo le habría dolido menos sin esos días claros. Pero no tiene elección, y al fin y al cabo tuvo esos días claros. En cualquier caso, él estaba en Ciudad del Cabo y ella supo más bien poco de él. Aprovechó el tiempo, elaboró sus listas y recopiló lo despachado en los correos vespertinos de «Finalizados», que a

veces enviaba con dos o tres horas de retraso empleando la función «enviar más tarde», para que pareciera que había estado más tiempo en la oficina.

Por primera vez trabajó desde casa, y por fin tuvo la oportunidad de conocer a gente de su edificio, habló sobre todo con la joven secretaria de prensa, cuyo nombre había olvidado, pero era divertida. No se podía imaginar lo maravilloso que debía de ser tener un trabajo así de normal, coordinar fechas de lecturas públicas y responder a las preguntas de los periodistas.

Tenía tanto que hacer, se quejaba la joven secretaria de prensa, su jefa era muy estricta, ya no podía más. Cuando salía de la editorial cada día, a más tardar a las cuatro y media, Charlotte murmuraba: «Tengo tanto que hacer, ya no puedo más». Y en el despacho subía la música de Spotify porque por fin lo tenía todo para ella, y cantaba en voz baja mientras elaboraba su lista de pendientes.

Naturalmente, durante aquellos días él llamaba de vez en cuando, y enviaba correos con encargos y preguntas, pero el bombardeo cesó. Y sobre todo: parecía de bastante buen humor, hubo un solo «Pas vrai?» durante ese tiempo, ningún «Zut», muchos elogios y «Merci infiniment». Charlotte le preguntaba mucho: «¿Qué tal el pilates?», «¿Qué tal la entrevista de selección por Zoom?», «¿Qué tal el encuentro con el autor?», quizá eso también ayudara.

En una ocasión en que llevaba día y medio sin tener noticias suyas, Charlotte le escribió, estaba preocupada y esperaba que estuviera bien. Ella no estaba preocupada, pero sabía que él se alegraría de que se preocupara por él. Y se alegró, porque fue muy prolijo en su disculpa. Había pasado una noche terrible y se había

echado la siesta después de dar un largo paseo (sin móvil). «Por favor, hablemos mañana. Dormez bien, Mu».

Tuvo que cancelar sus horas de pilates, porque él estaba en las últimas y Charlotte no quería saber nada de esa noche terrible en la que había salido con el autor, es decir, claro que sentía curiosidad, pero prefería no saberlo.

Recibió muchas fotos, de botas negras con suela gruesa que él quería comprarle, de vestidos con estampados salvajes, y él le dijo por teléfono que quería regalarle por Navidad unas botas doradas de cowboy. ¿Qué le parecería? Charlotte, que nunca había tenido nada en contra de los regalos, dijo: «Las botas de cowboy doradas me parecen fantásticas».

Charlotte comprendió en ese momento que la elección del editor entre el palo y la zanahoria no tenía nada que ver con ella, sino con su estado de ánimo. Cuando le iba bien había elogios, cuando no le iba bien había «Zut», con independencia del trabajo de Charlotte. Y, como en Ciudad del Cabo le iba bien, Charlotte recibía hermosas frases como «Guau. Se lo agradezco, vous êtes incroyable. Bonne nuit» o «Es usted muy buena. Gracias, querida señora Scharf».

Mientras tanto, él había empezado a llamarla sin que hubiera ningún asunto que tratar. Solo la llamaba para hablar, del tiempo, de la vida, de sí mismo, de sus encuentros azarosos, de lo mal acondicionado que estaba el hotel, le contaba que quería comprarse una casa en Ciudad del Cabo o en Francia.

—Sí, es una idea estupenda —decía Charlotte, que en ese momento estaba trabajando en casa.

—Vendrá usted a menudo, y trabajaremos desde aquí —decía él—. ¿Qué le parece, señora Scharf?

—Suena bien —decía Charlotte, aunque no le sonaba bien, pero no eran más que sus castillos en el aire, ya podría ser sincera más tarde.

También fue Charlotte la que contactó con él poco antes de su viaje de vuelta. Debía recordarle antes del vuelo que quería renovar los eslóganes para las nuevas bolsas de lona, porque en ese estadio de tránsito se sentía especialmente creativo. Ella se lo recordó vía SMS, y él la llamó enseguida. Charlotte vio en directo cómo, aunque ya había empezado el embarque, él corrió a la Duty-free-Shop a comprar una botella de Yamazaki Single Malt, para inspirarse.

—La llamaré en cuanto esté sentado en el avión.

—Estupendo —dijo Charlotte.

Media hora después volvió a llamar. Ya se le había ocurrido un juego de eslóganes, en tan poco tiempo.

Mu: ¿Puede creérselo?

Sch: No, ¿de veras?

Él no solo quería enviarle sus ideas, sino leérselas, así que se las leyó, y a cada eslogan Charlotte soltaba una risa acompañada de un «Qué bien» o «Genial». Las frases no eran malas, pero tampoco tan geniales como para tener que reírse con cada una de ellas. A veces le decía dónde subrayar o añadir un término.

Charlotte oyó cómo le pedían que pusiera el móvil en modo avión y le deseó un buen vuelo, y por su cabeza pasó la idea fugaz de qué pasaría si su avión se estrellara.

—Haremos juntos el próximo juego de eslóganes. Seguro que sale algo bueno de ahí —escribió él aún, antes de pausar el móvil.

¿Dónde ha estado Bo los últimos días? ¿El editor ya está volando de vuelta, los días claros tocan a su fin, y Bo no ha aparecido ni una sola vez? Al fin y al cabo, sobre él caía la mayor parte de la luz durante estas primeras y despejadas semanas de octubre. Así que ahora aparece Bo. Bo viene después del trabajo, como recompensa, también porque Charlotte no quiere mezclar trabajo y vida privada.

La primera semana solo lo vio el martes y el miércoles, se sentaron junto al Isar y pasearon los dos días. De jueves a domingo, él estuvo en el norte por una fiesta familiar y algún encargo, y el fin de semana Charlotte fue a ver a sus padres mientras Bo y el editor estaban fuera.

Los mensajes que Bo le escribía la hacían casi tan feliz como estar con él. Le deseaba todas las mañanas un «Buenos días» y todas las tardes un «Buenas noches», el sábado le escribió incluso que la echaba de menos, y el domingo que se alegraba con la idea de volver a verla.

La semana siguiente se vieron todas las tardes, el lunes y el martes fueron a comer, el miércoles fueron a comer cogidos de la mano, el jueves fueron al cine sin soltarse de la mano, y luego ella pasó la noche con él por vez primera. Cuando, el viernes por la mañana, salieron juntos de su casa y se dieron un beso de despedida antes de que sus caminos se separasen, Charlotte se dio un breve pellizco en el brazo, nunca se sabe. Quizá debía contarle a su familia que había alguien. Hasta ahora, el romántico Bo había sido su hermoso secreto. Decidió que por el momento Bo seguiría siendo su hermoso secreto, quería tenerlo para ella sola y, de todos

modos, no habría sabido describir lo que había de grandioso y tan de cuento en él.

El viernes, cuando salió de la editorial, paseó del brazo con Bo a lo largo del Wörthsee, su lago favorito. Por un momento Charlotte pensó que había alcanzado el cenit de su felicidad justo ahí, pero luego volvió a acordarse de su casa y del editor.

Tomaron Aperol Spritz, aunque el Aperol Spritz era una bebida de verano y no encajaba con Bo, pero era la preferida de Charlotte. El Spritz relucía anaranjado, el agua azul turquesa, y unas nubes oscuras surcaban el cielo amenazadoras. Charlotte rio cuando Bo se puso aquella espiga en la boca. Volvieron en el coche con matrícula de Frisia del Norte, por desgracia no a Frisia del Norte, pero al menos a su casa.

Más tarde, estaban en la cama, la lluvia repiqueteaba contra la ventana, y, cuando Bo le preguntó si podía imaginarse viviendo en las montañas, casi se le llenaron los ojos de lágrimas, porque al parecer él sí podía imaginarse viviendo con ella en las montañas.

Charlotte: Sí.

Charlotte: Naturalmente, depende de con quién.

Se inclinó sobre él, le dio un suave pellizco en la mejilla, como él solía hacer, y le preguntó sonriente:

—¿Por qué lo preguntas?

—Por nada en particular —respondió él, también sonriente.

Bo: Por cierto, la casa no está en una región amenazada por avalanchas y aludes.

Bo: En esa región no ha habido nunca una avalancha.

Charlotte: ¿Es que te has informado?

Él se encogió de hombros.

Más tarde, cuando la lluvia seguía repiqueteando contra la ventana, Bo le preguntó por su álbum. No por su música o sus canciones, le preguntó por su álbum, como si realmente fuera a haber un álbum, y qué significaba para ella hacer música. Charlotte intentó describirlo.

Cantó el principio de una canción en la que hablaba de una joven que está atrapada en una ciudad pequeña y se enamora de un tipo, pero también de la idea de una vida en el gran y ancho mundo.

Bo: Es increíble que se te ocurra todo eso.

Bo: Impresionante.

Y más tarde, todavía en la cama, cuando la lluvia ya había cesado, Charlotte también habló, por primera y única vez, de lo que la inquietaba.

Charlotte: A veces tengo miedo de que, sencillamente, vuelvas a desaparecer.

Bo: Pero estoy aquí.

Charlotte: No lo sé. Apareciste de repente, y quizá desaparezcas también de repente.

Bo: Entonces al menos nos seguiremos viendo por las mañanas de camino al trabajo, ¿no?

A Charlotte no le hizo gracia.

Bo: Estoy aquí, y me quedaré si tú quieres.

Charlotte, que pensaba que esos nervios en el vientre nunca surgían sin motivo, asintió.

«Prométeme que te quedarás conmigo», no llegó a decirlo porque aún no habían avanzado tanto.

La fiesta del sábado en la casa de Bo fue algo así como el fin de los días despejados. Charlotte lamentaba ya en las primeras conversaciones, todavía sobrias, en la cocina, haberse dejado convencer por Bo para ir. Enseguida quedó claro que sus amigos vivían en un mundo completamente distinto al suyo. Parecían más libres, más adultos, y así lo percibían también ellos, si Charlotte interpretaba correctamente las miradas y la distante cortesía.

Janna habló de un Workation-Trip que iban a hacer en la casa de las montañas de Bo la semana siguiente. Charlotte jamás había oído la palabra «Workation», pero asintió y dijo «Cool». No, aún no había estado en la casa de Bo.

La morena: Es tan bonita. Muy pequeña, pero llena de encanto. Justo al lado de un arroyo.

—¿Tú también vienes? —preguntó Carlo.

Bo también se lo había preguntado ya, aunque él no lo había llamado Workation-Trip, sino «cortas vacaciones».

Charlotte: No, por desgracia con mi trabajo no es posible.

Bo: Su jefe no la dejaría. Está un poquito pirado.

Charlotte le lanzó una mirada indignada. Sus amigos, que a la vista estaba que no la tomaban en serio, no debían saber eso.

—Yo no podría ser asistente —dijo la morena—. Soy demasiado caótica y amante de la libertad para eso. Coordinar vuelos, citas y esas cosas para otra persona.

A Charlotte le hubiese gustado pegar a aquella morena de mierda. Era escenógrafa, trabajaba por libre para varios teatros, y puntualmente hacía pequeñas esculturas y cosas así.

Charlotte se sentía cada vez más incómoda y no conseguía relajarse, y no digamos parecer relajada. Conocía la experiencia. Cuando no se sentía a gusto, se hundía cada vez más en la mierda, decía exactamente lo que habría sido mejor que no dijera, y tampoco en esa ocasión pudo ocultar lo incómoda que se sentía, y a veces parecía que estuviera representando a sus padres.

Charlotte: El puesto es muy bueno para hacer carrera. Se está en lo más alto.

—Hace música —dijo Bo, para defenderla o para justificar su presencia en la fiesta, como si con aquel trabajo nada creativo, que apoyaba el sistema heteronormativo, no hubiera justificación para estar allí.

Charlotte le lanzó otra mirada indignada. Nadie debía saber eso.

En algún momento se despidió, estaba cansada, no tenía ganas de quedarse a dormir. El domingo por la mañana, el editor la llamó. Charlotte no cogió la llamada, porque era domingo y eso. Él volvió a llamar y escribió: «It's urgent». Ella devolvió la llamada. Sentía molestarla en fin de semana, pero ¿podía hacerle el favor de reservar una habitación de hotel para su tía?

La resaca, la mierda de encargo del editor, la fiesta, el miedo a perder a Bo, la casa, de pronto todo era demasiado. Una lágrima le corrió por la mejilla mientras llamaba al hotel y reservaba la habitación, con vistas al jardín, una suite a precio de habitación estándar, por favor, con bandeja de bienvenida con fruta y chocolatinas, «Con cordiales saludos de Ugo». Muchas gracias.

Bo la llamó por la tarde.

Bo: ¿Todo bien?
Charlotte: Todo bien.
Bo: ¿Un paseo junto al lago?
Charlotte: Sí.
Y de pronto todo volvió a estar bien.

24

Y, a partir de ahora, todo irá cuesta abajo, el invierno va a ser realmente malo.

Solo una breve remontada otoñal, como un subidón de coca, y después del subidón, como se sabe, viene la caída.

Charlotte consiguió un aumento de sueldo, una becaria, pudo tachar la palabra «administrativa» de su firma, y hubo entrevistas de selección para una segunda asistente, aunque no estaba claro qué posición iba a ocupar la nueva porque el anuncio no decía «asistencia administrativa», sino «asistencia al editor».

Durante las rondas de selección, que por supuesto se eternizaron, él incluso hizo venir a una candidata desde París, para que no hubiera «una nueva decisión equivocada» como la última vez. Tenía que verlas en persona.

Después de las entrevistas, las cuatro candidatas seleccionadas recibieron bolsas de lona que Charlotte ya había preparado cuando él llegó al despacho de las asistentes con las jóvenes detrás. Él se tomó su tiempo para llenarlas, para dar la impresión de que elegía expresamente los libros para ellas, pero Charlotte sabía que siempre eran los mismos.

La tarde en que Jeanne llegó desde París, él estaba de buen humor, un humor excelente, un humor desbordante. Al final se decidió por ella después de la entrevista, sin dejarlo reposar ni una noche. Charlotte ya había revisado su solicitud —licenciada en Ciencias Económicas con sobresaliente, y después trabajó en McKinsey en Frankfurt y París—, y tuvo una sensación extraña, que se reforzó cuando vio a Jeanne delante de ella en el despacho. Que, al contrario que Ivana, fuera una criatura insignificante no le pareció mal a Charlotte, sino más bien refrescante. Jeanne llevaba el pelo corto, no era ni demasiado alta ni demasiado delgada y, a juzgar por su aspecto, no tenía interés por la moda ni le gustaba. La extraña sensación de Charlotte venía de otra cosa. Jeanne tenía un secreto, estuvo segura desde el principio. Cuando la vio en el despacho de las asistentes, con su cara seria y el traje de chaqueta de raya diplomática, que le sentaba mal, inspeccionando las estanterías con los brazos cruzados a la espalda, a Charlotte le recordó al solitario desconocido que, en las series policiacas, aparece de pronto en el feo y pequeño pueblo estadounidense que está siendo asediado por varios asesinatos. Era su aura y su presencia. No se reía con los chistes de Charlotte, y no parecía nerviosa ni tímida, al contrario: Jeanne ojeó libros de la estantería, se acercó al escritorio de Charlotte y miró con interés sus listas de asuntos pendientes. Se movía con una naturalidad que casi enfureció a Charlotte. Cuando el editor se metió en su despacho para atender una cita, Charlotte quiso poner a prueba a Jeanne y le preguntó por qué razón pasaba del mundo de la consultoría de empresas a un puesto, sin duda peor

remunerado, en el sector editorial, que además era desconocido para ella.

—Quería probar otras cosas —respondió vagamente Jeanne, y siguió caminando a lo largo de las estanterías, como si estuviera buscando tesoros de bibliofilia.

«Ahora vamos a probar otra cosa» y «Tiene rapidez mental», dijo el editor cuando Jeanne salió de su despacho. Charlotte recogió en silencio las tazas de expreso.

Quizá Jeanne le había contado algo sobre acciones y bitcoins que le había impresionado, porque él no se las arreglaba bien con las cuestiones financieras y con los números en general. Al parecer, ella también sabía de astrología.

Mu: Una experta en bitcoins y en astrología. Espléndido, ¿no?

Mu: ¿Sabía que tiene orígenes franceses?

Sch: No.

Mu: Y ama Japón.

Sch: Estupendo.

Mu: Yo también amo Japón.

Sch: Lo sé.

En realidad, el sueño de Charlotte era que contratara a una asistente administrativa que trabajase para ella a tiempo completo, como la eficaz e ingeniosa becaria que le echaba una mano dos tardes por semana. La becaria, que se llamaba Tara, no podía comunicarse directamente con el editor, porque, por algún motivo, a él no le gustaba. «Mira tan seria», dijo en una ocasión.

Pero ahora Charlotte tendría una nueva compañera de su mismo rango: Jeanne se instalaría en el despacho, Charlotte seguiría valiéndose por sí misma, aunque sin duda también sería agradable dejar de estar sola, pensó Charlotte. Naturalmente, tendría que ayudarla hasta que se adaptara a aquel sistema difuso que ni ella entendía del todo y que organizaría de manera muy distinta, no le iba a quedar otro remedio.

Cuando Jeanne aceptó el puesto, al parecer también estaba encantada con la conversación sobre bitcoins y astrología o astronomía, Charlotte preguntó directamente al editor:

Sch: Pero seguiré siendo su primera asistente, ¿no?

Mu: ¿Quiere seguir siendo mi primera asistente?

Mu: ¿Puede hacerlo? Es usted tan joven. ¿Puedo confiar en usted?

Sch: Definitivamente, no voy a volver a ser la asistente administrativa.

El editor sonrió. La respuesta pareció gustarle.

Para entonces, eran un buen equipo, más o menos coordinado; funcionaron bien en ese estresante periodo en el que se confeccionaba el programa de primavera, y a veces ella intuía en él algo así como una sensación de «Nosotros frente al resto del mundo» o «Nosotros contra el resto de la editorial», que también se apoderaba brevemente de ella cuando él la llamaba a su despacho, antes o después de las citas, para quejarse o reírse de otros colaboradores. Charlotte sabía que esa aversión no era unilateral. El editor retrasaba todos los procesos con sus cambios de opinión y órdenes contradictorias, exigía nuevas fotos de autores, de pronto

las cubiertas ya aprobadas no le gustaban, había que volver a hacerlas, etc. Por la jefa de prensa, con la que Charlotte se llevaba bien y cuyo nombre había olvidado, se enteró de que todos en la editorial esperaban que él estuviera en el extranjero o indispuesto mientras se elaboraba el programa. Durante el último, él decidió alargar un viaje a Francia, y para todos había sido un alivio montarlo todo sin intervención del editor.

Pero ahora venía todos los días a la editorial, lo que según Larissa no era habitual porque prefería estar en la «Firma», y en aras de su bienestar Charlotte lo abastecía de comida, snacks, Cola Zero, Red Bull sin azúcar y conversaciones sobre lo divino y lo humano. Estaba estresado a causa de las muchas citas y decisiones a tomar, en el buen sentido, y Charlotte estaba estresada por la coordinación de las muchas citas, también en el buen sentido. De alguna manera, la cosa funcionaba.

Cuando aparecía por la mañana en el umbral de la puerta, sonreía y decía: «Buenos días, señora Scharf. ¿Cómo se encuentra hoy?».

Y una tarde, al final de la jornada, dijo: «Estos están siendo buenos días con usted, señora Scharf».

Charlotte se sentía como Anne Hathaway en *El diablo viste de Prada* cada vez que le llevaba el almuerzo ataviada con sus bonitos vestidos y sus botas de suela gruesa, llamaba a la puerta decidida y segura de sí, le entregaba cubiertas impresas a toda prisa u otros documentos en reuniones importantes con personas importantes, pasaba llamadas de autores de primera fila y, en general, lo tenía todo bajo control.

Todas las mañanas llegaba un poco antes a la editorial, y luego salía un poco más tarde que el día anterior, para tener por la

mañana y por la tarde tiempo para sí misma, para ponerlo todo en orden y no perder la visión de conjunto. Por las mañanas se tomaba un café y además un expreso doble, luego recogía el despacho de él, que olía a cabra de cachemir, ventilaba, regaba las flores del balcón, imprimía listas de cumpleaños, de teléfonos, y otras listas actualizadas que dejaba en su escritorio, repasaba en su despacho el calendario de él, imprimía cosas que necesitaba para las reuniones, las metía en subcarpetas de color rosa que rotulaba a lápiz con delicadeza (de forma que pudieran borrarse fácilmente, pero no con demasiada delicadeza para que fueran bien legibles), repasaba su lista de pendientes y lo llamaba media hora antes de su primera cita para preguntarle qué tal había dormido, qué tal había ido la cena de la noche anterior y si estaba en camino hacia la editorial para su primera cita. Esa sensación de tenerlo todo bajo control, de coreografiarlo todo, era un poquito como una droga.

Cuando se marchaba por las tardes ni siquiera tenía un bajón, porque había superado bien el día, y aún le quedaba energía para hacer música, y después, relajada, ver telebasura. Lo coordinaba todo, lo sabía todo, atendía a un colaborador tras otro en su despacho y hablaba con ellos, que la miraban casi con reverencia. Charlotte les sonreía con amabilidad y les decía con aire majestuoso «Aún está reunido» o «Te llamo cuando haya terminado, ¿de acuerdo?».

En una ocasión, una de las editoras de mesa le dijo:

—Te has integrado bien aquí. Pareces tan equilibrada, y transmites una energía muy positiva. Quería decírtelo.

A Charlotte le hubiera gustado grabar el comentario de su compañera y enviárselo a sus padres.

Un día, él estaba reunido en su despacho con la jefa de edición y Charlotte entró para entregar un libro, y entonces al editor se le ocurrió que su asistente podía sentarse con ellos y redactar el acta. De pronto, sin que se lo esperara, le preguntaron su opinión respecto a una joven autora de otra editorial y su novela.

—Esa mujer es cool, tiene muchos seguidores y le gusta provocar con su escritura —dijo Charlotte, que solo había leído una reseña en Instagram, y añadió que de todos modos el libro no le había gustado, con un argumento que también provenía de aquella reseña.

—Es estupenda, ¿eh? —preguntó el editor a la jefa de edición, con una sonrisa que delataba algo así como un orgullo posesivo.

¿Sería ese el comienzo de su ascenso profesional, que tanto había deseado?, se preguntó Charlotte cuando salió del despacho con una sonrisa.

Y en ese momento de subidón, cuando estaba sentada en su despacho entre cita y cita y él le dictaba cartas y correos electrónicos, se le ocurrió preguntar si podía redactar el acta de la próxima ronda de estrategia de los directores de departamento. No sabía por qué lo había preguntado, pero sabía que la antigua asistente redactaba el acta de aquellas reuniones y ella también quería hacerlo.

Mu: ¿Quiere?

Sch: Sí.

Mu: Entonces, hágalo.

El padre soltó una orgullosa carcajada cuando la madre le gritó lo que Charlotte acababa de contarle por teléfono. Solo por oír esa ruidosa carcajada de su padre, quizá todo había valido la pena.

Charlotte también se lo contó a la amable Alexandra Liebig, que se mostró visiblemente sorprendida, se alegró de manera más bien contenida y envió enseguida una circular a los jefes de departamento.

La mañana de la ronda de estrategia, el editor no estaba localizable. Un minuto antes de la reunión, cuando Charlotte ya había preparado la webcam, el headset, el documento del acta y todo estaba listo, él la llamó. Hablaba arrastrando las palabras, balbuceaba casi, como si estuviera borracho, hubiera tomado somníferos o acabara de salir del dentista.

—Creo que no puede estar ahí —dijo—. Es demasiado pronto. Y yo no me encuentro bien.

Cuando estaba así, y Charlotte aún no lo había visto así a menudo, de pronto toda la euforia de «Nosotros contra el resto del mundo» desaparecía. Charlotte se sintió muy insegura, pero con el tiempo aprendería que precisamente en esas fases debía realizar una tarea suplementaria: fingir seguridad, orientación y estabilidad, y cuidarlo a otro nivel, incluso tratarlo como una madre, según el esquema: «Tranquilícese. Descanse, juegue con su hija o dé un paseo. Todo está bien. Yo me encargo de las cosas pequeñas, para que tenga tiempo para lo importante».

Por qué nadie la cuidaba a ella como ella lo cuidaba a él, se preguntaba cada vez que se daba una situación como esa. Ella también quería que la cuidaran. Ella también era frágil. Aún se encontraba relativamente bien, y el deterioro físico no había

empezado de veras, pero ya se notaba. Todavía no se le caía el pelo, ni tenía un zumbido constante en los oídos, pero algunas noches empapaba las sábanas de sudor, y el ojo derecho le palpitaba de forma incontrolada de vez en cuando, aunque antes de la mudanza también había palpitado alguna que otra vez.

El segundo viernes de aquella etapa agotadora se sintió casi aliviada de que Bo se hubiera ido a las montañas y no tuviera que quedar con él ni por la noche ni el fin de semana.

Por la tarde llegó a la casa ajena, se tumbó en la alfombra de IKEA, porque no quería tumbarse en la cama con ropa de calle, y miró por la ventana el cielo recortado. Luna llena, no iba a dormir bien. Daba igual, lo importante es que era fin de semana. Brazos al cielo, fin de semana, pensó. En algún momento se levantó y abrió su MacBook. Como las tardes anteriores, hizo música y se alegró de tener dos días libres por delante.

El sábado por la mañana corrió alrededor del Speichersee y a la vuelta hizo la compra, luego siguió trabajando en su álbum. El proyecto musical había adquirido una nueva urgencia, no sabía bien de dónde venía, pero lo que tomaba forma en ella, en el bosque, de camino al trabajo, en el trabajo, en el camino desde el trabajo, tenía que salir, tenía que salir pronto, terminado y redondo. Nadie conocía su hobby excepto Bo, y ella no quería llamarlo hobby, sino «proyecto musical». Lanzaría el álbum terminado y triunfaría. Creía en él, intentaba creer en él. Las canciones eran buenas. Aún tenía que diseñar un plan de batalla: a quién enviar qué canciones, dónde publicarlas. Pero el tiempo lo pone todo en su sitio, decía siempre su madre. «El tiempo lo pone todo en su sitio», vaya un refrán de mierda.

Y, aunque en la editorial —aparte del paso atrás de la ronda de estrategia y otros golpes bajos menos dolorosos— el tiempo corría a su favor en general, empezó a mirar ofertas de trabajo. Tan solo las miraba, no se presentaba. Miraba las nuevas ofertas de trabajo en paralelo a las ofertas de ImmoScout de viviendas en la costa. Simplemente quería saber si alguna vez ofrecían un puesto de ensueño o una casa de ensueño.

La causa principal de la brecha que se fue abriendo peu á peu en su interior fue probablemente la sigilosa desaparición de Bo.

Aquello puso en marcha algo que amenazaba con arrasarlo todo, incluido su trabajo. ¿O fue al revés, fue su trabajo, su transformación en la asistente perfecta, lo que amenazó con arrasarlo todo?

Sea como fuere, todo empeoró con la desaparición de Bo. El editor se volvió más desagradable y caprichoso, el invierno más frío y oscuro, y Charlotte se preguntaría más adelante si el estable Bo quizá habría podido contener la brecha que se abrió en su interior si se hubiera quedado a su lado en esa mala época.

Pero ella nunca lo sabrá, y él sigue ahí, aunque ha cambiado algo. Durante su estúpido Workation-Trip con la morena y los otros, él la llamó alguna vez, y en dos ocasiones le escribió que la echaba de menos.

Cuando volvió, ella quiso sorprenderlo por la tarde en su piso. Se aseguró de que estaba en casa: «¿Qué haces esta tarde?». «Me quedo en casa, ¿vas a pasarte?», «Mejor mañana». Pero, cuando se plantó en la puerta con dos bolsas de sushi, él no estaba.

Carlo: Acaba de irse. Al cine, con Cleo y Jonas.

La morena se llamaba Cleo.

Charlotte se fue a casa y se comió sola todo el sushi.

Más tarde, él llamó:

—¿Has estado aquí? Oh, mierda, lo siento. Me fui al cine con Cleo y Jonas, surgió así.

A Charlotte se le quitó un pequeño peso del corazón, y otro aún mayor cuando él fue a recogerla al día siguiente a la salida del trabajo. Fueron al Wörthsee. En cualquier caso, un terrible dolor de cabeza había asediado a Charlotte durante todo el día.

Bo: ¿Qué pasa?

Charlotte: ¿A qué te refieres?

Él pasó el pulgar entre sus cejas.

Bo: Aquí hay una profunda arruga de preocupación.

Charlotte: Bah, es solo un terrible dolor de cabeza. Y ahora tengo tantísimas cosas que hacer.

Se quejó un poquito y le contó un par de nuevas anécdotas del loco editor, con las que siempre hacía reír a su madre. Pero Bo no se rio.

—Ponle fin a eso —dijo muy serio, ya esa tarde, cuando en realidad aún iba todo bien—. Es un enfermo.

Charlotte: Tonterías.

Charlotte: ¿Quién va a pagarme el alquiler?

Bo: Ya encontrarás algo.

Bo: Hay un plazo de preaviso.

Bo: Escúchate a ti misma, ¿qué clase de relación laboral es esa? Tienes que calentarle la sopa, reservarle habitaciones de hotel los fines de semana, te deja en una calle lateral, despotrica de las repartidoras que van en bici, despide a una asistente tras otra. Mírate. Tienes los ojos rojos. Ese tipo va a acabar contigo, como ha acabado con las otras antes que tú.

Charlotte: Lo de calentar la sopa no me lo pidió, fue idea mía.

Charlotte: Y soy buena en mi trabajo. Voy a seguir un poco más.

Bo: ¿Hasta que te desplomes?

—Oh, Bo —dijo ella al estable Bo—, soy más fuerte de lo que piensas. Y soy buena en mi trabajo.

Charlotte seguiría adelante con el editor hasta que una noche, a principios de marzo, tal como Bo había profetizado aquella tarde, se desplomó. Ella pensó que era un infarto. De pronto apenas le llegaba el aire, sentía punzadas en el corazón con cada inspiración, se levantó, se vistió y salió corriendo de su casa, dejó atrás su edificio y caminó por el silencioso Ismaning. Mientras tanto tenía a mano en el móvil el número de emergencias, no se atrevía a despertar a sus padres, pero escribió a su madre: «Creo que estoy sufriendo un infarto», pero la madre dormía. De vuelta en su casa, se hizo un café, la cafeína activa la circulación.

Al día siguiente su padre dijo: «Eso ha sido un ataque de pánico». Ella llamó al trabajo para decir que estaba enferma y, al día siguiente, fue a ver a su doctora porque necesitaba una baja para dos días, le contó el ataque de pánico y muchas cosas más, y la

doctora dijo: «No va a volver allí», y Charlotte ya no fue más. Pero volvamos con Bo y los últimos días del otoño.

Como para enfadarla o ponerla a prueba, los siguientes días Bo solo le proponía cosas imposibles de realizar. El viernes quería desayunar con ella; el miércoles, cuando el editor tenía la mayoría de sus compromisos, tomar un café; el martes, comer en su piso. «¿Y quién pide la comida para el editor?», «Para ir a vuestra casa necesito al menos 25 minutos, y luego otros 30 minutos para comer. Eso no puede ser, Bo».

Charlotte empezaba a estar molesta con las propuestas de Bo. En vez de estar simplemente ahí y cuidarla, le metía más presión. Mirando hacia atrás, ella se da cuenta de que su intención era provocar que tomase una decisión, ella puede entenderlo y casi lamenta que no la hubiera presionado aún más, o que hubiese asaltado el despacho del editor como un caballero medieval y la liberase de las garras del dragón. Quizá incluso que le soltara un puñetazo al editor. Y que luego se la llevase consigo a su casa en las montañas. Y allí se habrían quedado. Eso habría estado bien para Charlotte, por Bo sí hubiera renunciado al mar. Y vivirían felices y comerían perdices en su casa de las montañas.

Bo no la salvó. En vez de eso, llegó la nueva asistente, Jeanne, llegó la borrasca, llegó el invierno, Bo desapareció, el editor se volvió aún más insoportable, Charlotte perdió el control de todo, se derrumbó,

y luego volvió a escampar. Pero, antes de que las cosas empeoren y llegue el invierno, una visita rápida a los padres.

25

Charlotte visitó pocas veces a sus padres durante aquel año, aunque de hecho no estaban tan lejos. Por una parte, no fue a visitarlos con más frecuencia porque no se podía subir sin más al tren el viernes por la tarde, cuando cabía esperar llamadas apremiantes del editor. Ir el sábado y volver el domingo le resultaba demasiado idiota, tampoco estaban tan cerca; la mayoría de las veces no era posible tomarse medio día o algo así, etc. Por otra parte, la verdad es que estuvo todo el año enfadada con sus padres, porque la habían empujado a cometer aquel error y no se merecían una visita de su hija.

Hasta ahora los padres de Charlotte no han salido tan bien parados, y probablemente mirando hacia atrás tampoco salgan bien parados, por más vueltas que se le dé. Pero quizá también sea autocomplaciente por parte de Charlotte echarles a sus padres casi toda la culpa. Al fin y al cabo, los padres no tomaron la decisión equivocada, ellos solo querían lo mejor para Charlotte. Al final, los padres nunca quieren más que lo mejor para sus hijos. El problema es que los padres no saben qué es lo mejor para sus hijos, y que los hijos, por regla general, no saben qué es lo mejor para ellos mismos, así que la única solución y la tarea central en la vida de los hijos cuando se hacen adultos es averiguar qué es lo mejor para ellos y

no dejarse convencer por los padres. Posiblemente ese es el núcleo de la no tan singular historia de Charlotte: abandonar la casa familiar y encontrar el camino hacia una vida independiente.

Charlotte sabe que emanciparse de esa manera es doloroso para todos, y a veces termina con una ruptura. Pero también sabe que una ruptura con los padres la rompería a ella misma. No tiene a nadie más. Desde que nació, Charlotte ha mantenido una estrecha relación con su familia, especialmente con su madre. Sin duda no se habla mucho de sentimientos y problemas, pero cuando los hijos tengan su propia familia, seguro que se quejan de que se hablaba demasiado de sentimientos y problemas. Así cambian los tiempos y las gentes. En cualquier caso, pese a todo, en su familia reina una estrecha cohesión, y está agradecida a sus padres por haberle dado una hermosa infancia. Aunque no pudieron evitar los oscuros pensamientos que ya entonces asediaban a Charlotte. Cuando Charlotte piensa en su infancia, hay muchas imágenes llenas de luz y calor. Días en la piscina, ir de compras a la ciudad con su madre, paseos dominicales, que llamaban «paseos del mal humor» porque al día siguiente era lunes y por eso todos estaban malhumorados, vacaciones en el sur de Francia y en Algovia y, sobre todo, no estar sola.

No estar sola era lo mejor, pero por desgracia Charlotte se ha dado cuenta *a posteriori*. Levantarse por la mañana, bajar la escalera y encontrarse a personas que te pertenecen y a las que perteneces. Por eso a Charlotte siempre le ha gustado visitar a sus padres, porque en esa casa volvía a ser niña, y todo era como antes y bueno, o al menos mejor.

Entonces, la visita a los padres: el editor volaba a Ámsterdam el viernes a mediodía y Charlotte se fue a ver a su familia. Había planeado el viaje de tal modo que, mientras el editor estaba en el aire, ella estaba en el tren. Pero el vuelo se retrasó, así que, en lo que esperaba su vuelo, el editor llamó de mal humor a su asistente, que estaba en el InterCity Express.

De alguna manera, a ella le gustaba tener que hablarle a media voz en el vagón lleno de gente: «Sí, señor Maise» y «Todo claro, se hará», y reírse, aunque los nombres importantes no podía decirlos en voz alta. Pero, cuando él le dictó una carta y Charlotte tuvo que leérsela varias veces, a él y a los otros pasajeros, con la consabida mala cobertura, fue incómodo para todos. En algún momento, por suerte, el editor decidió que lo mejor era continuar la conversación más tarde. Charlotte le deseó un buen vuelo y que disfrutara de su estancia en Ámsterdam, y el editor deseó a Charlotte un agradable descanso en casa.

—Salude a sus padres de mi parte.

—Lo haré —dijo Charlotte, y sonrió, porque de pronto se alegraba mucho de ir a ver a sus padres.

Llegó a primera hora de la tarde y su madre fue a recogerla a la estación. Como siempre, la esperaba en el coche y, como siempre, Charlotte le dijo que le gustaría que alguna vez fuera hasta el andén a esperarla. Observaba a menudo a la gente a la que esperaban en el andén. La alegría en sus rostros cuando se abrazaban, o antes, cuando buscaban impacientes, cuando miraban a su alrededor y

caminaban como palomas o cachorritos, y lo hermoso que era cuando se encontraban.

Su madre la esperaba en el coche, y se bajó al verla.

Charlotte: ¿Por qué no has ido a esperarme en el andén?

La madre: No sé a qué vía llegas.

Charlotte: Puedes mirarlo. Ya sabes que vengo en el tren regional de Colonia.

Charlotte: Siempre te digo que quiero que me esperes en el andén.

La madre: Pero si no llevas mucho equipaje.

«No se trata de eso», Charlotte no llegó a decirlo porque de todos modos la madre no lo entendería.

La mesa ya estaba puesta para la cena. Charlotte se fumó un cigarrillo con su padre, le habló del viaje en tren y del caótico dictado. Su padre rio.

Durante la cena, sus padres la pusieron al día de los últimos acontecimientos y los habitantes del pueblo, y Charlotte contó anécdotas del editor. Los padres rieron.

—Un tipo curioso —dijo el padre.

Cuando Charlotte se acostó en su cama, mientras fuera cantaba algún pájaro nocturno y el viento entraba en su habitación por la ventana abatible, deseó vivir para siempre en casa de sus padres.

Al despertarse, necesitó un momento para comprender que no estaba en Múnich y que no estaba sola. Quizá eso fuera lo más hermoso de estar en casa. Despertarse por la mañana y comprender que no se está sola. Bajar la escalera en pijama, ver a sus padres desayunando, «Buenos días, cariño» y «¿Café?». Sentarse y desayunar tranquilamente... Y entonces el editor llamó.

Charlotte atendió la llamada, se lo debía después de la fallida conversación en el tren el día anterior. Él quería cambiar el punto de encuentro con la artista con la que iba a reunirse, porque el lobby de su hotel era de ensueño, y Charlotte debía comunicárselo a la artista. Él le dio las gracias, se disculpó por molestarla en fin de semana y le deseó que pasara un día agradable.

Charlotte pensó que había sido tan cortés porque sabía que sus padres estaban escuchando. Como cuando Asuntos Sociales visita a una familia porque una madre pega a su hijo, y entonces la madre es amabilísima y no pega a su hijo. No se le ocurría una comparación más sutil. En cualquier caso, tampoco más adelante él sería grosero o perverso cuando sabía que estaba con sus padres.

En ese momento, cuando las cosas todavía no iban mal con el editor, Charlotte se quejó relativamente poco de él, más bien se jactó de que lo tenía controlado, y como muestra les contó algunas anécdotas divertidas de su día a día con él.

Aunque ya por entonces habría deseado, por ejemplo, después de la llamada telefónica del sábado por la mañana, que sus padres dijeran algo así como «Esto no es normal», «Tienes que dejarlo» o «Casi estáis coqueteando, eso no puede ser». Pero sus padres no dijeron nada. Charlotte lo resolvió todo por teléfono, comunicó al editor que la artista iría encantada al lobby de su hotel, y él volvió a darle las gracias efusivamente. «Gracias, señora Scharf. Vous êtes incroyable». «Saludos a sus padres».

Charlotte les dio los saludos a sus padres, y sus padres se alegraron. Al menos, la madre sonrió y dijo algo así como «Bueno, no parece mala persona» y «Os reís tanto juntos».

Más tarde fue de compras con su madre a la ciudad, y Charlotte eligió unas botas negras de tacón y un dos piezas. «Algo chic, para el trabajo». La madre, que en su fuero interno detestaba el estilo de Charlotte, sobre todo las botas de suela gruesa, Charlotte lo sabía, se puso muy contenta al ver el nuevo modelito, que su hija no iba a llevar nunca. Charlotte aprovechó el trayecto en coche para volver a quejarse de lo estresante que era todo, de cómo la llevaba al límite, etc., pero también para describir todo lo bueno que el editor había dicho de su trabajo, y cómo la tomaba en serio. Presumía mucho, así que no era de extrañar que su madre hiciera caso omiso de sus quejas. «Sabía que lo conseguirías», decía una y otra vez, y «Eres sencillamente buena».

Por la tarde, madre e hija metieron en el horno las primeras bandejas de galletas del año, para su prima, que pronto celebraría su cumpleaños y adoraba las galletas de mantequilla. Madre e hija hacían lo mismo todos los años, y todos los años Charlotte comentaba lo aburrido que era hacer galletas.

Con desgana, Charlotte hizo un montón de ces, la madre se rio al verlas y las convirtió en círculos y unos.

Por las tardes, Charlotte iba como siempre con su padre y su madre a la fonda rural, que, como todas las fondas rurales, se llamaba El Cordero, La Rosa o El Buey; la hija se comía como siempre una ensalada con tiras de pavo y bebía vino con gaseosa, el padre se comía como siempre una tostada de carne y se bebía una cerveza grande, la madre se comía como siempre un filete de pavo

para «séniors» y se bebía una cerveza pequeña. Todo era como siempre, pero era muy bonito.

Charlotte no contaba nada de Bo ni de su música. No porque prefiriese no contar nada, sino porque simplemente no se dio el caso. Y a la larga fue bueno, porque en breve Bo iba a desaparecer, y habría sido embarazoso. Y, por otra parte, a sus padres la música de Charlotte no les interesaba nada, no la respaldaban en lo que a la música se refería. Era cosa suya. Y eso no se podía estropear.

Antes de irse a dormir veía con su madre *Diario de una doctora*, la serie favorita de ambas. El padre encendía la chimenea para que su esposa y su hija no tuvieran frío, y se iba a la cama. Charlotte también veía series o películas que detestaba, pero la conmovía que a la madre le brillaran los ojos durante los diálogos entre Gretchen Haase y Marc Meier o que se riera a carcajadas con chistes que las dos se sabían de memoria. En algún momento, Charlotte se sentó en el sofá junto a su madre, la madre pasó un brazo por los hombros de su hija y la acarició.

—Mi pequeño tesoro —murmuró, mientras Charlotte se pegaba al abrazo de la madre, que atendía cautivada a Gretchen Haase y Marc Meier.

Esto es lo peor, se le pasó a Charlotte por la cabeza cuando se despertó el domingo y se dio cuenta de que era el día de irse. Cuando, dos horas después, esperaba su tren temblando de frío y con los ojos ardiendo, pensó que habría sido mejor pasar el fin de semana en Múnich. La visita no podía ser tan buena idea si dos días

después la despedida dolía tanto, habría sido mejor emplear ese tiempo en hacer música.

Escribió a Bo: «Hi», y esperó que leyera el mensaje rápido y también escribiera «Hi». Un tic, dos tics, dos tics azules. Estuvo mirando la pantalla varios minutos. Bo no escribió.

¿Había algo que doliera más que ser ignorada o que te hiciera ghosting un ser querido? No se le ocurría nada.

Y se preguntó si él solo se estaba alejando de ella a causa de su trabajo. ¿Y si sencillamente no encajaban? ¿Tendría que haber prestado más atención a la temática mar/montaña? ¿Cuándo había empezado lo de la morena? ¿Y cómo? Seguro que fue durante aquel fantástico Workation-Trip. En esos Workation-Trips se folla mucho, pensó Charlotte, a la que el verbo «follar» le parecía horrible.

Charlotte sigue hoy acordándose del momento en que lo vio con la morena. Iba de camino a casa con el editor en su Aston Martin cuando vio a Bo y Cleo en el semáforo. Pero, stop: esto es adelantar demasiado, Charlotte aún no ha visto a Bo y a la morena, y todavía no podemos llegar a ese momento porque es crucial y significativo.

Ella ahora mismo está en el andén, y simplemente Bo no contesta a su «Hi». No es tan trágico, no tiene que echarse a llorar desconsolada. Pero en ese instante, otra vez sola, helada en el andén, con los ojos ardientes, al ver los dos tics azules, quizá Charlotte vio claro por primera vez que Bo empezaba a apartarse de ella.

Después de la visita de Charlotte a su familia, la semana siguiente no hicieron nada juntos y él volvió a irse el fin de semana. De vez en cuando le escribía un «Buenos días» o un «Buenas noches», pero la mayoría de las veces era contestándole a ella. Ya no escribía que la

echaba de menos o que se alegraba de volver a verla. Y, cuando Charlotte le escribió el viernes que le echaba de menos, solo vio dos tics azules.

Invierno

Según el calendario meteorológico, el invierno comienza el 1 de diciembre, pero en el habitual es el 21 de diciembre. Sin embargo, el año que Charlotte pasó en Múnich, ya en noviembre hubo un anticipo del invierno, y una gruesa capa de nieve cubrió el paisaje durante algunos días.

Charlotte escuchó una vez que hay una palabra en japonés para la muerte por exceso de trabajo: «Karōshi», y le pareció fascinante. La mayoría de las víctimas mueren por agotamiento crónico, ya sea por un derrame cerebral o un ataque cardiaco. Entre los años 2010 y 2014 se registraron oficialmente unos 300 casos de Karōshi. Hoy en día, los expertos dan por sentado que son muchos más. Según un estudio, el 23 por ciento de las empresas japonesas encuestadas admiten 80 horas extras al mes. Charlotte sumó en noviembre 69 horas extras y ya se imagina que, de haber trabajado once horas más, su corazón habría dejado de latir.

26

Los días laborables, Charlotte se levantaba en torno a las 5.45, aunque el despertador del móvil sonaba ya desde las 4.30 cada 10 minutos, para que Charlotte supiera que tenía que levantarse pronto, pero no tan pronto, y que aún podía quedarse un poco más en la cama. Un vecino de Colonia, enervado por el concierto de Charlotte al amanecer, le explicó que ese sistema no era sano, porque en algún momento el cerebro dejaba de saber si tenía que estar cansado o alerta, pero ahora daba igual. El ritmo del sueño era el menor de sus problemas.

En general, Charlotte ama la nieve, pero, cuando el lunes por la mañana, el día que Jeanne empezaba en la editorial, salió de casa con ropa de deporte a las 6.03 y le cayeron en la cara gruesos copos de nieve, maldijo:

—Mierda.

Charlotte ya no recuerda si el invierno empezó realmente el día de la llegada de Jeanne, pero de alguna manera ambas cosas están relacionadas, al menos en su cabeza.

Sea como fuere, aquella mañana de noviembre aún no habían despejado las calzadas y las aceras, y resultaba trabajoso caminar, Charlotte resbaló varias veces.

Como todas las mañanas, corrió por las calles en penumbra, miró hacia las ventanas en las que había luz. ¿Era envidia lo que sentía cuando veía a la gente sentada a la mesa del desayuno? Un poquito, quizá, y también un poquito de compasión por todos los que tenían que vivir en aquella ciudad, aunque probablemente proyectaba en ellos su propia situación. Por las ventanas a ras de suelo, vio en una vivienda moderna a un niño pequeño, de unos ocho años, sentado con su madre a la mesa, ambos en pijama, que tomaba muesli. El padre, vestido de traje y apoyado en la isla de la cocina con una taza en la mano, sonreía a la mujer y contaba algo. La mujer sonreía al hombre.

Antes, Charlotte siempre tomaba cereales para desayunar, pero perdió la costumbre durante su etapa de estudiante. Todas las mañanas miraba el dorso de los paquetes de cornflakes, que llevaban impresos adivinanzas o juegos, mientras, sola en la mesa, vaciaba el cuenco de cereales; en aquel entonces aún no tenía móvil. A veces, en las cajas había sorpresas retractiladas: pajitas retorcidas, calcomanías o cosas parecidas. Cuando su prima venía de visita y abrían juntas un nuevo paquete de cornflakes, luchaban como hienas por la sorpresa, rasgaban el cartón y hundían la mano en los cornflakes para buscar la pajita. En una ocasión, Charlotte se enfadó mucho porque su prima le quitó de los dedos un artilugio muy chulo, una cucharilla de plástico que cambiaba de color al sumergirla en líquido. En venganza, en la siguiente visita de Sophia vació la leche en el fregadero y llenó el envase vacío de leche UHT. A veces, había leche UHT con cornflakes como solución de emergencia, cuando la familia había vuelto de vacaciones la noche anterior, y era horrible. Charlotte sonreía al recordar cómo Sophia

torció el gesto, luego advirtió la mirada expectante de Charlotte y escupió dramáticamente en el cuenco. En la mesa de desayuno detrás de la ventana a ras de suelo no había ningún paquete de cornflakes. Vio un frasco de cristal lleno de muesli, seguro que no llevaba azúcares industriales. Se acercó, vio un tetrapak de leche de avena, una tetera, y entonces el padre fue hacia la ventana. Ella quiso salir corriendo, resbaló, se cayó, volvió a levantarse y huyó de la bucólica escena.

Tenía los pies mojados y fríos, los pantalones también, las manos insensibles, y pensó en su nuevo problema: la casa nunca llegaba a calentarse del todo.

El suelo radiante disponía de algún tipo de regulación central, y Charlotte, que por las noches necesitaba frío y abría de par en par todas las ventanas y los balcones antes de irse a dormir, para despertarse muerta de miedo en mitad de la noche y cerrarlo todo a toda prisa, no entraba en calor durante el día. No había ningún interruptor o válvula para regular la calefacción. Hacía tiempo que pasaba frío, pero no tenía ganas de llamar a nadie. No había una administración propiamente dicha, y en última instancia la culpa era de ella, al insistir en tener temperaturas bajo cero por la noche en una casa de una sola habitación.

Qué absurdo hacer mil llamadas cada día para resolver cosas para el editor y aplazar una que era para ella. Si el editor hubiera tenido problemas con el suelo radiante, ella habría tirado de todas las palancas e instalado radiadores eléctricos como solución provisional. No podía ser que el editor pasara frío. ¡Y la niña!

Se puso una fecha límite: a más tardar, en dos días llamaría al casero. ¿O mejor se compraba una manta eléctrica? En principio, solo le molestaba el rato de la noche en que estaba comiendo y haciendo música. Se detuvo, se quitó los guantes, fue a googlear mantas eléctricas, pero sentía los dedos entumecidos y lo dejó para más tarde. Ahora daba igual. Al fin y al cabo, tenía problemas más serios: debía organizar el primer día de Jeanne en la editorial. Empezaría por enseñar a la nueva compañera cómo se hace el café, y luego ella se imprimiría el MM y lo devoraría, como hicieron Charlotte e Ivana en su primer día.

Jeanne no estaba mal. Era más competente que Ivana, pero carecía de sentido del humor. Ni siquiera se rio cuando Charlotte le explicó que a cada nueva asistente se le asignaba una fruta o verdura, y que el editor había escogido para ella una patata. Igual que cuando se conocieron, le pareció antipática y estirada, como si tuviera un palo en el culo. «Tener un palo en el culo», otra frase idiota, pensó Charlotte. En cualquier caso, Jeanne tenía el aspecto que alguien se imagina en una Jeanne, pensó Charlotte. Piadosa, estricta, católica, seguro que había ido a un colegio femenino. También podía haber salido de una secta o una iglesia libre. El rostro limpio, sin maquillar, el pelo corto, la ropa intemporal, sencilla. Como en la entrevista de selección, vestía con excesiva formalidad, blusa blanca, falda larga de lana negra y botas de tacón marrones. Parecía una tradwife. Aunque, con ese pelo corto, más bien no.

Después de las primeras conversaciones, Charlotte no se podía imaginar que llegarían a ser algo así como amigas.

Jeanne recibió a su llegada un gigantesco ramo de flores, bombones, un lector de e-books y el calendario fucsia, y se alegró.

Al contrario que la de Ivana, Charlotte no ha olvidado la abreviatura de Jeanne. Aunque, a decir verdad, enseguida se ha convertido en más que una compañera para ella, por eso en lo sucesivo los nombres de las asistentes no se abrevian, porque ambas necesitan un espacio en el que no ser La y Sch, sino Jeanne y Charlotte.

Jeanne: ¡Gencianas, qué bonitas!

Charlotte: Lisianthus, ¿no?

Jeanne: Sí, exacto: genciana, lisianthus o Eustoma. *Eustoma* es el nombre científico.

Acarició una flor.

Jeanne: También se le llama rosa japonesa.

Charlotte rio: Naturalmente.

Jeanne no rio.

Charlotte: Primero te enseñaré la máquina de café, luego podrás leer el Manual Maise, en él está todo lo que tienes que saber.

En realidad no tuvo tiempo para aclimatarse porque el editor quería ir a Dublín la semana siguiente y había que coordinar el viaje. Por eso Charlotte se lo explicó todo de manera bastante superficial, al fin y al cabo todo estaba en el MM. Enseñaría a Jeanne a componer cartas, la agenda de contactos y el calendario cuando hubiera más tiempo, aunque esas tres cosas aún representaban para ella campos de minas, y no quería perder prestigio tan pronto ante su nueva compañera. Cada una de las cartas seguía siendo una lucha, con los distintos formatos, la inserción de la firma en formato

jpeg, la composición del bloque de texto, y temía haber perdido el modelo original, pero daba igual, el editor no se había dado cuenta.

En cualquier caso, Jeanne se sentó a su mesa, leyó el MM e hizo pocas preguntas. Charlotte, que aún no sabía si quería tener a otra persona sentada en el despacho de las asistentes, hacía preguntas de vez en cuando para saber más de su compañera. A Jeanne le gustaba el manga, su etapa en París no había sido tan cool, aunque no desveló el motivo, en Múnich volvía a vivir en casa de sus padres, aunque ya tenía treinta años. Iba a buscarse algo propio, pero no tenía prisa. Jeanne, por su parte, no hizo preguntas, lo que Charlotte encontró un poquito desconsiderado, pero parecía trabajadora y concentrada. ¿Se conformaría, a la larga, con el papel de segunda asistente? ¿Cuál era la formulación oficial ahora? Ambas eran las asistentes del editor, ya no había una asistente administrativa, así se lo había explicado Alexandra. A Charlotte eso le molestaba un poco, pero, mientras todo el mundo la considerase primera asistente a ella, todo estaba bien. En cualquier caso, contaba con que, a la larga, Jeanne no se conformaría con el número dos, porque ya el primer día parecía no gustarle que le dijeran nada y respondía a menudo a las explicaciones de Charlotte con algo parecido a «Sí, lo he leído en el MM», o incluso «Pero en el MM dice...».

Charlotte no se preocupó demasiado porque sabía que entre ella y el editor había algo especial. La apreciaba, y ella era buena en su trabajo. Además, tenía mejor aspecto, y a él le gustaba cómo se vestía. Que Jeanne probara suerte.

Cuando él llamó y anunció su llegada, ella se rio a carcajadas con sus chistes, le hizo reír a su vez contando otro y le preguntó cómo estaba Adeline.

Sch: Le pido un bol, ¿no?

Mu: Sí, gracias.

Sch: Hoy otra vez con pollo. Ya ha tenido bastante salmón.

El editor rio.

Mu: Muy bien, entonces hoy con pollo. À bientôt.

Luego enseñó a Jeanne, que fingió no haber oído nada, cómo se organizaba el despacho, y Jeanne ni siquiera sonrió cuando Charlotte le enseñó todas las carpetas y los pósits de su escritorio. Tampoco movió un músculo cuando preparó la comida. Charlotte no le reveló el truco de volver a dorar el pollo. Ese era su Signature Move.

El editor saludó breve y formalmente a su nueva asistente, y luego, mientras se comía el bol proteínico, quiso charlar con Charlotte.

Qué curioso que hiciera venir a Jeanne desde París para la entrevista de selección, tonteara con ella, la contratara y, ahora que la tenía allí, se mantuviera distante y ni siquiera hablase con ella a modo de recibimiento. ¿Esperaba que ella diera el primer paso? ¿O ya se arrepentía de la decisión, que había tomado estando achispado, al ver su rostro ya estando sobrio? Pero el problema de Charlotte era otro.

Mu: El pollo está frío.

Charlotte volvió a calentar el pollo.

Le quedaban dos citas, y después se marcharía. Cita con el peluquero. ¿Con qué frecuencia acudían los hombres a la peluquería? Charlotte iba cada tres meses, él iba prácticamente todas las semanas, y Charlotte nunca apreciaba la diferencia después. Y tampoco era posible que siempre se cortara el pelo, en ese caso no le quedaría ni uno. Quizá iba a que le afeitaran, le arrancaran los pelos de la nariz o lo que fuera.

Más tarde, Charlotte preguntó a Jeanne si quería que la ayudase con la reserva de la habitación de hotel en Dublín. Como siempre, él tenía exigencias bastante excéntricas, que a Charlotte le costaba trabajo transmitir en inglés.

Jeanne: Claro.

Charlotte: En la cama del hotel no debe haber...

—Almohadas de plumas. El mando a distancia tiene que estar desinfectado. Ventana orientada al sur, y ni en la planta baja ni en la primera —terminó Jeanne con una sonrisa.

Por fin sonríe, pensó Charlotte.

Jeanne llamó al hotel y reservó, en su impecable inglés británico, una habitación con vistas al mar que respondía a todas sus exigencias. Charlotte estaba boquiabierta, y sentía un poco de envidia.

Así empezaron a trabajar juntas las dos asistentes. Jeanne leyó el MM y configuró su MacBook y el iPhone. Charlotte googleó «lisianthus» para comprobar si Jeanne tenía razón con lo de la genciana. Tenía razón, el nombre científico *Eustoma* venía del griego y significaba «boca hermosa», y la rosa japonesa simbolizaba el aprecio, el carisma, la confianza y la gratitud.

Charlotte: ¿También entiendes de astrología o astronomía?

Jeanne: No, ni de lo uno ni de lo otro.

Charlotte: Él dijo que habíais hablado del Zodiaco.

Jeanne: Me preguntó qué signo era, y cuando le dije también mi ascendente preguntó si entendía de eso, y le dije: «Un poco», porque vi que alucinaba mucho.

Charlotte: ¿Y no tienes ni idea?

Jeanne: Sé lo que sabe todo el mundo. Los Escorpio son malos.

Charlotte: ¿Y entonces de qué hablasteis?

Jeanne: Le pregunté qué signo era. Dijo que Piscis, y entonces preguntó si los Piscis y los Virgo se llevan bien.

Charlotte: Eso suena totalmente a una conversación con él.

Jeanne: Sí, todo tan confuso.

Charlotte: ¿Y tú qué contestaste?

Jeanne: Dije que los Piscis y los Virgo se llevan de maravilla.

Charlotte: ¿Y no tienes ni idea de si los Piscis y los Virgo se llevan de maravilla?

Jeanne: ¿Acaso no se llevan muy bien y muy mal todos los signos del Zodiaco? Es cuestión de interpretación.

Charlotte: Habrá que comprobar el ascendente.

Fue la primera vez que Jeanne se rio a carcajadas.

Jeanne: Conocimiento astrológico básico: los Escorpio son malos.

Charlotte rio y se apuntó que Jeanne tenía sentido del humor. Quizá fuera divertido compartir el despacho de las asistentes con ella.

27

No es necesario describir punto por punto todas las desgracias, porque el invierno fue bastante lamentable. Un breve resumen antes de fin de año: las asistentes se llevan muy bien. Jeanne no tiene tanto aguante como Charlotte, el editor siempre quiere tener a su lado a una sola asistente a la vez, preferentemente Charlotte. La situación se pone difícil dos veces y se agrava el 1 de diciembre, es decir, justo al inicio del invierno. Entonces Jeanne se derrumba, y llaman a Alexandra Liebig para pedirle ayuda, pero no ayuda. El día después de Reyes, Charlotte se niega a ir a casa del editor porque no es su trabajo y se siente muy incómoda en su casa. Llaman a Alexandra Liebig para pedirle ayuda, pero tampoco ayuda.

Luego las cosas mejoran un poquito, sacan muchas cosas adelante, y las dos asistentes superan sin problemas el trajín navideño.

28

Los siguientes días, las dos asistentes organizaron juntas el viaje a Dublín del editor, y la verdad es que Jeanne fue de gran ayuda. Charlotte encajó las citas en una agenda coherente y pasó a Jeanne los nombres de las personas con las que el editor quería reunirse, a las que Jeanne llamó o escribió para concertar las citas en su impecable inglés.

Cuando Charlotte llegaba por la mañana, su nueva compañera aún no estaba, lo que le venía muy bien porque podía repasar tranquila la agenda del día. No le habría gustado que su compañera empezase a trabajar antes que ella. Al fin y al cabo, Charlotte era la primera asistente.

Se entendieron con asombrosa rapidez. La mayoría del tiempo trabajaban en silencio la una junto a la otra, y fueron las pequeñas cosas las que las acercaron.

Charlotte siempre sacaba dos cafés de la máquina, y ponía un agua mineral fría encima de la mesa de su compañera cuando iba a por una para ella. El miércoles, Jeanne dejó una botella de agua fría encima de la mesa de Charlotte.

—Bebes demasiado poco —dijo, y a Charlotte le pareció bonito que alguien se fijara en una cosa así.

El jueves, Jeanne trajo por la mañana dos cafés de Starbucks al despacho, para que por lo menos una vez al día no tuvieran que beber «esa aguachirle».

—Ve tú hoy a su despacho y llévale el correo del día —dijo Charlotte mientras daba sorbitos a un americano que, en verdad, sabía mucho mejor.

Jeanne: ¿Tú crees?

Charlotte: Él no dará el primer paso para pedirte que vayas. Con él siempre tienes que ser proactiva. Entra y llévale el correo del día; yo me ocuparé de la comida.

Jeanne entró y le llevó el correo del día, y, mientras el editor y la nueva asistente estaban juntos, Charlotte comprendió cuánto tiempo iba a proporcionarle Jeanne en el futuro, ya solo por el reparto de tareas. Quizá saliera bien que ambas se alternaran con él en el despacho, como asistentes al mismo nivel. Y, cuando él estuviera de viaje, ella también podría llegar más tarde a la editorial y marcharse antes, en torno a las cinco, eso sería estupendo, tiempo para su música.

Cuando Charlotte entró con el Green Goddess Salmon Bowl, el editor y la nueva asistente le sonrieron. Él estaba dictándole algo en ese momento, Charlotte había oído risas desde la puerta. Decidió hacer una pequeña pausa al mediodía y dar un paseo junto al Isar para fumarse un cigarrillo. Escribió a Jeanne un e-mail: «Salgo un momento», se puso el abrigo y la gorra y casi se dio de bruces con su compañera, que volvía al despacho con un montón de carpetas y otros cachivaches.

Jeanne: Quiere hablar contigo de no sé qué cosa urgente.

Charlotte se quitó el abrigo, cogió su MacBook y fue a su despacho.

El editor sonrió.

Mu: Lleva usted una gorra muy graciosa. Très chic.

Charlotte había olvidado quitarse la gorra de visera con estampado de leopardo. Se la puso en el regazo.

Mu: ¿Cómo está, señora Scharf?

Sch: Bien, ¿y usted?

Mu: Bien, bien.

Mu: ¿Está usted enamorada?

¿A qué venía eso? Charlotte pensó en Bo, en el «¿Un paseo por la nieve esta semana?» que ella le había enviado la noche anterior, en los dos tics azules debajo, en la respuesta que no llegaba.

Sch: ¿Qué es eso urgente que quería discutir conmigo?

Mu: Si quiere, la próxima vez puede pedir otro bol para usted.

—Es muy amable de su parte —dijo Charlotte, que jamás pediría otro bol. Como si quisiera comer con él.

—¿Qué es eso urgente que quería discutir conmigo? —volvió a preguntar.

Mu: Hoy está muy pálida. ¿Tiene penas de amor?

Charlotte lo miró fijamente, miró fijamente sus negros ojos de marta.

Sí, pensó, cuando pienso en lo que acabo de perder podría gritar de dolor. Y quisiera gritarle a usted, porque usted tiene la culpa. Quisiera hacerle daño, porque usted me hace daño una y otra vez. Quisiera hacerle daño de verdad.

Sch: ¿Qué es eso urgente que quería discutir conmigo, señor Maise? No se le vaya a olvidar.

Mu: ¿No puedo hacerle preguntas sobre su vida privada?

Sch: Puede hacer las preguntas que quiera, pero yo no tengo por qué responderlas todas.

Mu: ¿Le resulta demasiado privado?

Sch: Sí.

Charlotte esperaba no haberlo enfadado al responderle tan seria y con una actitud tan distante, y preguntó, para relajar el ambiente:

—¿Le apetece ir a Dublín, o le estresa el viaje?

A él le gustaban esas preguntas sobre su persona y su estado, y estaba claro que no quería discutir nada urgente.

Mu: Amo viajar, sobre todo a otras grandes ciudades.

Mu: Encontrarme con gente, ver cosas, ir a comer, es lo más bonito que hay en la vida, ¿no? Dublín es espléndido, ¿ha estado alguna vez en Dublín?

A Charlotte no le gustaban tanto los viajes, y los viajes a ciudades grandes le parecían agotadores. Después de graduarse, se fue con una mochila a México; no lo había hecho después del bachillerato porque sus padres se lo desaconsejaron. «Empezar la universidad a los dieciocho es fantástico», había dicho su padre. Empezar la universidad a los dieciocho no fue tan fantástico. Pero México después de graduarse fue fantástico. Incluso puede que hubiera sido el momento más feliz de su vida hasta la fecha. Se alojó en casa de una familia en un pequeño pueblo de pescadores, y cuando se despertaba por las mañanas oía el susurro del Pacífico. Su anfitriona colaba el café con un calcetín y no había probado otro igual en su vida. Charlotte prefería ir al mar antes que a cualquier gran ciudad.

Sch: No me gusta tanto ir a grandes ciudades.

El editor rio.

Mu: ¿Por qué?

Sch: No lo sé. Las ciudades me estresan, con esa superabundancia de cosas que se supone que hay hacer. Esa presión. La gente que se integra tan bien en la gran ciudad cree que es lo mejor de la vida.

Mu: Es usted tan graciosa.

Sch: Y los viajes a ciudades también me parecen agotadores desde el punto de vista físico.

El editor rio.

Mu: Pero la gente, las galerías, la arquitectura, todo eso es estupendo. Todo eso es la vida.

Charlotte se encogió de hombros.

Sch: Yo prefiero ir al mar. Eso me calma. Allí puedo sentarme sin más, mirar el agua y disfrutar.

El editor rio.

Mu: Es usted tan graciosa.

Mu: A mí el mar también me gusta.

Mu: Cuando haya encontrado la casa de mis sueños en Ciudad del Cabo o en Francia, podemos trabajar juntos al lado del mar. ¿Qué dice a eso?

—Suena bien —dijo Charlotte.

Por suerte, él no tenía ninguna casa en Ciudad del Cabo ni en Francia, y qué otra cosa iba a responder a una pregunta así. Era como cuando alguien te escribía en un wasap «Te quiero», y había que contestar «Igual» o «Yo también». La próxima vez escribiré «Suena bien» cuando un tipo me diga «Te quiero», pensó Charlotte.

Mu: ¿Por qué sonríe?

Sch: Bah, por nada.

Charlotte volvió a pensar en Bo, que nunca le había escrito «Te quiero».

Llamaron a la puerta.

Jeanne: Señor Maise, tiene usted ahora el Cover-Meeting.

Mu: Sí, enseguida. Llévese esto.

Jeanne se llevó la bandeja.

Charlotte se levantó.

Mu: ¿Le gusta Múnich?

Sch: Más o menos.

Él rio. Era realmente fácil hacerle reír.

Mu: Cuando regrese de Dublín volveremos a trabajar alguna vez en mi casa, ¿qué le parece?

Charlotte dijo «Ok». ¿Qué otra cosa iba a responder a una pregunta así?

Mu: Siéntese, por favor. ¿La señora Leonhart es buena?

Charlotte volvió a sentarse. Supuso que iba a dictarle otro correo o una carta, para hacer esperar a la gente que estaba al otro lado de la puerta.

Sch: Sí, creo que sí. Es muy trabajadora.

Mu: Trabajadora, qué palabra tan graciosa. Habla usted como una anciana.

Mu: ¿Le gustan las tortugas?

Esta vez fue Charlotte la que rio, se levantó y dijo:

—Bueno, señor Maise, ahora tiene usted una reunión. Las tortugas son estupendas.

El editor rio, también porque se alegraba de verla reír, o de haber conseguido que se riera.

Mu: Bueno, ya no parece tan triste.

La verdad es que eso fue muy amable. Charlotte salió del despacho, le pidió a su compañera que pasara para la reunión y respiró. Se dejó caer en su silla ergonómica, miró por la ventana el cielo gris de noviembre y pensó en Bo, que en ese momento probablemente no pensaba en ella.

Jeanne: ¿Qué era eso tan urgente que quería?

Charlotte negó con la cabeza.

A las siete de la tarde, las dos asistentes salieron juntas de la editorial, antes que de costumbre; el editor volaría a Dublín a la mañana siguiente. Charlotte le habló a Jeanne de las preguntas incómodas que él hacía a veces.

Jeanne: Eso no puede ser.

Sentaba bien, o dolía menos, hablar con alguien que no fuera su madre, que la mayoría de las veces restaba importancia al comportamiento del editor, y más si era alguien que conocía al editor y trabajaba con él. Un sufrimiento compartido es la mitad del sufrimiento, suele decirse.

Jeanne la acompañó a la parada del suburbano, incluso a su andén, y esperó el tren con ella. Cuando Charlotte subió y ya se cerraba la puerta, Jeanne gritó por la rendija: «¿De veras te gustan las tortugas?», y las dos rompieron a reír. Charlotte seguía riéndose cuando el tren salió, y vio por la ventanilla que Jeanne también seguía riéndose.

A la mañana siguiente, Charlotte fue una hora más tarde a la editorial, y por el camino compró dos cafés en Starbucks. El editor voló a Dublín, y fueron unos días despejados en el despacho de las

asistentes. Elaboraron juntas sus listas de asuntos pendientes, Charlotte estuvo en continuo contacto con el editor, que tuvo una buena estancia en Dublín, y Jeanne también habló por teléfono una vez con él. Mientras fuera caía aguanieve, Jeanne ordenaba el despacho y puso una música que revelaba un gusto sorprendentemente bueno. Cuando Charlotte puso sus playlists de Spotify con sus cosas indies más bien desconocidas, Jeanne reconocía de vez en cuando a las bandas y los autores, y Charlotte decidió tener menos prejuicios con la gente tras la primera impresión, a pesar de que se hubiera enterado de que Jeanne, en efecto, había estado en un internado religioso.

En una ocasión incluso pidieron que les llevaran sushi a la editorial, y durante aquellos días reinó un ambiente relajado que solo se veía enturbiado cuando Charlotte pensaba en Bo y en el regreso del editor. Ella sabía que en verano el editor siempre pasaba varias semanas en París, y se alegraba ya esperando el momento, naturalmente sin saber que, por suerte, para entonces ella ya no estaría en aquel despacho. Se imaginaba cómo sería su trabajo sin ese factor impredecible. Si tan solo tuviera un entorno agradable y trabajara contenta, como tantos colegas felices de otros departamentos que a las cinco, o incluso a las cuatro, decían «tarde libre» y se iban con su Bo a un lago, por ejemplo, el Wörthsee, el lago favorito de Bo, a tomarse a sorbitos un Aperol Spritz al atardecer. Charlotte miró hacia la oscuridad, parpadeó para que los ojos le dejaran de arder y pensó en su música. Todavía la tenía.

En cualquier caso, fueron los últimos días despejados en aquella oficina. No volvería a haber tanta luz. Porque al editor no iba a gustarle que las dos mujeres del despacho de al lado se llevaran tan

bien. Iba a tener la sensación de que las dos conspiraban en su contra, lo cual podía ser cierto en parte.

Pero, antes de que se instalara el malestar general, al segundo día de su regreso hubo una explosión a causa de un pequeño error de Jeanne. Charlotte se daría cuenta de que Jeanne no tenía la piel tan dura como ella y llegaría a la amarga conclusión de que a partir de entonces tendría que animar por igual a la nueva asistente y al editor si no quería volver a quedarse sola en el despacho de las asistentes.

29

El editor había vuelto, y trajo a sus asistentes unos jerséis grises de cachemir que llevaban escrito, en letras fosforescentes, «ART IS EVERYTHING». Ambas se alegraron, le dieron las gracias muy contentas y luego, aunque él había quitado el precio de las etiquetas, averiguaron que los jerséis habían costado más de doscientos euros porque les entregó los recibos.

En el suburbano, Charlotte escribió un SMS al editor para darle otra vez las gracias por el jersey. Para él era importante que le dieran las gracias, ella lo sabía. Corrió a casa bajo la lluvia, le contó por teléfono a su madre lo del jersey, y su madre le estaba aconsejando que se lo pusiera al día siguiente con las botas negras nuevas cuando llamó Jeanne. Jeanne nunca llamaba. Charlotte siguió hablando con su madre, pero Jeanne volvió a llamar, y Charlotte colgó a su madre.

Charlotte: ¿Jeanne?

Jeanne, llorando: No puedo más, Charlotte. No puedo más. Salí de aquella consultoría de mierda para poner mi vida en orden, y ahora no voy a dejar que este psicópata vuelva a estropearlo todo.

Charlotte estaba en shock. Jeanne siempre le había parecido tan sensata y segura de sí misma.

Charlotte: ¿Qué ha pasado?

Jeanne, llorando: Esta noche cena con su hermana y su cuñado, y escribí a su hermana que fueran al Trader Vic's, pero antes él ha querido ir a Schumann's a tomar un aperitivo con Harald Schmidt. Y está lloviendo, y yo no he conseguido ningún taxi porque todo el mundo está pidiendo taxis.

Jeanne, llorando: Él dijo que esto no podía pasar. Que si quería dejarlo mal delante de su gente a propósito.

Jeanne, llorando: Y dijo que no éramos capaces de hacer las cosas ni entre dos. ¡El muy HIJO DE PUTA!

Charlotte: Tranquilízate. Tiene que desahogarse, luego se calma.

Jeanne, llorando: Y estaba enfadado porque no le dimos las gracias como es debido por los jerséis. Pero sí que le dimos las gracias.

Jeanne, llorando: Siempre dice que no se encuentra bien. ¡Pero yo TAMPOCO ME ENCUENTRO BIEN!

Jeanne: ¡Y dijo que en Dublín había una almohada de plumas en su cama! ¡No es cierto! ¡Antes de que llegara, llamé tres veces y chequeé la habitación según sus indicaciones, y me garantizaron que no había ninguna almohada de plumas y que el mando a distancia estaba desinfectado! ¡Miente!

Charlotte se estaba preguntando qué podía decir para tranquilizar un poco a Jeanne cuando llamó el editor. Charlotte colgó sin decirle nada a Jeanne.

Mu: Señora Scharf, esto no puede ser. Ustedes son dos y ni así lo consiguen. Louisa y su marido están en el lugar equivocado bajo la lluvia, y yo aquí esperando en Schumann's con Harald Schmidt. Señora Scharf, usted sabe que en estos momentos no me encuentro

bien, y algo así simplemente no puede ocurrir. ¿Qué se han creído ustedes? ¿Que no tengo el control del negocio?

Colgó.

Charlotte pidió por Freenow un taxi preferente para la hermana y el cuñado, llamó a la hermana, le dijo que el taxi llegaría en tres minutos y llamó al editor:

—Su hermana y su marido están en el taxi de camino. Que pasen una hermosa velada.

—Merci —ladró el editor, y colgó.

Esa tarde, en su casa, Charlotte miraba por la ventana preguntándose qué debía hacer ahora. Ojalá que los dos se calmaran.

Se pasó la mano por el pelo, otra vez se le caía un poco. Enroscó los cabellos sueltos en un ovillo y siguió pasándose la mano. El ovillo fue haciéndose cada vez mayor. Se dio cuenta por primera vez hacía un par de semanas, en la ducha. Además, se acumulaban las noches bañadas en sudor, y el ojo le palpitaba con frecuencia. Pero eso no era tan grave, no era más que estrés. El zumbido en los oídos, que también empezaría pronto, era lo que más miedo iba a darle a Charlotte. En cada ocasión, Charlotte pensaría que iba a más y que terminaría quedándose sorda. Luego se añadieron los vértigos, y la duración y el intervalo de los ataques de vértigo, acompañados del zumbido en los oídos, fue haciéndose más larga y más frecuente, respectivamente.

No había hablado con nadie de eso. Solo una vez le había comentado a su madre lo de la caída del pelo y el temblor en el ojo.

Al día siguiente, después de hablarlo con su padre, ella le escribió: «Tienes que comer más proteínas».

Ahora estaba sentada en su casa, con el ovillo de pelo encima de la mesa, y miraba fijamente por la ventana la oscuridad y la lluvia, y una lágrima cayó sobre la mesa, junto al ovillo de pelo.

No estoy bien, pensó. ¿Quién cuida de mí? Estaba sentada en su casa helada, escuchando el silencio, oyendo el rumor de su frigorífico, pensaba en Bo, miró el pelo enroscado y luego, otra vez, la oscuridad y la lluvia al otro lado de la ventana. Se pasó largo tiempo así, y en algún momento oyó el clac-clac de las botas del cowboy. Clac, clac, clac. Esperó hasta que cerró la puerta, luego se puso ropa de deporte y salió a correr bajo la oscuridad y la lluvia. Un pitido en los oídos le aconsejó bajar el volumen de la música. Charlotte lo subió al máximo. Da todo igual, pensó. Hacía un momento estaba cansada y exhausta, ahora la energía recorría sus fríos huesos, y corrió a lo largo del Isar hasta que no pudo más. A la vuelta compró en el supermercado dos latas de atún, por las proteínas. Siri anunció un mensaje de WhatsApp de Jeanne: «Mañana estoy enferma». Charlotte no respondió, no le deseó que se mejorase, al llegar a casa se comió las latas de atún y después abrió su MacBook y se puso a hacer música. Que hagan lo que quieran.

30

Interludio. De alguna manera, la trama no es tan buena, se arrastra. «¿Cuándo va a arrancar esto?», se preguntará el lector. Pero, spoiler: no va a arrancar del todo. El primer punto culminante, o mejor dicho el primer toque de fondo, se alcanzó ya con el derrumbe de Jeanne. Ahora viene el segundo. Luego, con el nuevo año, la situación se agrava, y se produce el tercer y último toque de fondo. Y entonces Charlotte y el lector habrán llegado al final. Y el lector se preguntará: «¿Y a qué venía todo esto?», y dirá: «No sé, esperaba más. Tampoco era tan malo». Pero a Charlotte le pareció bastante malo. De veras.

Aun así, la primera pregunta que siempre surge cuando Charlotte cuenta sus traumáticas experiencias en el sector editorial es «¿Y él ha...?».

La gente quiere saber si él la tocó o la acosó sexualmente, pero no formula la pregunta, como si pronunciarla en voz alta ya fuera acoso sexual. O como si al decirla en voz alta ya estuvieran culpando al editor.

—No —dice siempre Charlotte en esos casos—. No, ni me tocó ni me acosó sexualmente.

Solo que, a veces, cuando dice: «No, ni me tocó ni me acosó sexualmente», Charlotte se pregunta en qué punto se puede

considerar que empieza el acoso sexual. Sí la tocó, pero siempre fue por azar. Y de todas maneras los ataques verbales son los que más duelen. Aunque a Charlotte le cuesta valorarlo porque nunca hubo ataques físicos. Así que Charlotte retira la afirmación de que los ataques verbales son los que más duelen. Pero los ataques verbales duelen.

Volvemos a resumir: Jeanne no fue a la oficina al día siguiente, y el editor tampoco. Pero entonces sonó el teléfono, él quería que Charlotte fuera a trabajar a su casa. No se encontraba del todo bien.

—Coja un taxi.

Así que Charlotte cogió un taxi, fue a su casa y en el recibidor tuvo cuidado de no tirar ningún cuadro, aunque de todos modos ya no llevaba la mochila. Aquel día, el trabajo con él fue bien. La asistenta les sirvió té y agua, él le dictó dos cartas, tres correos electrónicos, repasó la lista de llamadas, dijo quién faltaba y entretanto llamó a algunas personas.

Aunque aquel día se comportó, en general Charlotte no se sentía tan cómoda con él en el sótano como en la editorial. Allí estaba expuesta, era su casa y regían sus reglas. Y no había otras personas ante las que tuviera que guardar más o menos la compostura. Los momentos en los que ella se sentía vulnerable, que aumentaron con el tiempo, le parecían peores allí abajo que en la editorial. Cuando él le dictaba, se ponía de pronto detrás de ella, apoyaba las manos a derecha e izquierda del respaldo de la silla, miraba la pantalla por encima del hombro de Charlotte, se le acercaba mucho, e incluso tecleaba con la mano derecha porque ella no entendía la disposición

de los párrafos. «No es tan difícil», decía él, y luego, mientras Charlotte contenía la respiración, él mismo no era capaz de arreglarlo.

Dejando aparte los párrafos, al editor le parecía estupendo que ella fuera a su casa, así que le contaba muchas cosas de su vida, que de hecho a Charlotte le resultaban interesantes porque era una persona curiosa por naturaleza. Le habló con entusiasmo y un toque de autoironía del éxito su novela y sus otros proyectos. «Como en un delirio». Charlotte le preguntó por su padre, si estaba orgulloso del best seller y las demás cosas que hacía. El editor rio con tristeza. Su padre nunca le había dicho que estuviera orgulloso, y ahora estaba muerto.

Mu: Él siempre decía que yo tocaba demasiados palos.

Mu: No leyó la novela.

Mu: Lo único que le importaba era su empresa.

Mu: Estaba muy orgulloso de Louisa, por haberse hecho cargo de la empresa y por aportar tantas ideas.

Mu: ¡Esas estúpidas pizzas de caramelo!

Mu: ¿Las ha probado alguna vez? Horribles.

Mu: Tan americanas.

Mu: Y en cambio yo hice mucho más que Louisa, e incluso que él. Me gustaría comparar alguna vez los beneficios.

Hombres, pensó Charlotte.

Mu: Bueno, da igual, no se puede complacer a todo el mundo.

Pero ambos sabían que no daba igual, y que ambos deseaban que esa persona en particular se sintiera orgullosa.

Mu: Soy uno de los empresarios alemanes más conocidos. ¿A quién tengo que demostrarle algo?

—En definitiva, solo tenemos que estar orgullosos de nosotros mismos y estar de acuerdo con lo que hacemos —respondió Charlotte, y se avergonzó de su estúpida frase.

Mu: Tiene razón. Es usted tan inteligente.

Mu: Estamos muy bien juntos, ¿verdad?

Mu: Hoy hemos sido bastante productivos, ¿no?

Mu: «Productivos», qué palabra tan idiota, ¿no?

Después de cada frase, ese «¿no?». Cuando estaba con el editor en el sótano de su casa en Bogenhausen, Charlotte siempre asentía después de cada «¿no?».

—Vuelva mañana —dijo él al despedirse—. No pase ni siquiera por la editorial, venga directamente.

Charlotte asintió, «Au revoir, hasta mañana, señora Scharf», «Hasta mañana, señor Maise», su mujer pidió un taxi para ella y la llevó a la editorial, imprimió las cartas aún sin aprobar, fue luego a casa en el suburbano y al día siguiente otra vez a su casa en Bogenhausen.

Aquel viernes tenía un aspecto horrible. Ojos vidriosos, inquieto. No estaba para nada. Charlotte le enseñó las cartas. «No tengo la cabeza para eso». Él le enseñó un coche que se quería comprar, luego un sofá que se quería comprar y que costaba más que el coche. «Fije una cita para ir a la tienda y pregunte si tienen el sofá disponible para verlo». Desapareció un momento, «un momento» que resultó ser media hora, y luego estaba extraño. ¿Se habría

tomado algo? Tonteaba, como siempre, pero de una manera desagradable y sutilmente agresiva. Y su mirada estaba perdida, como la de una marta antes de roer el cable de un coche. Pero quizá se comportaba así porque era viernes y el fin de semana estaba a la vuelta de la esquina.

Aunque apenas resolvieron nada, al fin y al cabo no tenía la cabeza para nada, Charlotte se quedó todo el día, y no lograron terminar ni una sola carta, ni un correo ni ninguna otra cosa. Charlotte recuerda que, después de contarle toda clase de historias del viaje a Dublín, empezó a dictarle un correo en inglés, y lo hizo para irritarla y ponerla en evidencia, de eso estaba segura.

—Lea lo que lleva escrito —exigía una y otra vez, y corregía su pronunciación con su perfecto inglés y con una sonrisa malvada, hasta que ya no le hizo gracia y dejó a medias el correo. «Ahora no tengo la cabeza para eso».

Charlotte sacó su lista y repasó con él algunas cuestiones: «¿Ha leído ya el manuscrito?», «¿Quiere asistir a la reunión?», pero él la interrumpía constantemente. Luego quiso ver su lista de pendientes, porque tenía la sensación de que muchas de las cosas que le encargaba, y que eran más importantes que lo que le estaba preguntando, se quedaban sin hacer. Luego quiso ver la lista de llamadas telefónicas y de escritos pendientes, en las que también faltaban muchos nombres que sin duda él había mencionado. Mientras tanto, no dejaba de preguntarle a Charlotte por su vida privada. Que si había hecho amigos en Múnich. Que qué le parecían los hombres de Múnich. Que si buscaba una vivienda mejor.

Mu: Va a quedar libre el piso de un amigo. Tres habitaciones, 2.800 euros, barrio de Glockenbach, un auténtico chollo.

Sch: Es usted muy gracioso.

Mu: ¿Quiere que yo le pague el piso?

Charlotte ya no respondía a esas insinuaciones. A él le parecía divertido provocarla con ellas, a ella no le parecía divertido y quería que él se diera cuenta.

El resto del tiempo hablaba de su vida, de diversos encuentros casuales que ella ya había escuchado en distintas versiones. Volvió a desaparecer y, a su regreso, estaba aún más irritable.

Adeline bajó, con un pijama de Elsa, a dar las buenas noches, ya eran más de las siete. Él charló un poquito con ella, y ella se murió de risa cuando él le hizo cosquillas, pero de pronto él ya no quiso seguir charlando y bufó: «Vamos, a la cama», y como un soldado ella obedeció a su padre y subió corriendo las escaleras sin rechistar.

Luego él quiso repasar «deprisa» con Charlotte el catálogo de una próxima subasta de Sotheby's para marcar por lo que quería pujar. Para eso Charlotte tenía que sentarse a su lado en el sofá o no vería las obras.

Mu: ¿Debo pujar por esto?

Una flor en un jarrón. ¿Por qué había flores en uno de cada dos cuadros?, se preguntó Charlotte.

Sch: Sí, es estupendo.

Mu: Pero no quiero pasar de 50.000. Tiene el tamaño de una tarjeta postal. ¿O qué opina usted? ¿80.000?

Quería impresionarla con esas sumas de dinero. Pero ella ya no se dejaba impresionar. Esa fue otra de las lecciones que aprendió en Múnich. Más adelante ya no sería posible impresionarla con dinero, no solo porque tendría de sobra gracias a la música, sino también

porque el dinero era algo que se tenía o no se tenía, y quienes lo tenían solían hacer cosas grotescas con él y eran personas horribles.

Estuvieron sentados en el sofá hasta las ocho, porque ella no podía decir: «Me voy». Al fin y al cabo, estaban en su casa, regían sus reglas, y él decía cuándo quedaba libre. Además, quería aguantar.

Por fin, su mujer bajó por las escaleras para decir que la cena que habían pedido estaba lista.

—¿Quiere cenar con nosotros, señora Scharf?

Ella lo rechazó cortésmente. Sencillamente, quería irse.

Mu: Le pediré un taxi.

Sch: Prefiero caminar, gracias, nada de taxi, no.

Mu: Pero está lloviendo.

Sch: Me gusta la lluvia.

Fuera, Charlotte soltó aliviada el aire del sótano e inspiró el aire fresco y frío bajo la lluvia. No quiero volver a entrar ahí, se dijo, y se alejó a paso rápido de la casa, encendió un cigarrillo y murmuró: «No voy a volver a entrar ahí».

Pasó de largo ante las villas, vio a personas ricas que subían y bajaban de coches caros. ¿Serían tan horribles como él? ¿Tan difícil era no volverse horrible cuando se era rico, quizá porque solo se trataba con otras personas ricas y, el resto del tiempo no había que comportarse bien?

El fin de semana transcurrió tranquilo, llegaron pocos SMS del editor y ninguna llamada. Charlotte hizo música como una loca. Por suerte, la semana siguiente él debía volver a la editorial y a la «Firma»

porque tenía muchos compromisos, pero se llevaba consigo a Charlotte cuando iba a la «Firma» ya que quería trabajar allí con ella en el tiempo que le quedaba libre.

Después de faltar dos días, y de un fin de semana en el que tuvo tiempo de replanteárselo todo, Jeanne volvió a la casilla de salida, con nueva energía y espíritu de lucha: «No voy a dejarme achantar». Pero se dejó achantar, y el día antes de la fiesta de Navidad se derrumbó. Charlotte ya no sabe por qué se derrumbó exactamente Jeanne. Seguro que por alguna bobada o un comentario estúpido. Pero a menudo son las pequeñas cosas las que colman el vaso, aunque a Charlotte le habría gustado saber cuándo se había llenado tanto el vaso de su compañera. Solo llevaba dos semanas allí y ni siquiera había tenido que ir al sótano.

«Dimito», «Dimito», «No voy a permitir que nadie me trate así», «Nadie», gritó Jeanne entre llantos, mientras Charlotte se sentía abrumada y cansada. La noche antes, Jeanne había tenido una pesadilla con el editor, tan mala que no había querido contársela a Charlotte, y, cuando reunió el valor para entrar en su despacho, él la trató fatal, empezó otra vez con el error que había cometido con su hermana y su cuñado y con que ni se había disculpado ni le había dado las gracias por el jersey. Así que ella volvió con rostro impasible al despacho de las asistentes, cerró la puerta y se derrumbó: «Dimito», «Dimito», «No voy a permitir que nadie me trate así», «Nadie», «Sí que le di las gracias por el jersey», «Ya no puedo más, Charlotte. Después de McKinsey tuve mucho cuidado para que todo fuese bien, no voy a dejar que este psicópata vuelva a estropearlo todo», gritó entre llantos igual que hacía unos días, levantando los

brazos al cielo, y Charlotte volvió a quedarse en shock ante semejante espectáculo.

Intentó tranquilizar a Jeanne, la obligó a sentarse, con suavidad y decisión, y pidió ayuda a Alexandra Liebig, porque temía que el estallido desembocara en una dimisión, o que el editor se percatara del arrebato de Jeanne. Alexandra Liebig vino. Volvía a llevar el poncho rojo y, mientras hablaba con autoridad desde el umbral de la puerta, con su acento sajón y las manos ligeramente alzadas, sobresaliendo de la desmesurada prenda de lana, a Charlotte le recordó al papa pronunciando sus discursos desde el balcón.

Lib: ¡Bien! De momento, marchaos las dos a casa. Yo hablaré con él. Le diré que no puede trataros así.

Charlotte no quería irse a casa, aún tenía bastantes cosas que hacer. Solo quería que ella calmara a Jeanne.

Jeanne: No voy a permitir que nadie me trate así.

Lib: Enseguida hablo con él.

Jeanne y Alexandra se repetían muy a menudo, y Alexandra gesticulaba con una teatralidad similar a la de Jeanne.

Aprovechando la presencia de Alexandra, Charlotte le habló del viernes con él en su villa, de sus ojos vidriosos y relucientes, de lo incómoda que se había sentido y de que no volvería a ir allí.

Lib: Hablaré con él. No volverás a ir allí, ratoncito mío.

Lib: No volverás a ir allí, ratoncito mío. No lo permitiré. Tu puesto de trabajo está aquí. Se lo diré. Que este de aquí es tu puesto de trabajo.

Sch: Pero no le digas que me sentí incómoda con él.

Lib: No, no. Le diré que es un tema difícil desde el punto de vista del seguro. Ya se me ocurrirá algo.

Guiñó un ojo a Charlotte.

Lib: Ahora, marchaos a casa y tranquilizaos. Yo hablaré con él.

Así que las asistentes se fueron a casa, y Alexandra Liebig no habló con el editor. Simplemente no tuvo ocasión, y ahora quería esperar hasta después de la fiesta de Navidad, le dijo a Charlotte cuando, al día siguiente, quiso saber cómo había ido la conversación.

Y Jeanne volvió a llamar diciendo que estaba enferma. Charlotte se mostró fría y distante con el editor, estaba enfadada porque iba a ahuyentar a su compañera, y, cuando él le preguntó si la acompañaba a la fiesta de Navidad, ella dijo que aún tenía algo que hacer y que iría luego.

En la fiesta, él se le acercó con dos copas de champán en la mano:

—No sea así conmigo.

Parecía achispado, aunque la fiesta acababa de empezar. Charlotte se fijó, sin decir palabra y sin sonreír, en sus ojos de marta. Solía sentirse incómodo en aquellos eventos, ella lo sabía, probablemente por eso bebía tanto. ¿Por qué se sentía tan incómodo? Quizá se daba cuenta de que había mucha gente en la editorial que no lo soportaba, tenían miedo de él y de sus decisiones arbitrarias. Observó cómo miraba a su alrededor, se tambaleaba un poco, y casi sintió lástima de él. Era como observar a un animal, su comportamiento tan primitivo, todas sus emociones e intenciones se podían deducir de su gestualidad y de su lenguaje corporal. Sed, miedo, inseguridad, deseo. La dejó allí, caminó unos pasos y se unió al círculo de los becarios y los que estaban en prácticas, cuya conversación enmudeció. Le gustaba una de las becarias, se llamaba Anna o Lena, si Charlotte interpretaba correctamente la apenas

disimulada fijeza con que la miraba. Tenía un rostro muy dulce. Él la enredó en una conversación, Charlotte escuchó, hablaban de eslóganes para calendarios o algo por el estilo, él se reía a carcajadas y la cogió varias veces por el brazo, entusiasmado. La cogía por el brazo una y otra vez; en una ocasión le puso la mano en el brazo; en otra, en el hombro. Nadie se interponía. Charlotte se colocó al lado de la becaria.

Mu: Señora Scharf. La señora Schumacher es genial. Acabamos de hacer juntos medio juego de eslóganes.

Mu: «Eat, Read, Love».

Anna o Lena: Como «Eat, Pray, Love», solo que «Read» en vez de «Pray».

Estupendo, pensó Charlotte.

Mu: «Sex, Books & Rock'n'Roll».

Sch: Estupendo.

Mu: Fije una cita con la señora Schumacher, y que le pase sus eslóganes.

Anna o Lena: Ya los he escrito todos.

Charlotte miró a la becaria. ¿Qué edad tenía? ¿Dieciocho? ¿Diecinueve? Cómo se alegraba de que aquel hombre importante la tomara en serio.

Sch: Señor Maise, si quiere pronunciar un discurso, este sería un buen momento. Antes de que abran el bufet.

Mu: ¿Cree que debo decir unas palabras?

Sch: Sí, sería bonito.

Quería que se pusiera en ridículo, que fuera una auténtica humillación. Era cruel por su parte, pero él también había sido cruel. Él dejó la copa vacía, fue hacia el micrófono, levantó la mano y se

hizo el silencio en la sala. Allí de pie, con los ojos vidriosos, pronunció algunas frases incoherentes. Arrastraba las palabras. Charlotte advirtió las miradas en la sala mientras él farfullaba en el micrófono. «Espléndidas cifras», «Mérito suyo», «Somos una editorial muy especial», «Una Family». Una Family. Y nadie protestó. Pero, claro, nadie había protestado cuando él, borracho, se abalanzaba sobre la joven becaria, tampoco Charlotte. Tenía que haberle tirado la copa por la cabeza para dejarlo fuera de combate. Mientras pronunciaba su discurso, vacilante, se imaginó que se acercaba a él y le rompía la copa en la cabeza, cómo se hacía añicos y champán y cristales le saltaban a los ojos vidriosos de marta, su mirada asustada, la sangre corriéndole por la frente.

Charlotte dejó la copa en una de las mesas altas y se fue.

¿Qué hago ahora?, se preguntó cuando se montó en el suburbano. En casa, llamó a su madre, aún era temprano, y le contó lo ocurrido en la fiesta.

Charlotte: ¿Qué hago ahora?

Charlotte: ¿Volver a la editorial como si no hubiera pasado nada?

—Sí —dijo su madre.

Charlotte: ¿Y si Jeanne no vuelve?

La madre: Ya lo has conseguido sola antes.

Charlotte colgó.

Así que al día siguiente Charlotte volvió a la editorial como si no hubiera pasado nada, y todo siguió avanzando y retrocediendo como

las olas, mientras la tormenta se iba formando en el horizonte. El editor tenía muchas citas, y entre cita y cita Charlotte despachaba con él el tráfico navideño. El ambiente era un poco apagado y tenso, pero agradablemente profesional.

«Tráfico navideño», así llamaba a su correspondencia y envío de libros durante las fiestas. Había una lista de más de 350 personas a las que quería escribir y enviar libros. Y Charlotte pensaba nerviosa que jamás lograrían gestionar semejante cantidad a aquella velocidad.

Después de dos días de baja, Jeanne volvió a la editorial como si no hubiera pasado nada. Por el momento había decidido no dimitir, y ayudó con el tráfico navideño. Charlotte se alegró mucho de que se quedara, le habló de la fiesta de Navidad, y Jeanne movió la cabeza con sorpresa.

Jeanne: Es como en la película *El diablo viste de Prada*.

Charlotte: Yo también lo pensé. Solo que más sombrío. Casi como la versión indie que emitieron en ARTE.

Jeanne: Sex & Books & Rock'n'Roll.

Las asistentes rieron.

Y entonces llegó el día del parmesano.

Bien: el día del parmesano.

Fue el día después de Reyes, un día soleado, despejado y muy frío, Charlotte aún lo recuerda. Temperaturas de dos dígitos bajo cero, al menos en su memoria hacía mucho frío.

El ambiente en el despacho de las asistentes estaba tranquilo, tenían tiempo para salir a comer juntas a mediodía y charlar. Jeanne

le contó a Charlotte su traumática experiencia laboral, había sido realmente tóxica.

«Tóxica», Charlotte odiaba esa palabra nueva y manida. De pronto, toda relación, toda amistad, toda imagen del cuerpo, del hombre y de la mujer era tóxica. ¿No se podía decir sencillamente «una mierda»?

Bien, sea como fuere, Jeanne ya había tenido una experiencia laboral tóxica y un burnout en la empresa de consultoría en la que estuvo trabajando. Charlotte se enteró de que el sueño de Jeanne era hacer un máster de japonología en Tokio, pero se sentía demasiado mayor, había perdido el tren. Charlotte no le habló de su música. Básicamente, Charlotte apenas hablaba de sí misma, y a veces le parecía divertido que nadie en su entorno la conociera de veras. Nadie sabía nada de su música, de Bo, de sus sombríos pensamientos. Jeanne le habló de sus padres, que no reaccionaban como los de Charlotte y animaban a su hija a dimitir, como hicieron la última vez.

Charlotte: Yo no puedo marcharme si no tengo otro empleo.

Jeanne: Tú puedes hacer lo que quieras.

Charlotte: Bueno... Mi contrato de alquiler es por dos años, y de algún modo tengo que pagarlo.

Jeanne: Siempre se encuentra un empleo. En caso necesario, puedes ser cajera en un supermercado.

Charlotte asintió, pero tenía claro que no iba a ser cajera en un supermercado.

El sentimiento de solidaridad les sentaba bien a ambas asistentes, pero su relación con el editor seguía siendo tensa. Estaba de mal humor por las muchas citas, porque el tráfico navideño no avanzaba

lo bastante deprisa y, al menos eso sospechaba Charlotte, porque el ambiente en el despacho de las asistentes era bueno.

Quizá prefería que las dos asistentes compitieran por su atención y lucharan por el puesto de primera asistente, como en un show televisivo. Pero ninguna de las dos tenía ganas de hacer tal cosa. Jeanne declaró que desde ese momento solo trabajaría en el horario previsto («de 9 a 5», repetía, y de hecho no llegaba antes de las nueve y se iba, como muy tarde, a las cinco y media), y la ensoñación inicial de Charlotte respecto al editor también se había esfumado sin dejar rastro. Al día siguiente de la fiesta de Navidad, había enviado sus dos primeras solicitudes de empleo.

La semana siguiente, un día de invierno claro y muy frío, el editor no apareció, aunque tenía varias citas en la editorial. Charlotte no pudo localizarle. Poco después él devolvió la llamada, tenía la voz pastosa.

Mu: No me encuentro bien.

Mu: Cancele mis citas y venga a mi casa.

Charlotte dijo «Ok», aunque todo en ella bramaba «No».

Él colgó, ella dijo:

—No quiero ir a su casa.

Jeanne: No vayas a su casa.

Jeanne: Vamos a llamar a Alexandra.

Alexandra vino.

Lib: No vas a ir, ratoncito mío, te lo prometo. No vas a ir. Yo cuidaré de ti, ratoncito mío.

Lib: Dile que no vas a ir. Tu puesto de trabajo está aquí,

Así que Charlotte lo llamó y recitó, como un poema aprendido de memoria, los dos versos: «No voy a ir. Mi puesto de trabajo está

aquí», a lo que añadió: «Lo he hablado con Alexandra Liebig», y enumeró los argumentos que había reunido con ella.

Sch: Aquí me puedo concentrar mejor, y todo está a mano. Impresora, papel de cartas, libros, compañeros.

Sch: Y creo que, además, aquí somos más productivos.

Mu: ¿A qué viene este comportamiento tan infantil?

Él colgó. Acto seguido, el móvil de Alexandra sonó.

Ella salió rápidamente del despacho de las asistentes.

Media hora después, llamó Alexandra.

Lib: Estaba furioso.

Lib: En tu contrato de trabajo pone: «Puesto de trabajo, Múnich».

Sch: ¿Y eso qué quiere decir?

Lib: Que también tienes que trabajar en su casa.

Lib: Estaba furioso, dijo que nunca le había pasado una cosa así, y que si te niegas a ir a su casa no podrá seguir trabajando contigo.

Sch: ¿Eso quiere decir que si no voy a su casa me despedirá?

Silencio.

Sch: ¿Eso quiere decir que me obliga a ir a su casa?

Silencio.

Lib: Se portará bien. Y, si no lo hace, coges tus cosas y te vas. ¿Me lo prometes, ratoncito mío?

Charlotte guardó silencio.

Lib: Estaré localizable todo el tiempo, ratoncito mío.

Sch: Entonces supongo que tengo que ir a su casa ahora.

Más tarde, el sol le daba de lleno en la cara mientras iba en el taxi.

Taxista: ¿Todo bien?

Charlotte miró al hombre que la observaba por el retrovisor. Le pareció amable que preguntase, y se apuntó preguntar lo mismo si alguien lloraba en su presencia.

Charlotte: Estrés en el trabajo.

El taxista asintió y guardó silencio.

Taxista: Piense que, en caso necesario, siempre puede dejar su trabajo y hacerse taxista.

Charlotte rio y se secó las lágrimas.

Charlotte: Es que conduzco muy mal.

Taxista: Todo es cuestión de práctica.

Charlotte: ¿Le gusta su trabajo?

Taxista: Sí.

Taxista: Recorro toda la ciudad, conozco gente interesante.

Taxista: También hijos de puta. Pero me gusta. Soy mi propio jefe.

Charlotte asintió.

Charlotte: Es la casa al final de la calle.

Taxista: Not bad. ¿Es la suya?

Charlotte rio.

Charlotte: No. La de mi Boss.

Taxista: ¿Está llorando por su culpa?

En realidad ella no quería contar demasiado, y menos a un desconocido, pero en ese momento le hacía bien, así que asintió y dijo:

—Un hijo de puta.

Le dio veinte euros de propina y señaló en dirección a la casa:

—A su costa.

El taxista rio, bajó y le abrió la puerta, aunque ella no llevaba equipaje.

De camino a la puerta principal, tenía mala conciencia por haber llamado hijo de puta a su jefe. ¿Y si el editor contactaba alguna vez con ese taxista? «Una vez llevé a una clienta que lloraba por su culpa y lo llamó hijo de puta». Charlotte había roto la confidencialidad. Pero bueno, no había revelado secretos de la editorial. Además, el taxista era un buen tipo.

El editor se comportó correctamente aquel soleado día de invierno, ya no tenía la voz pastosa, no desaparecía de vez en cuando, no tenía los ojos vidriosos, no dijo una sola palabra sobre su comportamiento infantil, tampoco de su ataque de furia. Revisaron un número considerable de direcciones de la lista de tráfico navideño, y a las siete le dio la tarde libre.

—Gracias por haber venido —dijo. Sonó como una ofrenda de paz, o como si no tuviera la conciencia tranquila.

Mu: ¿Le gusta el parmesano?

Charlotte no sabía si le gustaba o no el parmesano, tenía una relación neutral con el parmesano. Fue tras el editor a la gigantesca cocina.

Mu: Lo traje de Käfer el otro día, especialmente para usted, y lleva tiempo rodando por aquí porque se me olvidó llevárselo.

Mu: Chantal, ponlo en una bolsa.

El queso era enorme, más grande que su cabeza, y tenía la forma de una cumbre alpina. Mientras su mujer lo metía en una bolsa de lona, Charlotte se preguntó cómo habían cortado un trozo tan grande del queso entero. Quizá con un largo cuchillo quesero.

«Gracias. No, no quiero un taxi».

Charlotte rechazó cortésmente la oferta de llamar a un taxi, y caminó con el queso en la bolsa de lona hasta Ismaning. Más de dos horas, pero aquella tarde lo necesitaba. Respirar el aire fresco, helado. Se preguntó qué iba a hacer con el dichoso queso. Lo primero que se le ocurrió fue regalárselo a un sintecho, pero en Bogenhausen no había ningún sintecho, y además: ¿qué pensaría o qué diría? «Dos kilos de parmesano, ¿me tomas el pelo?». Es muy caro, respondería Charlotte; es de Käfer, ese supermercado gourmet tan pijo. Puede venderlo. «¿Y quién va a comprarme a mí el parmesano?». Charlotte se rio de la pregunta del sintecho y se cambió la bolsa a la mano izquierda, porque tenía la derecha entumecida de frío y el queso pesaba más de lo que creía. Quizá tres kilos. Se planteó tirarlo y ya está, aunque sería una lástima. Pero ¿qué otra cosa iba a hacer con él? Comérselo quedaba descartado. No quería comerse el queso del editor.

Cuando vio la iluminación navideña de las casas, Charlotte sintió la pesada y oscura tristeza como nunca antes. Se sentía sola, prisionera, y hacía un frío espantoso. No quería volver a ese edificio en el que vivían ella y el hombre tembloroso con botas de cowboy; además, por las noches tenía miedo a los ladrones. No quería ir a esa casa fría con una mancha de sangre en el suelo, pero tampoco quería irse con sus padres, para quienes perdería todo valor si no superaba aquello. No sabía a dónde ir, pero quería irse, quería irse. Empezó a llorar, cada vez más fuerte, le faltaba el aire, se sentó en un banco y trató de respirar con calma.

Si lo de la música no funcionaba, siempre podía hacerse taxista. Sin duda conducía mal, pero todo era cuestión de práctica. ¿Cuánto gana una taxista? Sacó el móvil del bolsillo para googlearlo, pero no

pudo escribir porque las manos le dolían por el frío, y sabía que nunca sería taxista. El frío le quemaba por todas partes, incluso en la cara. Tenía que comprarse de una vez un buen abrigo de invierno, de plumas auténticas, en lugar de tantos abrigos finos de Zara. El frío es realmente doloroso, pensó Charlotte, pero precisamente ese dolor le venía bien. En su casa también pasaría frío, pero no tanto como en la calle. Siempre podía hervir dos grandes cacerolas de agua para calentar la habitación. Seguía sin llamar al casero.

Pensó en llamar a su madre, pero sabía perfectamente lo que le diría, y que no sería capaz de consolarla. Y entonces, sin pararse a pensarlo, pulsó el nombre de Bo. Sonó una, dos, tres, cuatro veces, él no contestó, ella colgó. Volvió a llamar. Sonó una, dos veces, colgó. Trató de respirar con calma. Inspirar, espirar, todo está bien, no tienes un cáncer, nadie en tu familia tiene cáncer, no vives en una zona de guerra, no te pongas así. En algún momento se levantó, con el cuerpo entumecido, y prosiguió el camino a casa.

Quizá ahora, en este momento tan difícil, aunque vendrán tiempos peores, sea conveniente mostrar lo que la música le ha dado a Charlotte. Su álbum *Isar* pronto sería elogiado por la crítica musical por su «melancolía inigualable, sobria y emotiva». «La emergente iCharli apunta directa al corazón con sus letras profundas, su voz quebradiza y sus ritmos funky», cosas así iba a leer Charlotte.

Charlotte plasmaba en la música lo que se acumulaba en su interior todos los días. El dolor, la rabia, el agobio, la soledad, la oscuridad, la ciudad, el Isar. Pero, mientras canalizaba toda esa

carga en historias, ritmos y canciones, también recuperaba la alegría de vivir.

Para Charlotte cada canción era una historia que quería contar para entender mejor todo lo que la rodeaba y que esa maldita etapa que estaba viviendo tuviera un poco de sentido. La mayoría de las letras le venían a la mente mientras corría o en el trabajo, y por las noches y los fines de semana las adornaba con melodías y ritmos, y le gustaba el contraste, el momento en que la letra, triste, ligera, y aquel ritmo rápido y duro parecían chocar y sin embargo encajaban.

Aquella noche añadió una canción. La tituló «Cielo rosa».

31

Bo no devolvió la llamada. Al día siguiente recibió una escueta línea: «¿Me has llamado?».

«Claro», respondió furiosa Charlotte.

El problema cuando te abandonan es que es irreversible. En cuanto la persona que abandona toma la decisión, la persona que es abandonada poco puede hacer para cambiarla.

Bo: ¿Tomamos un café este fin de semana?

Charlotte: No sé si quiero ir a tomar un café.

Charlotte: ¿Va a ser una despedida?

Bo escribe.

Bo deja de escribir.

Bo escribe.

Bo: ¿El sábado por la tarde?

El sábado nevaba cuando Charlotte se dirigía al café. Por la ventanilla del tranvía veía a los niños con su voluminosa ropa de nieve arrastrando los trineos. Charlotte se acordó de que antes, al menos una vez al año, en las vacaciones de Navidad, iba a esquiar con su familia y hacían una carrera de trineos. Charlotte, su primo Valentin, su prima Sophia, tío Bernd y su padre subían poco antes

del último remonte, a las cuatro, no con esquíes, sino con trineos, a lo más alto de la montaña, y bajaban por la pista iluminada hasta el chalet donde su madre y su tía los esperaban con la cena. Durante el descenso, Charlotte y los otros niños, y a veces su padre, no podían parar de reír: esa carrera juntos era maravillosa, les daba mucha alegría.

Bo estaba de pie delante del café, igual que a veces cuando la interceptaba al salir del trabajo, de camino al suburbano. Como una roca en la orilla, con una indiferencia que siempre hacía reír a Charlotte, permanecía de brazos cruzados entre la gente que corría hacia el tranvía o a cualquier otro sitio y esperaba, buscándola con la mirada. Charlotte recordó la sonrisa que se dibujaba en su rostro cuando la veía. La sonrisa de hoy era distinta. Una sonrisa tenue que no quería dar esperanza alguna.

Bo: No tienes buen aspecto.

Charlotte: Gracias.

Bo: ¿Cómo estás?

Charlotte. Bien. ¿Y tú?

Bo: Bien.

Se sentaron, pidieron y dejaron la charla insustancial.

En vez de eso se quedaron callados, y miraron la bebida caliente que tenían delante, la gente que pasaba por la calle, y también se miraron entre ellos. Se miraron y no necesitaron decir nada.

Charlotte miró su rostro y se dio cuenta de que la decisión de abandonarla aún no había sido tomada definitivamente, o que al menos aún le dolía. La mano de él flotó en el aire cuando una

lágrima bajó por la mejilla de ella, que ya no controlaba sus emociones. La mano de él flotó en el aire, Charlotte y Bo miraron esa mano, que ya no podía seguir flotando entre ellos en el aire. Él la retiró, y Charlotte dejó que la lágrima goteara en la mesa.

Charlotte: Hay alguien, ¿no?

Bo no dijo nada.

Charlotte: Anoche escribí una canción sobre una chica que se mete a nadar en el mar al atardecer, como le gusta hacer a veces. Y, de pronto, las algas le rozan los pies. Un montón de algas se enredan en sus piernas, como si fueran un monstruo. La chica quiere dar la vuelta, pero no puede, quiere pedir ayuda, pero no puede. Se ha quedado sin voz. Ha desaparecido. Da forma con sus labios a la palabra «ayuda» y quiere gritarla con las fuerzas que le quedan, pero solo le sale un graznido. Ve gente en la orilla, pero ellos no la ven, y no la oyen porque no tiene voz. Intenta hacer señas, pero la gente no la ve. No ven más que la puesta de sol, que esa tarde es preciosa.

Charlotte: El cielo está rosa.

Charlotte: ¿Alguna vez has soñado que estás en peligro y quieres pedir ayuda porque hay gente cerca, pero tu voz ha desaparecido?

—Ha desaparecido —repitió Charlotte.

Bo la miró, su rostro era tan bello, sus ojos tan tristes. Quizá los hombres no tenían esos sueños porque no conocían ese miedo como las mujeres.

—No puedo con esto —dijo Charlotte, como en una mala película.

Se levantó y se fue.

32

No hace falta contar más anécdotas de la editorial. Ya es suficiente, solo decir que Charlotte necesitaba de veras un descanso después de tantos altibajos. Las últimas dos semanas antes de las vacaciones de Navidad, durante las cuales la editorial estaría cerrada, todo fue bien. No pasó gran cosa, el editor estuvo de buen humor, y las asistentes lo ayudaron a lidiar con el tráfico navideño. El editor y Jeanne se arreglaron al fin, Jeanne se despidió de su horario «de 9 a 5» e incluso aceptó dos turnos de tarde.

Y, como durante esas últimas dos semanas el editor no obligó ni una vez a Charlotte a ir a su casa y además hizo piña con Jeanne, Charlotte decidió acercarse de nuevo a él y poner fin a su breve fase de enfado. Además, había un bonus navideño y no quería ponerlo en peligro, porque necesitaba micrófonos para su piano, que estaba en casa de sus padres. Charlotte se había enterado por Larissa de que, el último viernes antes de las vacaciones de Navidad, él y Alexandra Liebig repasaban de arriba abajo la lista de la plantilla y decidían quién recibía qué tipo de aguinaldo. Eso significaba que precisamente esas dos últimas semanas eran cruciales.

Poner fin a su fase de enfado tenía que dar sus frutos. Con aquellos casi 10.000 euros, Charlotte no solo podría comprarse dos

nuevos micrófonos Neumann para el piano, sino también un nuevo micrófono vocal.

Quizá un último detalle antes de las vacaciones: él bebía mucho. En realidad, Charlotte tenía que llevarle bebidas continuamente. Cola Zero, Red Bull Zero (el plateado, no el azul claro), expreso, a veces agua mineral con gas, también le gustaba el té. Últimamente se había aficionado a una clase concreta de té, el Zi Sun Cha, té de brotes de bambú morado, que había que importar de China (a 16,90 euros la bolsita de 30 gramos) y que no debía reposar mucho tiempo. Y por Navidad o antes, le pidió que le llevara champán. En una taza.

Mu: No tiene que enterarse todo el mundo.

Sch: Pero el champán no está frío.

Mu: Está bien así.

Charlotte se quedó boquiabierta cuando el editor dijo que el champán estaba bien sin estar frío. Él, para quien ni siquiera las flores con los tallos demasiado largos estaban bien, para quien todo era o demasiado fucsia o demasiado rosa palo, demasiado rápido o demasiado lento, demasiado caliente o demasiado frío.

En una ocasión, en agosto, Charlotte había tenido que comprar un determinado whisky en el supermercado porque él estaba nervioso a causa de un evento, pero no pensó nada raro, de algún modo le pareció simpático, cool y humano.

En cualquier caso, aquella taza de champán a temperatura ambiente rompió el hielo, y ahora él bebía champán a menudo, incluso cuando no había nada que celebrar, pero ya estaban en

vísperas de Navidad, y en los otros despachos olía a vino caliente por la tarde. Charlotte se cuidaba de que siempre hubiera una botella de Ruinart fría. La mayoría de las veces, él se acercaba a la nevera. En una ocasión fue testigo de cómo bebía un trago directamente de la botella. Desde entonces prestaba atención a sus pasos rápidos por el pasillo, al ruido de la nevera al abrirse, se fijaba en cuánto bajaba el contenido de las botellas, y para asegurarse pidió una caja más, que almacenó en el sótano. Al fin y al cabo, había que mantener el buen humor.

Charlotte se daba cuenta de cuándo estaba de buen humor, y él se esforzaba cada vez menos en disimular con sus asistentes. Los ojos vidriosos, el rostro colorado, los movimientos nerviosos. Naturalmente, en esos momentos estaba desconcentrado, curioso y tontorrón, pero algunas cosas se resolvían mejor. Se podía intentar, por ejemplo, que diera el visto bueno a cartas desagradables o pedirle pequeñas respuestas para las que, normalmente, no tenía cabeza.

Aunque por la tarde solía ponerse insoportable, quería hablar de temas privados, quería que también ella tomara una copita y que no se fuera a casa sin más. Pero las asistentes se ponían de acuerdo y no se quedaban solas con él en la editorial después de la jornada normal de trabajo. Cuando la una (casi siempre Charlotte) estaba con él, la otra (casi siempre Jeanne) esperaba al lado, en el despacho de las asistentes, y recibía mensajes vía e-mail o SMS como «Vuelve a decir tonterías» o «Nadie me ha preguntado tantas veces si estoy enamorada». Cuando la cosa se ponía de verdad mal, la una escribía: «Sálvame», y la otra acudía con una mentira al despacho del editor: «Charlotte, tienes entradas para un concierto

esta tarde» o «Señor Maise, ¿no querría pedir hoy un regalo de Navidad para su tía, para que llegue a tiempo?». Las asistentes casi se tomaban como un juego ver cuál de los rescates funcionaba mejor o qué mentira era la más absurda. En una ocasión, Jeanne dijo: «Charlotte, ocurre algo con tu gato. Tu vecino ha llamado diciendo que no para de maullar. Que le parece que es una marta, pero tú solo tienes un gato, ¿no? Tú no tienes una marta, ¿no?». Jeanne subía el tono al decir «¿no?» después de cada frase, como hacía siempre el editor, y Charlotte tenía que contenerse para no echarse a reír.

Mu: No sabía que tiene un gato.

Sch: Sí, es nuevo.

Mu: ¿Cómo se llama?

Sch: Luna.

Mu: Luna como la luna.

Sch: Luna como la luna.

Jeanne aún estaba en la puerta y luchaba con la risa lo mismo que Charlotte. A fin de cuentas, también las asistentes podían tener sus momentos de diversión.

Dejando las bromas a un lado, a Charlotte le resultaba asombroso que, sobre todo las compañeras más veteranas, encontrasen aquellas fases totalmente normales. Cuando él llamaba a Charlotte durante una reunión para encargarle alguna tarea, no veía ningún gesto de irritación en sus rostros. Eso no era normal, pensaba. Pero ¿qué esperaba? ¿Que la gente se negara a mantener reuniones importantes con el jefe? Lo más probable era que, sencillamente,

ella fuera demasiado sensible. Como jefe, tenía más motivos para celebrar. Sea como fuere, en diciembre el editor brindaba constantemente con la gente, por la Navidad, por las fiestas, por la amistad, por la vida, y estaba de buen humor.

Eso iba a cambiar con el nuevo año, ya que a menudo no estaría de buen humor. Muy al contrario: en sus ojos de marta, el fuego maligno que ardía cada vez más desde el cambio de año lanzaría fuertes llamaradas con furia destructiva.

Pero ahora aún estaban en el viejo año. Él estaba animado y de buen humor. Cuando, por la tarde, vino un abogado defensor, también buen amigo, no ardía ningún fuego maligno en sus ojos vidriosos. Jeanne fue a atender a los dos hombres y volvió enseguida:

—Quiere que vayas, Charlotte.

—Esta es —dijo el editor cuando entró ella.

Charlotte miró al abogado defensor, un hombre pulcro, atractivo, en torno a los cuarenta años, de pelo rubio y corto, penetrantes ojos azules, vestido con un traje azul oscuro de corte ajustado, que la miraba con expresión neutral. Lo había googleado y sabía que había representado a raperos, futbolistas o actores. Casi siempre ganaba. Hacía poco había conseguido la absolución para una estrella del pop acusada de delitos sexuales por varias jóvenes. Salió en todos los periódicos.

Mu: Hoy no lleva sus botas enormes, señora Scharf.

Mu: Se llama señora Scharf. Gracioso, ¿no?

Mu: «Schaf con erre», dice a veces por teléfono. ¿No es maravilloso? ¿Eh?

Charlotte estaba de pie, sonriente, delante de los dos hombres sentados, y bajó la vista hacia ellos.

Sch: Me ha dicho que viniera, señor Maise. ¿Qué desea?

El editor la miró de arriba abajo con su insoportable sonrisa. Ella llevaba un jersey oversize de punto fucsia, leggings plateados, calcetines de tenis por encima y zapatillas de deporte.

Mu: Tiene una forma de vestir curiosa, ¿no?

El abogado defensor no dijo nada, tampoco miró a Charlotte de arriba abajo, sino que la miró a la cara y le sonrió con amabilidad, como disculpándose.

Sch: Bien, si no necesita nada, vuelvo a mi despacho a seguir trabajando.

Mu: ¿Sería tan amable de traer dos expresos? ¿Y una botella de champán? Él acaba de ser padre, queremos brindar por eso. Por la pequeña Felicitas.

—Enseguida —dijo Charlotte, y—: Qué bien, felicidades.

—Gracias —dijo el abogado defensor.

Mu: Usted también puede tomar una copa, señora Scharf, si quiere.

Charlotte sabía que no tenía que responder. Él sabía que siempre lo rechazaba, y aun así le seguía preguntando medio en broma para provocarla. Pero esta vez contestó y, mientras decía: «No, gracias», miró directamente a los penetrantes ojos azules del abogado.

33

El primer día de las vacaciones, Charlotte se fue a casa con su familia. Hasta que salió de su piso con la mochila y la bolsa con el parmesano, se estuvo preguntando si no sería mejor quedarse en Múnich. Pero el piano estaba en casa de sus padres, y quería grabar un par de cosas con él. Además, pensó que sería agradable no estar sola, aunque sus padres se irían a esquiar de todos modos y estaría sola en aquella gran casa si no se iba con ellos. Cuando, la mañana del primer día libre, oyó el clac-clac de las botas de cowboy, metió en una mochila lo que necesitaba para hacer música, cogió la bolsa con el parmesano, que tanto le gustaba a su madre, y dejó el piso atrás.

En la estación, grabó unos anuncios graciosos en una vieja grabadora que quería utilizar como bases para una canción, y luego investigó cuáles eran los mejores micrófonos.

Una cosa estaba clara: iba a dedicar las vacaciones enteramente a su música. Quería planear una estrategia para presentar *Isar* el año siguiente. En realidad tenía muchas ganas de enseñar ya «Cielo rosa», pero no sabía a quién, porque aparte de Bo nadie sabía nada de su música, y Bo y ella ya se habían despedido. A Charlotte no le gustaba nada que sus padres tuvieran ahora noticias de su música, pero no podía evitarlo. Podía enviar la maqueta a su compañero

Florentin, que tenía una agencia de contratación, pero, si lo pensaba, quizá lo mejor fuera no enseñar nada a nadie por el momento.

Su madre fue a recogerla a la estación, y, en cuanto llegaron a casa, Charlotte corrió arriba, ordenó su habitación y montó su estudio en su escritorio de adolescente. No quería perder tiempo, quería empezar enseguida. Todo tenía que estar ordenado, o no podría concentrarse. Recogió como loca todas las porquerías acumuladas durante años en el escritorio y en las estanterías, las metió en una cesta de la ropa, lo bajó todo al sótano, hizo la cama, pasó el aspirador, limpió el polvo y ventiló antes de desembalar su equipo y escuchar las grabaciones que había hecho en la estación.

Su madre estaba en el umbral.

La madre: Bueno, mi tesoro. ¿Qué haces? ¿Qué es eso?

Charlotte: Hago música.

La madre: ¿Música? ¿Desde cuándo? No me lo habías contado.

Charlotte: No sé. He empezado en Múnich.

Al parecer, la madre no sabía qué decir; quizá tenía miedo a meter la pata después del incómodo silencio en el coche con su terca hija.

La madre: Qué bien.

Charlotte giró la silla hacia su madre, que seguía en el umbral.

La madre: ¿Por diversión?

Charlotte: Ya veremos.

¿Por qué su madre no le preguntaba cómo lo hacía? ¿Cómo manejaba ese teclado Midi? ¿No tenía curiosidad por saber qué clase de música hacía su hija? ¿No quería escuchar una canción? ¿Por qué

hacía siempre las preguntas equivocadas? ¿Por qué se quedaba callada en la puerta, en vez de preguntar cómo estaba, cuánto tiempo iba a seguir con el editor, por qué no renunciaba de una vez y abandonaba Múnich? ¿Por qué no decía: «Puedes volver a vivir con nosotros, cariño»?

Charlotte: ¿Puedes irte, por favor? Ahora necesito tranquilidad.

Y giró la silla de cara a la mesa. No quería ser impertinente y cruel con su madre, que se alegraba de la llegada de su hija, pero no podía evitarlo. La rabia ardía en su interior. Era como si toda la mezquindad y la injusticia, toda la insatisfacción y la soledad, hubieran fermentado dentro de su pecho en una masa oscura de ira acumulada que ahora le soltaba a su madre para no reventar.

Charlotte no tenía a nadie a quien confiarse, tan solo a sí misma y a la música. Podía entender a las personas que se hacían cortes en el cuerpo o se provocaban dolor de otro modo, porque a veces ella tenía una necesidad tan grande de hacerse daño que acababa cediendo y se daba un pellizco en un costado o golpeaba la pared con el puño.

Se odiaba a sí misma por ser tan cruel con su madre, hasta el punto de que cuando estaba en Múnich le escribía a menudo mensajes como «No puedo más», «No lo aguanto», «No quiero seguir viviendo», «Te odio», «Quizá pronto ya no tengáis una hija», etc. Pero, de alguna manera, también le parecía justo poder descargar su ira sobre su madre y hacerle daño. Al fin y al cabo, como ya se ha mencionado, sus padres tenían parte de culpa de la situación de Charlotte y no hacían nada por liberar a su hija. Naturalmente, con su padre no se atrevía a ser tan impertinente y tan cruel, y no digamos a escribirle esos mensajes, así que su madre

era quien sufría las consecuencias, y encima echaba más leña al fuego diciendo cosas tan idiotas como «Estás demasiado delgada» o «Tienes que comer más», a lo que la hija contestaba «Déjame en paz, mamá» o «Como digas otra vez que estoy demasiado delgada, me vuelvo inmediatamente a Múnich». Charlotte ya no tenía diecisiete años y no iba a permitir que sus padres le dijeran nunca más lo que tenía que comer y en qué cantidades.

Su madre seguía en el umbral.

—¡Vete! —bufó Charlotte.

La madre: Ay, cariño.

La madre: Enseguida estará la cena.

Charlotte: Necesito un poco más de tiempo, Mu quiere hablar conmigo por teléfono.

La madre: Pero estás de vacaciones.

Charlotte: Quiere dictarme una carta.

El editor le había preguntado por SMS si podía contar con ella para escribir esa última carta, que era muy importante para él. Le dijo que lo llamara cuando le viniera bien. Charlotte decidió llamarlo justo antes de su reunión para el bonus de Navidad con Alexandra Liebig, que tenía lugar esa tarde.

La madre sonrió: Mi pequeña y trabajadora hija.

Luego se fue, y Charlotte se olvidó de ella. Se tumbó en su cama de adolescente, se puso los auriculares, abrió el portátil y lo llamó. Él tenía la voz ligeramente pastosa y se mostró muy cortés, probablemente porque ella estaba en casa de sus padres. Se esforzó en ser divertido y encantador, y cuando hablaba así con ella y se reía, cuando le hablaba de su niñera bávara de setenta y tres años, la señora Braunberger, a la que quería escribir una carta porque iba

a trasladarse en breve a una residencia, y deformaba la voz para imitar cómo la señora Braunberger le explicaba al pequeño Ugo el mundo y la vida: «¡Escucha, Ugo! Lo que te tenga que pasar, pasará», se preguntaba si no sería una buena persona y si quizá incluso ella lo quería un poco cuando no estaba ocupada odiándolo. En general, cuando mejor se llevaban era cuando había una gran distancia entre ellos y estaban en lugares distintos, pensó Charlotte. Entonces se sentía segura, por teléfono tenía la sensación de ir un poquito por delante y tener más control. No estaba tan expuesta, contaba con la visión de conjunto de sus citas y, sobre todo, no tenía miedo, aunque no sabía exactamente qué era lo que temía cuando estaba cerca de él. Cuando llamaba desde Berlín o desde Nueva York porque, al parecer, se sentía solo entre cita y cita, y se reía de la gente importante con la que acababa de reunirse, cuando hablaba de obras de arte impresionantes, zapatos, edificios o encuentros, y Charlotte le ponía al día del resto de su agenda y le preguntaba si le venía bien o tenía que aplazar o cancelar algo, a veces casi disfrutaba del trabajo y de su papel de joven asistente segura de sí misma. De tenerlo todo controlado. De ser ella la que le daba estructura y seguridad a él. De que ella era quien daba apoyo a una persona. Absurdo, pensó Charlotte.

Reenvió la carta a la becaria que se había quedado en el despacho el último día antes de las vacaciones de Navidad, para que la imprimiera y la enviara en cuanto estuviera aprobada. Mientras la becaria se dedicaba a imprimir y fotografiar cinco veces las distintas versiones de la carta, porque las fotos o el margen o la distancia

entre los párrafos no satisfacían a Charlotte, Charlotte se dio cuenta de que era casi tan malvada como el editor, y que a veces incluso pensaba igual que él. Ahora entendía por qué él nunca aprobaba el texto en bruto, sino que siempre quería ver la carta impresa o al menos una foto. Había una diferencia.

Por fin, envió al editor la foto de la carta reformateada por quinta vez por indicación de Charlotte. Y, oh, milagro: «Adelante. Muchas gracias, señora Scharf».

Luego llamó una última vez.

Mu: Le deseo felices fiestas, y quería volver a darle las gracias por su trabajo y su apoyo durante este año. Es usted realmente incroyable.

Sch: Gracias, señor Maise. Yo también le deseo unas felices fiestas.

Mu: ¿Le gustan las Navidades?

Charlotte se preguntó si le gustaban las Navidades y pensó en su madre, a la que quería y odiaba, en el chalet de Algovia en el que celebraban la Navidad todos los años, en la ensalada italiana que había todos los años y que no era nada italiana.

Sch: Creo que me parecen bien.

El editor rio.

Sch: ¿Y a usted?

Mu: Yo también creo que las Navidades me parecen bien. Le deseo lo mejor para usted y su familia.

Sch: Lo mismo le deseo.

Mu: Me alegrará volver a verla el año próximo.

Sch: A mí también.

Solo lo dijo por el bonus de Navidad. Porque, aunque ahora todo estuviera bien, lo odiaba y no quería seguir siendo su asistente. No podía olvidar lo malvado y miserable que podía llegar a ser.

Charlotte cerró el portátil, lo guardó en la mochila y cerró la cremallera, la metió en el armario para no verla y volvió a sentarse delante del escritorio. Escribió y cantó para sus adentros lo que había grabado en la estación, hasta que su madre gritó: «¡A comer!».

Había espaguetis a la boloñesa, rociados con el parmesano del editor, porque la madre quería hacer a toda costa un plato que llevara parmesano. Y al menos en un punto todos estuvieron de acuerdo aquella noche: el parmesano era realmente bueno.

La madre: El parmesano es realmente bueno.

El padre: Sí, el parmesano es realmente bueno. Hay que reconocerlo.

Salvo Charlotte. No quiso probar el parmesano realmente bueno del editor.

Por la noche, Charlotte se tomó una cerveza con su padre y su madre, y decidió contenerse y mantener la rabia bajo control por aquello de las Navidades, el amor al prójimo, la señora Braunberger que se iba a la residencia, etc., lo cual funcionó bastante bien hasta que empezaron a hablar de su música.

La madre: ¿Has visto su escritorio? Ahora hace música. Con portátil, micrófono y uno de esos aparatos. Su nuevo hobby en Múnich.

El padre: ¿Y cuándo? Yo pensaba que su trabajo era agotador.

Lo dijo con una sonrisa estúpida, que Charlotte le habría arrancado de la cara con las uñas. El modo en que sus padres la trataban, como si dramatizara o exagerase siempre, la ponía tan furiosa que empezó a bramar.

Charlotte: Ya veréis.

Charlotte: Por cierto, no voy a ir a esquiar con vosotros.

Cuando estaba rabiosa, Charlotte solía hacer ese tipo de anuncios y amenazas, que luego no mantenía, y sus padres lo sabían, pero por primera vez en su vida no iba a ir a esquiar, estaba decidido. Al igual que cuando era adolescente, se levantó de golpe, salió corriendo del salón, subió a su habitación y cerró de un portazo. Dio varios puñetazos a su armario, y se puso aún más furiosa cuando vio la grieta en la madera y que su mano sangraba. Lo destrozaba todo. Todo.

A la mañana siguiente, cuando sus padres se fueron a esquiar como todos los años y ella, por primera vez en su vida, no fue con ellos, le dolió un poco, sobre todo porque su madre estaba muy triste por pasar las Navidades sin Charlotte.

Charlotte: Nos veremos cuando volváis, antes de que me vaya.

La madre: Ven por lo menos en Nochebuena, cariño. Es una tontería pasar las fiestas completamente sola.

Charlotte: No, mamá.

Dejó que su madre la abrazara y le diera un beso en la mejilla, se tragó las lágrimas y resistió el impulso de salir corriendo detrás del coche para subirse a él. Volvió a la casa, en la que había demasiado silencio, se sentó a la mesa del comedor vacía, hojeó unos catálogos

de Kaufland y de Aldi, y se dio un pellizco fuerte en la mejilla, porque estaba triste y furiosa y ya se arrepentía de su decisión.

Pero luego pasó unos días realmente buenos. Hizo mucha música, cocinó por las tardes en la gran cocina, vio telebasura en la enorme pantalla con una copa de helado en la mano mientras el fuego ardía en la chimenea del salón, en el que hacía demasiado calor, y, cuando una mañana descubrió que en su cuenta había entrado una transferencia de casi 10.000 euros, bailó de alegría por la casa de sus padres como Oliver Quick. Solo tenía miedo por las noches, sola en esa casa tan grande, y se hizo una playlist con Thunderstorm Sounds en Spotify para no oír los ruidos.

El 24 de diciembre por la mañana, Charlotte tomó el tren para ir a las montañas, porque no quería pasar sola la Nochebuena y quería darle una alegría a su madre. «Llego a Oberstdorf a las 14.30», escribió a las 13.30, y su madre respondió con dos emojis con corazones en los ojos. Charlotte miró la lluvia por la ventana y se imaginó a Bo dando un paseo en ese momento por la playa de Amrum, y le dolió. Abrió su MacBook y el documento de Word con las letras de las canciones, y se preguntó qué la unía a ella con el mar. No podía comprenderlo ni expresar con palabras qué la unía con el mar, pero desde que lo vio de niña por primera vez no había ningún otro sitio que la atrajera y la asombrara tanto.

Se imaginó que no viajaba a las montañas, sino al mar, quizá a Amrum. Miró en el móvil cómo se iba a Amrum, había que hacer transbordo varias veces hasta Dagebüll Mole y luego tomar el transbordador. Ah, qué bonito, pensó Charlotte, viajar con ese

tiempo gris hacia la isla por el mar de Frisia en el Lützen Schiffsgastro, que así se llamaba el transbordador según la página web, pedir una cerveza Flensburg y un bocadillo de arenque y sentarse fuera, al viento, salpicada por la espuma. Se imaginó recorriendo con Bo el mar de Frisia, pasando las Navidades con su familia, regresando juntos dos días después o en Nochevieja para reunirse con la familia de Charlotte en Algovia. Se imaginó que paseaban justo en ese momento, bajo la lluvia y la tormenta, junto al mar del Norte, envueltos en gruesos abrigos de invierno y con gorros de lana, cogidos del brazo. Cómo le diría que iba a dimitir en Año Nuevo, quizá antes, sin tener otro empleo, cómo él la abrazaría con fuerza y diría «por fin», y quizá «lo conseguiremos». Un «nosotros» sería bonito.

Charlotte no se secó las lágrimas, sino que las dejó correr.

Todavía tenía el mar. El mar seguiría ahí, no la abandonaría. Era reconfortante saber que al mar le daba igual lo mal que estuviera y si desperdiciaba o no su vida.

Bajó del tren y, una vez más, nadie la esperaba en el andén.

Su padre y su madre estaban en el coche delante de la estación, y cuando Charlotte vio el rostro radiante de su madre, intentó en vano reprimir la sonrisa. Se pusieron en marcha.

Charlotte: ¿Os acordáis de cuando bajábamos en el trineo?

La madre: Podéis hacerlo cuando Sophia y Valentin lleguen pasado mañana.

Charlotte: Yo ya no estaré. Te he dicho que solo me quedo una noche.

La madre: ¿Y hoy, en vez de pasear, mientras pongo la mesa? ¿Papá y tú?

La idea de subirse a un trineo sola con su padre era tan absurda que Charlotte y su padre se echaron a reír. De todos modos, no había bastante nieve.

La velada fue hermosa, y Charlotte sintió que no solo tenía el mar, sino también a sus padres. Querían lo mejor para ella, tenía que reconocerlo.

Mientras su madre ponía la mesa como todos los años, Charlotte fue a pasear con su padre. Hablaron de esquí, del tiempo, y Charlotte le habló de la serie documental de Netflix sobre tenistas profesionales que había visto hacía poco. Le contó que tenía debilidad por Daniil Medvédev, e intentó hacer reír a su padre con la descripción de su comportamiento imposible en la pista.

Como todos los años, de primero hubo sopa de tortitas, ensalada italiana con salchicha como plato principal y, de postre, una selección de dulces navideños de esa marca gourmet de Aldi. Como todos los años, Charlotte y su padre se rieron de que la ensalada italiana, que estaba hecha con huevo, mayonesa, salsa lionesa, pepinillos y queso, se llamara ensalada «italiana». Entre plato y plato abrieron los regalos, y luego jugaron al póquer mentiroso, el único juego que le gustaba a su padre y en el que, por motivos inexplicables, era invencible, mientras que en los demás juegos perdía. Probablemente jugó mucho cuando era estudiante.

Charlotte: Pero ¿por qué siempre sacas tan alto? No se puede influir en los dados.

De verdad que no lo entendía.

Charlotte: De verdad que no lo entiendo. En todos los juegos pierdes por goleada, no tienes ni idea de estrategia ni nada parecido, y luego jugamos a un juego tan sencillo como este, con dos dados, que se basa en la suerte y alguna mentirijilla, y te conviertes en un Terminator invencible. Es realmente weird, papá.

Rieron, bebieron vino, comieron galletitas, discutieron sobre lo divino y lo humano, se achisparon, Charlotte volvió a hablar de Medvédev, pero cuando dijo que pensaba dimitir a primeros de año, quizá ya mismo, sin tener otro empleo, el ambiente cambió, y todo volvió a empezar: solo cuando tengas otro empleo, bla, bla, bla.

La madre: ¿Qué vas a hacer entonces?

Charlotte: En el peor de los casos, buscaré un trabajo de supervivencia, de cajera o algo así.

Charlotte: Así también tendría más tiempo para mi música.

El padre rio.

El padre: Y qué harás, ¿aislarte con tu música? ¿Te encerrarás en tu casa, o qué?

Al decir «tu música» dibujó unas comillas en el aire.

La madre: Lo de la música tampoco funcionó antes. Dejaste el piano, a pesar de lo buena que eras. ¿Cómo quieres volver a empezar ahora?

El padre: Pregúntale al editor si tiene otro empleo para ti. En otro departamento.

La madre: Exacto, en el departamento de edición o el de prensa. Eso te gustaría.

Si sus padres proponían algo así, era que realmente no se habían enterado de nada. Charlotte estaba allí sentada y casi no podía respirar de rabia por haber ido aquella noche a Algovia.

La madre: Sencillamente necesitas más contactos, Charlotte.
Charlotte se levantó y dijo:
—Me voy a la cama, mañana temprano tengo que coger el tren.

Por la noche, en la estrecha cama, no podía dormir y pensó en enviarle «Cielo rosa» a Bo, como regalo de Navidad. O como regalo de despedida. Le parecía patético después del fiasco del café, pero, por otra parte, no tenía nada que perder. Envió «Cielo rosa» a Bo, dejó el móvil en el suelo, se quedó tumbada mirando al techo, se levantó de un salto, quiso borrar el mensaje, pero ya tenía dos tics azules. Puso el modo avión.

A la mañana siguiente iba en el tren de vuelta a casa de sus padres y tenía que hacer trasbordo en Múnich. Se preguntó en qué casa tenía más miedo por la noche, sola en su piso de aquel grotesco edificio o sola en casa de sus padres, pero, como tenía que ir a casa de sus padres porque había dejado allí su equipo y el portátil del trabajo, por suerte no pudo tomar ninguna otra decisión equivocada. Miró por la ventana. Siempre la lluvia. Cuando el revisor quiso ver su billete, desconectó un momento el modo avión, no había noticias de Bo, y volvió a conectar el modo avión.

Ya se ha dicho que la historia con Bo termina mal, que desaparece, que Charlotte lo ha visto con la morena. Aunque también podría volver. Al fin y al cabo, no se ha dicho que no vaya a volver. La gente

que desaparece puede volver. Pero enero y febrero serán terribles, Charlotte llegará al límite, su cuerpo va a colapsar, le temblarán los párpados, le zumbarán los oídos, se le caerá el pelo, sudará por las noches, y luego vendrá la pierna rota.

Quizá incluso sienta que nunca ha estado tan cerca de la muerte, ni siquiera en las etapas más sombrías de su juventud. Y naturalmente Charlotte también superará sola esa mala época, pero sería bonito que Bo hiciera una breve aparición en esa mala época o después. Tal vez la vea, pálida y cojeando, en su camino hacia el suburbano. Entonces tendría que reaccionar. O quizá le escriba por fin una respuesta a la canción que ella le envió en Nochebuena. Ya veremos.

34

La Nochevieja, enero y febrero serían terribles, pero en general el año terminaría bien, así que no estaba tan mal.

Charlotte decidió regresar a Múnich el mismo 31 de diciembre, porque el 2 de enero tenía que reincorporarse al trabajo y quería tener un día para aclimatarse. Al pensar en volver a la editorial después de aquellos días libres se sintió mal.

El plan para Nochevieja era, como todos los años, pasar una velada tranquila en casa. Cada año, después de la desastrosa fiesta de Nochevieja, Charlotte decidía quedarse tranquilamente en casa el año siguiente, pedir comida a domicilio, tomar helado y picar algo mientras veía alguna serie. Y cada año, en el último momento, decidía unirse a algunos amigos, a sus primos o a sus padres, lo que lamentaba después porque las fiestas de Nochevieja siempre eran horribles. Y este año estaba realmente decidida a quedarse en casa. Ya había elegido una serie y en la estación había comprado helado y algunos aperitivos. Pero este año también tuvo que abandonar su plan y huir de la casa.

Charlotte había sufrido en su juventud una depresión severa, sin duda no diagnosticada, pero cuando se tiene depresión se sabe que

se tiene depresión. No diagnosticada porque sus padres no la llevaron al médico y no se dieron cuenta de la oscuridad que reinaba en su interior. Ese era el problema de las depresiones, pensaba Charlotte: que no se veían desde fuera, y alguien que nunca había tenido una simplemente no podía entender ese dolor. En un par de ocasiones reunió el valor para hablarle a su madre de la espesa niebla que sentía dentro, de los sombríos pensamientos. La madre no lo entendió, le dijo a su hija que podía salir, el deporte y el aire fresco sientan bien, que todo estaba bien, que ella controlaba sus propios pensamientos. Pues no, pensó Charlotte, y guardó silencio. Charlotte no sabía si su madre le había hablado a su padre de aquellos sombríos pensamientos, probablemente no, porque no lo comprendía. Charlotte no siempre era políticamente correcta a la hora de expresarse, a veces decía «idiota» o «imbécil», e incluso se le escapaba algún «tarado» o «subnormal». Raras veces prestaba atención al lenguaje inclusivo al hablar y solo corregía a medias a sus padres cuando decían algo que realmente no podían decir. Pero, cuando su padre utilizaba sin pensar «depresión» y «depresivo» como sinónimos de «mal humor» e «introvertido», y a veces decía cosas como «Si mañana vuelve a llover todo el día, voy a pillarme una depresión», o le decía a Charlotte: «No puedes encerrarte en tu habitación a leer todo el día, deprimida», cuando ella se sentía relativamente bien, estallaba. Y en esas ocasiones, pocas, le gritaba también a su padre. Le gritaba enseñando los dientes:

—¡No tienes ni idea de lo que es una depresión! ¡Qué vergüenza! ¡Debería darte vergüenza!

Pero, por supuesto, el padre no hacía caso a la hija, la lluvia seguía deprimiéndole e incluso se reía del drama que montaba por

una pequeñez así.

Después de la grave y prolongada depresión que tuvo a los catorce o quince años, Charlotte tuvo otros dos episodios depresivos más breves. Desde entonces, ha logrado alejar las nubes negras cuando las sentía aparecer, principalmente refugiándose en otros mundos a través de la lectura.

Cuando, el 31 de diciembre, estaba sentada tan tranquila en su casa de Múnich, volvieron a cernirse las nubes negras sobre ella. Pensó en hacer música, pero no bastaba con eso. Tampoco podía leer, sencillamente había demasiado silencio en su casa y demasiado ruido en su cabeza. Necesitaba salir, necesitaba estar con gente, distraerse.

Luego, Charlotte se dijo que tenía que haberse ido a un club techno y haberse puesto hasta arriba, pero a toro pasado siempre lo sabes todo. Sea como fuere, en vez de eso le preguntó a Jeanne qué planes tenía para Nochevieja. Y Jeanne, que al parecer contaba con aún menos contactos sociales que ella, no tenía ningún plan.

Charlotte ya no recuerda cómo las dos compañeras acabaron con dos grandes jarras de cerveza en una cervecería llena de turistas, en la que debían de parecer dos extraterrestres entre toda aquella gente que gritaba y brindaba vestida con el traje típico, de pie, porque no había asientos libres. Jeanne se había arreglado muchísimo, y Charlotte estaba en shock. En vez del traje con la chaqueta de lana que tan mal le sentaba, Jeanne llevaba unas botas de tacón plateadas y un vestido ajustado rojo oscuro hasta las rodillas. Se había pintado los labios del mismo color, y una estola

blanca de piel sintética le cubría los hombros. Charlotte se avergonzó cuando se echó a reír, a pesar de las nubes oscuras que se cernían, al ver a su compañera bajar del tranvía. Jeanne parecía una agente secreta rusa. ¿Qué clase de misión tenía? ¿Iba a secuestrar a alguien? ¿O a eliminarlo? En su precipitada huida de su casa, Charlotte solo se había puesto a toda prisa un jersey, unos leggings y unas zapatillas de deporte.

Así que acabaron en aquella cervecería, porque con tan poca antelación no encontraron una buena alternativa en la que hubiera sitio, y pasaron una noche de mierda. Al menos Charlotte pasó una noche de mierda. Aparte del trabajo, no tenían otro tema de conversación, o no lo tenía Jeanne, que fue la que habló todo el tiempo, o más bien gritó a causa de aquella masa que rugía canciones de borracho. Al parecer, Jeanne había aprovechado los días libres para reflexionar sobre sí misma, sobre la tóxica situación laboral en la que se veía envuelta por segunda vez, y sobre el editor, que, según su análisis, tenía un marcado trastorno narcisista de la personalidad, estaba claro. Durante las vacaciones había leído incluso dos libros sobre el tema, cuyos prometedores títulos le envió por WhatsApp en paralelo con la conferencia que le dio a gritos, para que Charlotte también los leyera: *El poder tóxico del narcisista y cómo defendernos* y *Los pérfidos juegos del narcisista, explicados por un médico experto*.

Jeanne: Es un narcisista de libro, Charlotte.

Jeanne: El libro ayuda a encontrar la manera de lidiar con él. Te digo que estoy preparada.

Charlotte escuchaba a medias, observaba a las figuras vestidas con falditas típicas y pantalones de cuero que bailaban borrachas y

relajadas a su alrededor, viviendo una vida totalmente distinta a la suya, mientras daba sorbitos a su cerveza ya tibia y agria, sintiendo un nudo en el estómago que no la abandonaría en toda la noche y viendo las nubes cada vez más densas en el horizonte.

Cuando Charlotte vio los fuegos artificiales en el cielo, cerró los ojos y deseó que el año no fuera tan horrible como aquella Nochevieja, aunque se supone que no se deben pedir deseos durante los fuegos artificiales. Y, por alguna razón, a pesar de las nubes y demás porquería, intuyó que aquel deseo podía hacerse realidad. Al fin y al cabo, lo tenía en sus manos.

Delante de la puerta de su casa, poco antes de la una, mientras sacaba la llave de la riñonera escuchó el televisor del vecino de las botas de cowboy, encendido las veinticuatro horas. ¿Cómo habría pasado la Nochevieja? ¿Y las Navidades? Seguro que solo. Pero ¿se habría dado algún capricho aquella noche? ¿Tenía un ritual? ¿Tenía un ritual al que se aferraba a pesar de todo?

Quizá pidió algo de comer para la ocasión, algo sencillo del restaurante chino, fideos fritos con rollitos de primavera y galletas de la suerte o algo así, vio en la carta «Dinner for one» y le entró la risa, aunque ya hubiera visto mil veces ese clásico. Charlotte no oyó ninguna risa. Esperaba que alguien le hubiera deseado un feliz Año Nuevo mientras fuera estallaban los cohetes y los petardos.

Por la mañana la llamó su madre para desearle un feliz Año Nuevo.

—No estoy nada bien —dijo Charlotte en algún momento de la conversación.

La madre: Sí, sé lo que es eso. El 1 de enero una siempre se siente mal.

Después de la llamada, ella salió a correr. Era un día frío y soleado, y Charlotte, que había renunciado expresamente a ponerse una chaqueta porque quería sentir el frío, corrió, en camiseta y pantalones cortos, a lo largo del Isar, lejos de los edificios. Lo más rápido que pudo. El frío le mordía los brazos y las piernas desnudos, le ardían los pulmones, se encontraba mejor, pero de todos modos el dolor dentro de ella era mucho más fuerte.

Esto no puede ser, no sobreviviré a esto, chillaba una voz en su interior. Corrió y corrió y rugió a los árboles y al Isar: «¡Esto no puede ser! ¡Ahora no!».

Pero sobreviviría. Ella era más fuerte que la oscuridad. «¡Soy fuerte!», se repetía una y otra vez, como en un seminario para machos alfa de Kollegah: «¡Soy fuerte! ¡Soy más fuerte que vosotros! ¡No podréis conmigo!», mientras sentía que no era fuerte, ni tampoco más fuerte que los oscuros pensamientos. Repetía su mantra en voz alta mientras corría por el bosque, aunque aquel día festivo, claro y soleado, hubiera más gente paseando junto al Isar. Daba igual. Que todos pensaran que estaba loca. «Soy fuerte y controlo mis pensamientos», susurró con voz temblorosa, ronca, y se dejó caer, agotada, en un banco. Sacó su móvil. Por desgracia no encontró ningún vídeo de Kollegah para el seminario de machos alfa, pero miró el de «Como un alfa». Al principio, Kollegah está escalando un glaciar, con el torso desnudo, musculoso y embadurnado de aceite, durante una tormenta de nieve nocturna, y

su voz en off dice: «A veces te sientes solo y abandonado. Solo en el mundo, no puedes confiar en nadie. Tus planes no son más que sueños». Al llegar a una meseta, Kollegah lucha con un oso. Al final del vídeo, Kollegah escala hasta una cima con el oso muerto sobre los hombros desnudos y embadurnados de aceite, disfruta de la sublime vista y el cielo de un azul acero. Corte. En la secuencia final, está sentado, trajeado, delante de una estantería repleta de libros, cierra un libro encima de su regazo, el libro *¡Esto es Alfa! Los diez mandamientos del jefe*, y, mientras mira de frente a Charlotte y a los otros nueve millones de espectadores, vuelve a resonar su voz en off: «Consigamos lo que nos pertenece por derecho. ¡Esto es Alfa!». Fin.

A pesar de todo, Charlotte no podía dejar de reír mientras trotaba a lo largo del Isar en dirección a Ismaning, con el rostro bañado en lágrimas y sudor, pensando en Kollegah, y se sintió un poco más aliviada. Quizá su madre tenía razón y se podía combatir la depresión con aire fresco y deporte, pensó, y volvió a reírse porque su madre no tenía razón, ella sabía que las nubes volverían a espesarse de forma totalmente inesperada. Pero ahora tenía una buena idea para una nueva canción, y apretó el paso de vuelta a su casa.

Por la tarde, Charlotte abrió un nuevo canal en Instagram al que llamó «iCharli», porque en ese momento no se le ocurrió un nombre mejor y de niña le había gustado la serie *iCarly*. Posteó un vídeo que había hecho el día anterior, durante el viaje en tren a Múnich, con un

cielo rosa sobre los campos al atardecer, y le añadió un corte de su canción «Cielo rosa».

Luego estuvo viendo la serie que había elegido para Nochevieja, y se tomó el helado y los aperitivos que se compró para Nochevieja. Happy New Year.

35

La primera semana el editor estaba en Kitzbühel, lo cual fue estupendo porque las asistentes pudieron comenzar el año y retomar el trabajo con tranquilidad. Por supuesto, él llamaba de vez en cuando, pero como estaba de vacaciones con su familia se contenía bastante para como era él.

Llegaron los primeros paquetes devueltos del tráfico navideño, porque muchas de las direcciones de las 350 personas a las que el editor quiso enviar libros ya no eran correctas. Jeanne se encargó de contactar con todos y averiguar sus direcciones actuales. Le gustaba ese tipo de tareas y parecía disfrutar con las llamadas telefónicas. Solo le faltaba enredar el cable del teléfono entre los dedos. Con lo que había leído sobre el juego pérfido y el poder tóxico de los narcisistas, ¿sería capaz de enredar también al editor entre sus dedos la semana siguiente?

El domingo, antes de que el narcisista de libro hubiera vuelto, Jeanne le envió a Charlotte una nota de voz de cinco minutos de duración. Estaba enferma, al día siguiente tenía cita con su doctora. Hacía mucho tiempo que estaba mal de salud, decía. No conseguía librarse de aquella horrible tos. Jeanne tosió varias veces durante la nota de voz, Charlotte no recordaba que en los últimos tiempos hubiera tosido mucho o se hubiera quejado de tos, e intuyó que su

compañera no solo faltaría al día siguiente. Estaba en lo cierto. Jeanne faltó todo el mes de enero, volvió a trabajar una semana a principios de febrero y se dio cuenta de que su salud definitivamente no iba a resistirlo, se puso enferma otra vez y dimitió.

Resumen del trabajo en enero, sin anécdotas extensas: así que Jeanne estaba enferma, y el editor tenía un bajón, casi un «blues de enero». Mientras Jeanne iba de médico en médico buscando la causa de su dolencia y enviaba el parte de baja todos los lunes, Charlotte intentaba hacerse cargo de todo y empezaba a perder el control de todo. Si antes tenía la sensación de tener por fin bajo control al editor, ahora se demostraba que era una ilusión, sus impredecibles oscilaciones de ánimo la sacaban de sus casillas.

O estaba acelerado y demasiado alegre, o abatido y quejumbroso, y en ambos estados de ánimo podía ser igual de peligroso y malvado. Su humor podía cambiar en cualquier momento. Naturalmente, Charlotte aprendió a desarrollar estrategias para controlarlo mejor, apreciar con rapidez su estado de ánimo e influir en él. Por ejemplo, cuando sabía que estaba de un humor agresivo, trataba de ponerle a otra víctima delante, alguien a quien mordiera con gusto o a quien antes o después iba a morder.

Cuando entraba en contacto con él o enviaba a una persona a su despacho, pensaba en aquel juego que siempre quiso tener de niña y jamás le compraron. El Cocodrilo Sacamuelas. Los jugadores tenían que pulsar por turno algún diente de las fauces de un cocodrilo de plástico, y cuando alguien tocaba el diente enfermo, el cocodrilo mordía. No dolía, pero ella y los otros niños tenían un

miedo terrible a ese momento en el que cocodrilo cerraba la boca. A Charlotte le ayudaba de vez en cuando imaginarse el trabajo con el editor como ese juego, y estaba mejorando, podía calcular a simple vista qué diente era mejor no apretar, y, como sabía que no había solo un diente malo, que de todas maneras iba a morder, enviaba antes a otra persona. Sus ojos siempre eran un buen indicador.

La razón de su bajón alias oscilaciones de ánimo alias dolor de muelas alias mordacidad era el mal ambiente en la editorial. Él sentía que, sobre todo, iba dirigido contra él. Varios cargos importantes, entre otros la jefa de edición, habían dimitido, y dos puestos de jefe de departamento seguían vacantes porque él no era capaz de decidirse entre los nuevos candidatos.

Los jefes de departamento restantes habían escrito juntos un correo electrónico solicitando una reunión lo antes posible para discutir los problemas de la editorial (él y sus capacidades directivas). El editor se negó y le dijo a Charlotte que Siegfried Unseld había sofocado de raíz la revuelta, pero naturalmente él tenía que reaccionar, y por eso mantenía casi todas las tardes conversaciones con sus amigos del consejo de administración para resolver el problema por otra vía. Dos semanas después del correo de los amotinados, Charlotte debía fijar dos posibles fechas para un retiro estratégico, que ya se celebraba una vez al semestre, en el que iban a discutirse muchos otros temas, y además él había elegido las fechas dentro de las vacaciones de su jefe de departamento predilecto, que también figuraba en el correo.

Para el editor, la solución de los problemas de la editorial estaba clara: «Reestructurar el nivel de dirección». Se lo dijo una tarde, con

una sonrisa malvada, después de una conversación «muy muy buena» con uno de sus amigos del consejo de administración.

Sch: ¿Qué tal la conversación?

Mu: Muy muy buena.

Sch: Me alegro de oírlo.

Estaba de buen humor, así que Charlotte intentó averiguar más.

Sch: ¿Y qué plan hay?

Mu: Bueno, está claro.

Sonrió otra vez. Ella lo vio dudar brevemente sobre si podía confiar en ella, si podía contarle su plan, y luego decidió que podía confiar en ella. Se puso las manos delante de la boca formando un cono, como si quisiera susurrarle algo, pero no susurró en absoluto:

—Reestructurar el nivel de dirección.

Luego le guiñó un ojo.

Mu: ¿Sabe lo que significa eso?

Sch: ¿Despidos?

Mu: No hay otra opción.

Según se acercaba la fecha estaba más aterrorizado, como si temiera que alguien fuera a dispararle durante la reunión, y finalmente el retiro fue cancelado en el último momento; la hija de uno de los miembros del consejo estaba en el hospital después de un accidente de bici, y sin ese hombre no se podía celebrar la reunión. Charlotte había oído la conversación del editor con el consejero sobre la cancelación. Su hija había tenido realmente un accidente de bici y, aunque no era demasiado grave, había que operarla de una fractura en la pierna. Durante la llamada, Charlotte

estaba sentada con él en el sótano. «Pero, con el shock, ahora no tendrás la cabeza para esto, ¿no?», «Vamos a aplazarlo», «No hace falta que vueles a Múnich para esto», «Precisamente en esta situación, tenemos que mostrar una imagen fuerte y sólida frente a los jefes de departamento».

El editor estaba paranoico, y se puso aún más paranoico, se rodeó de personas en las que confiaba, entre las que se hallaba Charlotte. Le preguntaba cada vez más a menudo qué opinaba de determinados compañeros, también de los jefes de departamento, y le revelaba a su vez sin tapujos lo que pensaba de ellos. No tenía en gran estima a la mayoría. Desde que recibió el correo, hablaba con frecuencia con Charlotte como si quisiera echarlos a todos. «Pero no es tan sencillo. Step by step, on verra».

Charlotte se sentía entre los dos frentes de una guerra. De alguna manera estaba de parte de los rebeldes, pero como asistente del editor también era, forzosamente, aliada del déspota. Como la esposa de un dictador, que piensa que el dictador ha de ser derrocado y tiene el dilema sobre cómo debe actuar. Si se volvía contra el editor, sería despedida. Podía revelar a los jefes de departamento que él quería librarse de ellos, pero eso ya lo sabían, y tampoco ellos la ayudaban.

Por otra parte, no podía negar que también disfrutaba un poco de ser casi la única persona de confianza que él tenía en la editorial. Disfrutaba cuando los compañeros se pasaban por su despacho y decían cosas como «Es increíble que controles todo esto sola», «Pareces haber encontrado la manera de tratar con él. Él te respeta»

o «Chapeau que con todo este estrés seas una persona tan alegre y equilibrada». Alegre y equilibrada, ja, ja, pensaba Charlotte.

Estaba orgullosa de arreglárselas con una persona tan difícil como él, de no haber tirado la toalla como las demás asistentes, de tener tanto que hacer y sacarlo adelante sin ayuda, y de recuperar una y otra vez el control después de cada uno de sus golpes bajos. Estaba orgullosa de que sus compañeros pensaran que él la respetaba.

Los elogios del editor seguían animándola, y seguía teniendo el impulso de hacer capturas de pantalla de mensajes como «Muchas gracias por su ayuda e impecable asesoramiento. Es un placer trabajar con usted» o «Scharf rocks. Gracias de corazón. Mille mercis», y enviárselos a su madre.

Pero a menudo los ataques también iban contra ella, le buscaba los fallos, y su crítica iba creciendo en crueldad. Fechas de cumpleaños marcadas en rojo en las que ella no le había insistido con la suficiente contundencia, muchas reprimendas en subjuntivo como «Habría tenido que responder a esto sin que yo se lo hubiese pedido» o «Naturalmente, hubiera tenido que enviar a mi mujer una copia de esta carta», y con cada reproche, con cada «Pas vrai?» o «Zut» siseado, sentía una pequeña punzada en el estómago, y cuando más dolía era cuando desconfiaba de su trabajo y de su perspicacia y le hacía sentir que había que vigilarla de cerca: «¡Haga una lista de todas las fresas pendientes! We’re not up to date. Tiene que recordármelo. Merfi». (Se suponía que «Merfi» significa «Merci». Se equivocaba a menudo, y esa era la errata más frecuente. Sobre todo por las tardes y a última hora, cuando había hecho más de una visita a la nevera, los mensajes solían ser ofensivos y difíciles de entender). Así que ya no solo quería las listas de llamadas, lecturas,

cartas y cumpleaños por escrito, ahora también quería su propia lista de tareas con las fresas en orden de importancia.

—Ahora las patatas pasan a ser fresas. La pobre señora Leonhart parece que va a estar enferma bastante tiempo —observó al repasar y corregir la lista, en la que faltaban muchos puntos que él ya le había mencionado antes.

Las fresas fueron cada vez más, y los «Zut» y los «Pas vrai?» también, pero cada vez hubo menos elogios y acabó siendo demasiado para Charlotte. Daba igual lo temprano que llegara y lo tarde que se marchara, daba igual cuántos correos de «Finalizados» le enviara con lo que despachaba todos los días, él siempre estaba insatisfecho, porque a él no le iba bien.

Y tampoco tenía ganas de resolver las fresas pasadas de fecha, no tenía cabeza para eso. En cambio se le ocurrían otras nuevas, para las que sí tenía cabeza, como, por ejemplo, una tarjeta con «Que se mejore» que acompañara a unas flores para Jeanne. Charlotte sabía que lo que quería era provocarla, porque le brillaban los ojos y estaba de un humor mordaz. «¿Qué le parece, señora Scharf? Vamos a escribirle una tarjeta a su antigua compañera, la señora Leonhart». Cuando se le ocurrió enviarle también una tarjeta a la madre de Jeanne, quien le había hecho llegar unas galletas en Navidad, Charlotte casi se echó a reír. Por la tarde volvió el lamento de que no habían adelantado nada, Charlotte tenía que priorizar de una vez e indicarle de manera más contundente las fresas importantes. «Tenía que haberme señalado esto con más contundencia».

Charlotte estaba más agotada cada día. El constante ir y venir, los altibajos la estaban volviendo loca. La volvía loca no saber nunca de

qué humor iba a estar él, la volvía loca estar siempre disponible en su casa cuando él la llamaba. Quizá lo que menos soportaba era tener que quedarse con él hasta entrada la noche, aunque Charlotte ya estaba en la editorial a las siete y media de la mañana. No se encontraba bien. ¿Y si aquella tos persistente no se le iba? ¿Qué pasaría entonces con todas las fresas? ¿En qué fruta o verdura se convertirían? ¿Le enviarían también a Charlotte un ramo de flores?

Pero tirar la toalla no era una opción. Por el momento se le quitó la tos, y siguió encargándose de todo. Era una de las pocas que podían tratar con él. La respetaba, y con todo ese estrés parecía siempre tan alegre y equilibrada.

Cuando Charlotte se iba a su casa en el suburbano por las tardes, a menudo lloraba en silencio. No podía evitarlo, las lágrimas salían solas y le daba igual lo que la gente pensara de ella.

Sencillamente, no veía ninguna salida. Solo había recibido rechazos a sus solicitudes de empleo, y lo de la música tampoco iba a funcionar.

Por eso, cuando vio a Bo y a la morena, que se llamaba Chloë o Cleo y a la que Charlotte (que no había olvidado que se llamaba Cleo) seguía llamando «la morena», inevitablemente surgió la pregunta de qué había hecho ella para merecer todo aquello. Y eso que, en ese momento, Charlotte no tenía ni idea de que las cosas iban a empeorar aún más. Estaba sentada junto al editor en su Aston Martin, esperando a que cambiara el semáforo, y los vio cruzar la calle en dirección a una parada del tranvía. Bo se echó a reír, y la morena le pasó el brazo por los hombros. Él le cogió la mano, igual

que antes cogía la mano de Charlotte. Charlotte se puso la mano en el pecho para que doliera menos.

Mu: Ahora todas llevan leggings con esos agujeros.

El editor señalaba a una corredora cuyos leggings negros tenían cut-outs en los muslos.

Sch: Cut-outs.

Mu: ¿Usted también lleva leggings como esos?

Mu: ¿Con cut-outs?

Sch: No.

Mu: ¿Y lleva una coleta que se mueve de un lado al otro cuando corre?

Sch: No.

La mirada de Bo encontró la suya cuando la pareja se detuvo en la parada del tranvía. Su risa desapareció, el semáforo se puso en verde y el editor arrancó con un aullido del motor.

36

«Escribe más sobre su vida privada», podría aconsejar un editor después de leer el texto hasta aquí.

«Me gustaría saber más de Charlotte».

«¿Cómo ha llegado a esta situación?».

«¿Por qué sigue tan apegada a su familia, a sus padres?».

¿Cómo es su vida interior?

¿Y qué pasa con el Work-Life-Balance?

¿Y con el Love Interest?

¿De verdad no tiene contactos sociales?

Si le hubieran preguntado a Charlotte cómo era su Work-Life-Balance durante su etapa en Múnich, probablemente se habría reído y habría respondido con sarcasmo.

¿Qué es eso del Work-Life-Balance? La Wikipedia dice que es un estado en el que la vida laboral y la vida privada están conectadas, se mantienen en equilibrio y, en la medida de lo posible, no interfieren entre sí. Una definición bastante clara, la verdad. Que no servía para nada, porque Charlotte prácticamente no tenía vida privada. Después del trabajo se iba a casa, comía, hacía música, dormía, salía a correr y volvía al trabajo. ¿Y no le importaba nada

más? Esa pregunta ya es incómoda, muy privada y difícil de responder. ¿Por qué seguía tan apegada a su familia si, según ella, le causaba tanto sufrimiento? Eso también es incómodo. La familia era todo lo que tenía, y en esa fase los padres, que básicamente no eran malos padres, no pintaban nada. Y Charlotte, como hija, seguramente tampoco.

Vida interior: sombría.

Love Interest: desaparecido.

Contactos sociales: no.

Sus padres pensaban que ese era el principal problema de Charlotte: que tenía pocos contactos sociales, que se aislaba demasiado en su tiempo libre, es decir, que si era tan desdichada solo se debía a errores de conducta.

Pero el problema era, y sigue siendo, que sus padres no la entendían. A ella le gustaba estar sola.

Sus padres pensaban que era solitaria e infeliz. Y siguen pensándolo ahora que es una música de éxito, famosa, con buenos ingresos, que tendría que dar saltos de alegría y disfrutar de la vida con una sonrisa radiante. Pero Charlotte nunca ha disfrutado de la vida con una sonrisa radiante. Nunca ha sido de las que saltan de alegría y gritan «¡Vive el momento!», nunca ha sido de las que quedan con los amigos para ir los domingos al mercadillo o tonterías por el estilo. Y nunca será una de esas personas que andan por ahí felices, agradecidas, sociables o en plan YOLO.

Sin duda Charlotte ha tenido momentos felices, y en los últimos años había descubierto lo que significaba la felicidad para ella. Que

le gustaba estar sola y que eso estaba bien. Que era incluso cool lo bien que se las arreglaba sola. Sabía lo que la hacía feliz: leer, la música, salir, los helados, el mar, el agua en general, viajar o ir sola a clubes techno. La mayoría de las veces, quedar con personas que no le interesaban le parecía una pérdida de tiempo. En cambio, las personas que ella consideraba interesantes no la encontraban interesante a ella.

Sus padres no lo entendían. Para ellos, el mayor objetivo en la vida de una hija, más aún que el éxito profesional, era fundar una familia, no estar sola. A ojos de sus padres, una mujer adulta no podía ser feliz en este mundo si estaba sola.

Charlotte no quería oponerse a todo por principio. Pero primero quería asentarse un poco, encontrar su propio sitio en el mundo, un lugar, una cosa, con la que se sintiera bien. Y ahora Charlotte sabe que para ella la felicidad consiste en sentarse sola en su casa y contar historias a través de la música, expresar sus sentimientos.

En este sentido, hoy es muy feliz. Y quizá en ese sentido también fue feliz en Múnich, o mejor: encontró esa felicidad en Múnich. Pero ¿a qué viene preguntarse por su felicidad? Como si solo se tratara de encontrar nuestra felicidad aquí, mientras que en otros lugares la gente no tiene tiempo para hacerse esa pregunta porque mueren en guerras, etc. Está bien que la pregunta «¿Es feliz Charlotte?» no fuera planteada por un editor que leyera el texto. Y no, claro que no era feliz.

Múnich era horrible, sobre todo el trabajo era horrible, y probablemente nunca se había sentido en ningún sitio tan mal y tan sola.

Y, aun así, en la música había encontrado un hogar, uno que jamás había imaginado. Odiaba Múnich, pero estaba agradecida por el tiempo pasado en la capital bávara porque allí había encontrado ese hogar. A veces, esos momentos tan terribles son buenos para algo, piensa hoy Charlotte. Su primer álbum no habría nacido sin Múnich, no en vano lo llamó *Isar*. Y sin ese trabajo horrible probablemente no habría encontrado esa motivación.

Quizá quienes lo vean desde fuera digan: «Entonces el trabajo no podía ser tan agotador, si le quedaba tiempo para su hobby». Pero lo que ocurrió fue exactamente lo contrario. Cuanto más la agotaba el trato con el editor, tanto más se lanzaba Charlotte a la música por las noches y los fines de semana, una música que fue cambiando en enero y febrero, durante el periodo más terrible. La voz fue haciéndose en algunas estrofas más alta y más fuerte, hubo variaciones de ritmo, y dejó entrar technobeats algo más rápidos. Había una urgencia que no había antes, una rabia en las nuevas canciones que no sonaba a agotamiento, sino a pura energía.

En ese sentido hubo ese Work-Life-Balance, porque sin duda el trabajo devoraba la vida privada de Charlotte, pero también daba fuego a su vida privada, alias música, y la vida privada, alias música, le daba a su vez fuerza para aguantar en el trabajo. Y, en primer término, la música daba un sentido a la vida sin sentido de Charlotte.

Cuando el domingo fue al Wörthsee a hacer un vídeo para Instagram, tuvo miedo de encontrarse por el camino con Bo y la morena, que quizá también habían decidido hacer una excursión al

lago favorito de Bo, pero luego pensó que a la mierda Bo. A la mierda la morena.

Se sentó junto a la ventana en el café donde, un par de meses atrás, se había tomado un Aperol Spritz con Bo, y contempló el cielo gris. Finas brumas blancas se alzaban del agua oscura, los árboles eran escasos y negros, el cielo gris. También el aire parecía frío y gris. Charlotte pensó que lo que había fuera se asemejaba a lo que había dentro de ella. Así que aquí tenéis una imagen de la vida interior de Charlotte. «Así me siento», murmuró quizá para sus adentros, mientras miraba al exterior.

Se tomó su tiempo y revisó las grabaciones que había hecho durante el paseo junto al lago. Al fin y al cabo, era sábado y no tenía ninguna prisa. Pidió otro café, montó el vídeo y un corte de la canción y posteó el resultado. Luego dejó el móvil encima de la mesa, volvió a mirar hacia fuera y sonrió al ver la pequeña ventana azul claro que se abría en el cielo y los últimos rayos del sol de la tarde que luchaban por abrirse paso entre el azul y el gris. Qué bonito, pensó, y pidió un Aperol Spritz antes de irse. Al fin y al cabo, era sábado.

Y ahora, basta de vida privada. Hablemos una última vez de la vida laboral, antes de que deje de haber vida laboral.

37

Avanzamos a grandes pasos rumbo a la catástrofe. La palabra «catástrofe» proviene del griego, significa literalmente «cambio brusco, inversión». En la tragedia antigua y en la teoría dramática que se rige por ella, la catástrofe es el giro decisivo de la trama, el punto en el que el destino del héroe se inclina hacia la fortuna o hacia la desgracia, la mayor parte de las veces hacia la desgracia.

En febrero la curva siguió bajando y el editor se puso aún más insoportable. Seguía yéndole muy mal, la atención que reclamaba fue a más, y también las observaciones, las fresas y los «Pas vrai?» y los «Zut»; naturalmente, todo estaba relacionado. Por supuesto, no faltaban emojis de cohetes, fotos privadas de Adeline, elogios desmedidos y conversaciones divertidas que hacían reír a Charlotte, aunque en realidad ya no quería reírse con sus tonterías. Y, en la mayoría de los casos, a Charlotte también le resultaban desagradables sus mensajes amables. Por ejemplo, después de haberle gritado y haber cuestionado sus capacidades porque había reservado la mesa equivocada, demasiado pequeña, y haberle dicho que no escuchaba bien —«He dicho la mesa del jinete, la mesa que hay al lado de la estatua ecuestre. Por eso es la mesa del jinete.

Tiene que escucharme bien, señora Scharf. Trabaja de manera imprecisa. Se lo dije ya la primera semana»—, recibía al día siguiente un SMS con este texto: «Buenos días, querida señora Scharf, hemos estado grace â vous en la mesa del jinete y hemos brindado por usted. Llegaré pronto a la editorial y tendremos un Magic Thursday, ok?», Charlotte no podía más que negar con la cabeza. Tóxico, pensaba, y se avergonzaba de pensarlo. Pero aquello no era normal, y la palabra «horrible» ya no bastaba para describirlo.

Y lo peor era que a ella también la estaba convirtiendo en una pequeña psicópata con sus caramelos demasiado dulces y sus latigazos demasiado fuertes. El caos al que la arrastraba acabaría destrozándola. Desde niña, Charlotte había necesitado orden a su alrededor, porque su interior era desordenado, y perder el control de las fresas, de sus citas, de las listas, y no poder hacer nada por evitarlo porque estaba al límite, derivó en un dolor físico que la devoraba. Notaba un constante y desagradable cosquilleo y un tirón en la zona abdominal, como cuando vas en una montaña rusa y no ves venir la curva. Charlotte tenía el sueño recurrente de que bajaba con esquíes una ladera empinada sin poder frenar, saltaba por encima de colinas e iba cada vez más deprisa. La mayoría de las veces se despertaba sin aliento antes de que ocurriera nada grave. Algo así sentía en el estómago; y, como si eso no fuera suficiente, la mano derecha le empezó a temblar y a dormírsele. En su casa, golpeaba con fuerza la almohada con el puño medio entumecido y gritaba: «¡Despierta, mano de mierda!», y perdía el control a la mínima, se echaba a llorar cuando volvía con la compra y se le rompía una bolsa de papel, o lloraba histéricamente cuando le

llegaba una carta del seguro y debía ocuparse de algo para lo que, de verdad, no tenía tiempo, porque no tenía tiempo. Le costaba mucho concentrarse en el trabajo y representar el papel de la asistente amable y controlada, aunque estuviera a punto de reventar. Y, en cuanto salía de la editorial, se convertía en el desastre emocional que hacía tiempo que era.

Jeanne regresó después de semanas de ausencia, con un pequeño papagayo de madera para su escritorio y un pastel de su madre. Aguantó tres días, vio cómo estaba él, dimitió y, a pesar de tener un plazo de preaviso, habló con Alexandra Liebig y no volvió más.

Charlotte envidiaba a su excompañera, que estaba radiante cuando entregó su portátil y su móvil y se sentó por última vez en el despacho que habían compartido.

—Me voy a tomar un café helado —dijo, abrazó una vez más a Charlotte y se fue.

Charlotte se dejó llevar por la fantasía de que había dimitido junto con Jeanne. Miró por la ventana, parecía que iba a llover. Si hubiera dimitido, lo primero que haría sería irse a Zara a comprarse algo de ropa, y luego compraría helado y patatas fritas, y vería en la cama una maratón de series como nunca lo había hecho antes.

Lo peor seguían siendo los comentarios inapropiados y el contacto físico. Cada roce lo sentía como una corriente eléctrica, pero, en lugar de describirlo con palabras, a continuación se incluye un chat entre madre e hija para ilustrarlo.

Charlotte: Acabo de hablar por teléfono con Mu y me ha dicho que me sentaban bien los leggings.

La madre: Qué idiota.

La madre: Pero mejor eso que insultos.

Charlotte: No, mejor insultos.

Charlotte: Ya no puedo más. No quiero más.

—Quizá deberías probar con terapia, si siempre estás tan mal —respondió la madre, como si fuera culpa de Charlotte.

Por supuesto, Charlotte no fue a terapia. No tenía tiempo. ¿Qué se imaginaba su madre? ¿No sabía lo difícil que era conseguir cita con un terapeuta? Charlotte no se iba a molestar en conseguir cita con un terapeuta; no pensaba ir a terapia. Que fuera el editor a terapia. Estaba mucho más loco que ella.

Con el paso de los días, Charlotte percibía con más claridad que todo aquello acabaría explotando. Igual que se presiente que va a haber tormenta cuando hay bochorno y el ambiente está cargado, las espesas nubes son demasiado oscuras y pesadas y tienen que estallar. Pero primero ocurrió otra cosa.

Un frío sábado de febrero, Charlotte estaba corriendo hacia el Speichersee y, de repente, un dolor punzante le recorrió la pantorrilla. No podía apoyar el pie y se dio cuenta enseguida de que era algo grave.

Mientras cojeaba de vuelta a su piso campo a través, lloraba como una niña pequeña. Ya no quería seguir con todo aquello. En casa, se tomó dos ibuprofenos de 600 y uno de 400. Tuvo náuseas, se quedó inmóvil el resto del día en la alfombra y lloró. En algún momento se

levantó, se dio una ducha muy caliente, se tumbó en la cama, siguió llorando y no durmió.

—Sobrecarga, frío, solo tienes que cuidarte un poquito más. —Fue el diagnóstico de su padre, que acudió a verla al día siguiente por indicación de su madre.

Pero Charlotte sabía que era algo más porque su pierna, su cuerpo entero, ya no funcionaba igual, y, cuando dos meses después estaba en casa de sus padres y consultó por fin a un médico amigo, el diagnóstico fue fractura por estrés. Por debajo de la rodilla se había producido una pequeña fisura en el hueso, el médico se la enseñó en la radiografía. Ella tenía razón, era una fractura, una fractura por estrés. Era casi divertido, pensó Charlotte. El hueso estaba cansado, el hueso se rompió por estrés; ella estaba cansada, ¿se rompería también ella?

Así que, desde aquel sábado de febrero, empezó a cojear por Múnich y sintió como si su interior se hubiese vuelto hacia fuera. Como era de esperar, no se molestó en usar muletas ni acudió al médico; no conocía a ninguno en Múnich. No solo no tenía tiempo, sino que, sobre todo, le aterraba el diagnóstico.

Charlotte siempre se burlaba de los colegas que se quejaban de problemas estomacales o migrañas a causa del estrés. Ahora se preguntaba qué relación había entre esa fractura en su hueso y la

fractura que había dentro de ella misma. El hecho de haberse roto un hueso sin tener ningún accidente ya era bastante asombroso. Por supuesto, había corrido demasiado, y con mucho frío, pero aquella fractura estaba inseparablemente ligada al trabajo y al editor. Su cuerpo ya no podía más, y se lo gritaba todo el tiempo. Pero ella lo había ignorado todo: el temblor en los párpados, el zumbido en los oídos, el vértigo, los sudores nocturnos, incluso la mano dormida. Y entonces se quebró.

38

Las tres semanas previas a la catástrofe, Charlotte lo soportó todo igual que un perro viejo y resignado que se tumba en el suelo y se deja acariciar por desconocidos, aunque lo odie. A causa de los dolores en la pierna y en el pecho, las maldades dolían menos que de costumbre. El dolor era como una espuma que lo atenuaba todo. El caos que irradiaba el editor, las masas de fresas, los «Pas vrai?» y los «Zut» le resultaban cada vez más indiferentes. Pero quizá esa indiferencia se debiera también a los analgésicos que se estaba tomando.

El editor estaba tan ensimismado que los primeros días ni siquiera advirtió la cojera de Charlotte. Sin embargo, una tarde se dio cuenta, después de haberla enviado a varios lugares de la editorial, a ver a una editora, al departamento de diseño y luego a ver a otra editora, y a buscar, como referencia para un nuevo título, un libro en cuya cubierta salía una mujer guapa con un vestido vaporoso, y que Charlotte volviera con un libro tras otro con mujeres con vestidos vaporosos en la cubierta, pero nunca con el que buscaba el editor.

Mu: Este tampoco es. Creo que el vestido era amarillo.

Mu: Está cojeando. ¿Qué le ha pasado?

Sch: Me he lesionado corriendo.

El editor dudó un instante sobre cómo reaccionar. Charlotte tenía la impresión de que disfrutaba pasando de su papel de jefe asediado y necesitado de ayuda al de buen samaritano, que enviaba flores a sus subordinados enfermos y a sus amigos, a veces con una tarjeta, e incluso iba a visitarlos al hospital. Pero en este caso se sintió amenazado, al fin y al cabo solo le quedaba una asistente, la otra le había fallado, como muchas antes, por no sé qué problemas de salud.

Mu: Coja un taxi luego para volver a su casa.

Sch: Gracias. Es usted muy amable.

Mu: ¿Le he contado que casi llegué a ser profesional del tenis?

Sch: Ah, ¿de veras?

Mu: El número 348 de la lista mundial ATP.

Sch: Fantástico.

Mu: En una ocasión incluso gané a Agassi.

Sch: ¿En serio?

Mu: Con poco más de veinte años.

Mu: Pero luego mi rodilla puso fin a todo.

Sch: Qué lástima.

Mu: Sí, sí, sí, no se pudo hacer nada. En fin.

Mu: Haga el favor de volver al despacho de la señora Liebig. Pregúntele por un libro con una mujer con un vestido vaporoso amarillo en la cubierta. Quizá ella se acuerde.

Charlotte fue cojeando a ver a Alexandra Liebig, que le dio un libro con una mujer con un vestido vaporoso rojo en la cubierta. Charlotte vio en la expresión del editor que ese era el libro que estaba buscando, pero él no quiso reconocerlo.

Mu: Le he dicho que el vestido era amarillo. Tiene que escuchar con más atención y ser más precisa en su trabajo.

Charlotte asintió en silencio.

Ahora, cuando se quedaba en el despacho hasta tarde, cada tanto cogía un vale de taxi y dejaba que la llevaran a casa. Sin duda él no había dicho que ella pudiera hacerlo con regularidad, pero le daba igual. A fin de cuentas, ella no escuchaba con atención, que se lo descontara del sueldo. En febrero envió sin mucho interés otras dos solicitudes de empleo, y tampoco hubo respuesta. La falta de interés no se debía a que hubiera renunciado o se hubiera resignado a seguir siendo asistente. Se debía, simplemente, a que estaba muy cansada, y toda la energía que le quedaba la dedicaba a hacer música por las tardes. El canal de Instagram de iCharli, al que Charlotte había subido nueve reels con su música, tenía ya 630 seguidores. Ella estaba bastante orgullosa, se alegraba con cada repost y con cada mensaje.

Además, ahora iba a nadar todos los días antes del trabajo, aunque durante la primera semana aún le dolía mucho la pierna. Se tomaba medio ibuprofeno de 600 y empezaba a hacer largos muy despacio. Al final de cada largo, como recompensa, se sumergía hasta el fondo, como hacía de niña. Era una sensación agradable salir de la piscina a la ciudad fría y ponerse en camino hacia la editorial con un cigarrillo y un café para llevar. Cuando llegaba, dejaba sus cosas de nadar detrás de la mesa de Jeanne y le gustaba que el despacho oliera un poco a cloro. Como en la piscina.

39

¿Bo vuelve ahora o no? Anticipar y luego no rematar no está bien.

A principios de febrero, cuando iba a la editorial, lo vio de lejos una vez más, pero prefirió ignorarlo. Le daba vergüenza que la viera cojear como un despojo. Por suerte, sus caminos ya no se cruzaban porque, como iba a nadar por las mañanas, ella tomaba una ruta distinta.

Luego, un viernes por la tarde, poco antes de la catástrofe, él la interceptó después del trabajo, como había hecho otro viernes hacía unos meses.

La impasibilidad y la naturalidad con la que volvía a estar allí de brazos cruzados no hizo reír a Charlotte como aquella vez. Tuvo miedo, y, cuando él la vio y fue hacia ella, ella se detuvo en seco. ¿Qué quería?

No hubo un «hola», ni un «¿Qué tal?», ni un abrazo. Él no preguntó: «¿Una cerveza de viernes?», como la última vez, sino: «¿Qué te ha pasado?».

Charlotte: Un simple esguince.

Bo: Te vi hace tres semanas y ya cojeabas.

Charlotte: Stalker.

Bo: ¿Tienes un momento?

Charlotte: No, en realidad no, estoy cansada y no quiero perder el suburbano.

Continuó con su cojeante *Walk of Shame*.

Bo: Charlotte, solo quiero hablar un momento.

Charlotte: ¿Sobre qué?

Caminaba junto a ella, mientras ella intentaba no cojear demasiado.

Bo: ¿Por qué me has bloqueado?

Charlotte: ¿Lo preguntas en serio?

Trató de andar más deprisa, y estuvo a punto de tropezar.

—¿Puedo? —preguntó él, antes de pasarle el brazo por la cintura.

Charlotte titubeó y asintió. Podía; de hecho, notó que caminar era notablemente más fácil y menos doloroso si se apoyaba en él.

Charlotte: Te envié una canción mía y no contestaste, ¿sabes lo jodido que es eso?

Bo: Quise contestar, pero me habías bloqueado.

Charlotte: Porque no tuve respuesta.

Bo: Cuando fui a escribirte al día siguiente, ya estaba bloqueado.

Charlotte: A algo tan personal hay que responder con rapidez.

Charlotte: Es como una llamada de emergencia. O una oferta de trabajo. Si no respondes enseguida, pierdes el empleo.

Bo: Estaba desconcertado, primero tenía que rehacerme.

Bo: Me hubiera gustado hablar contigo por teléfono.

Charlotte: Podías haberme llamado.

Bo: ¡Pero si estaba bloqueado!

Charlotte: Entonces podías haber llamado desde otro número. Donde hay voluntad, hay un camino.

Habían llegado a la estación y el suburbano estaba a punto de entrar.

Charlotte: ¿Qué quieres, Bo?

Bo: ¿Cómo estás? Tienes mal aspecto.

Charlotte: Gracias. Estoy bien. ¿Cómo estás tú? ¿Dónde está la morena?

Bo: Charlotte.

Casi la subió por la escalera, aunque había un ascensor. Al llegar arriba, ella se desprendió de su medio abrazo y se quedaron el uno frente al otro.

El tren de Charlotte llegaba en tres minutos.

Charlotte: Gracias por traerme. Hasta luego, Bo.

Bo no hizo amago de irse.

Charlotte: ¿Qué tal tu casa?

Bo: Me voy allí mañana.

El S8 entró, Charlotte miró a Bo, se llevó un cigarrillo a los labios, lo encendió, y el tren se fue. Seguían el uno frente al otro, como una pareja de enamorados que no saben cómo despedirse. Charlotte eludió la mirada de él y miró al suelo.

Charlotte: Sabes, Bo, te necesitaba.

Vio por el rabillo del ojo que él estiraba lentamente la mano hacia ella, pero luego la bajó a medias, como cuando vas a pulsar el botón del ascensor y la puerta se abre sola. No sabría decir cuántos minutos estuvieron el uno frente al otro en silencio; ella bajó la mirada al suelo y la levantaba de vez en cuando, y vio que él no estaba mirando al suelo, sino a su rostro. Sus ojos eran tristes y de un verde profundo, como el musgo oscuro de un bosque.

—Sí, lo sé —respondió él, cuando Charlotte ya pensaba que no habría respuesta, que el silencio era respuesta suficiente.

Charlotte levantó la vista.

Bo: Pero no puede ser.

Empleó el presente, así que nada había cambiado. ¿A qué venía entonces aparecer así, de repente? ¿Acaso la morena le había presionado para que cortara con ella definitivamente? ¿Qué hacía mirándola de ese modo, como si ella le hubiera escupido o algo por el estilo? Ella ya no evitaba su mirada penetrante, al fin y al cabo no le había escupido ni nada por el estilo.

Bo: No soporto ver esto. Te estás destrozando. Mírate.

El siguiente S8 entró, Charlotte le mantuvo la mirada, encendió otro cigarrillo, aunque no le sentaba bien con los analgésicos, y el tren se fue. Estaban el uno frente al otro, y ahora se miraban a los ojos como dos cowboys antes de un duelo.

Bo: Es como cuando hay aviso de aludes y te obstinas en no moverte de tu cabaña de vacaciones en las montañas. No voy a quedarme abajo con los prismáticos viendo cómo el alud se traga tu casita.

Charlotte no pudo evitar echarse a reír.

Charlotte: Es una comparación muy enrevesada.

Bo no se rio. Hubo otro silencio que duró varios minutos, ahora mirándose a los ojos. De hecho, parecía que mantenían un duelo. Aunque Charlotte no tenía claro de qué se trataba, qué podían ganar o perder.

Charlotte: ¿Y qué harás en vez de eso, darte la vuelta e irte al mar?

Sus ojos eran de un verde tan oscuro que, si Charlotte lo hubiera conocido aquel día, quizá habría pensado que eran casi negros y que aún no sabía si eran azules, verdes o marrones.

Bo: Sea como sea, no soporto estar mirando sin intervenir.

Ahora fue Charlotte la que intentó atravesarlo con la mirada.

Charlotte: Sí, deberías hacer algo, Bo.

Charlotte: Si claramente ves un alud rodando y sabes que hay alguien en la casita, deberías hacer algo.

Bo: ¿El qué?

Charlotte: ¿Tal vez escalar la montaña, a pesar del mal tiempo, y sacarme de esa casita de mierda?

Charlotte: En cualquier caso, no marcharte al mar.

Bo: No me he marchado al mar.

Charlotte: Sí que lo has hecho.

Bo: Te negarías a dejar la casita.

Charlotte: Eso tú no lo sabes. Ni siquiera lo has intentado. Y tampoco he dicho que sea fácil sacarme de allí.

Llegó el siguiente tren, que por desgracia no era el S8. Charlotte miró a Bo, que ahora sonreía ligeramente; se preguntó qué le había hecho sonreír, asintió para despedirse, se dio la vuelta y subió cojeando al tren, aunque no fuese a Ismaning.

—Gracias por el cielo rosa, Charlotte. Escucho la canción todas las noches.

La puerta se cerró. Ella se arrepintió brevemente de haber subido al tren, se dio la vuelta una vez más aunque le ardían los ojos y vio, mientras el tren se iba, que sus ojos casi negros tenían un brillo verde oscuro.

Charlotte se preguntó qué significaba todo aquello. ¿Había perdido el duelo? ¿Era esta la despedida definitiva?

Se sentó junto a la ventanilla y dejó correr las lágrimas.

Hombres, pensó Charlotte como tantas veces, y le desbloqueó por si acaso.

40

Y ahora, tras este pequeño destello de esperanza, por fin la catástrofe.

Los autistas, escuchó una vez Charlotte en un pódcast, no saben distinguir lo importante de lo trivial. En su ira, ella ya había atribuido al editor muchas enfermedades mentales, pero al oír aquel pódcast en el que se hablaba de los niños autistas no pudo evitar pensar en él, aunque no mostraba ningún otro síntoma de aquel trastorno del desarrollo. Además, el editor no era especialmente inteligente, y en la cabeza estereotipada de Charlotte los autistas a menudo eran genios. Pero ahora eso da igual.

En cualquier caso, al final la catástrofe que ya hemos anticipado varias veces no fue tan catastrófica. Nadie salió herido, el editor no le puso la mano encima ni nada parecido. Simplemente, perdió los estribos por una nimiedad y Charlotte se derrumbó. El motivo de su arrebato fue una puerta del ático que alguien no había cerrado.

Aclaremos: el editor tenía el desván de la editorial lleno de trastos; acumulaba trastos. Un guante de boxeo original de Vladímir Klichkó, la primera edición de *Baby One More Time* con la firma de Britney

Spears, sus diarios, viejos carteles publicitarios de los años veinte, arte, etc.

El día en cuestión, Charlotte fue a buscar al desván una vieja revista de cómics que él quería ver para tomarla como modelo para una cubierta. En la escalera se encontró con el portero, que le indicó que la puerta de arriba no estaba cerrada con llave. Alarmada, Charlotte subió corriendo, cerró la puerta con llave y fue enseguida a ver al editor para contárselo; sabía lo importante que era para él su cámara de los tesoros del ático.

Él estaba terminando una reunión con una editora que le gustaba, Charlotte le oyó bromear mientras se despedía, cuando ella entró sin aliento.

Sch: Señor Maise, la puerta del desván no estaba cerrada con llave.

Mu: ¿Está cerrada ahora?

Sch: Sí.

Mu: Bueno, entonces todo bien.

Mu: ¿Dónde está el cómic?

Sch: Enseguida lo traigo.

La llamó por la noche, mientras Charlotte estaba escuchando sus nuevas grabaciones en el portátil. A las 22.50, a las 22.51, a las 22.51, a las 22.52.

Escribió un mensaje: «Devuélvame la llamada, es urgente».

Asustada, le devolvió la llamada.

Mu: ¿La puerta del desván no estaba cerrada con llave? Me he encontrado antes con el portero y me ha explicado que ya se lo dijo

a usted.

El editor hablaba con una voz ronca que parecía salirle del estómago. Sonaba muy furioso, casi gritaba.

Sch: Ya se lo dije antes.

Mu: ¿Cuándo?

Sch: Antes, cuando estaba usted en su despacho con la señora Kallinka.

Mu: No. Miente. Yo no recuerdo eso.

Sch: ¡Sí! Usted preguntó si la puerta ya estaba cerrada, le dije que sí, y me contestó que entonces todo estaba bien.

Mu: ¿Y con eso dio el asunto por zanjado?

Ahora su voz ya no era grave y ronca, sino aguda y extrañamente estridente, como si ya no tuviera control sobre las palabras que salían de su boca. Y de pronto gritó.

Mu: Tengo demasiadas cosas que hacer, y no me encuentro bien. Usted lo sabe. ¡Tiene que guiarme en un asunto así! ¡Llevarme al desván! Y explicarme tranquilamente lo que ha sucedido.

Charlotte se quedó sin habla. ¿Ahora era un abuelito senil que ya no entendía nada y al que tenía que proteger, o qué?

—Nunca he conocido a alguien tan insolente como usted —gritó él, aunque ella no había dicho en voz alta lo del abuelito senil.

Una punzada. Se sentía injustamente tratada.

Sch: Pero si se lo dije enseguida. En cuanto el portero me lo contó, corrí a verle.

Mu: ¿Y qué hace el portero fisgando, comprobando si la puerta de mi desván está abierta? Allí no se le ha perdido nada. Ese tipo siempre ha sido un incordio.

Mu: Usted sabe lo que significa el desván. En él están mis cosas más valiosas.

Mu: Y con «valiosas» no me refiero al valor económico, sino al emocional, si es que es usted capaz de entender eso.

—Se lo dije en cuanto lo supe —repitió Charlotte, aunque sabía que era inútil.

Mu: Venga enseguida a la editorial.

Sch: ¿Cómo? Son las once de la noche.

Mu: Estoy cansado y hecho polvo, y por su culpa ahora tengo que ir a la editorial y comprobar si todo está en su sitio. Tenía que haberlo hecho usted conmigo esta tarde.

Mu: Insisto en que venga enseguida.

—No, no voy a ir —dijo Charlotte, porque no quería quedarse sola con él en el desván, y menos si le gritaba de ese modo.

El editor rio con malicia.

—¿Ni siquiera va a disculparse?

Sch: No he hecho nada mal.

Mu: No puedo trabajar con usted. Es demasiado joven, demasiado ingenua y muy poco fiable.

Mu: De verdad que nunca me había pasado una cosa así. ¿Sabe lo valioso que es el guante de boxeo de Klichkó?

Mu: ¿Para qué cree que la tengo a usted?

Colgó.

Volvió a llamar. Charlotte no contestó.

Llamó de nuevo, y Charlotte seguía sin contestar.

No se atrevió. Los gritos eran horribles, estaba asustada, y odiaba que le gritaran desde que era niña. Le dolía físicamente.

Llamó a su madre, que no respondió, probablemente porque sus padres ya se habían ido a dormir, así que llamó al número fijo. Al séptimo timbrazo, su madre respondió al fin.

La madre: ¿Estás loca? Ya estábamos dormidos.

Charlotte: Mamá, está completamente desquiciado.

Llorando, se sentó en la tapa del váter y le contó a su madre lo que había pasado.

Charlotte: No puedo ir mañana.

Charlotte: Me despedirá.

La madre: Ahora tienes que calmarte.

Charlotte: Simplemente no contesté.

La madre: Entonces contéstale cuando llame, y discúlpate.

Charlotte: Pero yo no he hecho nada mal.

La madre: Ahora hay que dormir, Charlotte. Tú también. Buenas noches, cariño.

Escribió a Alexandra Liebig: «¿Podemos hablar? Es urgente».

Media hora después, Alexandra Liebig la llamó. Cuando Charlotte empezó a explicarle lo que había pasado, la interrumpió.

Lib: Acabo de estar con él en el desván.

Lib: Está todo.

Sch: Creo que va a despedirme mañana.

Lib: Se le pasará.

Sch: ¿Estaba muy enfadado?

Lib: Te he defendido como una mamá leona, ratoncito mío.

Seguro que no, pensó Charlotte.

A la una de la madrugada, Charlotte recibió un correo del editor:

«Si no puede entender mi sorpresa y mi enfado por esa puerta abierta, por favor, por una vez, reflexione como es debido, querida señora Scharf. Y quizá también debería preguntarse por qué, después de fallos tan catastróficos, no puede simplemente disculparse. Bonne nuit».

Charlotte se fue destrozada a la cama; por supuesto, no pudo dormir. ¿Por qué no había contestado a su llamada? ¿Por qué se negó a ir a la editorial? Quizá él se habría tranquilizado si hubieran comprobado juntos que el guante de boxeo y el resto de sus trastos seguían allí. ¿Debía volver mañana al trabajo como si no hubiera pasado nada, o era mejor quedarse en casa por el momento? ¿Qué debía hacer?

41

Entonces, en mitad de la noche, el supuesto infarto.

Charlotte pensó realmente que iba a morir esa noche. ¿Quizá sea mejor describir en presente el ataque de pánico para que resulte más cercano? De lo contrario, esto no se tomará en serio, hoy en día una de cada dos personas que aparecen en las redes sociales tiene que luchar con ataques de pánico o de ansiedad. Aunque, por otra parte, el ataque de pánico ha sido ya descrito: las dolorosas punzadas en el corazón, la huida de la casa, el caminar cojeando de un lado a otro por la calle, el número de emergencias en el móvil y el diagnóstico «clásico ataque de pánico» de su padre a la mañana siguiente, solo que ahora se describe en presente.

A las tres de la mañana, Charlotte se despierta bañada en un sudor frío. Tiene punzadas en el corazón, nunca ha sentido un dolor tan espantoso. Se le clava con cada respiración, cada vez más fuerte. Un infarto. ¿Está teniendo un infarto? Inspira y espira lenta y concentrada, pero la punzada persiste. Se aprieta la almohada contra el pecho para amortiguar el dolor e intenta volver a dormirse, pero de pronto deja de respirar. Es como si dejara de respirar si no lo hace de manera consciente. Como si el cuerpo se apagara y

tuviera que mantenerlo en marcha con todas sus fuerzas. Se incorpora, deja de respirar de manera consciente para probar si la respiración funciona por sí sola, y se da cuenta de que la respiración no funciona por sí sola.

Entra en pánico, respira hondo, lo que le parece un error, y se aprieta la almohada contra el corazón. Una y otra vez, deja de respirar de manera consciente para probar si la respiración funciona por sí sola, y simplemente no funciona. Si no respira, morirá. Comprende que quizá sean sus últimos minutos, que no puede quedarse dormida ahora o morirá. ¿Quién va a encontrarla? ¿Y cuándo? ¿Al día siguiente, o quizá dentro de una semana? No cuenta con nadie en Múnich.

Tiene que ir al hospital. Se levanta, se pone los zapatos y una chaqueta de invierno y huye de la casa. Camina cojeando de un lado a otro por la calle porque ahora no quiere ir al hospital, y quizá consiga reactivar su circulación, aún puede caminar, ¿o no? El corazón bombea como loco y siente los pinchazos, la respiración no funciona bien. Sabe que tiene que ir al hospital. Marca el 112, pero no pulsa la tecla verde y sigue caminando calle arriba y abajo. Piensa en llamar de nuevo a su madre, no se atreve, en vez de eso escribe: «Creo que estoy teniendo un infarto», para que lo sepan si sucede algo. Vuelve a marcar el 112, pero no pulsa la tecla verde. No quiere ir al hospital. ¿Y si luego no la dejan salir? De vuelta en casa, se prepara un café para reactivar su circulación, que sigue lenta, se sienta en la cama y ve un capítulo de *Shopping Queen* en su móvil para no quedarse dormida y morir. El tema es «Elegante y cómoda... ¡Luce perfecta con tus nuevos Dad-Pants!».

Pero en algún momento, agotada, se queda dormida, no muere, al día siguiente se despierta con el diagnóstico de su padre, «clásico ataque de pánico», que su madre le ha enviado en un wasap, y llama al trabajo para decir que está enferma.

Primavera

Bien, ya basta de espiral descendente. Ahora Charlotte se emancipará al fin de estructuras patriarcales y otras, y seguirá su camino. Eso es mucho más emocionante y bonito. Y la novela no debe terminar con la salida de Charlotte de la editorial, sino cuando Charlotte haya dejado atrás Múnich y se haya mudado al mar, después de firmar un contrato musical. Eso estaría genial, ¿no?

Así que la primavera se acerca. El 21 de marzo se considera la fecha clásica para el comienzo de la primavera. Sin embargo, la última vez que cayó en ese día fue en 2011, y por lo tanto por última vez en este siglo, a causa de las reglas del año bisiesto del calendario gregoriano, etc. Por eso el inicio de la primavera se ha desplazado al 20 de marzo y, hasta 2099, incluso será a menudo el 19 de marzo. Sea como fuere, además del inicio astronómico de la primavera también está el meteorológico, el 1 de marzo.

Después de su etapa con el editor, Charlotte siempre se resiste a hablar de coincidencias y circunstancias azarosas en su vida, pero de hecho dejó de ir a la editorial justo desde el inicio meteorológico de la primavera.

42

Básicamente, Charlotte nunca iba al médico si podía evitarlo, y, claro, nunca se había dado de baja durante su corta carrera editorial. Ni siquiera sabía cómo se hacía. Pero después de aquella noche espantosa tuvo que quedarse un día en casa, y después de ese día tuvo que quedarse otro más. Al tercer día, fue a una clínica a pedir el primer parte de baja de su vida. Todavía no se atrevía a enfrentarse al editor, que desde el incidente la había estado ignorando; tenía miedo, necesitaba un poco más de tiempo. El lunes volvería a la editorial con energías renovadas.

En realidad, solo quería decir que había tenido fiebre, pero la doctora mostraba un rostro tan sincero y amable que Charlotte, sin saber por qué, se echó a llorar cuando le preguntó qué le pasaba, y luego se lo contó todo. Empezó por el ataque de pánico, le contó el incidente de la puerta, y luego se remontó a cuando empezó a trabajar en agosto, le habló del editor, de sí misma y su ambición, de las horas extras, de las insinuaciones, de los contactos casuales, de sus excompañeras, de sus padres, de Alexandra Liebig, del trabajo en casa del editor, de las palpitaciones en los párpados, del zumbido en los oídos, del vértigo, de las noches bañadas en sudor y de la mano dormida.

Cuando terminó, la doctora dijo: «No va a volver allí». Le dio una baja para tres semanas.

—Llámenos dentro de tres semanas y la prorrogaremos. No puede despedirla mientras está de baja. Así que está protegida y puede buscar tranquilamente otra cosa.

Cuando salió de la clínica, Charlotte se sintió más libre de lo que se había sentido en mucho tiempo, quizá más libre que nunca. No iba a volver allí, podía buscar tranquilamente otra cosa. La felicidad es mejor cuando llega de forma inesperada. Rio a carcajadas. Era el primer día cálido de la primavera. Fue al centro, se compró un vestido en Zara, luego unas grandes gafas de sol negras en H&M, corrió al Jardín Inglés, se sentó junto al Isar y miró el agua azul turquesa que bajaba desde los Alpes tiroleses.

43

La teoría de Charlotte era que a veces las cosas simplemente tenían que salir bien, igual que a veces todo salía mal. Y, cuando salían bien, salían realmente bien. Claro que, de vez en cuando, se necesitaba un poquito de suerte, pero Charlotte no creía en la suerte. Se merecía que todo le saliera como le había salido.

Alexandra Liebig no se sorprendió demasiado de su baja por enfermedad. Lo había vivido ya con las predecesoras de Charlotte, y le indicó que remitiera todos los asuntos pendientes a Larissa. Tal y como le había aconsejado la doctora, Charlotte ya no se comunicó con el editor y desconectó el móvil del trabajo y el portátil. Después de una semana, Alexandra volvió a llamar a Charlotte. En tono simpático, se interesó por su salud y le contó que el editor también estaba preocupado y que, además, en el futuro quería mostrarse más considerado con Charlotte, era muy importante para él. ¿Iba a volver pronto a la editorial? De verdad que él había cambiado.

Pero Charlotte sabía que no podía confiar en Alexandra, y que probablemente iban a despedirla en cuanto regresara. Por supuesto, también los padres de Charlotte le aconsejaron que volviera al trabajo, pero Charlotte ya no escuchaba a sus padres. Fue tal vez

uno de los mayores logros de su etapa en Múnich. «Tiene que tomar sus propias decisiones. Es su salud, y sus padres no están dentro de su cuerpo», le había dicho la doctora, y tenía razón. Debía tomar sus propias decisiones, y decidió no volver a pisar nunca más esa maldita editorial.

Durante su baja por enfermedad, Charlotte dormía profundamente, recuperó meses de sueño atrasado, luego se preparaba un café y lo primero que hacía era buscar trabajo. Envió solicitudes exclusivamente a hoteles de lujo en el mar del Norte y en el mar Báltico, como recepcionista u oficinista. Así, por fin viviría junto al mar, tendría un empleo tranquilo y podría dedicarse por entero a su música. Después de enviar las solicitudes por la mañana, se iba a nadar, y después de nadar se sentaba junto a la piscina exterior, todavía humeante de vapor, donde cerraba los ojos y escuchaba el trinar de los pájaros y el arroyo que pasaba por el bosque cercano. Y, por la tarde, componía música.

Para entonces, su canal de Instagram ya contaba con más de 3.200 seguidores, también porque un par de raperos y músicos menos conocidos habían reposteado vídeos de iCharli. Durante aquellos días, Charlotte se había propuesto terminar su álbum y enviarlo a un par de sellos, pero las cosas salieron de forma totalmente distinta.

En cualquier caso, una mañana de primavera se despertó, cogió su móvil como cualquier persona normal, abrió Instagram y ahogó

un grito. Durante la noche, ¡Charli había conseguido 10.628 seguidores.

Apache había compartido un vídeo suyo en Instagram. Le preguntaba por privado si tenía más cosas. Charlotte le envió su material, y él le propuso quedar para hablar de colaboraciones y esas cosas, y después todo sucedió muy deprisa.

44

Y Bo volvía a estar allí.

45

Por desgracia, el segundo hombre muerto fue el de las botas de cowboy. Sacaron su cadáver del edificio el día en que Charlotte metía sus cosas en la furgoneta con ayuda de sus padres y de Bo. El hermano del vecino, que también era su tutor legal, había ido esa mañana porque llevaba días sin poder contactar con él. El hombre de las botas de cowboy no respondía a los timbrazos, los golpes en la puerta y los gritos, y el hermano preguntó si podía pasar desde el balcón de Charlotte. Desde el balcón, vio a su hermano inmóvil en la cama. Llamó a la policía y a urgencias. La policía vino, reventó la puerta. Los paramédicos llegaron, intentaron la reanimación. Pero era demasiado tarde.

Mientras Charlotte iba con Bo en la furgoneta hacia Flensburg, se preguntó cuánto tiempo llevaría muerto en la cama.

Verano

Un año después del gigantesco error, Charlotte es una pequeña estrella. Así que, al final, el gigantesco error no fue tan grande. El verano será hermoso, y el otoño, el invierno, la primavera y el verano siguiente también serán hermosos. Charlotte vive junto al mar, lejos de Múnich, y le va bien.

UNA NOVELA AFILADA SOBRE EL INFIERNO DEL TRABAJO.

Por la premiada autora de *22 largos*, con más de 1.300.000 lectores y número 1 en ventas en Alemania.

«La nueva Wahl es valiente y provocadora».
Stuttgarter Nachrichten



Dedicarse a la música: ese es el mayor deseo de Charlotte, pero tras graduarse, empieza a entender que este no va a ser un camino tan viable y no tiene más remedio que buscar un trabajo «de verdad». En la antesala del editor del que ahora se ha convertido en

asistente, ella comprende que se encuentra muy cerca del centro de poder. Ha tenido que poner su vida patas arriba: se ha mudado a Múnich, ha alquilado un piso frío y deprimente cuyo único atractivo son las vistas al río Isar y se ha alejado de sus padres, de quienes, pese a sus diferencias, siente que aún depende. Pero pronto se da cuenta de que el editor cambia con frecuencia de asistente, sufre repentinos ataques de ira y exige a Charlotte un compromiso que va mucho más allá de lo laboral: no puede irse de fin de semana, dejar el móvil desatendido, ni, por supuesto, entregarse a su incipiente historia de amor con Bo. Aunque en un principio se desvive por tratar de impresionar a su tiránico jefe, su mundo se va haciendo cada vez más pequeño, y Charlotte tendrá que decidir si la excelencia, de la que se sabe más que capaz, es suficiente para compensar tantos sacrificios.

Con ironía, humor y profundidad, Caroline Wahl narra la historia de una joven que no desea convertirse en víctima y, sin embargo, se ve envuelta en una situación demasiado familiar: cuando el trabajo pasa a ser un infierno insufrible. Una historia contemporánea sobre el poder y la resiliencia por «una voz nueva, fresca y auténtica [...] que gustará a los lectores de Sally Rooney y Ottessa Moshfegh» (*Il Fatto Quotidiano*).

La crítica ha dicho:

«Una historia sobre el poder y la impotencia contada de forma diferente. […] Caroline Wahl es *cool*».
Laura Hertreiter, *Die Zeit*

«Divertida e inteligente. Caroline Wahl apuesta por un estilo distinto».
Tobias Rüther, *Frankfurter Allgemeine Sonntagszeitung*

«Wahl conserva esa cadencia fascinante. La implicación de la protagonista en las relaciones de poder hace de este un libro muy potente».
Peer Teuwsen, *NZZ am Sonntag*

«La asistente editorial no quiere gustar; busca ser leída y discutida».
Stern

«Brillantemente escrita. Un alegato contra la explotación».
Thomas Andre, *Hamburger Abendblatt*

«La mayor fortaleza de Wahl son sus afilados diálogos, con los que ha logrado crear un deslumbrante monstruo de la literatura contemporánea reciente».
Welt am Sonntag

«Punzante, despiadada y autocrítica».
Freundin

«Su característico tono se vuelve más sarcástico que humorístico en este libro para observar sin concesiones unos hechos, dentro y fuera del mundo editorial, tal como los viven las mujeres jóvenes».
Kristine Harthauer, *Lesenwert* (SWR 2)

«Los libros de Caroline Wahl son a la vez literatura de entretenimiento y alta cultura... Al final, ¿no es un poco como Taylor Swift?».
Hannah Krug, SRF Radio

«Uno de los libros más destacados de este otoño. Una novela apasionante».
Silvi Feist, *Emotion*

«Caroline Wahl narra con una meticulosidad mordaz cómo el trabajo puede convertirse en un infierno».
Angela Wittmann, *Brigitte*

Caroline Wahl nació en Maguncia, Alemania, en 1995. Creció en un pueblo de Baden Wurtemberg y estudió alemán en Tubinga y literatura alemana moderna en Berlín. Fue estudiante en prácticas en Klett-Cotta y trabajó como asistente editorial en Diogenes. En 2023 publicó su primera novela, *22 largos* (Lumen, 2024), galardonada con el Ulla-Hahn-Autorenpreis, el Grimmelshausen-Förderpreis, el Premio del Público de Baviera y el Premio Novela Familiar 2023 que otorga la Fundación Ravensburger Verlag. También fue elegida Novela Favorita de 2023 por los libreros independientes de Alemania. En la lista de más vendidos de Spiegel y de #BookTok, fue publicada en trece países y adaptada al cine. Su última novela, *La asistente editorial*, basada en su experiencia laboral en la editorial Diogenes, vendió 200.000 ejemplares en las dos primeras semanas tras su publicación y será publicada en ocho países. Wahl vive en Kiel.



Titulo original: *Die Assistentin*

Primera edición: septiembre de 2026

© 2025, Rowohlt Verlag GmbH, Hamburgo
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Carlos Fortea Gil, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: © Lauretta Suter

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-3389-3

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: LumenEdit
Twitter: @LumenEdit
Instagram: @LumenEdit
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

[1] Lago artificial emplazado dentro de la ciudad de Colonia. *(N. del T.).*

[2] Campeonato de tenis que se celebra en el estado federado alemán de Hesse. *(N. del T.).*

[3] En alemán, *Schaf* significa «oveja», y *spicy*, «picante». *(N. del T.).*

Índice

La asistente editorial

Verano

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4

Finales del verano

- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Otoño
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Invierno
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40

Capítulo 41

Primavera

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Verano

Sobre este libro

Sobre Caroline Wahl

Créditos

Notas